

# HOMILÍAS SOBRE EL AÑO LITÚRGICO

P. Steven Scherrer

Año C  
(I)  
2006-2007

## EN AQUEL DÍA, LOS MONTES DESTILARÁN DULZURA Y LAS COLINAS MANARÁN LECHE Y MIEL

1 domingo de Adviento

Jer 33, 14-16; Sal 24; 1 Ts 3, 12 – 4, 2; Lc 21, 25-28.34-36

Los días de gran expectativa han finalmente llegado. Esperamos el día en que el Señor cumplirá sus promesas a Israel y a Judá, cuando brotará “a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra”, cuando “Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura” (Jer 33, 15-16), como profetizó Jeremías en la primera lectura. Esperamos la venida de Cristo a este mundo para transformarlo y divinizarlo, para traerle su luz y paz celestial. Esperamos su misericordia —como dice el versículo antes del evangelio— “muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación” (Sal 84, 8). Esperamos los días benditos de su venida a la tierra, porque “El Señor nos mostrará su misericordia y nuestra tierra producirá su fruto” (Sal 84, 13), como decimos hoy en la antífona de la comunión.

¿Qué es este fruto que la tierra producirá cuando él nos mostrará su misericordia? Es un mundo nuevo e iluminado, lleno de Dios y de su amor. Él vendrá para transformarnos por medio de su gloria que resplandecerá sobre nosotros. Seremos iluminados por su resplandor como los pastores que vigilaban sobre su rebaño fueron iluminados y rodeados de gloria cuando el ángel del Señor se les apareció. Este es el trabajo del “Renuevo de justicia” que el Señor hará brotar a David. Y él “hará juicio, y justicia en la tierra” (Jer 33, 15). Él nos justificará por nuestra fe en él, y nos vestirá “con vestiduras de salvación” y nos rodeará “de manto de justicia” (Is 61, 10).

Es por eso que nos preparamos ahora, porque el que comenzó en nosotros la buena obra, “la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil 1, 6).

¿Por qué vino Jesucristo a nuestro mundo? Vino para su transformación en su propia imagen, en la imagen del Hijo, para que resplandeciéramos nosotros también como él, con su divinidad iluminándonos por dentro con su propio esplendor. Él vino para llenarnos de su espléndido amor, y por eso los ángeles desearon en su nacimiento paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14). Así, llenos de su amor, podemos irradiarlo a los demás también.

¿No es esto la transformación de la tierra que él vino para inaugurar? Es para la realización de este deseo de los ángeles que anhelamos durante Adviento. Esperamos la realización en la tierra de lo que Cristo comenzó en su nacimiento. Queremos ser “irreprehensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13), como dice la segunda lectura hoy.

En aquel día, cuando “las potencias de los cielos serán conmovidas” (Lc 21, 26), entonces veremos “al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (Lc 21, 27). Es para aquel gran día que vivimos y nos preparamos ahora, para ser *irreprehensibles* delante de Dios en la *venida* de nuestro Señor con todos sus santos. Y Adviento es un tiempo especial de expectativa y preparación para esto. Es un tiempo cuando meditamos sobre la venida del Señor, y tratamos de realizar en nosotros y en nuestro mundo la transformación y divinización que él vino para obrar en nosotros. Queremos vivir en el encanto de la espera del Señor, porque el que vino, *viene* para llenarnos del amor divino, para que de verdad seamos irreprehensibles delante de Dios en la venida del Señor. Cada día tratamos de estar más preparados, más transformados, más iluminados, viviendo una vida siempre más llena de amor, más cariñosa, más llena del esplendor de Cristo.

Mirad, pues, “El Señor viene de lejos, y su resplandor ilumina toda la tierra” (antífona del magnificat, 1 vísperas). Vivimos ahora por la fe, el amor, y la esperanza *en* este resplandor del Señor que viene. Cuando vino, encendió nuestros corazones con el esplendor de su amor, y nos dijo: “*permaneced en mi amor*” (Jn 15, 9). Y ahora, *permaneciendo* en el esplendor de su amor, esperamos su venida con todos sus santos; y “en aquel día habrá una gran luz” (antífona de 1 vísperas).

Esta esperanza gloriosa nos da ganas de ser resplandecientes nosotros también para este día. Queremos resplandecer aun ahora, contemplando su gloria, e irradiar el esplendor de este amor divino en el mundo para la transformación de los demás “de gloria en gloria” en la misma imagen del Hijo (2 Cor 3, 18). *Vemos* su gloria (Jn 1, 14), y *tomamos* de su plenitud, *gracia sobre gracia* (Jn 1, 16).

Este es el misterio de la encarnación que transforma el mundo en el Reino de Dios, y en dulzura celestial. Por eso anhelamos durante Adviento la *plena realización* de esta transformación y divinización de la tierra; y nos preparamos a nosotros mismos y a nuestro mundo, porque “En aquel día los montes destilarán dulzura y las colinas manarán leche y miel” (antífona de laudes).

## ¡QUÉ IMPORTANTE ES OBEDECER LA VOLUNTAD DE DIOS!

Jueves, 1ª semana del Adviento  
Is 26, 1-6; Sal 117; Mt 7, 21.24-27

Hoy las lecturas nos enseñan *cómo* debemos vivir par tener *paz*. Primeramente, de Isaías oímos este versículo importante: “Tú guardarás en completa *paz* a aquel cuyo pensamiento está fijado en ti; porque en ti ha confiado” (Is 26, 3). Si confiamos completamente en Dios y lo obedecemos, estaremos en *paz* y viviremos en su esplendor —una vez que somos purificados. La parte sobre la obediencia oímos también hoy en las palabras de Jesús. Dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la *voluntad* de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21). Entonces da un ejemplo, diciendo: “Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las *hace*, le compararé a un hombre *prudente*, que edificó su casa sobre la *roca*” (Mt 7, 24). ¡Qué importante, entonces, es edificar nuestra casa —la casa de nuestra vida de fe—

sobre la roca de *hacer* las palabras de Cristo!, porque si tan sólo *oímos* sus palabras, pero *no las hacemos*, habremos edificado la casa de nuestra vida sobre la *arena*, como dice Jesús hoy: “Pero cualquiera que me oye estas palabras y *no las hace*, le compararé a un hombre *insensato* que edificó su casa sobre la *arena*” (Mt 7, 26). Y sabemos lo que le pasó a él: La casa de su vida “*cayó*, y fue grande su *ruina*” (Mt 7, 27).

Somos llamados a la *santidad*, a una vida de *perfección* (ver Mt 19, 21: “Si quieres ser *perfecto*...”). Somos justificados por nuestra *fe* en Cristo, *no por obras*; pero una vez justificados, hemos muerto con Cristo al pasado y resucitado con él para caminar en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), y hacemos esto al *obedecer* su *voluntad*. Jesús dijo que “mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la *hacen*” (Lc 8, 21). Y cuando una mujer dijo: “Bienaventurado el vientre que te trajo y los senos que mamaste”, él, respondiendo, le dijo: “Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la *guardan*” (Lc 11, 27-28). Lo que nos hará semejante a su misma madre es oír y *hacer* la *palabra* de Dios.

Por eso Santiago dice: “sed *hacedores* de la palabra, y no tan solamente oidores, *engañándoos* a vosotros mismos” (St 1, 22). Si pecamos, tenemos que confesar nuestros pecados y *obedecer otra vez y mejor en el futuro*. Así caminaremos en el esplendor de Cristo, “no siendo oidor olvidadizo, sino *hacedor* de la obra”, y “éste será bienaventurado en lo que *hace*” (St 1, 25). Jesús dijo: “mi comida es que *haga* la *voluntad* del que me envió, y que *acabe* su obra” (Jn 4, 34), y “he descendido del cielo, *no para hacer mi voluntad*, sino la *voluntad del que me envió*” (Jn 6, 38), y en esto él es *nuestro modelo*. Debemos seguir el ejemplo del que “se humilló a sí mismo, haciéndose *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*” (Fil 2, 8) si queremos vivir una vida de *perfección*, que es nuestro llamado (ver Mt 19, 21: “Si quieres ser *perfecto*...”).

## MARÍA, NUESTRO EJEMPLO PARA VIVIR UNA VIDA ILUMINADA

La solemnidad de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre  
Gen 3, 9-15; Sal 97; Ef 1, 3-6.11-12; Lc 1, 26-38

Hoy, en medio de Adviento, honramos a la Virgen María. El ángel le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1, 28). La honramos y celebramos hoy en su Inmaculada Concepción, es decir: fue concebida inmaculada, sin pecado original, por los méritos anticipados de la pasión y muerte de su Hijo divino. Si fue inmaculada desde su concepción, fue “llena de gracia”, como dice el ángel al saludarla. Y creemos que ella no sólo fue libre del pecado original, sino de *todo* pecado e imperfección personal por toda su vida. En esto ella es una maravilla espiritual y un espejo para todos, aunque no podemos lograr su grado de perfección. Sin embargo, aun así, podemos ser *inspirados* por su ejemplo y por la belleza de su espíritu al ver con tanta claridad en ella la belleza que Dios también quiere obrar en nosotros.

Por su encarnación, Dios se vistió de nuestra carne humana para iluminarla desde dentro y divinizarla, haciéndola resplandeciente delante de Dios, justificada por los méritos de Jesucristo, y transformada y santificada, sin mancha. Así fue el plan de Dios,

“por cuanto nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos *santos* y *sin mancha* delante de él” (Ef 1, 4), como dice san Pablo hoy. Por ello Cristo nos redimió, “para presentaros *santos* y *sin mancha* e *irrepreensibles* delante de él” (Col 1, 22). Él quiere, en verdad, “una iglesia *gloriosa*, que *no* tuviese *mancha ni arruga ni cosa semejante*, sino que fuese *santa* y *sin mancha*” (Ef 5, 27). Y María es un icono de esto para nosotros, de que nuestros corazones sean “*irrepreensibles* en *santidad* delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13).

El ser libre de pecado es una cosa grande. ¿Qué es lo que más nos oscurece y deprime? ¿No es el caer en pecado y en imperfecciones? —y no estoy pensando aquí de pecados mortales. Para una persona purificada, aun pecados pequeños e imperfecciones la abruman. María fue completamente libre de todo esto. Es decir, pasó toda su vida en la presencia de Dios, viviendo “*en los lugares celestiales en Cristo...para la alabanza de la gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado*” (Ef 1, 3.6), como dice san Pablo hoy.

Y ¿cómo fue esta vida “*llena de gracia*” (Lc 1, 28), vivida en las alturas, “*en los lugares celestiales en Cristo*” (Ef 1, 3), alabando la gloria de la gracia que ha recibido tan abundantemente en su Hijo y de una manera que sobrepasó toda otra criatura? Conocemos un poco de esto por nuestra propia experiencia, y lo que conocemos debe ser multiplicado muchas veces en el caso de ella.

En pocas palabras, ella fue un ser humano *transformado* por Cristo. Ella vivía en la luz, porque *seguía* a Cristo perfectamente, y Cristo dijo: “el que me *sigue*, *no* andará en *tinieblas*, sino que tendrá la *luz* de la vida” (Jn 8, 12). Ella tenía la *luz* de la vida. Vivía en la *alturas* —“*en los lugares celestiales*” (Ef 1, 3; 2, 6). Vivía no sólo una vida *resucitada*, sino que también *ascendida*, porque, como dice san Pablo, Dios “*juntamente con él no resucitó y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*” (Ef 2, 6).

Ella estaba feliz y vivía en una paz *celestial*, no de este mundo. Siempre estaba con Dios el Padre, y Dios el Hijo en su casa, y vivía en el esplendor de Dios el Espíritu Santo. Vivía sumergida en la Trinidad. Creo que fue también una persona *moderada* y *modesta* (Fil 4, 5), viviendo una vida *justa, sobria, y piadosa* (Tito 2, 12), *en la cercanía del Señor* (Fil 4, 5). Ella vivía en el amor divino que resplandeció en su corazón (2 Cor 4, 6).

Todo esto nosotros también podemos hacer si somos obedientes. Podemos vivir una vida *transformada* y *divinizada*, una vida *llena del esplendor del amor divino*, una vida que *permanece* en este *espléndido amor* (Jn 15, 9) y que se *calienta* en su *resplendor*, una vida que arma su tienda con María *en las alturas*. No experimentaremos esto todo el tiempo de la misma intensidad, y las imperfecciones en que caemos oscurecerán este esplendor para nosotros cuando caemos en ellas, pero en todo esto María es nuestro ejemplo e inspiración.

Ella es un ser humano como nosotros y nos muestra más claramente nuestra vocación también de vivir una vida *nueva, resucitada, ascendida, iluminada, y divinizada*, viviendo ya desde este mundo con Cristo “*en los lugares celestiales*” (Ef 1, 3) con nuestro corazón con él. *Podemos vivir en este encanto del amor divino que nos ilumina*. Podemos vivir *modestamente*, como ella, una vida *callada* y *sobria*, en *moderación* y en un silencio lleno de Dios. Al vivir así, como amigos de Dios, *bendecimos al mundo*, mostrándole el camino; y así somos sus lumbreras (Fil 2, 15; Mt 5, 14-16), irradiando

sobre todos la luz y belleza del amor divino que nos llena. Así seguimos el ejemplo de María.

## UN TIEMPO DE ESPERA

Sábado, 1ª semana de Adviento  
Is 30, 19-21.23-26; Sal 146; Mt 9, 35 – 10, 1.6-8

Hoy oímos un mensaje de la esperanza del Adviento. El *futuro* será *mejor* que el presente: ¡*Espéralo!* Aunque Dios te da aflicción por tus pecados, él se te manifestará, y tú lo verás, y él te dirigirá *claramente* en aquel día, mostrándote con *claridad* su voluntad y el camino que debes escoger, para que puedas seguirlo con *seguridad* y *sin error*. Por eso ¡espera de él! ¡Ten confianza en Dios! Isaías dice: “Os dará el Señor pan de congoja y agua de angustia, y *después* ya *no se ocultará*, el que te enseña; con tus ojos verás al que te enseña, y con tus oídos oirás detrás de ti estas palabras: ‘*Ése es el camino, id por él*, ya sea a la derecha, ya a la izquierda’” (Is 30, 20-21). Días vendrán en que seremos *bien dirigidos* por Dios y *no* tendremos más *duda* con relación a su *voluntad*. ***Sabremos claramente lo que él quiere de nosotros, y lo haremos sin duda, sin confusión, sin error, sin equivocarnos*** tantas veces. *Esperamos aquel día* ahora, el día de la *venida* del Señor.

Cuando venga, tendremos una abundancia del agua de vida, y de la luz. Aun “sobre todo monte santo, y sobre todo collado elevado, habrá *ríos* y *corrientes* de aguas” (Is 30, 25). ¿Qué mejor agua hay que el que corre en las montañas? Y por luz en aquel día: “la *luz* de la luna será como la *luz del sol*, y la luz del sol siete veces mayor, *como la luz de siete días*” (Is 30, 26).

Esperamos ahora aquellos días felices que vendrán, aunque ahora el Señor todavía nos da “pan de congojo y agua de angustia” (Is 30, 20) por nuestros pecados, o para purificarnos. Vivimos en *espera* de las *bendiciones futuras* cuando el Señor vendrá. Nos preparamos ahora para aquellos días.

Este Cristo, cuya *venida* esperamos, vemos cómo es en el evangelio de hoy. Es compasivo hacia los desamparados y dispersos, que son “como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9, 36). Él quiere *enseñarnos su voluntad con más exactitud* para que no la transgredamos y caer en un pozo de tristeza al ofender a Dios. Por eso él nos enseña su doctrina; pero él nos enseña también *interiormente* por medio de nuestra experiencia de consolación y desolación, para que sepamos el camino correcto. Él nos dirá en nuestro corazón: “*Ése es el camino, id por él*” (Is 30, 21).

Cristo, entonces, quiere enviarnos en su mies que “es mucha, mas los obreros pocos” (Mt 9, 37). Por eso envía a los apóstoles hoy, para ayudar a tantas personas desamparadas, “como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9, 36).

Pero ¿por qué son *pocos* los obreros en la gran mies? ¿No es porque *pocos viven verdaderamente* el evangelio y *hacen perfectamente* su *voluntad*? Si no lo obedecen, ¿cómo pueden ser sus obreros? ¿Cómo pueden pastorear y ayudar a las ovejas desamparadas si ellos mismos no obedecen al pastor? Sólo los obedientes *viven en su luz*, y por eso *pueden iluminar* a los demás con la *luz que resplandece en ellos*.

## PREPARANDO EN EL DESIERTO PARA SER IRREPENSIBLES PARA EL DÍA DE CRISTO

2º domingo de Adviento

Bar 5, 1-9; Sal 125; Fil 1, 4-6.8-11; Lc 3, 1-6

La antífona de entrada hoy, este segundo domingo de Adviento, dice: “Pueblo de Sión, mira que el Señor va a venir para salvar a los pueblos y dejará oír la majestad de su voz en la *alegría* de vuestro *corazón*”. Adviento es un tiempo de gran alegría porque esperamos y nos preparamos para la venida del Señor. Cuando venga, él nos llenará de la luz celestial y de una paz no de este mundo. Por eso “Levántate, Jerusalén, sube a lo alto, para que *contemples la alegría* que te viene de Dios”, como dice la antífona de la comunión hoy. Oímos la majestad de su voz en la alegría de nuestro corazón. Es por eso que escuchamos en el silencio, esperando su voz. Es por eso que vamos con san Juan el Bautista al desierto durante Adviento, para escuchar y oír mejor.

El desierto es un lugar de silencio, lejos del ruido, lejos del mundo. Y allí se preparaba Juan por muchos años, hasta “el año decimoquinto del imperio de Tiberio César”, cuando “vino la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, *en el desierto*” (Lc 3, 1.2). Y esta palabra lo dirigió a empezar a predicar, a ser la “voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas” (Lc 3, 4). En este momento comenzó el trabajo de Juan de preparar en el desierto a un pueblo para el Señor, para que estuviera preparado para su venida.

Pero él predicaba sólo por poco tiempo; en cambio, vivía muchos años en el desierto preparándose a sí mismo primero en el silencio y en la austeridad, en la oración y en el ayuno, hasta que estuvo listo, ya preparado y purificado. Entonces Dios le pudo revelarse en su esplendor y majestad, dejándole oír la majestad de su voz en la alegría de su corazón. Y ahora pudo levantarse y contemplar la alegría que le vino de Dios, y pudo ser llenado de una luz celestial y de una paz no de este mundo. Él se preparaba en un sequeal terreno, pero experimentaba las manifestaciones celestiales. Ahora, pues, purificado y preparado, fue un instrumento apto en las manos de Dios para preparar a su pueblo para su Mesías.

Juan nos ayuda a nosotros también a prepararnos para la venida del Señor. Su vida fue su mejor sermón. Él nos mostró por su manera de vivir cómo debemos preparar el camino del Señor en el desierto. Al imitarlo, veremos que “todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios” (Lc 3, 5-6; ver Is 40, 4-5). Él se preparó por medio de una vida de silencio y austeridad, lejos del mundo y sus placeres, hasta que pudo ser llenado de la luz celestial.

Pero nosotros tenemos algo más grande que Juan —Cristo ya está presente *dentro* de nosotros. Ha cumplido su misterio pascual, y vive *en* nosotros y *entre* nosotros como Emmanuel, “Dios-con-nosotros”, iluminándonos desde dentro. Él asumió nuestra naturaleza, nuestra humanidad, nuestra carne, y la llenó de sí mismo, de su divinidad, de su esplendor. Si tan sólo creemos en él, somos bautizados, y lo imitamos, obedeciéndolo, seremos hechos *nuevos* (Apc 21, 5), hombres *nuevos* (Ef 4, 22-24), una *nueva* creación (2 Cor 5, 17; Gal 6, 15).

Pero para percibir y experimentar esta iluminación, esplendor, y divinización, tenemos que ser *preparados*. Tenemos que ir con Juan al desierto —y esto lo hacemos durante Adviento. Allí en el desierto, lejos de todo, en el silencio, estamos purificados para la venida del Señor, para que Cristo pueda nacer en nosotros y resplandecer en nuestro corazón (2 Cor 4, 6). Debemos contemplar su gloria en el silencio de nuestro corazón en la austeridad del desierto, comiendo simplemente —langostas y miel silvestre— y vistiéndonos sencillamente —de pelo de camello y con un cinto de cuero alrededor de nuestros lomos (Mc 1, 6) —.

Entonces, cuando estemos ya purificados, seremos *transformados* en la *gloria* que contemplamos, es decir: en la imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18). Seremos transformados “*de gloria en gloria*” (2 Cor 3, 18), tomando “de su *plenitud*, y *gracia sobre gracia*” (Jn 1, 16), porque “*habíamos visto su gloria*” (Jn 1:14). Él quiere que *vivamos en esta gloria, en este esplendor*, y que lo irradiemos a los demás.

Así seremos “puros e *irreprensibles para el día de Cristo*, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo” (Fil 1, 10-11), como dice san Pablo hoy. Entonces seremos el pueblo que Baruc profetizó hoy, diciendo: “quítate el vestido de luto y aflicción y vístete ya siempre con las *galas* de la *gloria* de Dios. Envuélvete en el manto de la *justicia divina* y adorna tu cabeza con la *gloria* del Eterno. Porque Dios mostrará tu *esplendor* a toda la tierra... [y] conducirá a Israel con *alegría* a la *luz* de su *gloria*” (Bar 5, 1-3.9). Vivamos, pues, en la *alegría* de *prepararnos* en el *desierto* para ser “puros e *irreprensibles para el día de Cristo*” (Fil 1, 10), para que seamos transformados y divinizados por su venida, llenos de luz celestial y de una paz no de este mundo.

## JESÚS, LA LUZ DEL MUNDO, NOS VIENE POR MARÍA

Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, 12 de diciembre  
Zacarías 2, 14-17; Lc 1, 26-38

Hoy, en medio de Adviento, celebramos la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, recordando y honrando su aparición a Juan Diego en este día en 1531, en el cerro de Tepeyac, México. Como prueba de su aparición, ella llenó el manto de Juan Diego de rosas en medio del invierno, y dejó impresa en su manto su imagen, que está colocada en la catedral de la Ciudad de México, y honrada hasta hoy. Su fiesta, como la de la Inmaculada Concepción, ha venido a ser parte de nuestra devoción y preparación de Adviento para la venida del Señor.



El Señor nos viene por María. El misterio de su nacimiento en la cueva de Belén es también el misterio de María. Así Dios entró en nuestro mundo y nuestra vida. “Canta y alégrate, hija de Sion; porque he aquí vengo, y moraré en *medio* de ti, ha dicho el Señor. Y se unirán muchas naciones al Señor en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en *medio* de ti” (Zac 2, 14-15).

Dios moraba *dentro* de María, y por ella él mora en nuestra carne y naturaleza humana. Él ha hecho su morada en nuestra humanidad. Hizo así para *renovar* nuestra humanidad, para *iluminarla, transformarla, y divinizarla*, llenándola de su propio *esplendor y divinidad, iluminándola* desde dentro como un cristal de roca lleno de la luz del sol de mediodía. Él se encarnó para *resplandecer* en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), dándonos la *iluminación* del *conocimiento* y del *amor* de Dios, y haciéndonos también a nosotros *resplandecientes* a sus ojos, *nuevas criaturas* (2 Cor 5, 17), una *nueva creación* (Apc 21, 5; Gal 6, 14).

Esperamos ahora su venida en gloria con todos sus santos en gran luz (1 Ts 3, 13), y anhelamos, sobre todo durante Adviento, ser *irreprensibles* en *santidad* delante de él en su venida. Esta transformación de nosotros acontecerá por la *encarnación* de Cristo y por los méritos de su pasión, muerte, y resurrección, por los cuales morimos con él a nuestro pasado pecaminoso, y resucitamos *resplandecientes* con él para andar “en la novedad de la vida” (Rom 6, 4), en el *esplendor* de su *resurrección*.

Este misterio de Cristo viniendo en nuestro mundo, en nuestra humanidad, para *renovarla e iluminarla* con su *propio esplendor* acontece por medio del bautismo y de la fe en él, y por nuestra imitación de su vida pobre y obediente. En cuanto lo obedecemos en fe y hacemos su voluntad, imitando la pobreza de su nacimiento en la cueva de Belén, somos *transformados y divinizados* por medio de nuestro contacto con el misterio de su encarnación.

Todo esto nos viene de una manera humana por medio de María, que fue la primera persona a ser tan íntimamente transformada por su presencia iluminadora en ella. Por eso queremos también *imitar a María* en su transformación en Cristo. Ella es nuestro modelo, el icono de la Iglesia, ella misma siendo la imagen *resplandeciente* del Hijo.

En Adviento sobre todo, imitamos su *silencio*, su *escucha* al Señor en el silencio de la noche, su *moderación*, su *gentileza*, su *modestia*. Ella se regocijaba en el Señor, viviendo calladamente en su *cercanía*. “Regocijaos en el Señor siempre... —dice san Pablo—. Vuestra *moderación* sea conocida de todos los hombres. El Señor está *cerca*” (Fil 4, 4-5).

Vivimos en la *cercanía* del Señor, en *moderación callada*, en *gentileza*, para *no disipar* el *encanto* de su *cercanía*. Vivimos en *espera y silencio*, anhelando la venida del Señor en gloria, agradecidos por su habitación en nosotros como Emmanuel. *Imitamos a María* esperando el nacimiento de su hijo. Como ella, en las palabras de san Pablo, renunciamos “a la impiedad y a los deseos mundanos”, y vivimos “en este siglo *sobria, justa y piadosamente*, aguardando la *esperanza* bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2, 12-13).

## SAN JUAN DE LA CRUZ, DOCTOR DE LA VIDA ASCÉTICA-MÍSTICA

Jueves, 2ª semana del Adviento  
14 de diciembre, memorial de san Juan de la Cruz  
Is 41, 13-20; Sal 144; Mt 11, 11-15

Hoy conmemoramos a san Juan de la Cruz en este su memorial. San Juan de la Cruz nos ha enseñado mucho sobre la vida interior del alma en su jornada hacia la unión con Dios. En su libro, la *Subida del Monte Carmelo*, él nos enseña sobre las *purificaciones activas* de los *sentidos* y del *espíritu* necesarias para llegar a la *unión* con Dios. Los *sentidos* — el saborear, el oler, el oír, el ver, y el tocar— tienen que ser purificados de sus *apetitos* y de los *placeres mundanos*. Esto sucede por medio de la *mortificación* de los *cinco sentidos*. En el primer libro de la *Subida del Monte Carmelo* san Juan de la Cruz da muchas explicaciones de la importancia de esta *mortificación* de los *cinco sentidos* de los *placeres del mundo*.

Entonces en el segundo y tercer libros de la *Subida del Monte Carmelo*, él habla de la necesidad también de *purificar activamente* nuestro *espíritu* de sus apetitos para los *placeres de este mundo*. Nuestros *pensamientos* sobre estas cosas tienen que ser purificados, así que también nuestras *memorias* e *imaginaciones* sobre ellas, y nuestros *deseos* interiores para ellas. Esto constituye la purificación de las tres potencias de nuestro espíritu de los *apetitos* y *placeres de este mundo* —es decir: la purificación del entendimiento, de la memoria (que incluye la imaginación), y de la voluntad. Estas tres potencias de nuestro espíritu tienen que ser purificadas de sus *apetitos mundanos* si queremos llegar a la unión con Dios en la contemplación infusa e sobrenatural.

San Juan de la Cruz enseña en el segundo y tercer libros de la *Subida del Monte Carmelo* que son las *tres virtudes teologales* de fe, esperanza, y caridad, que purifican y renuevan las *tres potencias de nuestro espíritu*: el entendimiento, la memoria, y la voluntad: la *fe* purificando nuestro *entendimiento*; la *esperanza* purificando nuestra *memoria*, que incluye la imaginación; y la *caridad* purificando nuestra *voluntad*, que es la potencia con que amamos. San Juan de la Cruz se destaca en la tradición hasta su tiempo en el hincapié que él hace en este punto. Pero es por medio de este proceso, según su sistema, que nuestro espíritu es divinizado o hecho como Dios, es decir: por la obra de las tres virtudes teologales sobrenaturales en las tres potencias de nuestro espíritu.

Estas, entonces, son las *purificaciones activas* de los *sentidos* y del *espíritu* en que *nosotros* tenemos que trabajar *activamente* por medio de una vida de *ascetismo* y *mortificación*. Son llamadas *purificaciones activas* porque *nosotros* tenemos que desempeñar un papel *dominante* en ellas por medio de nuestra propia *mortificación* de nosotros mismos.

Quedan las *purificaciones pasivas*, en las cuales *Dios* obra en nosotros, y en las cuales *nosotros* somos *pasivos*. Por lo tanto son llamadas *pasivas* porque *nosotros*

permanecemos en gran parte *pasivos* en ellas, mientras que *Dios* es el actor principal. San Juan de la Cruz habla de estas *purificaciones pasivas* en su libro, *Noche Oscura*.

Toda esta purificación es dirigida hacia el fin de poder *contemplar* a Dios sobrenaturalmente en la oración apofática, infusa, sin palabras, que es una experiencia extática y mística; y por medio de esta oración entrar en unión con Dios. Esta unión debe llevarnos poco a poco a un *nuevo estado estable de paz*, que san Juan de la Cruz llama el matrimonio místico o el matrimonio espiritual.

Hoy expresamos nuestro agradecimiento a Dios por habernos dado un maestro tan eximio de la vida *ascética-mística*, un Doctor de la Iglesia, san Juan de la Cruz.

## JUAN EL BAUTISTA NOS MUESTRA CÓMO DEBEMOS PREPARARNOS PARA LA VENIDA DEL SEÑOR

Sábado, 2ª semana del Adviento  
Eclo 48, 1-4.9-11; Sal 79; Mt 17, 10-13

Hoy oímos a Jesús diciendo a sus discípulos que *Elías* debe volver a la tierra primero para preparar el camino del Mesías, y que *ya ha vuelto* en la forma de Juan el Bautista. Cuando los discípulos preguntaron, diciendo: “¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que *Elías ya vino*, y no le conocieron... Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista” (Mt 17, 10-13). En otro lugar Jesús dijo: “todos los profetas y la ley profetizaron hasta *Juan*. Y si queréis recibirlo, *él* es aquel *Elías* que había de venir” (Mt 11, 13-14). Jesús también citó a Malaquías mientras hablaba sobre Juan el Bautista, diciendo: “*éste* es de quien está escrito: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (Mt 11, 10; Mal 3, 1). El ángel Gabriel también dijo a Zacarías, el padre de Juan, al nacimiento de Juan, que su hijo irá delante del Señor “con el espíritu y el poder de *Elías*, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1, 17). Y finalmente, el profeta Malaquías dice: “He aquí, yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día del Señor, grande y terrible” (Mal 4, 5).

Juan el Bautista desempeña un papel importante en la historia de la salvación, un papel de significado *continuo*, tan importante para el *presente* como para el pasado. Su papel es: mostrarnos continuamente por medio de su manera de vivir, por su predicación, por su llamado al arrepentimiento, y por su bautismo *cómo* debemos *prepararnos* para la venida del Señor. Juan vivía una vida *ascética* en el *desierto*. Él *purificó* sus *sentidos* y su *espíritu* del *mundo* y de sus *placeres*, y por eso Dios pudo usarlo como un instrumento apto —su propio instrumento escogido— para preparar a su pueblo para la venida del Mesías.

Durante Adviento vamos al desierto con Juan el Bautista, para estar *preparados y purificados* para la venida del Señor. Anhelamos, durante Adviento, para que el Señor venga a nosotros para *librarnos* de nuestros pecados, imperfecciones, sentido de culpabilidad, tristeza, y oscuridad, y nos ilumine con el *esplendor* de su *divinidad* — encarnada en nuestra humanidad para *renovarla y divinizarla*. Juan nos muestra *nuestra* parte en todo esto. Nosotros debemos estar *purificados* en el *desierto*, para tener un corazón *preparado* para poder *percibir y experimentar* al Señor en su venida. Si *no* estamos *purificados*, *no* podremos *percibirlo ni experimentarlo* cuando venga. *El silencio, la soledad, la oración, y el ayuno* de la vida del *desierto*, *lejos* de la *superficialidad y mundanidad* del mundo, es el *camino* que Juan nos muestra por medio de su *vida* por el cual debemos preparar el camino del Señor.

## REGOCIJAOS EN EL SEÑOR SIEMPRE

3 domingo de Adviento  
Sofonías 3, 14-18; Is 12; Fil 4, 4-7; Lc 3, 10-18

En la antífona de entrada hoy, oímos estas palabras de san Pablo: “Estad *siempre alegres en el Señor*; os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca” (Fil 4, 4-5). Hoy es el domingo “Gaudete”, un día de júbilo de espíritu en el Señor, porque ya estamos tan cerca de Navidad, la gran celebración de nuestra redención. Y san Pablo nos dice también hoy: “Vuestra *gentileza* sea conocida de todos los hombres” (Fil 4, 5). La palabra por “gentileza” puede ser traducida también por “modestia” o “moderación”. Un cristiano debe ser alguien que vive en moderación, porque él vive en la cercanía del Señor. El Señor está en él, divinizándolo y transformándolo, llenándolo de sí mismo, de su divinidad, de su vida divina, de su esplendor. Para no perder o disipar estos grandes dones, él debe vivir en mucho silencio, y hablar calladamente, guardando la vista y sus palabras para permanecer en este encanto de la presencia divina. La presencia de Cristo resplandeciendo en su corazón le da mucha alegría. Por eso san Pablo dice: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil 4, 4). Él repite para énfasis. Entonces dice: “Vuestra *gentileza* (o *moderación* o *modestia*) sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil 4, 5).

Pero ¿por qué es que muchas personas no se regocijan en el Señor, y no se sienten alegres? Es porque no están haciendo la perfecta voluntad de Dios, o porque Dios está purificándolos por su imperfección y mundanidad. ¡Qué importante es —si queremos ser alegres— hacer perfectamente la voluntad de Dios en todo, todo el tiempo, sin excepción! Si caemos en una imperfección, nos sentiremos tristes. Entonces lo que tenemos que hacer es confesar nuestra imperfección, y en poco tiempo, o inmediatamente, Dios nos restaurará en su presencia y felicidad. Dios castiga a los infieles, pero recompensa a los justos. Si todavía estamos viviendo una vida mundana, no percibiremos este gozo que san Pablo dice que *siempre* debemos tener en el Señor. Si

estamos viviendo para los placeres de esta vida, este gozo y júbilo de espíritu estará lejos de nosotros.

Por eso durante Adviento, vamos al desierto para ser purificados de todo esto, para poder regocijarnos siempre en el Señor y vivir una vida de *gentileza, modestia, y moderación* en la gloriosa *cercanía* del Señor. Tan cerca está el Señor que Sofonías profetiza hoy que él está *dentro* de nosotros. Dice: “Canta, oh hija de Sion; da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha anulado tu sentencia, ha alejado a tu enemigo. *¡Yahvé, Rey de Israel, está en medio de ti, ya no temerás mal alguno!*” (Sof 3, 14-15). Esta profecía fue realizada en la encarnación de Dios en Jesucristo. Él entró, por su encarnación, en nuestra carne, divinizándola, llenándola de su esplendor, e iluminándola desde dentro. “*¡Yahvé, Rey de Israel, está ahora en medio de ti!*” (Sof 3, 15), morando y resplandeciendo en tu corazón, transformándote en su propia imagen por obra del Espíritu Santo.

Si estamos haciendo su voluntad perfectamente, y si hemos confesado nuestras imperfecciones, ¿cómo es posible que no nos regocijamos siempre en el Señor? “*Estad siempre alegres*”, dice san Pablo a los Tesalonicenses (1 Ts 5, 16). Esta es la base de la alegría cristiana. Los que van al desierto con Juan el Bautista conocen esta alegría y júbilo de espíritu. Se regocijan siempre en el Señor. Han dejado sus pecados y sus modos mundanos, y viven ahora sólo para el Señor, dejando todo lo demás por él, buscando su gozo sólo en él, comiendo con sencillez —langostas y miel silvestre—, y vistiéndose simplemente —de pelo de camello, con un cinto de cuero alrededor de sus lomos (Mc 1, 6) —.

Juan el Bautista nos muestra el camino de alegría en el Señor en el desierto, el camino de júbilo de espíritu. Y todos son invitados a seguirlo. En su predicación, dice: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre... Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego” (Lc 3, 8-9). Si escogemos el camino de placer en este mundo, no veremos mucho de este gran gozo. Tenemos que decidir qué es lo que queremos. La vida de Juan el Bautista en el desierto nos muestra claramente el camino de la verdadera alegría espiritual y del júbilo de espíritu.

## EL TIEMPO DE LA ALEGRÍA NAVIDEÑA SE ACERCA

21 de diciembre

Ct 2, 8-14; Sal 32; Lc 1, 39-45

Estamos ahora muy cerca de Navidad, un tiempo de flores y canciones, aunque en muchos países es invierno; pero aun así, en el mundo del *espíritu*, es *primavera*, como dice la primera lectura hoy del Cantar de los Cantares: “he aquí ha *pasado* el *invierno*, se ha *mudado*, la lluvia se fue; se han mostrado las *flores* en la tierra, el tiempo de la *canción* ha venido... La higuera ha echado sus higos, y las vides en *ciérne* dieron *olor*” (Ct 2, 11-13). Esta alegría viene del Señor. Cuando miro ahora por la ventana aquí en

los Estados Unidos, es invierno, y no hay ni flores ni canciones de pájaros. Toda esta alegría de primavera viene del *Señor*, del nacimiento de Cristo el Señor, de la encarnación de Dios en la tierra, para injertar en el mundo la belleza, el esplendor, y la alegría de su divinidad.

Son los *justos*, los *obedientes* a la voluntad de Dios, que *experimentan* esta *alegría* de *espíritu* causada por la inhabitación de Cristo en nosotros, porque Dios los bendiga. Si lo desobedecemos, *no* experimentaremos este gozo, sino que *beberemos* una *copa amarga*. Cristo mora poderosamente de este modo nuevo y especial, regocijando el alma, sólo en los que *hacen* su *voluntad* (Jn 14, 23).

Sólo pocos días más quedan ahora para prepararnos para la venida de Cristo de nuevo en nuestro mundo y en nuestros corazones. La preparación consiste en *discernir* con *más exactitud* la *voluntad* de Dios para con nosotros, y *hacerla más precisamente*, para que él pueda morar *abundantemente* en nosotros (Jn 14, 23).

Cristo ya mora en el cuerpo de la Virgen María. Ya ha concebido del Espíritu Santo, y en su alegría y simplicidad, ella quiere *compartir* esta alegría con su prima Isabel. San Lucas nos dice que “en aquellos días, levantándose María, fue *de prisa* a la *montaña*, a una ciudad de Judá” (Lc 1, 39). San Lucas nota que “fue *de prisa*”, una indicación de su *alegría*. Tuvo *alegres nuevas*, y quiso *compartirlas* en seguida, sin demora. Y se fue a una región *montañosa, elevada, fresca, de aire más puro y refrescante*. Ella viaja con *alegría*. Dios *está con ella*; y su *alegría* en el Señor *enciende* los *corazones* de Isabel y Juan, en su vientre, que saltó de *alegría* al oír su voz (Lc 1, 41.44).

Si queremos vivir *en* esta *alegría navideña*, tenemos que *obedecer perfectamente la voluntad de Dios* para con nosotros, y *hacer* lo que *él quiere de nosotros*. Si hemos fallado en algo, debemos admitir y *confesar* nuestros pecados e imperfecciones, y empezar de nuevo en la *alegría* de la *obediencia*, que es la *alegría* del *Espíritu Santo*, que experimentó Juan aun en el vientre de su madre.

## LA SALVACIÓN Y LA GLORIA ESTÁN CERCA DE LOS QUE TEMEN Y OBEDECEN A DIOS

22 de diciembre

1 Sam 1, 24-28; 1 Sam 2, 1-10; Lc 1, 46-56

Hoy oímos a la vez el Magnificat de María (Lc 1, 46-56) y el Cántico de Ana, la madre de Samuel (1 Sam 2, 1-10). Los dos son himnos de alabanza a Dios por sus hazañas a los pobres que lo *temen*; mientras que él deja vacíos a los ricos y poderosos de la tierra que *no* lo *temen*. Dice María hoy: “y su misericordia es de generación en generación a los que le *temen*. Hizo proezas con su brazo; *esparció* a los *soberbios* en el pensamiento de sus corazones” (Lc 1, 50-51). Y Ana dice hoy: “Él [Dios] *guarda* los pies de sus *santos*, mas los *impíos perecen* en *tinieblas*” (1 Sam 2, 9).

Este es el misterio que meditamos hoy. Dios quiere engrandecer y exaltar a los que le *temen* —en el rico sentido bíblico— que quiere decir: los que lo *aman, respetan*, y

*obedecen con exactitud. Su salvación está cerca de ellos, y ellos viven en su gloria, como dice el salmista: “Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen, para que habite la gloria en nuestra tierra” (Sal 84, 10).*

Si *amamos* a Dios, lo *obedeceremos*; y entonces su *gloria habitará* en nuestra tierra, y en nuestros corazones. Y ¿no es esto lo que dice María hoy?, cuando dice: “su *misericordia* es de generación a generación a los que lo *temen*” (Lc 1, 50). Él los *enaltece*, aunque son humildes y pobres, como lo fue María.

Estos son sus verdaderos *amantes*, los que *hacen su voluntad*, como dijo Jesús: “El que tiene mis *mandamientos*, y los *guarda*, *ése* es el que me *ama*; y el que me ama, será *amado* por mi Padre, y yo le *amaré*, y me *manifestaré* a él” (Jn 14, 21). Jesús *ama* y se *manifiesta* a los que lo *aman* a él y lo *obedecen*, porque sólo los que lo *obedecen* lo *aman*. Ellos están *enaltecidos* por Dios por su *amor y obediencia*, por su *temor* del Señor, porque el *temor* —en el sentido bíblico— es el *amor*.

Al mismo tiempo, los *soberbios*, que *no lo aman* ni lo *obedecen* —que *no lo temen*— son *esparcidos*: “*esparció* a los *soberbios* en el pensamiento de sus corazones” (Lc 1, 51). Ana dijo lo mismo: Dios “*guarda* los pies de sus *santos*, mas los *impíos perecen* en *tinieblas*” (1 Sam 2, 9).

Sólo pocos días quedan ahora hasta la venida de Cristo de nuevo en nuestro mundo y corazón. Podemos *prepararnos al temerlo verdaderamente*, y hacemos esto al *amarlo y obedecerlo* en *todo* y con *exactitud*, viviendo *sólo* para él con *todo* el corazón. Los que hacen esto serán *bendecidos* en su venida. Él los *cuidará y enaltecerá*, llenándolos de *luz y esplendor*. Pero para disfrutar de esto, tenemos que ser *limpiados, preparados, y purificados*. Usemos bien, pues, estos pocos días que todavía quedan hasta Navidad.

## PREPARANDO EL CAMINO DEL SEÑOR

23 de diciembre

Malaquías 3, 1-4.23-24; Sal 24; Lc 1, 57-66

Hoy oímos sobre el nacimiento de Juan el Bautista, a quien Jesús identificó con Elías, que debía volver para preparar al pueblo para la venida del Señor. Leemos en la primera lectura la profecía de Malaquías sobre esto: “He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día del Señor, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” (Mal 3, 23-24). Su trabajo será reconciliar familias para que los hombres vivan en paz y amor mutuo. Así estarán preparados para la venida de Cristo. Malaquías profetiza también sobre este precursor del Mesías, diciendo: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí (Mal 3, 1).

Según Jesús, Juan el Bautista *era este precursor* (Mt 11, 1-14). Y san Marcos empieza su evangelio así: “Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; Enderezad sus sendas. Bautizaba Juan en el desierto” (Mc 1, 2-3, ver Mal 3, 1; Is 40, 3).

Juan preparaba a sí mismo primero, y después al pueblo, en el desierto, en el espíritu de Elías. Vivía una vida del Nazareo. No bebía vino, como dijo el ángel a su padre Zacarías, diciendo: “será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su Madre” (Lc 1, 15). Vivía una vida de *abstinencia y renuncia*, “estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6). Fue un *morador del desierto*, un *asceta*, alguien que *renunció* a los *placeres* del mundo —renunció aun a la comida y a la ropa normal— para vivir *únicamente* para Dios en *todo*. Así estaba preparado para la venida de Cristo. Así preparó el camino del Señor y enderezó sus sendas. Y por su ejemplo, él nos ayuda a nosotros también a saber *cómo* debemos preparar el camino del Señor.

Juan siempre ha sido honrado por los monjes como *el prototipo de la vida monástica*, siendo un *morador del desierto* por Dios, para purificar sus sentidos y su espíritu de la mundanidad y superficialidad del mundo. Así estaba preparado cuando Cristo se apareció. Él vivía en la soledad y el silencio; en oración, ayuno, y recogimiento; desprendido, despojado, y desapegado del mundo y sus deleites, para deleitarse *sólo* en el Señor, y así vivía en su *luz y esplendor*.

Cada persona debe prepararse para la venida de Cristo. Juan, *con el ejemplo de su propia vida*, nos muestra *cómo* hacer esto. Los *monjes* tratan de seguirlo *radicalmente*; pero *todos* deben imitarlo, conforme a la dirección interior del Espíritu Santo en cada uno. Así, pues, “Preparad el camino del Señor” (Mc 1, 3).

## HOY SABRÉIS QUE EL SEÑOR VENDRÁ; Y EN LA MAÑANA VERÉIS SU GLORIA

4º domingo de Adviento, Nochebuena, 24 de diciembre  
Miqueas 5, 1-4; Sal 79; Heb 10, 5-10; Lc 1, 39-45

Hoy es Nochebuena. **“Hoy sabréis que el Señor vendrá; y en la mañana veréis su gloria”** (Oficio romano viejo, vigiliias de 24 de diciembre, Invit.). Dios vendrá para salvarnos de nuestros pecados e imperfecciones, e iluminarnos con su luz eterna. Mañana veréis esta luz resplandeciendo en vosotros. Por eso tenemos que *purificarnos* para esto. **“Santificaos hoy, y estad preparados, porque mañana veréis la majestad de Dios en vosotros”** (Ibid., 1 resp.).

Veremos mañana que Dios encarnado en un hombre, en mi carne humana, *me afecta a mí también*. Por el bautismo y la fe, el misterio que aconteció en Jesús, siendo Dios encarnado, me transforma, ilumina, y diviniza a mí también, porque en él la divinidad ha entrado en la humanidad y afecta y transforma a *todos* los que son bautizados, creen en él, y lo imitan.

Mañana será *actualizado* este misterio, porque estaremos *presentes* mañana delante del misterio de la divinidad entrando dentro de nuestra humanidad, dentro de *nosotros*, inhabitándonos, transformándonos, iluminándonos, y divinizándonos. Por eso queremos ser *preparados y santificados* para esta gran conmemoración, celebración, y actualización



del misterio transformador de la encarnación. Queremos *ver* la majestad de Dios en nosotros.

**“Estad constantes, y veréis el auxilio del Señor sobre vosotros; Judea y Jerusalén, no temáis: Mañana saldréis, y el Señor estará con vosotros”** (Ibid., 2 resp.). Queremos *ver* este auxilio, que es Dios resplandeciendo en nuestros corazones, iluminándonos con el conocimiento y el amor divino de Jesucristo. Cristo se encarnó para inhabitar en nuestros corazones, llenándonos de amor, paz, y luz celestial, para que viviéramos, oráramos, e incluso durmiéramos en paz celestial como hicieron María y José en Belén con el niño Jesús. Esta paz que descendió del cielo y los envolvió, nos envolverá a nosotros también mañana.

Por eso **“Santificaos, hijos de Israel, y estad preparados. Mañana saldréis y el Señor estará con vosotros”** (Ibid., 2 resp.). Caminaremos con el Señor, Emmanuel, “Dios-*con*-nosotros”, en medio de nosotros, transformándonos desde dentro, deificándonos. Por ello vino Dios a la tierra, para nuestra deificación. Se encarnó en nuestra carne para deificarla, es decir: llenarla de su divinidad. Es como una inoculación. Somos inoculados por él viviendo dentro de nosotros. Permanecemos seres humanos, no dioses, pero tendremos su gracia, que es su vida, y tendremos su presencia personal dentro de nosotros, destruyendo nuestro pecado y santificándonos. Por eso la liturgia dice que **“mañana saldréis Judea y Jerusalén, y el Señor estará con vosotros”** (Ibid., 2 resp.).

¿Pero no queremos vivir *todos* los días en esta condición como verdaderos hombres nuevos (Ef 4, 22-24), una nueva creación (2 Cor 5, 17), muertos con Cristo en la cruz a nuestro pasado pecaminoso y resucitados resplandecientes con Cristo resucitado, para andar en “la novedad de vida” (Rom 6, 4)? Vivamos así, pues, por lo menos mañana, y veremos lo que sucederá. Vivamos un día en la luz, como hijos de luz, calentándonos en el resplandor de Dios encarnado aquí en la tierra. Y que mañana sea el comienzo de una nueva manera de vivir, olvidando los deleites de este mundo, y viviendo en el esplendor de Cristo encarnado para nuestra transformación e iluminación en él.

**“Santificaos, hijos de Israel, dice el Señor: mañana, pues, descenderá el Señor, y quitará de vosotros toda languidez. Mañana será quitada la iniquidad de la tierra; y el Salvador del mundo reinará sobre nosotros”** (Ibid., 3 resp.). Este es el misterio realizado en Cristo, en su encarnación, muerte sacrificial, y resurrección. En este misterio, por la fe, el bautismo, y la imitación de él, somos perdonados, transformados, y llenados de Dios. Por eso tenemos que *santificarnos* para poder vivir en esta nueva realidad de la fe. Es una vida verdaderamente *nueva*, llena del amor divino y de la esperanza de la gloria. Es una vida en que vivimos en silencio, llenos del amor de Dios y del amor por todo el mundo. Dios quita la languidez de nuestro espíritu. Él borra nuestro pecado, y el del mundo entero.

Esto es algo para *todos* los días, no para un solo día; pero en el día de su nacimiento, él desciende y quita la iniquidad de la tierra y comienza a reinar sobre nosotros; y este día es mañana. Mañana, este día de su nacimiento será actualizado por nosotros, y este día es el comienzo del resto de nuestra vida. El Salvador del mundo reinará sobre nosotros mañana. **“Mañana la salvación estará con vosotros”** (Ibid., Laúdes). Será un día para armar nuestra tienda en las alturas y calentarnos en el resplandor de Dios. Él iluminará nuestra cara y nuestro corazón con el calor de su fulgida luz y esplendor.

Mañana nacerá en Belén de Judá “el que será Señor en Israel” cuyas “salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”. Él apacentará “con la majestad del nombre del Señor su Dios”, y moraremos seguros, “porque ahora él será engrandecido hasta los confines de la tierra. Y *éste* será la paz” (Miqueas 5, 2-5). Toda la naturaleza será bendecida en el que nacerá mañana delante de nuestros ojos de fe.

## REGOCIJAOS PORQUE EL SEÑOR HA VENIDO

Navidad, Misa de Noche, 25 de diciembre  
Is 9, 1-3.5-6; Sal 95; Tito 2, 11-14; Lc 2, 1-14

Hoy es Navidad. Hoy la liturgia nos presenta el misterio de la encarnación de Dios en la tierra como hombre, vistiendo el esplendor de su divinidad de nuestra humanidad, para iluminarla desde dentro, transformándola y divinizándola, si tan sólo creemos en él, somos bautizados, y lo imitamos.

Hoy **“El Rey pacífico es engrandecido, cuyo rostro todo el universo desea ver”** (Oficio romano antiguo, 1 vís.). Él es el “Príncipe de Paz” (Is 9, 6) del reino pacífico, donde mora el lobo con el cordero; y el leopardo con el cabrito se acuesta (Is 11, 6). Hoy **“El Rey pacífico es exaltado sobre todos los reyes del mundo”** (Ibid., 1 vís.), y nos regocijamos en su exaltación.

**“Hoy la verdadera paz desciende del cielo: hoy por todo el mundo los cielos destilan miel. Hoy un día de nueva redención nos ilumina, de reparación de lo pasado, de felicidad eterna”** (Ibid., vigiliias, 2º responsorio). Esta paz viene de Cristo, de su encarnación transformadora en nuestra carne, de su muerte propiciatoria en la cruz, y de su resurrección esplendorosa del sepulcro.

Hoy “la bondad y amor de Dios, nuestro Salvador, para con los hombres se manifestó, no por obras de justicia que hicimos nosotros, sino según su misericordia, y nos salvó por un lavamiento de regeneración y renovación en el Espíritu Santo, el cual él derramó abundantemente en nosotros por Jesucristo, nuestro Salvador” (Tito 3, 4-6). Él nos inunda hoy con este lavamiento del Espíritu Santo. Es el don gratuito de Dios, renovándonos. Este es la miel que destila hoy de los cielos en todas partes del mundo. La dulzura que experimentamos hoy viene de la encarnación de la luz eterna en nuestra humanidad, actualizada hoy para nosotros, haciéndonos presentes delante de este gran misterio.

Es una nueva redención, una iluminación que repara lo pasado y perdona nuestros pecados. Hoy vemos la *bondad* y la *humanidad* de Dios. Se aparecen hoy en Cristo el Señor acostado en el pesebre. Este es el gran gozo que celebramos hoy, anunciado a los pastores: “y el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lc 2, 10-11).

Hoy venimos con los pastores para postrarnos delante de él y adorarlo. Él es la fuente de toda nuestra alegría, luz, amor, y paz, una paz no de este mundo. Él descende sobre nosotros y nos llena de una luz y paz celestiales.

Él vino para la transformación del mundo en el reino de Dios. Y aquel Verbo eterno “fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y *vimos su gloria*, gloria como del unigénito del Padre, *lleno de gracia y de verdad...* [y] de su *plenitud* tomamos todos, y *gracia sobre gracia*” (Jn 1, 14.16).

Es por eso que nos purificamos de la mundanidad del mundo, es decir: para poder *vivir en esta luz*, y extenderla a toda la humanidad. Por eso san Pablo nos aconseja hoy que vivamos sobria y piadosamente, diciendo: “la gracia de Dios nuestro Salvador se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa, y piadosamente” (Tito 2, 11-12).

Esta manifestación de su gracia, gloria, y plenitud nos motiva a vivir de una manera *nueva* para poder *percibir* estas revelaciones. Es decir, tenemos que vivir *sólo* para Dios con un corazón completamente *indiviso*, dejando todo lo demás, *renunciando* a los *placeres* del mundo y viviendo en *silencio* y *recogimiento*. Al vivir así, podremos *contemplar* su *gloria* y ser cada vez más transformados en la gloria que contemplamos.

Hoy dice el Padre: “Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy” (Sal 2, 7). El que fue engendrado desde toda la eternidad, en “el esplendor de los santos, del seno, antes de la aurora” (Sal 109, 3), hoy nace como hombre de una virgen. En Jesús, Dios armó una tienda para el sol (Sal 18, 4).

En sus días “florecerá la justicia y muchedumbre de *paz*, hasta que no haya luna. Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Sal 71, 7-8). Tendrá un reino universal y eternal sobre toda la tierra de paz celestial.

“Ante él se postrarán los moradores del desierto... Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes; los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones. Todos los reyes se postrarán delante de él... se le dará del oro de Sabá...se perpetuará su nombre mientras dure el sol” (Sal 71, 9-11.15.17). Este es el nuevo rey de la luz, un rey como el sol; y en la luz de su rostro andarán su pueblo, y en su nombre se alegrarán todo el día y gritarán de júbilo (Sal 88, 16-17); “su descendencia será para *siempre*, y su *trono* como el *sol* delante de mí —dice el Señor—. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo” (Sal 88, 36-37).

Caminemos, pues, en su *luz*. En él es el perdón de todos los pecados e imperfecciones. Él es “la aurora desde lo alto” que viene “para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte” (Lc 1, 78-79). Él es la luz resplandeciendo en las tinieblas, y quiere que caminemos *con él* en la *luz*, en *silencio* y *adoración*, *perdonados* de todos nuestros pecados por haberlos confesado. Si lo buscamos en el *desierto*, en la *soledad*, en la *renuncia* de todo lo demás, y por el camino de la *cruz*, del *sacrificio*, y de la *mortificación*, lo *encontraremos*, y seremos *iluminados* y *transformados* en su *luz* y *amor*.

De verdad, “el Señor ha *acordado* de su misericordia...para con la casa de Israel; [y] *todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios*” (Sal 97, 3).

HOY UNA GRAN LUZ HA DESCENDIDO SOBRE LA TIERRA

Navidad, Misa del Día, 25 de diciembre  
Is 52, 7-10; Sal 97; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18

Ahora nuestra celebración de Navidad ha llegado a su culminación con la Misa del Día. Ahora contemplamos el misterio de la encarnación en la plenitud de su esplendor, en el nacimiento de Dios en un hombre en nuestra tierra. Hoy **“Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, cuyo imperio sobre su hombro, y se llamará Ángel del Gran Consejo”** (antífona de la entrada). El imperio está sobre su hombro. Tiene un imperio, un señorío vasto, sin límite, un dominio universal de paz y luz celestiales y del amor divino. Vino para establecer en la tierra este reino, para renovar la tierra entera con su luz. Vino para renovarnos a todos nosotros, librándonos de nuestros pecados, del sentido de la culpabilidad, y de las tinieblas, para que viviéramos en el esplendor de su amor que nos inunda.

Su nacimiento hace esta santísima noche resplandecer de gloria, como dice la liturgia: **“Oh Dios, que hiciste resplandecer con la iluminación de la verdadera luz esta santísima noche, concédenos que los que hemos conocido en la tierra el misterio de su luz, podamos regocijarnos con su alegría en el cielo”** (oración colecta antigua de la Misa de Noche). La verdadera luz esclarece esta noche con su claridad. Esta luz ilumina también nuestros corazones, una vez que son purificados de todo pecado. Él vino para esto, para salvarnos de nuestros pecados por los méritos de su muerte sacrificial y propiciatoria, y por el esplendor de su resurrección. Por los sacramentos él ministra esta absolución y renovación. Él nos transforma también por el contacto con el misterio de su encarnación, llenándonos de su propio esplendor. El esplendor que estaba en él viene a inhabitarnos a nosotros también.

Este nacimiento de Dios en la tierra, actualizado hoy, es algo *nuevo* para nosotros, como vemos en la liturgia: **“concédenos —rezamos—, Dios todopoderoso, que el nacimiento *nuevo* en la carne de tu Unigénito nos libere a quienes el yugo viejo del pecado tiene en servidumbre”** (oración colecta antigua de la Misa del Día). Hoy experimentamos “el nacimiento *nuevo* en la carne” de Cristo, *presentado y actualizado* delante de nosotros, transformándonos y regocijándonos.

Él vino para que pudiéramos *participar de su vida divina*, como dice la liturgia hoy: **“concédenos participar de la vida divina de aquel que ha querido participar de nuestra humanidad”** (oración colecta de la Misa del Día). Este es un nuevo tipo de vida, teniendo a Cristo resplandeciendo en nuestro corazón.

**“Nos ha amanecido un día sagrado; venid naciones, adorad al Señor, porque hoy una gran luz ha descendido sobre la tierra”** (aclamación antes del evangelio). Él que ha nacido hoy es la luz que todos buscan. Es la luz para la cual fuimos creados, y es la única luz que puede llenar el vacío en nuestro corazón y satisfacernos verdaderamente. Y porque esta luz nació hoy en la tierra, rezamos: “El Señor ha hecho *notoria* su salvación; a la *vista* de los gentiles ha *revelado* su *justicia*... Todos los confines de la tierra *han visto* la *salvación* de nuestro Dios.” (Sal 97, 2-3; antífona de la comunión). Nos calentamos, pues, en el resplandor de Dios hoy.

Isaías profetiza hoy: “El Señor desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y *todos los confines de la tierra verán* la *salvación* de nuestro Dios (Is 52, 10).

Si tan sólo confesamos nuestros pecados e imperfecciones y hacemos su perfecta voluntad, purificándonos de los deleites de este mundo, y viviendo únicamente para él en todo, todo el tiempo, viviremos en esta gran luz, llenos de Dios y del esplendor del amor divino. Por ello él nació en la tierra, asumiendo nuestra naturaleza —es decir: para redimirla y divinizarla, y así transformar al mundo en el reino de Dios, el reino pacífico donde el lobo y el cordero viven juntos en paz (Is 11, 6). Este es un imperio sin límite (Is 9, 7), el dominio del Príncipe de Paz (Is 9, 6).

Por eso, “cantad con júbilo, toda la tierra; cantad con exultación” (Sal 97, 4). El recién nacido es —como dice Hebreos hoy— “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Heb 1, 3). Él era —como dice san Juan hoy— desde el principio, desde toda la eternidad con Dios, y era Dios. Vivía siempre en amor y esplendor inefables con el Padre. En él esta la vida y la luz de los hombres. Y él resplandeció hoy en las tinieblas. Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre, y vino al mundo, para que nosotros renaciéramos en él. Y “hemos visto su gloria”. “Aquel verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y *vimos su gloria*, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14).

Vemos y experimentamos su gloria dentro de nosotros si tan sólo hacemos su voluntad y somos purificados. Él nos revela su gloria. “De *su plenitud* tomamos todos, y *gracia sobre gracia*” (Jn 1, 16). Hoy, pues, nos calentamos en su resplandor, dándole gracias por su gran amor.

## LA CRUZ NUNCA ESTÁ LEJOS DEL PESEBRE

La fiesta de san Esteban, 26 de diciembre  
Hch 6, 8-10; 7, 54-60; Sal 30; Mt 10, 17-22

Aun en medio de la bella celebración de Navidad, no podemos olvidar la centralidad de la cruz en la vida cristiana. Es central en nuestra fe y en nuestra manera de vivir, y la fiesta de hoy, de san Esteban, sólo un día después de Navidad, nos recuerda esto. Fue por el amor, que Cristo nació en la tierra: Fue porque Dios quiso compartir con nosotros el mismo amor y esplendor en que el Hijo vive siempre con su Padre. Él quiere que nazcamos de él, renovados y divinizados, y que vivamos en la paz celestial de Belén, viviendo en la luz, y en paz y hermandad con todos. Pero al hacer esto, seremos entendidos mal y perseguidos; pero esta *persecución aumentará aún más el esplendor* en que vivimos, y por eso no tenemos que temerla.

San Esteban es un ejemplo de esto. Vemos la *gloria* de su muerte, perseguido por su testimonio valeroso de Jesús. Estando arrebatado, traído al concilio, y acusado falsamente, su rostro fue “como el rostro de un ángel”, y todos vieron esto (Hch 6, 15); y en su defensa, predicó un sermón largo y poderoso, lleno del Espíritu Santo. Y mientras todos “se enfurecían en sus corazones” por sus palabras, “y crujían los dientes contra él...”, Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la *gloria* de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de

Dios” (Hch 7, 54-56). Vemos, pues, que aun en medio de esta persecución, en medio de su martirio, él quedaba fijo en Jesús, el amor de su alma, y aun lo vio con sus ojos.

Este es un ejemplo para nosotros. La divinización que recibimos por la encarnación de Dios en la tierra nos llena del amor divino que nos capacita para dar testimonio valeroso y público de Jesús, y sufrir por él por amor de él, y así crecer más aún en nuestro amor por él, el amor que llena nuestra vida de belleza y esplendor. Es el mismo amor que vemos en la cueva iluminada de Belén que se expresa hoy, un día después, en el testimonio valeroso de san Esteban.

Y ¿por qué seremos perseguidos? Es porque **no** somos *del mundo*, como **tampoco** Jesús era *del mundo* (Jn 17, 14.16). “Si fuerais del mundo —dijo Jesús— el mundo amaría lo suyo; pero **porque no** sois *del mundo*, antes yo os elegí **del mundo**, por eso el mundo os aborrece” (Jn 15, 19). Rezando a su Padre sobre sus seguidores, Jesús dijo: “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Jn 17, 14).

Si, pues, predicamos como san Esteban, los que piensan como el mundo nos rechazarán y perseguirán; pero no debemos extrañarnos de esto, como dice san Juan: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Jn 3, 13). Y san Pablo dice lo mismo, diciendo: “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim 3, 12). Y Jesús nos prepara para esto hoy, diciendo. “y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mt 10, 22).

Así, pues, es nuestra vida, una vida vivida en el esplendor divino, permaneciendo y creciendo en este espléndido amor por contacto con Jesucristo, Dios encarnado. Pero al mismo tiempo, es una vida de la cruz, una vida **no** de este mundo, una vida **mortificada** al mundo, **crucificada** al mundo (Gal 6, 14), una vida de mortificación, vivida sólo por Cristo. En todo esto, es una vida verdaderamente espléndida, pero entendida mal por el mundo y por los que piensan como el mundo, y por eso es siempre una vida perseguida.

Pero esta misma persecución nos ayuda a crecer más aún en este espléndido amor que adoramos en el pesebre iluminado del Salvador, Cristo el Señor. Por eso debemos regocijarnos en la persecución, y Dios nos recompensará con su amor en nuestro corazón, como nos dice san Pedro: “Amados..., gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo... Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pd 4, 12.13.14). En la persecución por Cristo vivimos más aún en su espléndido amor.

¡Qué importante, entonces, es la cruz para la espléndida vida de fe, ejemplificada hoy en san Esteban!

## DIOS SE ENCARNÓ PARA NUESTRA TRANSFORMACIÓN EN GLORIA Y ESPLENDOR

La fiesta de san Juan, Apóstol, 27 de diciembre  
1 Jn 1, 1-4; Sal 96; Jn 20, 2-9

Hoy es san Juan el apóstol que nos ayuda a profundizar el misterio de Navidad, que es el misterio de la encarnación. Él dice en la primera lectura hoy que él nos está escribiendo sobre el Verbo de Dios, que es el Verbo de la vida, que vino a nuestro mundo. Esta vida se nos manifestó en Jesucristo. Era la vida que existía con el Padre; y Juan dice que él, Juan, ha visto esta vida y la ha oído y palpado. Juan dice que él nos está escribiendo sobre esta vida para que su alegría sea cumplida.

Nunca podremos terminar de profundizar este misterio de Dios —es decir: que el Verbo se encarnó en la tierra para que nosotros pudiéramos compartir su gloria, su gozo, su vida, y su amor. Por ello él se encarnó. Él nos dio su propia gloria (Jn 17, 22), que él siempre tiene con su Padre (Jn 17, 5), para que la contempláramos (Jn 17, 24), para que esta gloria se revelara en nuestro espíritu, y nos transformara en la misma gloria que contemplamos (2 Cor 3, 18). Por ello él resplandece en nuestros corazones (2 Cor 4, 6). De verdad, “*hemos visto su gloria*” (Jn 1, 14), y “*hemos recibido todos de su plenitud, y gracia sobre gracia*” (Jn 1, 16).

Vemos su gloria en la *contemplación*, y esta gloria es la misma gloria y esplendor en que el Hijo vivía eternamente con el Padre antes de la creación del mundo (Jn 17, 5). Él quiere que nosotros compartamos esta misma gloria y amor divino, que es *esplendido*. Jesús vino para que el amor, con que el Padre lo ama a él esté también en nosotros (Jn 17, 23.26). Y Cristo quiere que *permanezcamos siempre en su amor* (Jn 15, 9), permaneciendo siempre en él (Jn 15, 4). Y porque su amor es *espléndido y glorioso*, él quiere que no sólo lo contemplemos, sino que también *permanezcamos en su gloria y esplendor*, aunque no siempre de la misma intensidad.

Por eso Navidad es una celebración de tanta gloria y esplendor. Es porque en este tiempo profundizamos el misterio de su encarnación, que nos lleva su vida, su luz, y su gloria. Y meditándolo, este mismo misterio viene a estar *presente* en nosotros —es *actualizado* en nosotros—, y nos renueva, transforma, y diviniza. Esta es la transformación en su gloria, en su esplendor, que el Padre envió al Hijo a la tierra para darnos, para que fuésemos una nueva creación (2 Cor 5, 17; Apc 21, 5; Gal 6, 15), hombres nuevos (Ef 4, 22-24), “*regenerados*” por el lavamiento del Espíritu Santo (Tito 3, 4-6).

Pero para disfrutar de esta salvación, tenemos que vivir, desde ahora en adelante, *sólo para él en todo, renunciando a los deseos y placeres mundanos* (Tito 2, 12). Sólo así estaremos *purificados* para poder *entrar en esta unión espléndida y transformadora* con Dios. Sólo así podremos *vivir y caminar en su luz* (Jn 8, 12) y ser, nosotros mismos, *luces* en el mundo (Mt 5, 14-16; Fil 2, 15).

Cristo vino para librarnos de nuestros pecados y llevarnos a nuestra patria celestial; y para santificarnos e iluminarnos aquí en la tierra en medio de nuestra peregrinación a nuestra patria eternal. ¡Qué vivamos, pues, *en su luz, renunciando a las otras luces* de este mundo, que *no* pueden satisfacernos, ni llenar nuestro corazón, ni alimentar nuestro espíritu! Sólo el amor de Dios puede hacer esto, y lo encontramos en el pesebre de la cueva iluminada de Belén.

San Juan, a quien honramos hoy, es el gran teólogo del misterio de la encarnación para nuestra transformación en gloria y esplendor.

## SON VÍRGENES, Y SIGUEN AL CORDERO POR DONDEQUIERA QUE VA

La fiesta de los Santos Inocentes, 28 de diciembre

1 Jn 1, 5 - 2, 2; Sal 123; Mt 2, 13-18

Hoy honramos a los Santos Inocentes, “los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que [Herodes] había inquirido de los magos” (Mt 2,16). Recordamos que anteriormente “Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella” (Mt 2, 7). Entonces, podemos imaginar lo que sucedió. Los soldados de Herodes llegaron de noche a Belén, unos pocos días después del nacimiento de Jesús, y mataron a todos estos niños menores de dos años.

¡Qué tragedia, qué tristeza humana esta matanza en el mismo Belén en el tiempo del nacimiento del Salvador, Cristo el Señor, el único Hijo de Dios! ¿Qué debemos aprender de esto? Ciertamente que la *cruz* nunca está lejos del *pesebre*, aunque estos niños fueron demasiado jóvenes para saber lo que estaba pasando. Pero aun así, su muerte es para nosotros un signo y recuerdo de la *centralidad* de la *cruz* en la vida cristiana, echando su sombra aun sobre el pesebre de Cristo en su nacimiento.

Pero en el plan de Dios, aun la tristeza humana es transformada por Cristo. Estos niños siempre se han considerado como mártires, porque murieron por Cristo, perdieron su vida en este mundo por Cristo, aun sin saberlo. Bautizados así en su propia sangre, creemos que entraron inmediatamente en su patria celestial, las primeras personas que entraron en el cielo, porque Cristo abrió sus puertas cerradas desde el pecado de Adán. Por eso esta fiesta de hoy, aunque es una conmemoración de algo humanamente triste, es también una celebración alegre con la misma alegría que la Iglesia siempre tiene en todas las fiestas de los mártires.

Ellos están entre los ciento cuarenta y cuarto mil que andan con el Cordero dondequiera que va. Son sin mancha, vírgenes, el cortejo del Cordero. “...fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios” (Apc 14, 3-5).

Son almas puras, sin pecado personal, y ya redimidos por Cristo del pecado original, y bautizados en su propia sangre por su martirio. Ellos son entre la gran multitud que está ahora “delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (Apc 7, 9). Ellos son “los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos” (Apc 7, 14-15).

Por eso, aunque en Belén “Voz fue oída en Ramá, grande lamentación, llanto y gemido; Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron” (Mt 2, 18; Jer 31, 15), hay regocijo hoy en el cielo en el día de su muerte gloriosa por Cristo, y son acogidos como las *primicias* de su *salvación*, los primeros mártires, y las primeras personas a entrar en el reino del Padre.



Nosotros también nos regocijamos sobre ellos y expresamos *nuestro* deseo de *inmolarnos* a nosotros mismos también en un sacrificio de amor al Cordero. Nos ofrecemos por medio de una vida de sacrificio, mortificación, y renuncia de los deleites de este mundo; y *nos inmolamos en amor a Dios. Sólo así se encuentra la verdadera felicidad. Una vida crucificada (Gal 6, 14) y sacrificada en amor es la única vida feliz, y estos pequeños mártires son un ejemplo de esto para nosotros.* Nos regocijamos, entonces, en su muerte sacrificial en Belén en este tiempo de Navidad. Y nos regocijamos también en su victoria, porque desde su muerte hasta ahora son felices, siguiendo “al Cordero por dondequiera que va” (Apc 14, 4).

## CUANDO UN PROFUNDO SILENCIO ENVOLVÍA TODAS LAS COSAS

Sexto día dentro de la Octava de Navidad, 30 de diciembre  
1 Jn 2, 12-17; Sal 95; Lc 2, 36-40

La Misa hoy es muy bella. Comienza con la antífona *Dum medium*: “**Cuando un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche estaba a la mitad de su camino, tu Palabra omnipotente, Señor, descendió de los cielos, desde tu trono real**” (antífona de entrada; Sab 18, 14-15). Y la Misa termina con esta rica antífona de la comunión: “**De su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia**” (Jn 1, 16).

Cristo nació “**Cuando un profundo silencio envolvía todas las cosas**”. ¡Qué pacífica es la noche cuando dormimos con una conciencia limpia, cuando hemos confesado nuestros pecados y recibido la absolución de Cristo, y cuando su esplendor resplandece en nuestros corazones, iluminándolos y divinizándolos, llenándolos de paz y regocijo en el Señor! Es como estamos envueltos en una niebla luminosa del amor divino. Es el bello silencio de la noche, el tiempo del sueño y de la adoración, el tiempo de paz e intimidad con Dios.

Era en este tiempo que el Verbo eterno se encarnó, vistiéndose de nuestra carne humana para iluminarla desde dentro, llenándola de su esplendor, que nos ilumina, regocija, y diviniza, transformándonos en nuevas criaturas, y transformando al mundo en el reino de Dios.

*Los que obedecen a Dios perfectamente y tienen una conciencia limpia conocen esta alegría e iluminación, porque —como dice la antífona de la comunión— “De su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia” (Jn 1, 16).* Esta belleza, esta plenitud, viene de Dios encarnado en nuestra humanidad, naturaleza, y carne en la tierra, llenándonos del esplendor de su divinidad por contacto con él en fe e imitación. Su esplendor, contenido en su humanidad, entonces corre por medio de su humanidad y entra en nuestra humanidad hasta penetrar, llenar, y transformar nuestro espíritu, divinizándonos. Entonces, en el profundo silencio de la noche, cuando todas las cosas están envueltas en este silencio, y la noche está a la mitad de su camino, su paz, su luz, su vida, y su divinidad nos invaden e inundan; y conocemos que hemos recibido de su plenitud, y “gracia sobre gracia” (Jn 1, 16).

Hoy oímos también esta bella aclamación antes del evangelio: **“un día sagrado ha brillado para nosotros. Venid, naciones, y adorad al Señor, porque hoy ha descendido una gran luz sobre la tierra”**. Hoy es este día sagrado, porque Cristo vive en nosotros. Él es la gran luz que hoy, en su nacimiento, ha descendido e iluminado al mundo. Son los que han dejado todo por él que *experimentan* esta luz iluminándolos y brillando con el esplendor del amor divino en sus almas. *Los que han confesado sus pecados y viven —ya arrepentidos, convertidos y purificados— una vida nueva, sólo para él viven en esta luz*. Para ellos, **“los cielos destilan miel por todo el mundo”**, como dice el responsorio de vigiliias (oficio romano antiguo, 30 de diciembre). Ellos han renunciado a los deleites de este mundo y se regocijan ya dentro de sí mismos en su esplendor.

Hoy también san Juan nos dice: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn 2, 15). Cuanto más lejos estamos del mundo, tanto más podemos recibir de la *plenitud* de Cristo y disfrutar del *profundo silencio de la noche*.

Y san Lucas nos da hoy el bello ejemplo de Ana, la viuda anciana que “no se apartaba del templo, *sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones*” (Lc 2, 37). Ella vivía *en este profundo silencio*, lejos del mundo, y recibió al niño Cristo en el templo, “y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Lc 2, 38). Es un ejemplo que debemos seguir.

## EL MISTERIO DE LA SAGRADA FAMILIA EN LA NOCHE DE BELÉN

Fiesta de la Sagrada Familia, domingo dentro de la Octava de Navidad  
Eclo 3, 3-7.14-17; Sal 127; Col 3, 12-21; Lc 2, 41-52

Hoy, en medio de la Octava de Navidad, celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, Jesús, María, y José. Los vemos en cada iglesia y cada casa durante este tiempo de Navidad, en una cueva iluminada, alrededor del pesebre de Jesús.

Cuando los pastores llegaron a Belén, los vieron: **“vinieron, pues, apresuradamente y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”** (Lc 2, 16; antífona de la entrada). Los Magos también los encontraron en Belén: **“Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso, y mirra”** (Mt 2, 11; antífona de vigiliias).

Hay mucho a profundizar en estos versículos. Los pastores, tanto como los Magos, llegaron de noche —los dos grupos habiendo recibido un anuncio celestial por la noche.

Los pastores **“velaban y guardaban las vigiliias de la noche sobre su rebaño” en los campos cerca de Belén, cuando “la gloria del Señor los rodeó de resplandor...y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!”** (Lc 2, 8.9.13-14). Era de noche cuando vieron esta aparición y cuando los cielos oscuros les resplandecieron delante de ellos, rodeándolos de gloria celestial. Y en este mismo momento de la noche, vinieron *apresuradamente* para

ver esta cosa que ha sucedido en Belén. Y entrando silenciosamente en la cueva oscura, llenos de respeto y de un espíritu de adoración, lo vieron, y lo adoraron.

Los Magos también llegaron a la cueva de Belén de noche; y esto conocemos, porque fueron guiados por una estrella: **“y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra”** (Mt 2, 9-10).

El misterio de la Sagrada Familia en Belén es un misterio de adoración en la noche, en la obscuridad, en el silencio, en la simplicidad. Es un misterio de asombro y maravilla, de silencio y sencillez, y de gran reverencia. Los que vigilaban en el silencio de la noche —los pastores y los Magos— fueron los que experimentaban el esplendor de Dios encarnado en la tierra para nuestra iluminación y divinización. Estas dos escenas —la adoración de los pastores, y la de los Magos en la noche— son iconos, representando para nosotros el misterio de la oración y adoración de Cristo el Señor en el silencio y la oscuridad de la noche. Este es el tiempo cuando él resplandece en nuestros corazones con su divinidad. Son los que vigilan para él en la noche que lo ven en su esplendor.

Recordamos que aquí en Belén, todo es sencillo, todo silencioso. José y María no conocen a nadie aquí. Y José no tiene trabajo aquí. No había nadie viniendo y yendo para comprar mesas o puertas o sillas, y a hablar con él. Todo su tiempo es pasado con María y el niño-Dios, recién-nacido en silencio, en moderación, en paz celestial. Es un tiempo pasado en recogimiento, en la oscuridad, en esta cueva oscura, pero iluminada, lejos de la ciudad y lejos del mesón, lejos del mundo con su ruido y distracción.

¿Y no son estos los valores de *la vida monástica*: el *velar de noche*, la oración y la adoración por la noche, en el silencio y la soledad, lejos de la ciudad, lejos del mundo con sus distracciones, lejos de nuestros parientes, al borde del *desierto* —al *borde del mundo*—?

La *cueva* es su *célula*. Es oscura, pero iluminada de la luz celestial; y los corazones de María y José estaban iluminados del resplandor del Dios-hecho-hombre delante de ellos. Tenían mucho tiempo para reposo, meditación, y contemplación, haciendo lo necesario en silencio con moderación, para no romper este encanto.

¿No es la vida monástica edificada sobre estos valores? ¿No es un intento de vivir el misterio de la Sagrada Familia en la cueva, en la noche de Belén?

## SURGIÓ EN LAS TINIEBLAS UNA LUZ PARA LOS RECTOS

1 de enero, El Año Nuevo, Octava de Navidad  
Solemnidad de la Madre de Dios  
Num 6, 22-27; Sal 66; Gal 4, 4-7; Lc 2, 16-21

“Vinieron, pues, los pastores, *apresuradamente*, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño... Y volvieron los pastores, glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que

habían oído y visto” (Lc 2, 16-17.20). Se fueron *apresuradamente* por *alegría*; y lo que hallaron era la escena más bella de toda la historia, Cristo el Señor en su pesebre, en la cueva iluminada de Belén. Y ¿qué se les había dicho acerca del niño? Oyeron estas palabras del ángel: “No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” y “Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre” (Lc 2, 10-12). Oyeron que el Salvador, que es Cristo el Señor, ha nacido en Belén, y está acostado en un pesebre en la ciudad de David. Y oyendo esto, se fueron *apresuradamente* para verlo.

Hoy nos encontramos otra vez delante del pesebre de Jesús, entre María y José, postrándonos con los pastores, adorando al niño, Cristo el Señor, nuestro Salvador. De verdad, **“una luz brilla sobre nosotros hoy”** (antífona de la entrada); porque **“un niño nos es nacido, un hijo nos es dado; cuyo imperio está sobre su hombro, y se llamará su nombre Ángel del Gran Consejo”** (antífona antigua de la entrada; ver Is 9, 6).

Este niño nació para hacernos *nuevos*: “De modo que si alguno está *en Cristo*, *nueva criatura* es; las cosas *viejas pasaron*; he aquí *todas* son hechas *nuevas*” (2 Cor 5, 17). Y hoy comenzamos un *año nuevo*, 2007. Hoy es un *día nuevo* de un *mundo nuevo en Cristo*, que dijo: “He aquí, yo hago *nuevas todas las cosas*” (Apc 21, 5). En la oscuridad de la noche de Belén, resplandeció una luz que ilumina el mundo entero. Él asumió nuestra humanidad, y nos *dio* su *divinidad*, y con este don, nos dio una vida *nueva e iluminada*, una vida que puede permanecer en su *espléndida luz*, llena de su amor; e irradiar a los demás el brillo de la *vida divina* que ahora corre en nuestras entrañas. Nos calentamos, pues, en este tiempo sacratísimo, delante del pesebre iluminado por el rey del universo.

Él nos ilumina interiormente, perdonando nuestros pecados y bendiciéndonos con su gloria y gracia. Él nos abraza y llena de su amor. Y quiere que permanezcamos así, en su esplendor, en su espléndido amor, aunque no lo experimentamos siempre del mismo grado. Si caemos en imperfecciones, y si las confesamos, él nos perdonará y nos readmitirá otra vez en este esplendor. Él nos salvó por este niño, no por nuestras obras, sino por un lavamiento gratuito de regeneración y renovación en el Espíritu Santo que él derramó abundantemente sobre nosotros (Tito 3, 5-6). Este baño de renacimiento, que nos hace *nuevos*, viene de este niño, que injertó en nuestra carne, por su encarnación, este nuevo poder. Él es el germen del mundo *nuevo*, de la *nueva* creación, el germen que hace todo *nuevo*.

Esto es lo que queremos decir cuando decimos que él nos *divinizó*. La liturgia dice: **“Hemos sido hechos partícipes de la divinidad de Cristo, que se humilló para compartir nuestra humanidad”** (1 vísp.). ¡Qué iluminación viene de esta cueva iluminada, en la oscuridad de la noche, al borde del desierto! Nuestro *contacto* con este *misterio*, si somos bautizados, creemos en él, y tratamos de imitarlo, —nuestro contacto con este misterio nos *diviniza*, nos hace a nosotros también *resplandecientes e iluminados*, llenos del amor de Dios, *renovados y regenerados*, hechos una *nueva creación*.

¡Qué buen modo de inaugurar un *año nuevo*, siendo *nuevos* nosotros mismos, habiendo *dejado* nuestra pasada manera de vivir por nosotros mismos y por nuestros placeres, y habiendo renacido de él a este *nuevo* modo de vivir en imitación de él, muertos a todo lo demás, y vivos *sólo* para él (2 Cor 5, 14-15; Rom 14, 7-8)!

San Pablo nos dice hoy que el cumplimiento del tiempo ha llegado hoy en el nacimiento de este niño (Gal 4, 4), y en este cumplimiento del tiempo, Dios ha enviado a su Hijo para que nosotros pudiéramos recibir la *filiación divina* y venir a ser *hijos adoptivos* del mismo Dios. Y para confirmar este don, Dios nos envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, que clama: “¡Abba, Padre!” (Gal 4, 6). Y esto es porque desde el nacimiento de este niño en el cumplimiento del tiempo, si soy bautizado y creo en este niño como el Hijo único de Dios, entonces no soy más un siervo ni un esclavo, sino un *hijo*. Esta es la *alegría de Navidad*: estar de pie delante de este misterio de la encarnación —hecho *presente delante de nosotros*— y ser *renovado* por ello.

Y ¿de qué mejor modo pudiéramos empezar un *año nuevo*? Empezamos el año *nuevo* siendo *nuevos* nosotros mismos, *renovados* y hechos *resplandecientes* por Jesucristo, *iluminados* por él, *participando* de su *divinidad*, siendo *divinizados* por *contacto* con su *divinidad encarnado en nuestra humanidad*. Él pone *esplendor* en nuestra *humanidad*, en nuestra *carne*, en nuestros *corazones*, que nos *regocija e ilumina*.

María, a quien honramos también hoy, es el mejor ejemplo de esta *renovación de la naturaleza humana*. En estos días de Navidad —y hoy es la Octava de Navidad— tratamos de vivir *con María* en la cueva de Belén, iluminada por la luz del mundo, viviendo en humildad y moderación callada, para no disipar este encanto. Ella está perdida en silencio, recogimiento, y adoración delante del pesebre con José y los pastores. **“Surgió en las tinieblas una luz para los rectos: Es clemente, misericordioso y justo”** (antífona de vísperas durante todo el tiempo de Navidad —oficio romano antiguo; Sal 111, 4). Y él resplandece *ahora* en *nuestros* corazones mientras nos sentamos *recogidos con María* y José *delante del pesebre del Hijo de Dios*. Hoy, de verdad, **“Todos los confines de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios. Canta con júbilo a Dios, toda la tierra”**. **“El Señor ha hecho notoria su salvación. A vista de los gentiles ha revelado su justicia. Alleluia”** (gradual antiguo; Sal 97, 3-4.2;). Vivamos, pues, en estos días sagradísimos en el silencio de Belén, el misterio de la encarnación y de nuestra *regeneración* y *divinización* en el esplendor del Hijo de Dios.

## DIOS SE ENCARNÓ PARA QUE FUÉSEMOS NUEVOS

4 de enero

1 Jn 3, 7-10; Sal 97; Jn 1, 35-42

Estamos todavía en el tiempo de Navidad. Estamos ahora entre el Día Octavo de Navidad y la solemnidad de la Epifanía del Señor, cuando conmemoraremos la jornada de los Magos del Oriente a adorar a Cristo el Señor, y darle sus dones: oro, incienso, y mirra. Por eso continuamos meditando durante esta semana el gran misterio de la encarnación, y el de nuestra transformación por ello. Este misterio nos hace nuevos (Apc 21, 5), una nueva creación (2 Cor 5, 17); y Cristo quiere que permanezcamos en su amor (Jn 15, 9). Esto quiere decir que debemos también *vivir de una manera nueva*, como

personas *regeneradas* (Jn 3, 3; Tito 3, 5), andando en la “novedad de la vida” (Rom 6, 4) y “en la novedad del Espíritu” (Rom 7, 6).

San Juan nos habla hoy de esta nueva manera de vivir. Aunque hemos pecado (1 Jn 1, 8.10), Cristo nos da un nuevo poder para *no* pecar, es decir: él nos da el poder de vencer la tentación y permanecer en su gloria y amor. Nos dijo ayer: “él apareció para *quitar* nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Jn 3, 5-6). Esta es una buena nueva. Él quiere que permanezcamos en su amor (Jn 15, 9), en su luz (Jn 8, 12; 12, 46), y él nos *da* el poder que necesitamos para realizar esto.

Y hoy san Juan nos dice: “Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn 3, 9). Y san Juan dirá también: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Jn 5, 18). Nuestra *manera de vivir* debe ser en *coherencia* con la *nueva realidad que somos ahora en Cristo*, es decir: que hemos nacido de nuevo en Cristo como hijos de Dios (Gal 4, 5), que somos transformados, llenos de su vida y su luz, que estamos viviendo en su amor, y que nos calentamos en su resplandor. Y ahora, por Cristo, *tenemos* el nuevo poder para vivir esta nueva realidad que hemos recibido en Cristo, y evitar el pecado que la destruye.

Debemos incluso tratar de eliminar todas las *imperfecciones* también de nuestra vida, porque ellas también nos *abruma*n y *oscurecen* nuestro espíritu, *deprimiéndonos*. El sacramento de reconciliación nos ayuda mucho en esto, y nos da alivio de esta tristeza, devolviéndonos la paz y la alegría del Señor. Para estar alegres en el Espíritu, como él quiere que estemos, tenemos que evitar todo pecado, y tratar aun de eliminar y confesar toda imperfección también, para así caminar “en la novedad de la vida” (Rom 6, 4). “Así también vosotros consideraos *muertos* al pecado, pero *vivos* para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 11). Así conoceremos la *alegría* de tener una *conciencia limpia* y vivir como una *nueva creación* en Cristo (2 Cor 5, 17). Así viviremos en *coherencia* con la *realidad que somos ahora en Cristo*: hombres nuevos (Ef 4, 22-24), renacidos en él (Jn 3, 3; Tito 3, 5), hijos de Dios (Jn 1, 12; Gal 4, 5), e hijos de la luz (1 Ts 5, 5).

## SE LEVANTÓ EN LAS TINIEBLAS UNA LUZ A LOS RECTOS: ES CLEMENTE, MISERICORDIOSO, Y JUSTO

5 de enero

1 Jn 3, 11-21; Sal 99; Jn 1, 43-51

Hoy la antífona de entrada es muy bella, y puede interpretarse en un sentido navideño. Es: “Se levantó en las tinieblas una luz a los rectos: Es clemente, misericordioso, y justo” (Sal 111, 4). Cristo es esta luz que se levantó en las tinieblas de este mundo y de esta vida. En su *misericordia* y *clemencia*, él nos hace *justos con su propia justicia*, vistiéndonos de un manto de *justicia* (Is 61, 10). Por eso nos regocijamos, por haber sido perdonados de todos nuestros pecados e imperfecciones. Una vez confesados, son

perdonados por los méritos de Cristo, y somos *justificados* por su *misericordia* y *clemencia* si creemos en él. Así, pues, él es *justo* y su *justicia* nos *justifica*, porque es *clemente* y *misericordioso*.

Así él *ilumina* nuestra oscuridad y destruye nuestro sentido de culpabilidad y nuestra depresión, una vez que estamos purificados, haciéndonos resplandecientes a sus ojos y felices con la verdadera felicidad de una *conciencia limpia*. Y si hay alguien que está *feliz*, es él que tiene una *conciencia limpia*, el fruto de la redención de Cristo.

En Belén, en la oscuridad de la noche, en una cueva iluminada por la luz del mundo, “se levantó una luz” (Sal 111, 4) que ilumina al mundo. Por ello vino al mundo, para su iluminación, para que viviéramos en su luz (Jn 8, 12).

Él *revela* su *voluntad* a nosotros en nuestra *conciencia*. Si la seguimos, una vez purificados, seremos iluminados y felices, y nos calentaremos en su amor. Y ¿qué es su voluntad para con nosotros? Es que vivamos *sólo* para él en *todo*, *purificándonos* y *limpiándonos* de todo lo demás. Hasta que nos hayamos *purificado* de todas las *otras* luces de este mundo —que tantas personas todavía buscan—, *no* viviremos en la plenitud de su *luz* como él quiere para con nosotros. Tenemos que *morir* a nuestro *pasado viejo* en él, y *resucitar* a un *nuevo presente* en él para caminar en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), en la *luz* y esplendor de su resurrección.

Por eso san Pablo dice: “en *otro* tiempo erais *tinieblas*, mas *ahora* sois *luz* en el Señor, *andad* como hijos de *luz*” (Ef 5, 8). Y andamos “como hijos de *luz*” al vivir *sólo* para él, *mortificándonos a todo lo demás*, a los placeres mundanos, y viviendo en silencio, trabajo callado, simplicidad, pobreza evangélica, y recogimiento de espíritu; en oración, *lectio divina*, y lectura espiritual de buenos libros, escritos por personas santas. Debemos vivir una vida de *oración*, *ayuno*, y *silencio* si queremos ser *iluminados* por esta “*luz* que se levantó en las tinieblas para los rectos” (Sal 111, 4).

Si queremos ser iluminados, tenemos que *obedecer* perfectamente la voluntad de Dios, la cual conocemos en nuestra *conciencia*; y si caemos en una imperfección, confesarlo, y así entrar otra vez en esta iluminación y felicidad. De verdad, “Un día sagrado ha *brillado* para nosotros. Vengan, naciones, y adoren al Señor, porque *hoy* ha *descendido* una *gran luz* sobre la tierra” (aclamación antes del evangelio). Y esta luz ha iluminado al mundo.

## BAUTIZADOS EN CRISTO, VENCEMOS AL MUNDO

6 de enero

1 Jn 5, 5-13; Sal 147; Mc 1, 7-11

Hoy oímos sobre el bautismo de Jesús. Por su bautismo en el Jordán, Jesús, el Hijo único de Dios, santificó las aguas del bautismo para nosotros, para que al ser bautizados, renaciéramos de él, viniendo a ser hijos adoptivos de Dios en él, recibiendo su mismo Espíritu (Gal 4, 6) que nos transforma en la gloriosa imagen del Hijo “de gloria en gloria” (2 Cor 3, 18; Rom 8, 29). Esto causa nuestra divinización; y “de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (antífona de la comunión; Jn 1, 16). El bautismo, junto con

nuestra fe, y nuestra vida de fe en imitación de él, nos renueva e injerta en el río espléndido del amor divino, que es el amor trinitario, que siempre fluye gloriosamente entre el Padre y el Hijo (Jn 17, 23.26).

El bautismo de Jesús, entonces, es el comienzo de nuestra transformación en él, injertando en nosotros la vida divina, porque el bautismo nos pone *en contacto* con Jesús, la fuente, para nosotros, de la vida de Dios. San Juan nos dice: “El que *tiene* al Hijo, *tiene* la vida; el que *no* tiene al Hijo de Dios *no* tiene la vida” (1 Jn 5, 12). Y Jesús dijo: “El que *cree* en el Hijo *tiene* vida eterna; pero el que *rehúsa* creer en el Hijo *no* verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn 3, 36). Y esto es porque, como dice san Juan hoy: “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida *está en su Hijo*” (1 Jn 5, 11).

Si vivimos así en el Hijo, habiendo sido bautizados, amándolo e imitándolo, *venceremos al mundo*, que no sabe nada de todo esto, ni disfrute de su espléndido amor. *Viviremos en la luz*, mientras que el mundo permanece en las tinieblas, en ignorancia, tristeza, y depresión. *Tendremos victoria sobre todo esto*, como nos dice san Juan hoy, diciendo: “todo lo que es nacido de Dios *vence al mundo*; y esta es la *victoria* que ha *vencido al mundo, nuestra fe*. ¿Quién es el que *vence al mundo*, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Jn 5, 4-5). Y Jesús dijo: “Estas cosas os he hablado para que *en mí tengáis paz*. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he *vencido al mundo*” (Jn 16, 33).

Somos, entonces, *vencedores del mundo*. Tenemos lo que el mundo no conoce: la vida de Dios en nosotros y su espléndido amor, en el cual nos calentamos, y que nos transforma en la imagen gloriosa del único Hijo divino de Dios. Este espléndido amor nos diviniza; mientras que el mundo permanece en oscuridad e ignorancia. Por eso nosotros *resplandecemos* en la oscuridad de este mundo, mostrándole el camino de la *vida* y de la *luz* (Fil 2, 15; Mt 5, 14-16).

## UNA JORNADA DE NOCHE POR EL DESIERTO QUE LLEGA A LA ILUMIACIÓN

Epifanía del Señor

Is 60, 1-6; Sal 71; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

Hoy es la solemnidad de la Epifanía del Señor. Venimos con los Magos del Oriente, de las tinieblas que cubren la tierra (Is 60, 2), para ver la *luz* que ha nacido en la tierra de los judíos. Es una larga jornada de noche —y sabemos esto porque fueron guiados por una estrella—, y por el desierto, una jornada de privación y purificación, para llegar al fin a la presencia del Hijo de Dios encarnado aquí en la tierra delante de ellos. Así Dios los preparó para entrar en la cueva iluminada de Belén, y así él nos prepara a nosotros, llamándonos a renunciar a nuestra tierra para otra tierra mejor, para entrar en otro Reino mejor, y al fin entrar en unión con él en amor esplendoroso, y *permanecer* allí con él en su *luz*, abrazados por él.

Hasta que estamos *purificados, no podemos ver esta luz*. Así, pues, podemos ver en la jornada de los Magos a Belén lo que pasa a nosotros también en nuestra jornada de *fe*,



*esperanza, y amor, siguiendo la estrella de la revelación divina, pero caminando por la noche en oscuridad, y por la sequedal del desierto de este mundo, privándonos de sus deleites, como también lo hicieron los Magos en su jornada larga y difícil por el desierto. Sólo así llegaremos, al fin, a la meta que anhelamos —el calentarnos en el esplendor del Mesías, el Rey de los judíos, y postrándonos delante de él, adorarlo y ofrecerle nuestros dones: oro, que es nuestro amor; incienso, que es nuestra oración; y mirra, que es nuestro sufrimiento, ofrenda de nosotros mismos, y nuestra mortificación.*

Sólo así, al emprender este viaje de fe, de amor, y de esperanza, por el desierto, de noche, entraremos en unión con Dios que nos transformará e iluminará desde dentro por una luz no de este mundo, y por un sol que no se pone (Is 60, 20). Y nuestra iluminación en este día no vendrá del sol ni de la luna ni de una lámpara, sino que él Señor nos iluminará con su esplendor (Is 60, 19). La divinidad en este niño nos iluminará siempre, si tan sólo seguimos a obedecerlo. Los que quieren llegar a esta meta siguen este camino de los Magos, y así son purificados del mundo y sus placeres, para ser divinizados de una manera *experimentada ahora en esta vida.*

Para los demás que *no* siguen este camino de noche por el desierto, privándose así, todo esto permanece algo de *fe y esperanza.* Pero para los *místicos* que caminan el camino *ascético* de los Magos, es una jornada de descubrimiento y *experiencia* espiritual, la *experiencia* de luz e iluminación, la *experiencia* de vivir en esta iluminación, que es Cristo, Dios-en-la-tierra, resplandeciendo con su esplendor divino. Los que siguen el camino de los Magos por el desierto de noche son los que tienen los corazones purificados para poder *experimentar* esta iluminación. Ellos son los Magos de hoy que viven en su esplendor, iluminados desde dentro, transformados por esta luz, y divinizados de una manera *experimentada ahora.*

*Entonces ellos pueden irradiar en el mundo esta luz interior y transformadora que ellos han encontrado en la cueva iluminada de Belén.* Adorándolo, y regresando por otro camino (Mt 2, 12), pregonan a los demás la *luz* que han *encontrado*, porque este niño vino para ser *luz de las naciones* (Is 49, 6). “Surgió en las tinieblas una *luz* a los rectos: clemente, misericordioso, y justo” (Sal 111, 4)

Oh Jerusalén, “Levántate, *resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido* sobre ti...sobre ti será vista su gloria... Multitud de camellos te cubrirá; dromedarios de Madián y de Efá; vendrán todos los de Sabá; traerán oro e incienso, y publicarán alabanzas del Señor... El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que *el Señor te será por luz perpetua,* y el Dios tuyo por tu *gloria*” (Is 60, 1.2.6.19).

Este Jerusalén también *somos nosotros, ya iluminados no por el sol, sino por Dios y de una manera profundamente experimentada para los purificados que han seguido el camino de los Magos por el desierto de noche.* Y su gloria es vista sobre nosotros, porque ya está dentro de nosotros, resplandeciendo en nosotros.

Y los Magos —los de ayer y los de hoy— están también iluminados. Dios los guía, y si ellos siguen su dirección, la luz amanece sobre ellos, y es vista sobre ellos. ¡Qué seamos entre su numero, y que estemos iluminados como Jerusalén!

EL BAUTISMO NOS CONECTA CON LA ENCARNACIÓN,

## PARA NUESTRA DIVINIZACIÓN Y MISIÓN

### El Bautismo del Señor

Tito 2, 11-14; 3, 4-7; Sal 28; Lc 3, 15-16.21-22

Hoy Cristo resurge gloriosamente de las aguas del Jordán, iluminado por el Padre, y ungido por el Espíritu Santo. Y vino una voz del cielo, del Padre, diciendo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo *complacencia*” (Lc 3, 22), identificándolo así a la vez como su propio Hijo divino y el cumplimiento de la profecía de Isaías sobre el siervo del Señor, “en quien mi alma tiene *contentamiento*; he puesto sobre él mi *Espíritu*; el traerá justicia a las naciones... No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia... Yo el Señor...te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saqueas de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas” (Is 42, 1.4.6.7). Por ello vino Jesús al mundo, para nuestra iluminación, para ser la luz de las naciones, para quitar nuestras tinieblas.

Su bautismo en el Jordán santificó las aguas para nosotros, para que nosotros también pudiéramos ser bautizados e iluminados, ungidos del Espíritu Santo, y hechos hijos de Dios en él. El *bautismo* nos *conecta* con la *encarnación*, para que la divinidad y esplendor encarnado en Jesús pueda fluir en nosotros y transformarnos, iluminarnos, y divinizarlos a nosotros. El bautismo nos conecta con la carne de Jesús; y la divinidad en él, entonces, puede entrar en nuestra carne y espíritu por medio de esta conexión.

Entonces, tenemos la misma misión que tuvo Jesús —somos la extensión en el mundo de su misión de llevar justicia a las naciones por medio de la verdad (Is 42, 3). Como él, no debemos cansarnos ni desmayarnos, hasta que establezcamos en la tierra justicia (Is 42, 4). En él, debemos ser la luz de las naciones (Is 42, 6), luces en el mundo (Mt 5, 14-16), luces en la oscuridad (Fil 2, 15), e iluminar a los que moran en tinieblas (Is 42, 7). Y todo esto es porque hemos sido bautizados. Por medio de la encarnación, la divinidad de Cristo diviniza nuestra carne y naturaleza humana, y esto es activado para nosotros por medio de nuestro bautismo, junto con nuestra fe en él y nuestra imitación de él.

Nuestro bautismo nos injerta en Cristo y nos da vida nueva —vida divina— y una nueva manera de vivir en este mundo, porque es una vida divinizada, vivida en la luz, en la presencia y compañía y amor de Dios que nos inhabita e ilumina.

Pero para *percibir* y *experimentar* esta nueva vida, tenemos que ser *librados de las pasiones* al renunciar “a la impiedad y a los deseos mundanos” (Tito 2, 12) y al vivir en este mundo y “en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2, 12). Así vivimos sólo para Dios, y, en nuestro debido tiempo, nuestras pasiones se secarán y *percibiremos cada vez más el esplendor de la divinidad de la Persona divina de Cristo dentro de nosotros, iluminándonos*. Pero sin la muerte de “los deseos mundanos” (Tito 2, 12) por medio de la mortificación y la renuncia a los placeres mundanos, sería *difícil percibir* y *experimentar mucho* de esta “novedad de vida” (Rom 6, 4); y no veremos el esplendor de la divinidad iluminándonos desde dentro por medio de la encarnación y nuestra conexión con ella por el bautismo.

Nuestro bautismo es nuestra iluminación, por la cual Cristo resplandece en nuestros corazones; e iluminados y divinizados por él, podemos nosotros mismos resplandecer en la oscuridad del mundo para su iluminación (Fil 2, 15). Así extendemos la encarnación

en el mundo, y le llevamos justicia, enseñanza, conocimiento, y verdad. Compartimos y extendemos así la misión del mismo Hijo divino al mundo, viviendo en ello “sobria, justa, y piadosamente” (Tito 2, 12). Y al renunciar así a mucho de lo *exterior*, la luz de Cristo resplandece con tanto más fulgor en nuestro *interior*; y, entonces, por nuestra parte, podemos resplandecer tanto más en el mundo para su iluminación, extendiendo así la misión de Cristo, la luz del mundo (Jn 8, 12; 12, 46).

Al vivir así, muchos no van a entendernos, como no lo entendieron a él (1 Jn 3, 1), pero no importa, y aun así no nos cansaremos, hasta que establezcamos en la tierra justicia (Is 42, 3). Y así, como lo hizo el Padre para con su Hijo, así también lo hará para con nosotros, sosteniéndonos por la mano, guardándonos, y poniéndonos “por pacto al pueblo, por luz de las naciones” (Is 42, 6).

## LA INVITACIÓN PARA ENTRAR EN UN *NUEVO ESTADO* DE TRANQUILIDAD, PAZ, LUZ, Y AMOR

Viernes, 1ª semana del año  
Heb 4, 1-5.11; Sal 77; Mc 2, 1-12

La primera lectura hoy habla sobre “el reposo de Dios”, y nuestra *invitación* para entrar en este reposo. Los israelitas no entraron inmediatamente en la tierra de la promesa, es decir: en “el reposo de Dios”, por su *desobediencia* (Heb 4, 11), que el autor identifica con una falta de fe, diciendo: “no les aproveché el oír la palabra, por no ir acompañada de *fe* en los que la oyeron” (Heb 4, 2). Y su conclusión es: “Procuremos, pues, entrar en aquel *reposo*, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de *desobediencia*” (Heb 4, 11).

El entrar en “el reposo de Dios” es entrar en *unión* con Dios, es entrar en un *nuevo estado* de reposo, tranquilidad, amor, y luz, al creerlo y obedecerlo. Esta es la gran *invitación* que él nos da. Muchos no entran en este reposo porque les faltan la fe y la obediencia a su voluntad. En su *desobediencia*, *no siguen el camino que él quiere*, que él nos ha mostrado, el camino de a cruz. Muchos quieren sus *propios* caminos, su *propia* voluntad, un camino *más espacioso, más cómodo*, y por eso aunque *quieren* entrar en este bendito “reposo de Dios”, nunca logran entrar por su *desobediencia*, por su voluntad *propia*, por no seguir el camino mostrado.

Este es el mapa del itinerario espiritual. Y la alegre nueva hoy es que, aunque en el pasado hemos *fallado de entrar* en “el reposo de Dios” por nuestra *desobediencia*, imperfecciones, y pecados, el Hijo de Dios ha sido enviado a la tierra en estos últimos días para *perdonar* nuestras imperfecciones y pecados por los méritos de su muerte sacrificial y propiciatoria en la cruz, y que el ha entregado a la Iglesia el ministerio de perdonar pecados en su nombre y por su poder, si tan sólo creemos en él. Así podemos *comenzar otra vez el itinerario espiritual* que hemos dejado sin poder realizarlo en el pasado.

El paralítico en el evangelio de hoy busca una curación de su parálisis, pero Jesús, leyendo su corazón, le da lo que en realidad necesita —el *perdón* de sus pecados, que es su *verdadero* problema. Con este *perdón* él puede vivir *muy felizmente con su parálisis*;

pero *sin* este perdón, aun si hubiera recibido la curación de su parálisis, *no* habría estado feliz. Con el perdón de nuestras imperfecciones o pecados, tenemos la posibilidad de entrar en “el reposo de Dios”, en este *nuevo estado* de tranquilidad, paz, luz, y amor, si tan sólo lo *obedecemos* en el futuro.

## JESÚS NOS LLAMA PARA VIVIR EN SU CERCANÍA

Sábado, 1ª semana del año  
Heb 4, 12-16; Sal 18; Mc 2, 13-17

Jesús nos llama a seguirle incondicionalmente, con todo lo que somos. Así es su palabra de invitación. Es una palabra “viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu” (Heb 4, 12), como dice la primera lectura hoy. Y vemos esta palabra de invitación en el llamado de Leví hoy. San Marcos nos dice: “Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le *siguió*” (Mc 2, 14). San Lucas nos dice: “Y *dejándolo todo*, se levantó y le *siguió*” (Lc 5, 28).

Su llamado es semejante al llamado de los otros primeros discípulos que estaban en una barca, sobre los cuales san Lucas nos dice: “Y cuando trajeron a tierra las barcas, *dejándolo todo*, le *siguieron*” (Lc 5, 11). Y también cuando llamó a los hijos de Zebedeo, Jacobo y Juan, que estaban en la barca remendando las redes, “*dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros*, le *siguieron*” (Mc 1, 20). Dejaron su familia — su padre—, y su medio de sustento —su barca y sus redes—. Es decir: *cambiaron completamente su vida*. Y Leví hizo lo mismo. Estaba “sentado al banco de los tributos públicos”, y al oír el llamado de Jesús, “*dejándolo todo*, se levantó y le *siguió*” (Lc 5, 27-28). Él también dejó su medio de sustento para seguir a Jesús.

Ahora ellos son *libres* para pasar *todo su tiempo con Jesús*, y todo su *trabajo* será para *él*. Ellos “son los que *siguen al Cordero por dondequiera que va*. Estos fueron redimidos de entre los hombres como *primicias para Dios y para el Cordero*” (Apc 14, 4-5).

La vida monástica y la vida religiosa siguen las pisadas de estos primeros discípulos de una manera muy radical y literal. Al *dejar todo así por él*, encontramos *todo en él*, una vida nueva, una vida en Dios, una vida rica en oración y paz celestial, una vida en la luz, una vida sumamente significativa: Es una vida de trabajo y oración, una vida de amor y sacrificio, y una vida de paz no de este mundo.

Para los monjes, es una vida de silencio, trabajando en la luz, en la presencia de Dios, invisiblemente irradiando esta luz al mundo entero. Es una vida de silencio y amor, vivida en gentileza y *moderación*, para no romper este encanto; es vivida en la cercanía del Señor. San Pablo conoció este misterio, y lo expresó, diciendo: “*Regocijaos en el Señor siempre*. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra *moderación* sea conocida de todos los hombres. El Señor está *cerca*” (Fil 4, 4-5). En verdad, *dejándolo todo por él, encontramos todo en él. Perdiendo nuestra vida por él, la hallamos de verdad* (Mc 8, 35).

## SOMOS LLAMADOS A SER *TRANSFORMADOS*, Y CELEBRAR NUESTRA BODA CON CRISTO

2º domingo del año

Is 62, 1-5; Sal 95; 1 Cor 12, 4-11; Jn 2, 1-11

Jesús vino al mundo para *transformarnos*. Hoy él transforma agua en vino. Sin él, somos como agua. Nos falta el color, el olor, y el sabor. Somos insípidos, sosos, sin sabor, sin interés, sin belleza, sin alegría. Sin él, somos tristes, vacíos, y deprimidos; y nuestro corazón está lleno de dolor. No somos nada sin él. Pero la buena nueva es que Dios no nos dejó así en nuestra oscuridad. Él envió a su Hijo para *salvarnos* de nuestros pecados e imperfecciones que nos deprimen, y transformarnos en hombres nuevos (Ef 4, 22-24), para que pudiéramos participar de su *gloria*, como dice la aclamación antes del evangelio hoy: “Dios nos ha llamado, por medio del evangelio, a *participar* de la *gloria* de nuestro Señor Jesucristo” (cf. 2 Ts 2, 14).

Hoy Cristo transforma agua en vino, y en gran cantidad. ¡Qué diferente ahora es el vino, que antes fue agua! Ahora tiene un color brillante que resplandece en la luz del sol. Ahora tiene un sabor dulce, fuerte, y sustancioso, que embriaga, y nos pone en un estado de bienestar y alegría, sintiéndonos cómodos, relajados, y felices. Y el vino tiene una bella fragancia, con el aroma de fruta madura y dulce. Jesús hizo este milagro para ayudar a su madre, a los nuevos esposos, y a sus huéspedes. Y él permanece así hasta hoy para nosotros, siempre listo a ayudarnos, y más que ayudarnos solamente *exteriormente*, él vino para *transformarnos interiormente*, de agua sin sabor en un rico, bello, fragante, fuerte, y delicioso vino.

El problema es que muchas veces nosotros no cooperamos suficientemente, no lo obedecemos como él quiere, y así *impedimos* esta bella transformación, o caemos fuera de este encanto al caer en imperfecciones. Pero si reconocemos esto y nos arrepentimos y confesamos nuestras imperfecciones y nuestra falta de obediencia perfecta, él nos perdonará y sanará nuestros corazones. Y en poco tiempo nos sentiremos bien otra vez y

podremos *disfrutar* de esta *gloria*, la *gloria* de nuestra *transformación* de *agua* en *vino*, de hombres *viejos*, tristes y vacíos, en hombres *nuevos* e iluminados, participando en la *gloria* del Hijo de Dios, la *gloria* que él vino a darnos.

Esta *vida* de *gloria* empieza *ahora* si lo *obedecemos* y si nos *purificamos* de nuestras pasiones y de los placeres mundanos. San Pablo dice que “a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a estos también *glorificó*” (Rom 8; 30). Esta *glorificación* es, entonces, algo del *presente*; no sólo del futuro —Jesús nos “*glorificó*” (Rom 8; 30), dice san Pablo—. Es una *glorificación presente*, ya *realizada* para los que tienen los *corazones purificados* para poder *experimentarla*.

*Hemos sido* llamados, justificados, y *glorificados* por Jesucristo, y si queremos *vivir en* esta *gloria*, tenemos que vivir **como él quiere**, sólo para él en *todo*; y él nos *enseñará* poco a poco *cómo* hacer esto, y a cuales son las cosas que él quiere que renunciemos por amor a él, para tener un corazón completamente *indiviso*, reservado sólo para él. Así, pues, tenemos que *limpiar* nuestros cinco sentidos, nuestra voluntad, nuestros pensamientos, y nuestra memoria de *todo lo demás*, para *concentrarnos* y *enfocarnos* sólo en él.

Él nos dejará sentir la desolación y depresión también cuando *no* hacemos esto como él quiere; y esto también es para nuestro bien, para *enseñarnos* para el *futuro*, y para *disuadirnos*, para que no repitamos los mismos errores en el futuro. Por medio de esta desolación, cuando caemos en imperfecciones, él nos muestra *más exactamente* y en *más detalles* el *camino* de la *vida* para con nosotros; y así él nos motiva también, por miedo de esta desolación, a escoger más bien el camino de la *gloria* y de la *obediencia perfecta*. Así aprendemos su voluntad, aun en los detalles más pequeños.

Entonces, viviremos con Cristo como nuestro esposo, y seremos como casados con él, como dice la primera lectura hoy: “el *amor* del Señor estará *en* ti, y tu tierra será *desposada*...y como el gozo del *esposo* con la *esposa*, *así se gozará contigo el Dios tuyo*” (Is 62, 4.5). Esta es la *última meta* de la vida cristiana: ser transformado de agua en vino, y entrar en una relación matrimonial con Cristo. Los que *cooperan* con Dios y se preparan para esto al caminar el camino ascético, purificando sus cinco sentidos y las tres potencias de su espíritu de todo lo demás, son los que pueden *experimentar* la *gloria* de esta relación matrimonial con Cristo. Y su vida será como una boda, si tan sólo pueden evitar caer en imperfecciones que rompen la belleza de este encanto.

## DEJÁNDOLO TODO PARA HALLARLO TODO

Miércoles, 2ª semana del año  
Memoria de san Antonio, Abad (17 de enero)  
Ef 6, 10-13.18; Sal 15; Mt 19, 16-26

Hoy conmemoramos a san Antonio, Abad, el padre del monaquismo. Él dejó todo para servir sólo a Dios en los desiertos de Egipto durante el tercer y cuarto siglos. Al dejarlo todo así y vivir en el desierto, en soledad, en oración y ayuno continuo, y en trabajo

callado y sencillo con su mente y corazón fijos en Dios, llegó a la pureza de corazón y la visión interior de Dios.

Muchos quisieron seguir su ejemplo; y en sus días, los desiertos de Egipto estaban poblados por millares de monjes —anacoretas, y también más tarde cenobitas. Buscaron la *perfección* al dejarlo todo de este mundo, incluso al mismo mundo, y vivir lejos de sus familias, en silencio y penitencia, en el desierto, abandonando una vida cómoda y los placeres mundanos. Vivieron sin adornos en cuevas o chozas sencillas y pobres, comiendo la comida más austera y sencilla. Y al vivir así, poco a poco se purificaron para poder *experimentar* la gloria y el esplendor de Dios resplandeciendo en sus corazones (2 Cor 4, 6); y, contemplando esta gloria, fueron transformados “de gloria en gloria” en la misma imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18).

Ellos siguieron el llamado de Jesús al joven rico: “Si quieres ser *perfecto*, anda, *vende* lo que tienes, y dalo a los pobres, y *tendrás tesoro* en el *cielo*; y ven y *sígueme*” (Mt 19, 21). Y donde estaba su *tesoro*, allí también estaba su *corazón*: en el *cielo* con *Cristo*; y no en los placeres de este mundo. Este es el *llamado* a la *perfección* —y todos deben seguirlo, cuanto puedan: y cuanto más, tanto mejor. Los monjes lo siguen radical y literalmente, y así son un espejo, un ejemplo muy visible, para toda la Iglesia de **su llamado** a la *perfección*.

El reino de Dios es *bello y lleno de luz*, para los que tienen los corazones purificados para *experimentar* esto. Podemos regocijarnos y calentarnos en su resplandor; pero para *experimentarlo*, tenemos que dejar todo lo demás, como lo hizo san Antonio. Así nos enseñó Jesús, diciendo que el reino es como un *tesoro escondido* que *sólo* se puede conseguir al *precio* de *todo lo demás*, y por eso el hombre que lo descubrió se fue y *vendió todo* lo que tenía, para obtenerlo; y *así lo obtuvo*. ¿Qué está enseñándonos Jesús en esta parábola? ¿No es lo que hizo san Antonio y sus seguidores? *Por haber dejado todo por el reino, consiguieron el tesoro escondido y la perla preciosa* (Mt 13, 44-46), que es la visión espléndida de Dios en el corazón.

Y nosotros podemos hacer lo mismo, si queremos, *renunciando a los deleites de este mundo para los del reino de Dios*, para que en el último día, Jesús no nos diga: “¡Ay de vosotros, ricos! porque *ya tenéis vuestro consuelo*. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque *tendréis hambre*” (Lc 6, 24-25).

## EL SACRIFICIO Y CULTO PERFECTO DEL NUEVO TESTAMENTO

Viernes, 2ª semana del año  
Heb 8, 6-13; Sal 84; Mc 3, 13-19

En estos días estamos leyendo la carta a los hebreos, y oímos en esta carta que tenemos *un nuevo sumo sacerdote*, mejor que los antiguos. Esto es muy importante para nosotros hoy, porque hoy en día hay personas que no quieren creer en el *sacerdocio* de Jesucristo. No creen que él es nuestro *mediador e intercesor* ante el Padre. No quieren creer que, como *sumo sacerdote*, él *ofrece un sacrificio*, que ha venido a ser también *nuestro gran sacrificio y culto* perfecto del Nuevo Testamento para *adorar al Padre*. Y el no creer

esto destruye nuestra fe en la eucaristía como el *sacrificio perfecto ofrecido* al Padre por nuestro sumo *sacerdote* Jesucristo. Y también si no creemos esto, tampoco podemos creer que los *sacerdotes* de la Iglesia *ofrecen* el *sacrificio* de Cristo al Padre como nuestro *culto perfecto* del Nuevo Testamento.

Pero en la carta a los hebreos, todo esto es *clarificado*, y nuestra fe es *firmemente establecida*, que Cristo, en verdad, es nuestro *sumo sacerdote*, que *se ofrece a sí mismo* en el *santuario celestial*, *intercediendo* con el Padre por nosotros, haciendo *satisfacción perfecta* en su *sangre ofrecida* una vez para siempre en la cruz. Y la *eucaristía* es la perfecta *representación* de este *sacrificio* para nosotros, haciendo este único sacrificio *presente* delante de nosotros, y haciéndonos a nosotros *presentes al Calvario* en el momento de la muerte *sacrificial* y *propiciatoria* de Cristo en la cruz para nuestra redención.

La carta a los hebreos nos enseña que “no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por *su propia sangre*, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, *habiendo obtenido eterna redención*” (Heb 9, 12). “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para *presentarse ahora por nosotros ante Dios*” (Heb 9, 24). Y “ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el *sacrificio de sí mismo* para *quitar* de en medio el *pecado*” (Heb 9, 26). Y “somos *santificados* mediante la *ofrenda* del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb 10, 10).

La muerte de Jesucristo en la cruz es el *sacrificio* que nos salvó; y es la *ofrenda* que ofrecemos en la Misa al Padre como *nuestro sacrificio* y *culto perfecto* del Nuevo Testamento en el Espíritu Santo.

## EL SACRIFICIO DE CRISTO, NUESTRO SUMO SACERDOTE, PONE ESPLENDOR EN NUESTRA VIDA

Sábado, 2ª semana del año  
Heb 9, 2-3.6-7.11-14; Sal 46; Mc 3, 20-21

Seguimos leyendo la carta a los hebreos hoy, y oímos hoy este versículo que compara el *sacrificio de Cristo* con los sacrificios del Antiguo Testamento, diciendo: “¿cuánto más la *sangre* de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno *se ofreció a sí mismo* sin mancha a Dios, *limpiará* vuestras *conciencias* de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb 9, 14). Es decir: Nuestras *conciencias* son *limpiadas* por la *sangre* de Cristo *ofrecida* al Padre cuando Cristo *se ofreció a sí mismo* al Padre en amor. Esta *ofrenda* *limpió* nuestras *consciencias* de todo sentido de *culpabilidad* y de todo *dolor*, y las hizo *resplandecientes* ante Dios.

Cada vez que caemos en una imperfección y nos duele nuestra conciencia y perdemos, por ello, nuestra paz y alegría en el Señor, necesitamos ser *limpiados otra vez por la sangre de Cristo ofrecida en sacrificio al Padre*. Esto acontece cuando confesamos nuestros pecados y recibimos su absolución, sobre todo en el sacramento de reconciliación, cuando los méritos del sacrificio de Cristo, por el ministerio de la Iglesia,



son aplicados a nosotros, y nuestros pecados o imperfecciones son sacramentalmente absueltos. Entonces salimos del sacramento con júbilo de espíritu y con Cristo resplandeciendo nuevamente en nuestro corazón.

Esta salvación no podemos darnos a nosotros mismos. Sólo Cristo puede dar este júbilo de espíritu, esta pureza de corazón. Y no es sólo algo negativo, es decir: no es sólo la remisión de pecados o imperfecciones, sino que es también una *participación* en la *naturaleza divina* (2 Pd 1, 4), una *iluminación interior* (2 Cor 4, 6), un *lavamiento de regeneración y renovación* en el Espíritu Santo (Tito 3, 5). Somos *iluminados, regocijados, divinizados*, transformados, y hechos partícipes de la misma vida de Dios, partícipes de su divinidad y de su espléndido amor. Y así él quiere que vivamos y permanezcamos, *permaneciendo en su espléndido amor* (Jn 15, 9).

Todo esto recibimos por el *sacerdocio y sacrificio de sí mismo* de Jesucristo. Este alumbramiento viene de su *sacrificio* en el Calvario, “porque con una sola *ofrenda* hizo *perfectos* para siempre a los santificados” (Heb 10, 14). Esta es nuestra *santificación y divinización*. Y ahora él está sentado en gloria con el Padre, una gloria que él vino a la tierra para compartir con nosotros (Jn 17, 22.24). Y así “Cristo, habiendo *ofrecido* una vez para siempre un solo *sacrificio* por los *pecados*, se ha sentado a la diestra de Dios” (Heb 10, 12).

## JESÚS VINO PARA LA *RENOVACIÓN* DEL GÉNERO HUMANO

3 domingo del año

Nehemías 8, 2-4.5-6.8-10; Sal 18; 1 Cor 12, 12-30; Lc 1, 1-4; 4, 14-21

Hoy Jesús “vino a Nazaret, donde se había criado” (Lc 4, 16), y san Lucas nos dice que “Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos” (Lc 4, 14-15).

Ahora hemos llegado al cumplimiento del tiempo, y Jesús está predicando la llegada del reino de Dios en la tierra *en él*, diciendo, según san Marcos: “El *tiempo* se ha *cumplido*, y el *reino* de Dios se ha *acercado*” (Mc 1, 15). Estamos ahora en la presencia de este reino de Dios en la tierra, traído a nosotros por Jesús, el Mesías, el Cristo, la divinidad en la tierra para renovar nuestra humanidad, nuestra raza, injertando en medio de ella la divinidad, llenándola del esplendor de Dios para nuestra transformación, iluminación, y divinización.

Y cuando Jesús vino a Galilea, al principio de su ministerio, “en la región de Zabulón y de Neptalí” (Mt 4, 13), san Mateo nos dice que en esto fue cumplido “lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; El pueblo asentado en tinieblas *vio gran luz*; y a los asentados en región de sombra de muerte, *luz les resplandeció*. Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt 4, 14-17; Is 8, 23 - 9, 1).

La hora ha llegado, y el Hijo de Dios está predicando en la sinagoga de Nazaret. Él mismo escogió su texto, y lo leyó: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (Lc 4, 18-19; Is 61, 1-2). “Y comenzó a decirles: *Hoy se ha cumplido* esta Escritura delante de vosotros” (Lc 4, 21).

Él está proclamándose *a sí mismo* como el *cumplimiento* de esta profecía mesiánica. Él ha sido ungido del Espíritu del Señor. El Espíritu Santo lo inhabita como su propio Espíritu. Y su misión en el mundo es “dar buenas nuevas a los *pobres*”, no *sólo anunciando* la llegada del reino y de la luz, sino *resplandeciendo* en los *pobres*, *llenándolos del esplendor de su divinidad* para su *transformación e iluminación*, *haciéndolos nuevos hombres*, una *nueva creación*, la habitación de Dios en la tierra. Y dirá también en Galilea: “*Bienaventurados los pobres* en espíritu, porque *de ellos* es el *reino* de los cielos” (Mt 5, 3). Él siembra un nuevo germen de una nueva raza humana, de un género humano renovado por su llegada al mundo, por su encarnación, por asumir nuestra carne, divinizándola con esplendor, redimiéndola, y renovándola.

¡Qué bueno, entonces, es ser un *pobre* humilde ante él, uno de los *anawim de Yahvé*, los *pobres* del Señor, los mansos, débiles, y humildes de la tierra, que ya no tienen nada, sino al Señor! En la plenitud del tiempo son *ellos pobres* que son *más* transformados por Cristo, simplemente porque tienen *sólo a él* en este mundo. Han *perdido y renunciado a todo lo demás por él*. Y *él* ahora es su *gran tesoro* (Mt 6, 19-21), su *único* Señor (Mt 6, 24), el único a quien sirven. Ellos son los *últimos* que han venido a ser los primeros (Mt 19, 30), los *pequeños* que ya son los *más grandes* (Mt 18, 3-4). *Benditos en él*, ellos guardan sus mandamientos y hacen su voluntad. Ellos son los *ascetas* que caminan por el *camino ascético-místico*, y están *iluminados* por una luz no de este mundo, e inundados por una alegría celestial.

Sus ojos han sido *abiertos* por él, mientras que los demás siguen caminando en las tinieblas. Ellos son los *verdaderos libres*, mientras que los demás siguen sentados en el calabozo. Ellos son los verdaderos siervos del Señor que viven en su *cercanía*, en su *alegría*, en su *luz*. Son regocijados por él, porque él los inhabita *de una manera especial*, no como él inhabita en los demás. En ellos es cumplido el dicho de Isaías, cuando dijo: “así dijo Dios el Señor: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; he aquí que mis siervos se *alegrarán*, y vosotros seréis avergonzados; he aquí que mis siervos *cantarán por júbilo del corazón*, y vosotros clamaréis por el dolor del corazón” (Is 65, 13-14).

Los *pobres*, bendecidos hoy por Jesús, son estos siervos, los *herederos del reino* de Dios en la tierra, este reino de personas *transformadas*. Ellos son los que conocen el *júbilo* de espíritu y la *alegría* de Cristo *resplandeciendo* en sus corazones. Podemos imitarlos al hacernos *pobres a todo lo demás por amor a él*, *dejando todo lo de este mundo por él*; y así él *resplandecerá* en nuestros corazones también.

EN CRISTO PABLO HALLÓ UNA VIDA NUEVA:  
CRUCIFICADA Y RESUCITADA EN CRISTO

La fiesta de la conversión de san Pablo, apóstol, 25 de enero  
Hch 22, 3-16; Sal 116; Mc 16, 15-18

Hoy conmemoramos y celebramos la conversión de san Pablo, apóstol y gran predicador de Cristo. En él vemos la grandeza y el heroísmo de la vocación del predicador, la vocación apostólica. Después de ser convertido él mismo de las tinieblas a la luz de Cristo, él comenzó inmediatamente compartiendo su gran descubrimiento con todo el mundo, y circunnavegó literalmente el mundo predicando a Cristo, a pesar de grandes obstáculos, persecuciones, y sufrimientos.

Todo lo que sufrió como ministro de la palabra le regocijó, porque le dio una participación de los sufrimientos salvíficos de su Señor. Por eso él estaba contento de vivir el misterio de la *muerte* de Cristo al predicar el evangelio, para así poder compartir la *gloria* de su *resurrección*. Dijo: Estoy “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la *muerte* de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Dijo también: “por amor del cual [Cristo] lo he perdido todo...a fin de conocerle [a Cristo], y el poder de su *resurrección*, y la participación de sus *padecimientos*, llegando a ser semejante a él en su *muerte*, si en alguna manera llegase a la *resurrección* de entre los muertos” (Fil 3, 10-11).

Este es el gran misterio que san Pablo vivió y predicó: *muriendo* con Cristo, él *resucitó* también con él. Por vivir una vida *crucificada* con Cristo, vivió una vida *resucitada* en él, bañada de luz. Él describe esta nueva vida resucitada así: “Si, pues, *habéis resucitado con Cristo*, buscad las cosas de *arriba*, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de *arriba*, no en las de la *tierra*” (Col 3, 1-2).

San Pablo vivió una vida angélica en la tierra, dejando todo lo demás de su vida, para vivir *únicamente y totalmente* por Cristo, una vida *nueva, resucitada, e iluminada*. Y el camino para hacer esto, él supo, es el camino de la *cruz*, el camino de *morir por Cristo en este mundo*. Así, pues, dijo: “lejos esté de mí *gloriarme*, sino en la *cruz* de nuestro Señor Jesucristo, por quien el *mundo* me es *crucificado* a mí, y yo al mundo” (Gal 6, 14). *Crucificándose* con Cristo, por amor, en este mundo, él vive una *vida nueva*, él camina en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), y “en la novedad del Espíritu” (Rom 7, 6). Al *crucificarse* por amor a Cristo, él *se ofrece*, como lo hizo Jesús, como un holocausto al Padre (Ef 5, 2). Así, pues, la *cruz* es su *vida* y su *alegría*. Llevando así la *muerte* de Cristo, la *vida* de Cristo se manifiesta en él (2 Cor 4, 11).

Para él, su cruz fue el *predicar* el evangelio por todas partes y sufrir la *persecución*. Para nosotros la cruz puede ser la misma cosa, y también es nuestra *renuncia* del mundo y sus *placeres* para vivir *sólo* por Cristo. Esta *cruz* nos da una *vida resucitada y glorificada*, dejando así atrás al mundo con sus modas y pensamientos, siendo renovados en Cristo. Así, pues, nos dice san Pablo: “No os *conforméis* a *este siglo*, sino *transformaos* por medio de la *renovación* de vuestro entendimiento” (Rom 12, 2).

Al vivir así, viviremos una *vida en el Espíritu*, habiendo renunciado a los placeres innecesarios del cuerpo y de la carne, siendo así los “que *no* andamos conforme a la *carne*, sino conforme al *Espíritu*” (Rom 8, 4). Así es la *vida en el Espíritu*, dejando atrás una vida *mundana y carnal*, “Porque el ocuparse de la *carne* es *muerte*, pero el ocuparse del *Espíritu* es *vida y paz*” (Rom 8, 6).

Pablo vio la luz de Cristo resplandeciendo en su corazón en el camino a Damasco (Hch 9, 3; ver 2 Cor 4, 6); y, al ser bautizado por Ananías, su *conciencia* fue *limpiada* de todo sentido de pecado y culpabilidad. Él fue *regenerado* en Cristo. Fue *iluminado*, y su espíritu fue regocijado por Cristo nuevamente inhabitándolo.

Ahora pudo llevar esta salvación a todo el mundo. Por eso desde este momento en adelante se dedicó a *predicar* y *escribir* para que *todos* pudieran recibir lo que él recibió de Cristo. “¡Cuán hermosos son los pies —escribió— de los que anuncian la *paz*, de los que anuncian buenas nuevas!” (Rom 10, 15; Is 52, 7), escribió. Él *predicó* lo que *vivió*, es decir: su experiencia de Cristo que lo salvó e iluminó. Él fue tan unido a Cristo que fue *transformado en Cristo* (2 Cor 3, 18), y por eso pudo escribir: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gal 2, 20).

TE ALABO, PADRE,  
POR HABER ESCONDIDO ESTAS COSAS  
DE LOS SABIOS Y ENTENDIDOS

La solemnidad de los Santos Fundadores de la Orden cisterciense

26 de enero

Os 2, 16.17.21-22; Hch 2, 42-47; Jn 17, 17-23

Hoy honramos a los Santos Fundadores de la Orden cisterciense, Roberto, Alberico, y Esteban, que en el año 1098 salieron de su monasterio de Molesme para el desierto de Císter, y allí edificaron el Nuevo Monasterio donde se dedicaban a vivir una vida más fiel a la Regla de san Benito, que no podían vivir tan estrictamente como querían en su monasterio anterior de Molesme. Quisieron vivir más austeramente en pobreza evangélica, dejando los bienes y placeres de este mundo para los del reino de Dios. En aquellos días Císter fue un lugar muy áspero y de horror, pero cuando estos Fundadores y sus compañeros hallaron que la aspereza del lugar conformó bien con sus anhelos de vivir una vida más austera, estaban encantados y empezaron a construir el Nuevo Monasterio (*Exordio de Císter* 1).

De verdad, como oímos en el evangelio leído a vigiliass esta mañana, ellos fueron los *niños* a quienes Dios reveló sus secretos, escondidos de los sabios de este mundo (Mt 11, 25). Los grandes y sabios de este mundo no entienden la riqueza y la belleza de una vida de silencio y oración, escondida en el desierto, y vivida en ayuno continuo, en simplicidad y frugalidad. Los sabios de este mundo no entienden los ideales de nuestros Fundadores. No entienden por qué nuestros Fundadores amaban la austeridad y por qué renunciaban a los deleites y placeres de este mundo. No entienden que este es el camino angosto y la puerta estrecha de la vida (Mt 7, 13-14).

El mundo no entiende que este es el camino de la purificación del corazón, es decir: la purificación de los cinco sentidos y de las tres potencias del espíritu de los deleites de *esta* creación para los de la *nueva* creación, para poder entrar así en unión íntima,

profunda, y experimentada con Dios. El mundo no entiende que para poder mejor percibir y experimentar los deleites del *reino* de Dios, uno tiene que ser purificado de los deleites de *este* mundo. El mundo no entiende este camino de la vida, porque prefiere sus propios placeres, ideas, caminos, y voluntad. Prefiere el camino ancho, espacioso, y cómodo de este mundo, que es el camino de la perdición (Mt 7, 13-14).

Pero los niños sí, entienden, como oró Jesús hoy, diciendo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque *escondiste* estas cosas de los *sabios* y de los *entendidos*, y las *revelaste* a los *niños*. Sí, Padre, porque así te agradó” (Mt 11, 25-26).

¡Qué bella es la vida de silencio, oración, y ayuno en el desierto, llena de Dios, llena de luz! Es una vida en que confesamos nuestros pecados y vivimos con una conciencia limpia en la presencia luminosa de Dios, librados de la esclavitud de las pasiones y de los deseos mundanos. Es una vida vivida en la cercanía de Dios (Fil 4, 4-5), en amor, con Cristo resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), iluminándonos. Es una vida regocijada por el Espíritu Santo (Jn 7, 38-39), lejos del ruido, distracción, atracción, y tentación del mundo.

Es una vida que ama al mundo entero, porque vive lejos del mundo y ha renunciado a sus placeres, para los del reino de Dios. Uno que vive así puede bendecir al mundo entero en su amor por todos, elevando el nivel espiritual de todo.

Esta vida de silencio, ayuno, mortificación, oración, y huida del mundo (*fuga mundi*), vivida en austeridad y renuncia provee un ambiente en que el alma puede llegar a la pureza del corazón, unirse con Dios, y permanecer en su amor y luz.

Estos monasterios, empezando con el Nuevo Monasterio que los santos Roberto, Alberico, y Esteban edificaron en Císter en el año 1098, son oasis en el desierto de este mundo, lugares de paz, silencio, amor, y luz, donde los hombres pueden venir para descansar, orar, y ser curados de las heridas de sus almas.

Y para los que viven siempre dentro de estos monasterios, son lugares donde ellos pueden ser transformados e iluminados para ser faros en un mundo perdido en tinieblas, dolor, culpabilidad, ruido, confusión, y pecado. Así estos monjes sirven para la transformación del género humano y para su rejuvenecimiento en Cristo.

## SOMOS EXTRANJEROS Y PEREGRINOS AQUÍ EN LA TIERRA EN MEDIO DE TEMPESTADES

Sábado, 3<sup>a</sup> semana del año  
Heb 11, 1-2.8-19; Lc 1; Mc 4, 35-41

Nuestros días están llenos de tempestades, cosas pequeñas normalmente, pero cosas que nos hacen perder nuestra paz y nos dan dolor en nuestro corazón. Son nuestras propias imperfecciones que nos causan el peor dolor, poniéndonos en medio de una tempestad en el mar, en una depresión. Es como si Jesús estuviera durmiendo dentro de nosotros, escondiéndose de nosotros. Y nosotros estamos entristecidos, mirando las olas, el viento, y el agua inundando nuestra barca.

Y en esta situación —que es común para nosotros—, ¿qué hicieron los discípulos en el evangelio de hoy? Le despertaron a Jesús; y pidieron su ayuda, con fe de que él pudo salvarlos. Y nosotros debemos hacer lo mismo —sobre todo en el sacramento de reconciliación, por el cual él nos da normalmente su perdón— pidiendo su ayuda, su perdón, y la restauración de su paz y alegría en nuestro corazón.

¿Y qué hizo Jesús? “Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: calla, enmudece. *Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza*” (Mc 4, 39). ¿No es esto lo que queremos —la cesación del viento y de la tempestad en nuestro corazón, la vuelta de paz, esta “grande bonanza”? Y él nos la dará en su debido tiempo si lo invocamos con fe, especialmente en el sacramento.

Puede ser que tendremos que sufrir un poco primero por nuestra imperfección, que causó esta tempestad, para motivarnos a eliminar estas imperfecciones que nos entristecen. Y mientras esperamos esta vuelta de paz, debemos esperarla con fe, esperanza, y confianza. Las más pequeñas imperfecciones pueden causar esta tempestad, esta pérdida de paz, en nuestro corazón. Y así *Dios nos enseña su voluntad con más exactitud*, para que crezcamos en virtud y santidad al seguirla.

Estas experiencias nos ayudan también para sentirnos como “*extranjeros y peregrinos sobre la tierra*” (Heb 11, 13), como dice la primera lectura hoy. Entendemos mejor, en estas tempestades, que “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (Heb 13, 14). Como los patriarcas “anhelaban una mejor [patria], esto es, celestial” (Heb 11, 16), nosotros también entendemos mejor, en estas tempestades, que nuestra vida aquí abajo es una “*peregrinación*” (1 Pd 1, 17), y que debemos seguir las palabras de san Pedro, cuando dijo: “conducíos en *temor* todo el tiempo de vuestra *peregrinación*” (1 Pd 1, 17), *temor* de ofender a Dios y caer en una tempestad.

De verdad, somos “*extranjeros y peregrinos*” (Heb 11, 13; 1 Pd 2, 11) en este mundo, buscando una patria celestial (Heb 11, 16). Vivimos aquí abajo en esperanza, anhelando la *paz* que nos espera en la plenitud del reino de nuestro Padre.

## LA VIDA PERSEGUIDA POR LA VERDAD ES LA VIDA ILUMINADA

4º domingo del año

Jer 1, 4-5.17-19; Sal 70; 1 Cor 12, 31 – 13, 13; Lc 4, 21-30

Hoy oímos sobre la persecución de dos profetas: Jeremías y Jesús, personas enviadas por Dios a su pueblo para mostrarle el verdadero camino de la vida y del amor. Y san Pablo habla hoy sobre este amor, el amor de Dios y nuestra participación en él. Estas son cosas muy importantes para nosotros hoy. Dios sigue inspirando a personas y enviándolas a su pueblo para enseñarle el verdadero camino del amor, y personas siguen persiguiéndolas y rechazando su doctrina. Que no seamos nosotros entre los que rechazan y persiguen a los enviados por Dios.

Pero muchas veces, si somos *fieles* y *obedientes* a la voluntad de Dios y *vivimos* y *hablamos* la *verdad* que él nos da para su pueblo, seremos entre los *rechazados* y *perseguidos*. No es posible escapar de esto si somos fieles.

El mismo Jesús nos preparó para esto, diciendo: “He aquí, yo os envío como a *ovejas* en medio de *lobos*...guardaos de los *hombres*, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí... *Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre*; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. Cuando os persiguen en esta ciudad, huid a la otra... El discípulo no es más que su maestro... Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt 10, 16.17.18.22.23.24.25).

Y la conclusión de Jesús es: “no los temáis...no temáis a los que matan al cuerpo, mas el alma no pueden matar” (Mt 10, 26.28). Los perseguidores pueden perseguirnos, pero no pueden dañar nuestro espíritu ni disminuir nuestra alegría en el Señor.

Jesús nos preparó para esta vocación profética y nos preparó para la persecución que la seguirá y que será parte de nuestra vida porque —como dijo y experimentó san Pablo— “*todos* los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán *persecución*” (2 Tim 3, 12). No podemos vivir fielmente, y escapar de esto. De verdad, “Hermanos míos —dice san Juan— no os extrañéis si el *mundo* os *aborrece*” (1 Jn 3, 13).

Siempre será así, porque la mayoría no quiere oír la verdad. Quiere una vida cómoda, llena de placeres de este mundo. No quiere pasar por la puerta estrecha ni caminar por el camino angosto de la vida. Prefieren el camino ancho y espacioso, que no es el camino de la vida, sino el de la perdición (Mt 7, 13-14). No quieren amar a Dios con *todo* su corazón, con un corazón *íntegro* e *indiviso*, *reservado sólo* para él, sino quieren sus *propios placeres*, ideas, y caminos, y los *deleites de ese mundo*. Y cuando viene un profeta —es decir, una persona enviada por Dios para decirles la verdad y mostrarles el verdadero camino de la vida y de la santidad— *ellos no quieren oír nada de esto*, y *rechazan y persiguen a su profeta*, ahuyentándolo de su tierra, como le hicieron a Jesús hoy: “y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle” (Lc 4, 29).

Y a Jeremías se le dijo hoy: “*pelearán contra ti*, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte” (Jer 1, 19). Pero aun así Jeremías tendrá que ponerse *contra toda* la nación en su misión de proclamarle la verdad de Dios. Y será lo mismo para nosotros si somos fieles a su palabra. Así, pues, las palabras que fueron dirigidas a Jeremías, están dirigidas también a nosotros hoy: “he aquí que yo te he puesto como muro de bronce *contra toda esta tierra*, *contra* los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra” (Jer 1, 18).

Así, como profeta, Jeremías está puesto, como Jesús, “para caída y para levantamiento de muchos en Israel” (Lc 2, 34). Él está puesto “sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar” (Jer 1, 10). Así es la vocación del profeta y el efecto de su palabra de la verdad y del testimonio de su vida. Está puesto para la destrucción de la maldad y para la conversión y edificación del pueblo.

¿Y qué fue la misión de Jeremías? Fue lo mismo que la nuestra, y se expresa en estas palabras: “Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate, y *háblales todo cuanto te mande*; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos” (Jer 1, 17). Nuestra misión es de ser obedientes a la voluntad de Dios y *vivirla* y *proclamarla* a todos para su bien, para su conversión y transformación; y sufrir el rechazo y la persecución como los profetas y como Jesús y san Pablo; y así vivir en su gloria, luz, y alegría como sus siervos fieles, porque “Bienaventurados seréis cuando los hombres os *aborrezcan*, y cuando os

*aparten de sí, y os vituperen, y desechen* vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día y alegraos” (Lc 6, 22-23).

Así es nuestra vida cristiana. Es una participación en la vida profética de Jesús; y sigue la pauta de los profetas. Es una vida feliz en el Señor porque es completamente dedicada a él y vivida en la verdad. Es una vida *crucificada* en este mundo (Gal 6, 14) y por eso es una vida *resucitada e iluminada*.

## PODEMOS VIVIR YA AHORA CON ANTICIPACIÓN EN LA JERUSALÉN CELESTIAL

Jueves, 4ª semana del año  
Heb 12, 18-19.21-24; Sal 47; Mc 6, 7-13

Vivimos ahora en esperanza de algo mejor en el futuro, la Jerusalén celestial. No vivimos sólo para esta tierra en que vivimos ahora. Y Dios nos disciplina aquí abajo, mostrándonos nuestras imperfecciones para que podamos purificarnos cada vez más de ellas para estar cada día más preparados, más listos para la Jerusalén celestial. Y a medida que estamos ya obedientes a la voluntad de Dios y ya purificados de nuestras imperfecciones, a esta misma medida comenzamos aun ahora a vivir en la alegría de esta ciudad de luz.

Por eso la disciplina de Dios nos ayuda. Cuando él nos deja sentirnos culpables y tristes por nuestras imperfecciones, aprendemos cuáles son nuestras imperfecciones y qué exactamente es su voluntad para con nosotros; y esta tristeza nos motiva a *quitar* estas imperfecciones de nuestra vida, para poder vivir en la alegre presencia de Dios, aun ahora.

Para el pecador sí, Dios es espantoso, como lo estaba el Monte Sinaí en el Antiguo Testamento. Pero para los arrepentidos que se acercan a él, es lleno de cariño y luz, y nos acoge muy bien. La primera lectura hoy nos dice que “os habéis acercado al Monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles en reunión solemne, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Heb 12, 22-24).

De verdad —como dice san Pablo— “nuestra ciudadanía está en los cielos” (Fil 3, 20). Y aun ahora debemos vivir en los cielos en espíritu —con nuestro corazón allá donde está nuestro tesoro (Mt 6, 19-21). Y si podemos purificarnos de los deleites de este mundo y de nuestras imperfecciones, viviremos una vida de alegría y luz celestial



aun aquí. Cristo ganó para nosotros el perdón y la justificación de Dios por medio de su muerte y resurrección, y en los sacramentos —sobre todo en la confesión y en la eucaristía— recibimos este gran don de su perdón y justificación, que es el don de la salvación.

Al recibir y vivir en este don, vivimos en su luz, vivimos con anticipación en la Jerusalén celestial, y compartimos esta alegre noticia con todos al predicarla por todas partes como lo hicieron los discípulos hoy. Así somos portadores de buenas nuevas, portadores del evangelio.

## ILUMINADOS POR LA LUZ DE CRISTO

La Presentación del Señor, 2 de febrero  
Mal 3, 1-4; Sal 23; Heb 2, 14-18; Lc 2, 22-40

Hoy es una fiesta de luz, la Presentación del Señor en el templo. José y María ofrecen a su hijo a Dios en su templo. Este ofrecimiento anticipa su ofrecimiento de sí mismo al fin de su vida en la cruz “para propiciar los pecados del pueblo”, como dice hebreos hoy (Heb 2, 17). Así, pues, él vino “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, este es, al diablo” (Heb 2, 14). Se ofreció a sí mismo para nuestra redención del pecado, para que pudiéramos resplandecer con el resplandor de Dios. Y por eso hoy es una fiesta de luz.

En él somos iluminados, y contemplamos el esplendor de Dios. Él es, en las palabras de Simeón: “Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel” (Lc 2, 32). Él cumple la profecía de Isaías, cuando dijo: “Y pondré salvación en Sion, y mi gloria en Israel” (Is 46, 13). Y “también te di; por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (Is 49, 6).

Cristo es nuestra luz, enviado a nosotros por Dios para iluminarnos, para hacernos toda luz. El alma salvada por Cristo e iluminada por él está, como dice san Macario: “cubierta de la belleza de la gloria inefable del Espíritu, y viene a ser toda luz, toda paz, todo ojo...así, pues, el alma está completamente iluminada por la indecible belleza de la gloria de la luz de la faz de Cristo y está hecha perfectamente partícipe del Espíritu Santo (Seudo-Macario, *Homilía* 1.2). Así nuestra vida es transformada por esta luz. Nosotros, por medio de nuestra unión con Cristo, la luz del mundo, somos transfigurados en luz. Somos “hijos de luz e hijos del día” (1 Ts 5, 5). Somos luz en Cristo, como dice san Pablo: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora *sois luz en el Señor*” (Ef 5, 8).

Si hacemos lo que hizo Simeón, es decir, aceptar a Cristo en nuestras manos, reconociéndolo como nuestro Señor y Salvador, dejándolo reinar soberano en nuestro corazón, sin otra competición, viviendo sólo para él, y haciendo, al fin, su voluntad con

exactitud, seremos iluminados, y nuestras pasiones estarán vencidas y dormirán dentro de nosotros. Seremos transfigurados en la luz de Cristo. Contemplaremos su esplendor, y mientras lo contemplamos, el Espíritu Santo nos formará en la imagen luminosa de Cristo.

Cristo vino para esto, para resplandecer en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), para librarnos del pecado, de las tinieblas, y de las pasiones, para que fuésemos toda luz, toda faz, todo ojo, cubiertos de la belleza de la gloria de la faz de Cristo. ¿No ha dicho Cristo que el que le sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Jn 8, 12)? Esta es su voluntad. Este es su plan. Si lo obedecemos, esto será realizado en nosotros. Si vivimos según su más perfecta voluntad para con nosotros, en nuestro debido tiempo, esto sucederá.

¿Y qué es su perfecta voluntad para con nosotros? Es que vivamos únicamente para él en todo, en todo aspecto de nuestra vida, con él como el único placer y alegría de nuestra vida, con él como nuestro único tesoro (Mt 6, 19-21) y único Señor (Mt 6, 24), viviendo sencillamente y en pobreza evangélica, dejándolo todo por él. Si hacemos esto, estaremos purificados de las pasiones. Y si oramos fijados sólo en él en abstracción de todo lo demás, veremos su luz iluminándonos desde dentro con su belleza y esplendor, y nosotros también resplandeceremos como luces en el mundo (Mt 5, 14-16; Fil 2, 15; Ef 5, 8; Jn 8, 12; 12, 46).

Hoy, pues, nos regocijamos a acoger a Cristo, la luz del mundo, en su templo, y ser encendidos por él. Y podemos decir que “recibimos tu misericordia, oh Dios, en medio de tu templo” (Sal 47, 9), y proclamamos con las escrituras que “Todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios” (Sal 97, 3).

Ahora, oh Israel, tu luz ha venido —“ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti” (Is 60, 1). Sobre ti es vista su gloria (Is 60, 2).

Somos nosotros este Israel —la gloria de Dios ha amanecido sobre nosotros, y es vista sobre nosotros, porque está dentro de nosotros. Es Cristo resplandeciendo dentro de nosotros. Es “Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel” (Lc 2, 32).

## LA ORACIÓN DE UNIÓN

Sábado, 4ª semana del año  
Heb 13, 15-17.20-21; Sal 22; Mc 6, 30-34

¡Qué importante es tener tiempo para descansar con el Señor y orar en silencio en un lugar despoblado, en un lugar desierto, a solas con él! Necesitamos esto como seres humanos y como cristianos, porque Dios nos hizo así. Y no podemos ser felices ni completos si nos falta esto.

Vemos la importancia de esta oración silenciosa en el evangelio de hoy. Jesús dijo a sus apóstoles hoy: “Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto” (Mc 6, 31-32).

Hay varios tipos de oración, y todos son importantes, buenos, y necesarios. Rezamos los salmos en el oficio divino, ofrecemos el sacrificio de Cristo junto con el sacrificio de nosotros mismos en la Misa. Rezamos el rosario, y oramos en nuestras propias palabras explicando a Dios nuestros problemas y necesidades. Otras veces le damos gracias por su ayuda y sus bendiciones, y otras veces lo alabamos.

Pero hay otro tipo de oración muy importante también, pero que no todos conocen. Es la oración silenciosa, en que nos sentamos delante de Dios en amor y nos concentramos en él sin palabras, sin meditaciones, sin ideas, y sin imágenes. Pero podemos usar una oración jaculatoria, como la oración de Jesús, constantemente repetida, para ayudarnos a enfocarnos en Dios y evitar distracciones.

Al hacer así, podemos sentarnos por un tiempo, y a veces caemos en una profunda paz, en que nuestra alma descansa profundamente en Dios. Otras veces dormimos un poco mientras rezamos así. Pero otras veces caemos en un gran estado de unión íntima con Dios, en que él nos llena de su luz y amor, uniéndose profundamente con nosotros, iluminándonos desde dentro.

Esta oración profunda nos transforma y transfigura en luz por su duración. Nos hace, en verdad, “hijos de luz” (1 Ts 5, 5) y caminamos en la luz de Cristo (Jn 8, 12). Esta oración de unión nos da ganas de cambiar nuestra vida, de simplificarla y de hacer grandes cosas por Dios, de dedicarnos a su reino y de predicar y extender su reino en el mundo. Nos da ganas de vivir completamente por él y sólo por él. Nos llena de luz y alegría y nos renueva, hasta que lleguemos un día a un *nuevo estado estable* de paz, tranquilidad, amor, y alegría en Dios, que es la meta de la vida de fe.

## JESÚS FUE ENVIADO PARA CURARNOS DE NUESTRO SENTIDO DE CULPABILIDAD

5° domingo del año

Is 6, 1-2.3-8; Sal 137; 1 Cor 15, 1-11; Lc 5, 1-11

En la primera lectura hoy oímos sobre el llamado de Isaías para ser profeta. Primero Isaías experimenta la gloria de Dios en el templo, y dice: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre *inmundo* de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, el Señor de los ejércitos” (Is 6, 5). Isaías se siente *indigno* delante de Dios. Se siente *impuro*, un “*hombre inmundo de labios*” (Is 6, 5). Entonces después de *confesar* su pecado y *admitir* su *indignidad*, Dios actúa, enviando a un serafín “teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas” (Is 6:6). Y Isaías describe lo que le sucedió, diciendo: “y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y *es quitada tu culpa, y limpio tu pecado*” (Is 6, 7).

Dios lo *absolvió* de sus *pecados*, y en el acto de hacer esto, *quitó* su *sentido* de *culpabilidad* e *indignidad*, y lo *hizo digno* y ya se *sintió digno* por el don del perdón y de la justicia de Dios conferidos a él. Este acto de Dios lo rejuveneció, lo hizo como un

hombre nuevo, y esto fue un cambio objetivo que él no pudo hacerse a sí mismo. Sólo este acto de Dios lo renovó.

Entonces, viendo que ya está preparado, perdonado, y regocijado por el Espíritu, el Señor quiere *enviarlo* como su *profeta* para predicar esta salvación al pueblo. Y el Señor le dijo: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí” (Is 6, 8). Vemos ahora el *gran cambio* en Isaías. Antes, *no* se sentía digno delante de Dios; pero ahora, después de ser tocado por el carbón, Isaías se ofrece a sí mismo inmediatamente al servicio del Señor para *predicar* y *compartir* con los demás este gran descubrimiento, esta transformación que Dios hizo en él, es decir: él fue enviado para predicar el mensaje de salvación.

La misma cosa sucedió a san Pablo en la segunda lectura hoy, y a san Pedro en el evangelio de hoy: Sufrían de la culpabilidad y la tristeza causadas por su sentido de imperfección e indignidad delante del Señor. San Pablo dice hoy que Cristo resucitado le apareció a él, “al *último* de todos, como a un *aborto*. Porque yo soy el *más pequeño* de los apóstoles, que *no soy digno* de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo” (1 Cor 15, 8-10).

No fue Pablo que se curó a sí mismo. Él no pudo hacer esto, y sabe muy bien que no pudo curarse del dolor de culpabilidad, imperfección, e indignidad en su corazón. Pero sabe muy bien también que fue completamente *curado* por la *gracia* de Dios, y que ahora está *sano* y *feliz* en Cristo, un hombre nuevo (Ef 4, 22-24), una nueva criatura (2 Cor 5, 17), una nueva creación en Cristo (Gal 6, 15), sepultado con él al pecado y resucitado con él para andar en la novedad de la vida (Rom 6, 4), en la novedad del Espíritu (Rom 7, 6).

Esta es la misma gracia de perdón, justificación, y renovación que todos nosotros necesitamos, y que no podemos darnos a nosotros mismos. Dios le dio a Pablo por primera vez por medio del ministerio de Ananías. Cuando Ananías vino a Saulo, le dijo: el Señor Jesús “me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado. Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas” (Hch 9, 17-19). Y después de unos días, “predicaba a Cristo en las sinagogas” (Hch 9, 20). Es decir: él quiso compartir con todo el mundo de la manera más directa posible su gran y alegre descubrimiento de perdón, justificación, y vida nueva que ha recibido en Cristo, para que todo el mundo también pudiera recibir lo mismo.

¿No es esto exactamente lo que nosotros también necesitamos? Y Dios, por su parte, está listo para dárnoslo por medio del ministerio de su Iglesia, sobre todo por medio del sacramento de reconciliación, si tan sólo nos humillamos en el sacramento delante de un hombre, un sacerdote, para recibirlo. Esta salvación nos viene de la gracia de Jesucristo, ganada por los méritos de su muerte salvífica en la cruz, y canalizada para nosotros por este sacramento de curación.

Y para asegurar que no nos falte este asunto, el evangelio de hoy también nos da un ejemplo de esta misma cosa. San Pedro, viendo la gran pesca que hicieron al mandato de Jesús, “cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: *Apártate* de mí, Señor, porque soy *hombre pecador*” (Lc 5, 8). ¿Y por haber dicho esto, se apartó de él Jesús? ¡No! No se apartó Jesús de él, sino *lo llamó a ser su apóstol*. Y “Jesús dijo a Simón: No Temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las bacas —dice san Lucas—, dejándolo todo, le siguieron” (Lc 5, 10-11).

Fueron las palabras de Jesús, dirigidas a Pedro, lo que le levantó y curó. Jesús curó su corazón, quitó su sentido de culpabilidad, tristeza, e indignidad, y le invitó a ser su apóstol, un “pescador de hombres” (Lc 5, 10). Y respondiendo, Pedro dejó todo y le siguió.

Cada vez que nos sentimos así, culpables e indignos de Dios por nuestras imperfecciones, debemos hacer lo que hizo Pedro hoy, humillarnos delante de Jesús, sobre todo en el sacramento de reconciliación, y *confesar* nuestra indignidad, imperfección, e culpabilidad. Habiendo hecho esto, Jesús nos *curará* con su *palabra* de *absolución* y con su *palabra* de *invitación* a ser pescadores de hombres. Por este medio él nos renueva y regocija nuestro espíritu.

## CRISTO VINO PARA RESTAURAR LA PAZ DE EDÉN

Jueves, 5ª semana del año  
Gen 2, 18-25; Sal 127; Mc 7, 24-30

En la primera lectura hoy oímos la narración sobre la creación de la mujer. Ella debe ser una “ayuda idónea para él” (*ezer cnegdo*, Gen 2, 18.20, la expresión hebrea, “*ezer cnegdo*” quiere decir asistente, ayuda, o ayudante para él). Ella es como él, un ser humano, pero diferente también. Entonces oímos que “estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban” (Gen 2, 25). Adán y Eva, en este tiempo, tenían control perfecto sobre sus pasiones. Todavía no habían pecado, y vivían en un estado de paz, amor, y luz con Dios y con sí mismos. Y ellos dos vivían juntos, como hombre con su mujer, como “una sola carne” (Gen 2, 24).

Vemos aquí la complementariedad de los sexos. La mujer ayuda y complementa al hombre, y por eso se juntan en matrimonio, y viven juntos. Lo que le falta a uno, la otra complementa, y así juntos son completos. Por eso viven juntos en matrimonio, la mujer siendo la “ayuda idónea” para el hombre. Así cada uno cumple su propia naturaleza como hombre o mujer, y al mismo tiempo cumple lo que le falta al otro. Lo que el uno necesita, la otra puede proveer. Este es el matrimonio en el plan de Dios. Dios hizo los sexos diferentes, para que se puedan ayudar y complementar mutuamente. Lo que el hombre no puede hacer bien solo, puede hacer muy bien con la ayuda de una mujer, su esposa. Y la mujer también es ayudada por vivir con y ayudar, de su manera, a un hombre, a su esposo.

La libertad de la esclavitud de las pasiones —simbolizada por el hecho de que pudieron vivir juntos desnudos sin vergüenza ni concupiscencia— que Adán y Eva tenían, y perdieron, Cristo vino para restaurar, de modo nuevo, si lo seguimos con fe y

obediencia. Así tendremos otra vez paz y alegría en nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, y con nuestro prójimo, como lo tenían Adán y Eva en el jardín de Edén.

Jesús vino para librarnos de la esclavitud de las pasiones y del demonio. Él vino para salvarnos del pecado original y de todo pecado actual por su sacrificio de sí mismo en la cruz, y por la gloria y esplendor de su resurrección, que él quiere compartir con nosotros. Lo que él quiere ver primero en nosotros es la fe en él y en su poder de salvarnos.

Hoy vemos un ejemplo de esta fe en la mujer sirofenicia del evangelio de hoy. Ella se asemejó a perrillos debajo de la mesa comiendo las migajas de los hijos. Por su humildad, su petición, y su fe, Jesús le dio la curación de su hija del demonio que ella quería de él. Él hará lo mismo para nosotros si le pedimos con este tipo de fe y humildad.

## LA CAÍDA DEL HOMBRE

5ª semana del año

Gen 3, 1-8; Sal 31; Mc 7, 31-37

Hoy oímos el texto importante de Génesis sobre la caída de Adán y Eva al desobedecer el mandato de Dios de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (Gen 2, 17). Fueron tentados por el diablo bajo la forma de una serpiente (Sab 2, 23-24). Él los engañó, diciendo que “el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gen 3, 5). Ellos comieron, y “Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban *desnudos*” (Gen 3, 7), es decir: han perdido el control de sus pasiones.

Con este acto directo de desobediencia a un mandato claro y explícito, dado directamente a ellos por Dios, cayeron fuera del estado original de gracia y perdieron sus otros dones especiales, como la inmortalidad, el control de sus pasiones, y la intimidad con Dios. Y fueron expulsados del jardín de Edén.

Vemos aquí claramente la maldad del pecado. El pecado es la desobediencia a la voluntad de Dios. Cuando desobedecemos a Dios, escogiendo más bien nuestra voluntad propia, nuestros propios deseos y placeres, y dejando al lado los deseos de Dios, pecamos, y caemos fuera de su luz y amor. Nos cortamos a nosotros mismos de la vida que nos alimenta espiritualmente. Si es un pecado grave, es decir, un pecado mortal, caemos fuera de la gracia de Dios, hasta que nos arrepentimos y recibimos su perdón. Entonces él nos reestablece otra vez en su gracia, luz, y amor. Si nuestra desobediencia no es grave, es decir, si es un pecado venial o una imperfección, entonces no caemos

fuera de su gracia, sino experimentamos una disminución de su luz y una cierta tristeza y sentido de culpabilidad.

Cristo vino para reparar todo esto, para *restaurarnos* otra vez en la plenitud de la gracia de Dios, en el esplendor de su amor, y en gran intimidad con él, como lo estaban Adán y Eva, pero no en exactamente la misma forma, porque permanecemos mortales, tenemos que luchar para vencer nuestras pasiones, y crecer hasta que recobramos la intimidad con Dios. Pero en Cristo todo esto es posible otra vez para el hombre de fe que imita la vida de Jesús. Él puede ser transformado y divinizado, justificado y santificado, por los méritos de la muerte de Cristo y por la luz de su resurrección que lo ilumina con el esplendor de Dios.

## LA RESTAURACIÓN DE LA INTIMIDAD CON DIOS

5ª semana del año

Gen 3, 9-24; Sal 89; Mc 8, 1-10

Hoy oímos sobre el castigo del pecado original. Adán y Eva son expulsados del jardín de Edén y perdieron su intimidad con Dios, quien antes aun “se paseaba en el huerto, al aire del día” con ellos, mientras oyeron su voz (Gen 3, 8). Pero oímos también hoy un versículo que se llama el *protoevangelio*, en que Dios dice a la serpiente: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: *él* te pisará la cabeza, mientras acechas tú su calcañar” (Gen 3, 15).

Notamos que el pronombre (él) en este versículo es masculino en hebreo (*ju*). Esta es, entonces, una profecía (protoevangelio) de que *uno* de los descendientes de la mujer destruirá la obra de Satanás. Cristo cumplió esta profecía. Él es el descendiente de Eva que pisó la cabeza de la serpiente.

En Cristo tenemos la liberación de la maldición que el pecado de Adán y Eva nos trajo. El Espíritu de Dios volverá otra vez a nuestra humanidad con la venida, encarnación, muerte, y gloriosa resurrección de Jesucristo. Su divinidad, entrando por la encarnación en nuestra humanidad, nos iluminará otra vez, y nos restaurará en la intimidad con Dios que tenían Adán y Eva en el jardín de Edén antes de su pecado. Por la muerte de Cristo, Dios es propiciado adecuadamente, es decir, una satisfacción adecuada es hecha por este pecado y por todo pecado, y por eso la enemistad entre Dios y el hombre es quitada.

Ahora, pues, el hombre tiene una *nueva posibilidad* de vivir en la *luz* con Dios si él cree en Jesucristo y en el poder de su sacrificio propiciatorio y expiatorio. Por esta fe, los méritos de este sacrificio lo libran de las tinieblas; y, por medio de los sacramentos, él recibe esta vida nueva de Dios que lo diviniza e ilumina.

Ahora, si confesamos nuestros pecados, especialmente en el sacramento, y si nos purificamos de todo lo que no es Dios, en nuestro debido tiempo podremos volver al estado original de paz, luz, amor, y alegría, en que vivían Adán y Eva desde el primer momento de su creación, cuando el Señor Dios se paseaba con ellos entre los árboles del huerto al aire del día mientras oían su voz (Gen 3, 8). Esta gran intimidad con Dios, que

es la obra del Espíritu Santo, que él nos da, es otra vez, desde la encarnación, una posibilidad para nosotros si tenemos fe en Jesucristo y si nos purificamos del mundo, para que él sea nuestra única alegría en esta vida. Cuanto más podemos hacer esto, tanto más entraremos en la este estado restaurado de paz, luz, alegría, y amor; y tanto más seremos *iluminados*.

## DIOS CUIDA DE LOS POBRES

6° domingo del año

Jer 17, 5-8; Sal 1; 1 Cor 15, 12.16-20; Lc 6, 17.20-26

Hoy oímos uno de los verdaderamente grandes textos del Nuevo Testamento, las bienaventuranzas. Aquí Jesús nos enseña que podemos ser felices y bendecidos en cualquier situación, y sobre todo cuando estamos en medio de dificultades exteriores, cuando estamos perseguidos, maltratados, entendidos mal, y cuando vivimos una vida sencilla y pobre, sin adornos, y en medio de preocupaciones por el futuro. En todo esto, podemos y debemos regocijarnos en Cristo, porque él nos cuidará, nos asegurará, y llenará nuestra vida de su luz, amor, y alegría.

Si perdemos todo por él y por eso nuestro comportamiento está entendido mal, y si en esta situación dependemos completamente de Dios, sin otra ayuda humana, él llenará nuestra vida de todo bien, y tanto nos cuidará que no tendremos que preocuparnos más sobre el futuro ni sobre nuestra felicidad y bienestar. Estando maltratados por haber obedecido su voluntad, él nos cuidará tanto más. Al vivir así, somos entre los benditos pobres del evangelio.

Por eso nunca debemos temer hacer la voluntad de Dios, porque no importa qué reacción experimentamos por nuestra obediencia a su voluntad. Cuanto más estamos rechazados por nuestro buen comportamiento, tanto más estaremos bendecidos por Dios, no sólo por haberle obedecido, sino también por haber sufrido por él. “Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos” (Lc 6, 22-23), dice Jesús hoy. Si sufrimos maltrato por haberlo obedecido, somos bienaventurados.

Al vivir así, somos conformados a Cristo. Imitamos la pauta de su propia vida. Somos crucificados con él en amor e imitación de él. Y resucitamos espiritualmente junto con él ahora de antemano.

Los *pobres*, especialmente, son proclamados bendecidos: “Bienaventurados vosotros los *pobres*, porque vuestro es el reino de Dios” (Lc 6, 20). Los pobres aquí son los *anawim* de Yahvé, los pobres del Señor, que no pueden depender de otra cosa. Su único apoyo es el Señor. Su vida es austera, simple, y sencilla; sin placer. Pero si ellos se entregan completamente al Señor, estarán más felices que los ricos, porque Dios los llenará de su propia luz y esplendor.

En efecto, son las comodidades del mundo que nos distraen de Dios, que dividen nuestro corazón, que lo llenan de otras cosas, otros amores fuera de Dios, hasta que



muchos olvidan a Dios. Entonces no experimentan esta riqueza que los pobres conocen. Más bien experimentan un gran vacío interior, y su corazón está lleno de tristeza, preocupaciones, y miedos de todo tipo. ¡Cuánto mejor es ser entre estos benditos pobres del Señor!

¡Qué felices, en cambio, son los pobres del Señor, los perseguidos por Cristo, los rechazados por este mundo, los que voluntariamente se despojan de los deleites de este mundo, los que viven en la pobreza evangélica, los que renuncian a los placeres innecesarios, y que de muchas maneras viven *voluntariamente* como los pobres por amor a Dios! Felices son ellos *que no quieren otro gozo fuera de Dios*, porque son ellos que vivirán en su espléndida luz y cuyos corazones se regocijarán todo el día. No son ahogados por las riquezas. No son como las semillas que cayeron entre espinas que “son ahogados por los afanes y las riquezas y los *placeres* de la vida, y no llevan fruto” (Lc 8, 14).

Es verdad que “todo el que quiera salvar su vida” en las comodidades y placeres del mundo, “la perderá; y todo aquel que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). Perdemos nuestra vida por él al vivir sólo por él en pobreza evangélica y voluntaria. Así salvaremos la vida y así viviremos en la luz. Ellos son los que *aborrecen* su vida en este mundo por Cristo y descubren el *verdadero gozo* interior. “El que ama su vida, la perderá; y el que *aborrece* su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn 12, 25).

Pero “¡ay de vosotros ricos! porque *ya tenéis vuestro consuelo*” (Lc 6, 24). Abraham dijo la misma cosa al hombre rico que “hacía cada día banquete con esplendidez” (Lc 16, 19). Dijo: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado” (Lc 16, 25). Es atormentado por su vida de lujo y glotonería. Y la glotonería es uno de los pecados capitales. Si tenemos nuestro gozo en deleites mundanos, nos faltará el gozo del espíritu. Por eso benditos los pobres; pero ay de los ricos. Sería “más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 24).

Esos ricos son los que “Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales...beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a cautividad, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres” (Amos 6, 4-7).

## EL CAMINO PARA LEGAR AL PAÍS DE LA LUZ

6ª semana del año

Gen 9, 1-13; Sal 101; Mc 8, 27-33

Hoy oímos la confesión de Pedro, de que Jesús es el Cristo, el Mesías. Pedro ya entendió quién era Jesús, pero todavía no lo entendió muy bien. Todavía no entendió qué tipo de Mesías era. No entendió que sería un Mesías sufriente, y que muriera y resucitara al

tercer día. Pedro todavía tenía una idea demasiado humana y mundana del Mesías. Y cuando Jesús le explicó que “era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto y resucitar después de tres días... Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle” (Mc 8, 31-32). Según san Mateo, Pedro le dijo: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca” (Mt 16, 22). Es claro que el entendimiento de Pedro en aquel tiempo fue muy lejos e incompleto, porque entonces Jesús lo llamó “Satanás”, diciéndole: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mirada en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mc 8, 33).

¿Y qué aprendemos de todo esto? Aprendemos la importancia del sufrimiento, de la persecución, y de la resurrección en la vida de Jesús y en la de sus seguidores. Sabemos que esto aplica también a sus seguidores porque en el versículo siguiente Jesús dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mc 8, 34).

De veras, si seguimos a Cristo, si vivimos el misterio de su cruz, si nos negamos a nosotros mismos (Mc 8, 34), si gloriamos en la cruz de Cristo (Gal 6, 14), si nos mortificamos en este mundo, seremos entendidos mal, perseguidos, y rechazados. Así participaremos en la muerte de Jesús, perseguidos por el mundo, que no entiende nada de esto. Seremos perseguidos y menospreciados también por los que piensan como el mundo.

Pero la última parte de este dicho de Jesús también aplica a nosotros: resucitaremos después de tres días. Es decir: experimentaremos una resurrección espiritual *ahora*, en este tiempo, resucitando con Cristo resucitado. Viviremos en su luz y alegría, en unión íntima con Dios, en júbilo de espíritu.

De verdad, “todo el que pierda su vida por causa de mí, y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). Perdemos nuestra vida por él al vivir como él nos enseñó, sólo por él, y al sufrir persecución por vivir así. El resultado es que vivimos ya de antemano una vida resucitada (Col 3; 1-3), y caminamos en la novedad de la vida (Rom 6, 4), ilustrados. Vivimos divinizados e iluminados por el resplandor de la resurrección de Jesucristo. Y el camino para llegar a este país de la luz es el de la cruz.

## LA RENUNCIA DE LOS BIENES DE ESTE MUNDO Y LA EXPERIENCIA DEL AMOR DE DIOS

viernes, 6ª semana del año  
Gen 11, 1-9; Sal 32; Mc 8, 34 – 9, 1

Hoy oímos un versículo muy importante que ha hecho muchos santos. Es: “todo el que quiera *salvar* su vida, la *perderá*; y todo el que *pierda* su vida por causa de mí y del evangelio, la *salvará*” (Mc 8, 35). Este versículo enseña exactamente lo opuesto a lo que un hombre pensaría, usando sólo su sentido común. ¿Quién normalmente pensaría que salvaremos nuestra vida al perderla? Pero esto es exactamente lo que Jesús nos enseña hoy. Dice que debemos *perder* nuestra vida *por él* y por el evangelio, negándonos a nosotros mismos y viviendo el misterio de la cruz: “Si alguno quiere venir en pos de mí,

*niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mc 8, 34). Y si hacemos lo opuesto a esto, no nos salvaremos, sino nos perderemos de verdad: “todo el que quiera salvar su vida, la perderá” (Mc 8, 35).*

Tratamos de salvar nuestra vida al llenarla con muchas cosas y placeres —y *no* estoy hablando aquí de cosas o placeres pecaminosos. Si llenamos nuestra vida de estas cosas innecesarias, Dios sería sólo como una cosa más entre muchas para nosotros, y él tendría que competir para nuestra atención contra todas estas otras cosas. Y porque su amor, alegría, luz, y presencia son muy puros y sutiles, una persona con su corazón tan lleno y dividido así entre tantas buenas cosas de este mundo y de esta creación *casi no puede percibir* la presencia de Dios, y por eso tiene *muy poca experiencia profunda y personal de Dios*.

Es por eso que los *místicos*, que tienen *tanta experiencia* del amor de Dios, son todos *ascetas* también, es decir, personas que han *abandonado todo* lo de este mundo, que es posible abandonar, y viven vidas *austeras, privándose de los placeres innecesarios de la vida*. Ellos son los que *no* tratan de salvar su vida, como lo hace la mayoría. Al contrario, estos místicos son los que *pierden* su vida en este mundo por Cristo, *privándose de todo, dejándolo todo, despojándose, desapegándose, y desprendiéndose de todo por amor a Cristo*. Son, entonces, ellos los que reciben “*cien veces más*” *ahora en esta vida presente*, y después, la vida eterna (Mt 19, 29).

Sería más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que entre en el reino del cielo un rico sumergido en sus placeres (y no necesariamente placeres pecaminosos) (Mt 19, 24). Para obtener el *gran tesoro* escondido, el hombre que lo descubrió tuvo que *vender todo* lo que tenía. Así nos enseña Jesús la importancia de *abandonar todo por él, de perder nuestra vida en este mundo por él* si queremos obtener el tesoro de su amor. Por eso Jesús nos enseña que debemos tener ***un solo*** tesoro (Mt 6, 19-21) y ***un solo*** Señor (Mt 6, 24); *no muchos tesoros, ni muchos señores*. Y en el evangelio de Juan, Jesús dice: “El que *ama* su vida, la *perderá*; y el que *aborrece* su vida en este mundo, para vida eterna la *guardará*” (Jn 12, 25). El mejor discípulo es el que *renuncia a todo por él*, como dijo Jesús: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no *renuncia* a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33).

## CRISTO RESPLANDECE EN UN CORAZÓN INDIVISO, RESERVDO SÓLO PARA ÉL

sábado, 6ª semana del año  
Heb 11, 1-7; Sal 144; Mc 9, 2-13

Hoy Jesús se transfigura delante de Pedro, Santiago, y Juan, en un monte alto, donde él los llevó aparte solos a orar (Lc 9, 28). “Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente” (Lc 9, 29). “Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos” (Mc 9, 3). “...y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mt 17, 2). Y “una nube de luz los cubrió;

y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mt 17, 5).

¿Y qué significa esto para nosotros? Es una manifestación de la gloria de Jesús como el único Hijo de Dios. Es una vislumbre de la gloria en que Jesús vivía desde siempre en el seno del Padre, antes de la fundación del mundo, en la noche de la eternidad. A esta gloria Jesús se refirió cuando dijo: “Ahora pues, Padre, *glorifícame* al lado tuyo, con *aquella gloria* que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn 17, 5).

Jesús se encarnó para darnos una participación de esta misma gloria; y como los tres discípulos en el monte vieron su gloria, así nosotros, de otra manera, *hemos visto su gloria* con los ojos de nuestro espíritu. San Juan nos dice esto, diciendo: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y *hemos visto su gloria*, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... [y] de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn 1, 14.16). “...*hemos visto su gloria*”; hemos contemplado su gloria. Él ha resplandecido dentro de nosotros como la luz.

Él vino del esplendor del Padre para introducirnos a nosotros en este mismo esplendor y gloria. Y él nos dio esta gloria para que la contempláramos, como dijo: “La *gloria* que me diste, *yo les he dado*” (Jn 17, 22). Es precisamente esta *contemplación* de su *gloria* que nos *transfigura* y *transforma*, que nos *ilumina* y *diviniza*; y somos ilustrados, transformados “de gloria en gloria”, en la misma imagen del Hijo por el Espíritu Santo (2 Cor 3, 18).

Son los que viven *sólo* para él que son más iluminados. Es decir, los que Jesús puede iluminar más son los que dejan todo por él, que renuncian a las *buenas cosas* de *esta* creación para las *mejores cosas* de la *nueva* creación. Son los que renuncian a lo *bueno* para lo *mejor* que son más iluminados. Cristo puede resplandecer en sus corazones porque no tiene que competir con otras cosas para su atención. Él encuentra sus corazones indivisos, reservados sólo para él, y por eso él los inhabita poderosamente y con gran resplandor, como el gobernador y dueño de su corazón.

## TESTIGOS DEL REINO DE DIOS EN LA TIERRA

7º domingo del año

1 Sam 26, 2.7-9.12-13.22-23; Sal 102; 1 Cor 15, 45-49; Lc 6, 27-38

Hoy oímos el gran sermón de Jesús, que en la versión de san Mateo se llama “el Sermón del Monte”. Este sermón describe, en verdad, *una nueva manera de vivir, un estilo alternativo de vivir en este mundo*. Es el *estilo* del *Reino* de Dios, en que uno trata de vivir *actualmente* según los valores del *Reino*. Es la vida del hombre *nuevo*, viviendo en la nueva creación, que es un mundo nuevo en medio de este viejo mundo presente. Cristo vino para traernos este mundo nuevo, para *transformar* al mundo actual en un mundo *nuevo*, en el *Reino* de Dios, donde vivimos por *nuevos* valores, los valores del *Reino*; y no más por los de este mundo viejo.

Y esto es algo más que sólo ideas, sueños, y bellas palabras. Es algo *práctico* que el seguidor de Jesucristo debe empezar a *vivir concretamente ahora* en su vida actual.

Así vive el hombre *nuevo*, renovado y rejuvenecido por Jesucristo. Debemos *despojarnos* del hombre *viejo*, revestirnos del hombre *nuevo* (Ef 4, 22-24), y cambiar nuestro comportamiento para que sea el comportamiento no más de *este* mundo, sino del *Reino* de Dios.

Así como somos divinizados por la encarnación, por Dios habitando en nuestra carne y en nuestra humanidad, tenemos que *mostrar exteriormente* esta transformación en un comportamiento radicalmente *nuevo* y *transformado*. Nuestra vida y manera de vivir debe ser radicalmente *nuevas*, renovadas, e *iluminadas*; y la luz que irradia de nosotros debe *iluminar* al mundo.

Así también como hemos muerto con Cristo a nuestra vida mundana, también resucitamos con Cristo en su vida resucitada y gloriosa; y el resplandor de esta nuestra vida nueva y resucitada debe aparecer y ser visible en nuestro nuevo modo de vivir, en nuestro comportamiento. El evangelio de hoy explica concretamente exactamente cómo el hombre nuevo debe vivir.

Así, pues, como hemos traído la imagen del *primer* Adán, el hombre terrenal —como dice san Pablo hoy—, así también traeremos la imagen del *nuevo* Adán, Cristo (1 Cor 15:49); y no sólo después de la resurrección del cuerpo en el último día, sino también *ahora* en el presente, al vivir una vida ya espiritualmente resucitada en medio de este mundo viejo.

Y ¿cómo, concretamente, vivirá este hombre nuevo, este hombre renovado, rejuvenecido, divinizado, iluminado, transformado, y resucitado? Tenemos un ejemplo concreto en la primera lectura hoy, de cómo David no quitó la vida de su enemigo, el Rey Saúl, que lo perseguía para matarle a él. David tuvo la oportunidad de matarlo dormido en el campamento, pero no lo hizo por respeto al Rey, que era el Ungido del Señor. Y lo perdonó, y no quitó su vida.

Nosotros también debemos amar no sólo a nuestros amigos, sino a nuestros *enemigos* también, a los que nos odian, que rehúsan hablar con nosotros, o que nos hablan mal, con ira y odio, que nos atacan sin haberlos provocado. Jesús dice hoy: “benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian” (Lc 6, 28). En vez de hablarles con ira y rencor, Jesús dice: “Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra” (Lc 6, 29).

*Así no perderemos nuestra paz y alegría en el Señor*, y no entenebreceremos nuestra alma, cayendo nosotros mismos en tristeza y depresión, sintiendo culpabilidad por haberles atacado o hablado mal o con ira. Así podemos *mantener* nuestra *paz* y *alegría* en el Señor. Al seguir viviendo así en la luz y alegría de Cristo, podemos aun bendecir a los que nos odian y atacan. Y con mucha frecuencia, después de unos días, nuestro enemigo verá su propia culpa y se arrepentirá y comenzará a hablar y actuar bien con nosotros.

Así, pues, debemos vivir en el amor de Dios e irradiarlo a todos, sobre todo a nuestros enemigos. “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman” (Lc 6, 32). Debemos, pues, ser tranquilos y pacíficos, siempre irradiando el amor de Dios, rehusando enojarnos cuando alguien nos maldice o nos trata mal, rehusando contestar mal, sino siempre dando una buena respuesta.

*Así no perderemos nuestra propia paz, ni caeremos fuera del encanto del amor divino en que vivimos*; y al mismo tiempo, haremos mucho bien a muchos, y seremos testigos verdaderos del nuevo mundo, del *Reino* de Dios.

## ESTE ES EL TIEMPO ACEPTABLE, EL DÍA DE SALVACIÓN

Miércoles de Ceniza

Joel 2, 12-18; Sal 50; 2 Cor 5, 20 – 6, 2; Mt 6, 1-6.16-18

Hoy, miércoles de ceniza, empezamos el tiempo muy especial de cuaresma. Aunque es un tiempo de arrepentimiento y penitencia, es un tiempo alegre de preparación para celebrar el misterio pascual de la muerte y resurrección de nuestro Dios y Señor Jesucristo. Es un tiempo en que nos preparamos para renovar nuestro bautismo, muriendo al pecado y al pasado en la muerte de Cristo, y resucitando a una vida nueva e iluminada en él para andar en el esplendor que dimana de su resurrección. Cuaresma es la primavera de la Iglesia, el tiempo de nueva vida, de resurrección de la muerte del pecado.

El profeta Joel dice hoy: “¡Tocad la trompeta en Sion, proclamad un ayuno, convocad la asamblea, congregad al pueblo, purificad la comunidad!” (Joel 2, 15). Todos juntos hoy proclamamos un tiempo de ayuno, de abstinencia de los deleites de este mundo, para volver todos juntos a Dios con todo nuestro corazón, con un corazón sin división, con un corazón indiviso, reservado sólo para el Señor. Dejamos los deleites de este mundo para deleitarnos sólo en Dios, para que él sea el único deleite de nuestro corazón. Y siendo él nuestro único deleite, poco a poco estaremos purificados de los otros deleites mundanos para poder percibirlo y experimentarlo en la alegría de nuestro corazón, hasta el punto de que estamos llenos de su alegría y luz.

Pero para llegar a este punto de alegría, tenemos que renunciar primero a los deleites de *este* mundo, dejando así lo bueno para lo mejor. Por eso ayunamos durante cuaresma. Y, como dice san Benito, de verdad, *toda nuestra vida debe ser una cuaresma continua (RB 49), un ayuno continuo de los deleites de la comida y de este mundo, para los deleites mejores de la nueva creación.* Cuaresma, entonces, es nuestro recuerdo y retiro anual que nos anima y recuerda de lo que debemos hacer *todo el año, todo el tiempo.* Los que quieren llegar a la unión *íntima y experimentada* con Dios *hacen así.* Así han vivido los monjes *todo el tiempo*, no sólo durante cuaresma, en los tiempos más fervorosos de su historia.

No dejemos pasar, pues, este tiempo aceptable, este día de salvación. Si no has vivido así hasta ahora, *hoy es la oportunidad de cambiar*, de empezar de nuevo, de arrepentirte y convertirte. Tienes que cambiar tu *actitud, orientación, y modo de vivir.* En vez de vivir por nosotros mismos una vida que es una búsqueda inacabable de siempre nuevos placeres, debemos *renunciar a todo esto*, y empezar a vivir una vida de pobreza evangélica, sólo para Dios si queremos ser *santos e iluminados* por él. Si queremos andar en el esplendor de su resurrección, tenemos que *dejar atrás las luces* de *este* mundo que *ahogan* la luz sutil de Dios e impiden la *experiencia* de su *luz*, alegría, y amor en nuestro corazón. Tenemos que *sacrificar lo bueno para lo mejor*, y esto es para *toda la vida*, no sólo para cuaresma. Pero cuaresma es un *recuerdo* de esto, y nos anima a empezar de nuevo si no hemos seguido bien hasta ahora *esta nueva manera de vivir.*

Así estaremos purificados para experimentar el amor y la luz de la resurrección de Jesucristo resplandeciendo en nuestros corazones en la fiesta de Pascua.

San Pablo nos dice hoy: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo *pecado*, para que nosotros fuésemos hechos *justicia* de Dios en él (2 Cor 5, 21). Este es el misterio pascual que comenzamos hoy a prepararnos para celebrar. Cristo llevó nuestros pecados, para que *su justicia fuese comunicada a nosotros*. Él recibió nuestros *pecados*, y nos dio, en cambio, su *justicia*. Así somos *renovados* en él, hechos *justos* por medio de él, por los méritos de su muerte sacrificial en la cruz.

## EL AYUNO Y LA VERDADERA FELICIDAD DE LA VIDA CRISTIANA

Viernes después de ceniza  
Is 58, 1-9; Sal 50; Mt 9, 14-15

Cuaresma es el tiempo de penitencia y *ayuno*. Jesús dijo en el evangelio de hoy: “vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces *ayunarán*” (Mt 9, 15). Jesús es el esposo, nosotros la esposa, y vivimos ahora en estos días en que el esposo nos es quitado físicamente. Por eso *nuestros* días son los días de *ayuno* —sobre todo durante cuaresma, el tiempo por antonomasia de *ayuno*.

Pero yo creo que esto no debe significar que nuestro tiempo es un tiempo de tristeza. Jesús dijo: “Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan... Pero tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu rostro...” (Mt 6, 16-17). E Isaías también dice hoy: “¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco?” (Is 58, 5).

El tiempo de cuaresma no es un tiempo triste, ni tampoco debe el ayuno ser algo triste. ¿Cómo podemos ser tristes cuando nos enfocamos tan intensamente en Dios que queremos que él sea nuestro único gozo, y nos regocijamos todo el día en él de una manera tan radical, viviendo *sólo* para él hasta el punto de que sacrificamos todo otro gozo humano innecesario por amor a él? Este tipo de vida no es triste, sino una vida de verdadera alegría y gozo espiritual. Es una vida en que el espíritu se regocija más que en todo otro tipo de vida. Es, en verdad, la vida más feliz que todas.

Un tipo de ayuno es tener una dieta equilibrada y de cantidad suficiente para sostener la salud, pero que renuncia a toda delicadeza y condimento excepto la sal; una dieta sin carne, fritura, y cosas hechas de harina blanca o azúcar. Puede ser también una dieta de una sola comida al día, o de sólo dos comidas al día. Así uno come cosas sencillas, simples, y saludables, pero sin adornos para que Cristo sea el único adorno de nuestra

vida. Y el resultado es alegría de espíritu, porque entonces Cristo puede reinar supremo, y sin competición, como el único Señor y Dueño de nuestra alma (Mt 6, 24), llenándola de su luz y vida, porque es vacía de otras cosas, de otros placeres, si toda nuestra vida es orientada así. Así, pues, un ayuno de este tipo *aumenta* nuestra *alegría* en el Señor y nos da júbilo de espíritu. Es por eso que san Benito dice que *toda la vida* de un monje debe ser una *cuaresma continua* (RB 49), o un *ayuno continuo*; y así vivieron los monjes estrictos en los tiempos de más fervor. Y, como dice Isaías hoy, mientras ayunamos, si también amamos, ayudamos, y servimos a nuestro prójimo, nuestro gozo será cumplido.

## EN LAS TINIEBLAS NACERÁ TU LUZ

Sábado después de ceniza

Is 58, 9-14; Sal 85; Lc 5, 27-32

Si queremos vivir en la luz, tenemos que hacer perfectamente la voluntad de Dios. Y ¿qué es su voluntad para con nosotros? Es que vivamos *únicamente* para él con *todo* nuestro corazón, con un corazón *indiviso*, sin división ni distracción, para que Dios sea nuestra *única* alegría, en la medida que esto es posible; y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mc 12, 30-31).

En la práctica esto quiere decir una vida de oración y ayuno en el desierto, lejos de la mundanidad del mundo con sus placeres; y esta es la vida monástica, un tipo de vida que los monjes tratan de vivir *todo el tiempo*. Es una vida en que amamos a Dios con *todo* nuestro corazón, *toda* nuestra mente, *toda* nuestra alma, y *todas* nuestras fuerzas, y al mismo tiempo amamos también al prójimo como a nosotros mismos.

Todos pueden tratar de vivir así, tanto como puedan, según las responsabilidades de su estado de vida, porque estos son valores que aplican a todos los que quieren vivir una vida de perfección.

Y ¿cómo debemos amar a nosotros mismos? Debemos alimentar nuestro cuerpo, dormir unas horas cada día para renovar nuestras fuerzas, y cuidar de nuestro espíritu, nutriéndolo con oración, *lectio divina*, y lectura espiritual. Debemos también trabajar en el trabajo que Dios nos dio, sea lo que fuera. Este es el amor de nosotros mismos, que debemos tener.

Y debemos tener el mismo amor por nuestro prójimo, amándolo *como a nosotros mismos*. Es decir, debemos cuidar de su alimentación y necesidades físicas, tanto como de sus necesidades espirituales: de que su espíritu sea guiado y orientado correctamente.

Pero puesto que hay especialización en este mundo, normalmente especializamos en uno u otro aspecto de este cuidado del prójimo, dependiendo de nuestro propio don,



especialización, y trabajo. Si nuestro trabajo es cocinar, cuidamos sobre todo de la alimentación física de nuestro prójimo. Si somos predicadores, cuidamos sobre todo de su orientación espiritual.

Y ¿qué es la orientación espiritual que queremos dar a nuestro prójimo? Debe ser que el también ame a Dios con *todo* su corazón y busque su alegría *sólo* en él, en la medida que esto es posible, y que él sepa que el camino de la perfección es el de una vida de oración y ayuno en el desierto, lejos de la mundanidad del mundo con sus placeres, y que él también ame y ayude a su prójimo de la misma manera que él mismo fue ayudado.

Debe ser nuestra preocupación, entonces, vivir así nosotros mismos, y ayudar a nuestro prójimo con el testimonio de nuestra vida y con nuestras palabras, sermones, etc. a vivir así también. Si hacemos así, una vez purificados, viviremos en la luz, como dice Isaías hoy: “si dieres tu pan al hambriento, y saciases al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía” (Is 58, 10). Así vivió Leví en el evangelio de hoy, porque cuando Jesús le dijo: “Sígueme... *dejándolo todo*, se levantó y le siguió” (Lk 5, 27-28). Entonces amó a su prójimo al invitar a sus amigos a su casa para ser instruidos por Jesús.

Durante cuaresma hacemos hincapié en dejarlo todo para vivir completamente para Dios en oración, ayuno, y amor al prójimo.

## LA VIDA CRISTIANA DEBE SER UNA CUARESMA CONTINUA

1 domingo de cuaresma  
Dt 26, 4-10; Sal 90; Rom 10, 8-13; Lc 4, 1-13

Hoy es el primer domingo de cuaresma, nuestro retiro anual en el desierto con Jesús, donde lo acompañamos, pasando nuestro tiempo con él en oración y ayuno. De verdad, como dice san Benito, *toda la vida* de un monje debe ser una *cuaresma continua* (RB 49). Este es el ideal. *Toda nuestra vida* debe ser una vida de oración y ayuno, una vida de negarnos a nosotros mismos en la comida y la bebida, y en las otras recreaciones y placeres de este mundo. Pero si no hemos vivido como debemos, por lo menos tenemos este tiempo de cuaresma para hacer un esfuerzo especial por unas pocas semanas. Por eso por lo menos durante este tiempo debemos vivir *sólo* para Dios, que es *siempre* su voluntad para con nosotros *todo el tiempo*.

En el evangelio de hoy, Jesús está en el desierto. San Lucas nos dice: “Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, y pasados los cuales tuvo hambre” (Lc 4, 1-2). Estos días de cuaresma, en que imitamos a Jesús orando y ayunando en el desierto, deben ser para nosotros *días felices*, porque al hacer así más estrictamente la voluntad de Dios, privándonos de las recreaciones y diversiones y de la comida succulenta del mundo, podemos entrar en una unión más estrecha y directa con Dios, y podemos purificarnos de las cosas extrañas que nos distraen y que dividen nuestro corazón; y así podemos experimentar más intensamente el amor de Dios. Y experimentando más el amor de Dios, al vivir así por unas semanas, ¿quién no querría vivir así *todo el tiempo, todo el año?*, como dice san Benito, que *toda nuestra vida* debe

ser una *cuaresma continua*. Somos más vivos si vivimos así, más en la presencia de Dios.

La idea popular de cuaresma, que es un tiempo de tristeza, yo creo, no es correcta. Cuaresma es un *tiempo feliz*, porque durante este tiempo vivimos *más* como Dios quiere que vivamos *siempre*: ayunando de los deleites de este mundo, y amando a Dios con *todo* nuestro corazón, con *toda* nuestra alma, y con *todas* nuestras fuerzas (Dt 6, 5; Mt 22, 37) sin distracción ni división de corazón. Es, por eso, un tiempo de *amor y alegría*; y los que viven así *todo el tiempo* son los *más alegres*, los *más llenos* de Dios, y los *más llenos* del amor divino. Cuaresma, con sus lecturas y oraciones sobre el ayuno y la renuncia de los deleites del mundo, sobre el desierto y la penitencia, y sobre la oración, es un buen recuerdo para nosotros, recordándonos cómo debemos vivir *siempre* si queremos ser santos de verdad y *felices* delante de Dios.

Jesús fue tentado hoy en el desierto. Y nosotros también somos tentados de *no* hacer la perfecta voluntad de Dios. Y cuando somos vencidos por estas tentaciones, perdemos nuestra paz y alegría, y caemos en tristeza y depresión. Así aprendemos que es mejor obedecer que desobedecer a Dios. Aunque la obediencia parece ir en contra de nuestros deseos naturales y humanos, es el camino de la felicidad; mientras que el camino de seguir nuestros deseos naturales, nuestra curiosidad, nuestros intereses personales, nuestros deseos de placer, y nuestra voluntad propia es el camino de la muerte del espíritu, el camino de las tinieblas, de la tristeza, y de la depresión. Para ser *felices* tenemos que hacer lo que *Dios* quiere que hagamos, como lo hizo Jesús hoy, *resistiendo* las tentaciones del diablo. Sólo al resistir y rechazar la tentación de seguir nuestros deseos para placer y nuestra voluntad propia, seremos felices, porque así quiere Dios que vivamos. Es decir, sólo al resistir la tentación del diablo, seremos *felices*, aunque parece que lo opuesto es la verdad.

Así, pues, Jesús rechazó la tentación de la comida, de las riquezas y placeres, y de la vanagloria. Él escogió más bien el desierto, el ayuno, y la oración; y su Padre lo bendijo. Así debemos nosotros hacer también, y no sólo durante cuaresma, sino durante *toda la vida* si queremos ser santos de verdad, y vivir en el amor y la luz del Señor. Cuaresma, por eso, es nuestro recuerdo oficial y anual de estos valores perennes. Durante cuaresma la Iglesia subraya estos valores penitenciales y de sacrificio de la vida cristiana.

## VIVID BIEN Y PEDID BIEN, Y SERÉIS ESCUCHADOS

Jueves, 1ª semana de cuaresma  
Ester 14, 1.3-5.12-14; Sal 137; Mt 7, 7-12

Dios tiene buena voluntad hacia nosotros y quiere darnos cosas buenas si le pedimos. Dice Jesús hoy: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá” (Mt 7, 7-8). Si Jesús nos enseña así, ¿por qué, entonces, no recibimos siempre lo que pedimos? Yo creo que hay dos razones: 1) no estamos *viviendo* correctamente según su voluntad, y 2) no *pedimos* correctamente conforme a su voluntad, ni pedimos las cosas que él quiere darnos.

Jesús nos dijo este primer punto sobre el *vivir* correctamente y según su voluntad cuando dijo: “Si *permanecéis* en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Jn 15, 7). Es decir: tenemos que *vivir correctamente y conforme a su voluntad* para *permanecer* en él. Entonces, si permanecemos en él, nuestras peticiones serán escuchadas.

Y san Juan nos dijo el segundo punto sobre el *pedir* según su voluntad, o sobre el pedir cosas correctas que él quiere darnos, cuando dijo: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa *conforme a su voluntad*, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pedimos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Jn 5, 14-15).

¿Cómo, entonces, debemos vivir para vivir según su voluntad, para ser escuchados? ¿Qué tipo de vida es conforme a su voluntad? Es una vida vivida *exclusivamente por él*—cuanto podamos, y cuanto más radical y literalmente vivimos así, tanto mejor—. Al vivir así una vida de renuncia de los deleites y placeres de este mundo para vivir *exclusivamente para él, permaneceremos en él completamente y con todo nuestro corazón*; y si también lo obedecemos aun en los pequeños detalles de la vida, viviremos ricamente en él, y pediremos cosas correctas, como el perdón de nuestros pecados y la remoción de nuestro sentido de culpabilidad y tristeza, y él, *en su debido tiempo*, si ve que nos hayamos verdaderamente arrepentido y cambiado nuestra vida, nos salvará y llenará de su luz y alegría.

Dios hará así porque hayamos *pedido* “conforme a su voluntad” (1 Jn 5, 14) y porque estamos *viviendo* correctamente —*sólo para él en todo aspecto de nuestra vida*— habiéndonos arrepentido de nuestros pecados e imperfecciones, los cuales hemos dejado. Así *permanecemos en él y en su amor* (Jn 15, 9), y podemos hacer nuestras peticiones con confianza de ser escuchados; y pediremos cosas correctas, que él quiere darnos. Pediremos el perdón y la salvación; pediremos su luz, amor, y alegría. Y él nos los dará *en su debido tiempo*. Vivamos, pues, *completamente y únicamente para él en todo*, aun en los pequeños detalles de nuestra vida.

## DIOS QUIERE NUESTRO ARREPENTIMIENTO, PARA PERDONARNOS, TRANSFORMARNOS, Y DIVINIZARNOS

Viernes, 1ª semana de cuaresma  
Ez 18, 21-28; Sal 129; Mt 5, 20-26

Oímos hoy el gran capítulo de Ezequiel sobre la responsabilidad personal (cap. 18). Es un capítulo de gran esperanza y alegría para los pecadores que conocen que son pecadores y quieren convertirse y cambiar su vida. Dios, por boca de su profeta Ezequiel, nos anima y promete que seremos *recibidos y perdonados* si de veras nos arrepentimos de nuestros pecados o imperfecciones y seguimos el camino derecho de su *perfecta voluntad*. Ezequiel dice: “Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá. Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; en su justicia que hizo vivirá” (Ex 18, 21-22).

Cristo fue enviado del Padre para cumplir y perfeccionar esta promesa. Se encarnó entre nosotros para comunicarnos el esplendor de su divinidad que nos transforma y diviniza, haciéndonos resplandecientes a sus ojos. Por su muerte en la cruz, propició al Padre con el sacrificio amoroso de sí mismo al Padre a favor de los hombres, haciendo así satisfacción perfecta por todos nuestros pecados, para que nosotros, al invocar su nombre con fe, pudiéramos ser librados de todos nuestros pecados e imperfecciones y del sentido de la culpabilidad y tristeza que nuestros pecados nos causan. Esta gracia de redención es comunicada a nosotros sobre todo en el sacramento de la reconciliación. Cristo murió en castigo por nuestros pecados, pagando, él mismo, el precio en su sangre que no pudimos pagar nosotros, sufriendo, él mismo, el castigo debido a nuestros pecados.

Una vez muerto, resucitó gloriosamente, indicando su victoria sobre el pecado y la culpabilidad, y compartió con los pecadores que se han arrepentido, invocando su nombre en fe, el esplendor que él fue enviado por el Padre para darnos. Por la fe, este esplendor del resucitado es comunicado a nosotros, y andamos en la luz que dimana de su resurrección, andando en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), habiendo sepultado con él nuestro pasado pecaminoso.

¡Qué importante es, entonces, *arrepentirnos* de nuestras imperfecciones o pecados y caminar en la alegría de Dios, viviendo una vida nueva y resucitada, en “la novedad del Espíritu” (Rom 7, 6)!

Pero si confiamos en nuestra justicia pasada y caemos en imperfección y pecado, esta luz es disminuida o apagada en nosotros, dependiente de la seriedad del pecado. Entonces tenemos que ponernos en el lugar del impío y arrepentirnos de nuevo. A veces tenemos que sufrir por un tiempo la culpabilidad en la oscuridad y tristeza como castigo por nuestras imperfecciones o pecados, pero en nuestro debido tiempo, si nos arrepentimos, invocando a Cristo en fe, sobre todo en el sacramento, seremos salvos e iluminados para andar en el esplendor del resucitado en júbilo de espíritu, divinizados y hechos resplandecientes por él.

SED, PUES, *PERFECTOS*,  
COMO VUESTRO PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS ES *PERFECTO*

Sábado, 1ª semana de cuaresma  
Dt 26, 16-19; Sal 118; Mt 5, 43-48

Cristo nos llama a una vida de *perfección*, y nos da el poder para vivirla por medio de los méritos de su muerte propiciatoria en la cruz, que nos salva de nuestros pecados, y por medio de su resurrección gloriosa, que nos cubre de su esplendor. Debemos, entonces, andar “en la novedad de la vida” (Rom 6, 4), habiendo sepultado con Cristo nuestro pasado pecaminoso (Rom 6, 4).

La primera lectura hoy nos dice que Dios nos hará un pueblo *santo si guardamos* todos sus mandamientos *con todo nuestro corazón*. Es decir: debemos hacer su *voluntad* con *todo* nuestro corazón. Dice: “el Señor tu Dios te manda hoy que cumplas estos

estatutos y decretos; cuida, pues, de ponerlos por obra con *todo* tu corazón y con toda tu alma...para que seas un pueblo *santo* al Señor tu Dios, como él ha dicho” (Dt 26, 16.19).

El evangelio de hoy nos da un ejemplo de esta *perfección*. Siendo *perfectos*, debemos amar no sólo a los buenos, a nuestros amigos, y a los que nos aman, sino también a nuestros *enemigos*. Debemos ser *perfectos*, es decir: debemos hacer *más* que los publicanos y gentiles que sí, aman a los que los aman. Más bien *nosotros* debemos ser *perfectos*, amando aun a nuestros enemigos. “Sed, pues, *perfectos (teleioi)* —dice Jesús hoy—, como vuestro Padre que está en los cielos es *perfecto*” (Mt 5, 48).

Así es nuestro llamado como seguidores de Cristo —es un llamado a una *vida de perfección*, a una vida que puede amar aun a nuestros enemigos. Y al joven rico Jesús dijo: “Si quieres ser *perfecto (teleios)*, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en los cielos; y ven y sígueme” (Mt 19, 21). Esta es la *perfección: dejarlo todo* y seguir a Jesús con *todo* el corazón, viviendo *únicamente* para él en *todo* aspecto de nuestra vida.

San Pedro nos dice la misma cosa, diciendo: “como aquel que os llamó es *santo*, sed también vosotros *santos* en *toda vuestra manera de vivir*” (1 Pd 1, 15). Y la definición de un *santo* es alguien que es *virtuoso hasta un grado heroico*, alguien que vive una vida de *perfección*.

El amar a nuestros enemigos es un buen lugar para empezar a vivir una vida de *perfección*. En vez de entrar en conflicto con ellos, debemos *rehusar responder mal*, aunque ellos nos hablan y hacen mal. Debemos *bendecirlos, rezar* por ellos, y mostrarles signos de caridad. Esto es mucho más que hacen los gentiles y publicanos. Este es un comportamiento lejos del comportamiento del mundo. Este es un comportamiento de *perfección*, el comportamiento del *hombre nuevo*, el comportamiento de la *nueva creación*, el comportamiento del *reino de Dios*. Y si vivimos así, seremos *santos*, y Dios nos bendecirá con su *luz y amor*; y andaremos en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), en “la novedad del Espíritu” (Rom 7, 6) como *nuevas criaturas* (2 Cor 5, 17) en la *luz* (1 Ts 5, 5).

## LA ENCARNACIÓN, MUERTE, Y RESURRECCIÓN SALVADORAS

2º domingo de cuaresma

Gen 15, 5-12.17-18; Sal 26; Fil 3, 17 – 4, 1; Lc 9, 28-36

Hoy vislumbramos algo de la verdadera gloria de Jesucristo en el monte de la transfiguración. Y esto es una vislumbre del esplendor de su resurrección. Jesús fue transfigurado en luz inmediatamente después de predicar su muerte y resurrección (Lc 9, 22). Por eso hoy tenemos tres misterios presentados en una escena: la gloria de Dios encarnado en una naturaleza humana (encarnación), la anuncia de su muerte salvadora, y la de su resurrección que nos cubre de su propio esplendor. Y las dos figuras rodeadas de gloria —Moisés y Elías— que le aparecieron, le hablaron sobre su éxodo que él iba a cumplir en Jerusalén, es decir: sobre su muerte salvadora. Y la Iglesia ha escogido esta escena de la transfiguración para el segundo domingo de cuaresma para mostrarnos así

las realidades que celebramos, o que nos preparamos para celebrar, en este tiempo de cuaresma; es decir: la muerte y resurrección del Señor.

Somos salvados por la muerte del Hijo de Dios en la cruz. Es el sacrificio perfecto del Nuevo Testamento, la propiciación perfecta del Padre, la satisfacción perfecta por los pecados humanos, incluso el pecado original. Por este sacrificio, el alejamiento del hombre de Dios es quitado y reparado. Y activamos los efectos salvíficos de esta muerte propiciatoria y sacrificial para nosotros individualmente por medio de nuestra fe. Así él nos redime y nos pone en una nueva relación de amistad con Dios por medio de su muerte. Lo que más anhelamos, recibimos por la muerte de Dios. La muerte de Dios en la cruz es el comienzo de nuestra vida nueva en Dios; y la resurrección de Dios nos rodea de esplendor, resucitándonos a nosotros para empezar a vivir en él una vida resucitada, llena de gloria y luz. Así, pues, vemos que la muerte tanto como la resurrección de Jesucristo son salvíficas. Su muerte hace satisfacción por nuestros pecados y quita el pecado original, así abriendo para nosotros las puertas cerradas del paraíso. Y la resurrección nos cubre de esplendor, el esplendor del Dios resucitado de la muerte.

Pero el otro misterio que contemplamos hoy —el de la encarnación— es también salvífico, porque el Verbo eterno asumió nuestra naturaleza humana y la divinizó en la encarnación de Jesucristo. No sólo divinizó el cuerpo del hombre Jesús, sino la naturaleza humana en general. Pero para que esta divinización sea activada para nosotros como individuos, necesitamos ser bautizados, tener fe en Cristo, e imitar su vida.

Esta divinización de la naturaleza humana de Jesucristo no cambió su cuerpo en Dios. Quedó un cuerpo humano pero porque fue asumido por el Verbo eterno, fue llenado de Dios. Y nosotros también, no somos cambiados en Dios sino llenados de Dios, de la vida divina, y del esplendor divino por contacto con él, pero permaneciendo seres humanos: Sí, humanos; pero ahora divinizados por la encarnación de Jesucristo en nuestra humanidad.

Pero esta divinización por la encarnación *siempre va en conjunto* con los efectos salvadores de su muerte sacrificial y propiciatoria en la cruz por una parte, y de su resurrección gloriosa por otra parte. Así, por medio de su muerte y resurrección, la encarnación de Jesucristo tiene su efecto salvífico y divinizador en nosotros.

Hoy, pues, vemos la gloria de todo esto en la transfiguración del Señor. Vislumbramos la gloria de su Persona divina resplandeciendo en su humanidad, un esplendor que divinizó su humanidad; y por contacto con él en fe nos diviniza a nosotros también. Nos cambia en nuevas criaturas, dándonos alegría y luz. Y es este esplendor, que se manifiesta abiertamente en su resurrección, que nos glorifica, dándonos una vida resucitada y alumbrada en él. Y su muerte es lo que desató para nosotros esta gloria divinizadora del resucitado.

## DIOS QUIERE *TODO* NUESTRO CORAZÓN

Jueves, 2ª semana de cuaresma  
Jer 17, 5-10; Sal 1; Lc 16, 19-31

Hoy el evangelio nos presenta un gran contraste entre los ricos y los pobres, entre un glotón rico y un mendigo pobre. El rico “se vestía de púrpura y de lino fino, y *hacia cada día banquete con esplendidez*” (Lc 16, 19), mientras que el pobre, llamado Lázaro, estaba echado a la puerta del rico, lleno de llagas. El rico se confiaba en sí mismo y vivía una vida de lujo, placer, glotonería, y banquetes diarios. Cuando murió fue sorprendido a encontrarse en el infierno, mientras que vio a Lázaro en el cielo.

Esta parábola ilustra la enseñanza de Jesús en las bienaventuranzas: “Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios... Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo” (Lc 6, 20.24). ¿Por qué dice Jesús: “¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo”? Es porque una vida llena de los consuelos humanos, la glotonería, y los placeres de este mundo no recibirá el consuelo de Dios, ni aquí en la tierra, ni después de la muerte. Jesús nos enseña aquí que el camino de los placeres mundanos, que es el camino ancho de los muchos, lleva a la perdición. Nos enseña que este no es el camino angosto y estrecho de la vida que *pocos* hallan (Mt 7, 13-14).

Jesús, en cambio, nos llama a una vida que ama *sólo* a él, a una vida de sacrificio y mortificación, a una vida que busca su alegría *sólo* en Dios, a una vida de sencillez, simplicidad, y austeridad, a una vida que deja *todo* por él. Para poseer el reino de Dios, tenemos que *dejar todo lo demás* como lo hizo el hombre que descubrió el tesoro escondido o la perla preciosa (Mt 13, 44-46). Esta es una vida que se quema, ofreciéndose a Dios en amor (Ef 5, 2), y halla así el *gran tesoro*, que es Cristo *resplandeciendo* en su *corazón* (2 Cor 4, 6). Es una vida en la *luz* (Jn 8, 12), es una vida que *permanece* en el *espléndido amor del Hijo* (Jn 15, 9), es una vida que es *una* con Cristo (Jn 15, 4).

Por eso dijo Jesús: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios” (Lc 18, 24-25). Rodeados de estos placeres mundanos, pocos pueden vivir sencilla y austeramente, sólo para Dios.

Y desde el infierno, el rico, atormentado en el fuego, oyó estas palabras de Abraham: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado” (Lc 16, 25).

El rico no había vivido como debería haber vivido. Fue un glotón, y la glotonería es uno de los pecados capitales, que si uno no se arrepiente de él y cambia su modo de vivir, será severamente castigado.

En resumen, Dios quiere *todo* nuestro corazón, un corazón *indiviso*, *no* un corazón *dividido* entre él y los placeres de este mundo.

## EL HIJO RECHAZADO HA VENIDO A SER LA PIEDRA ANGULAR

Viernes, 2ª semana de cuaresma

Gen 37, 3-4.12-13.17-28; Sal 104; Mt 21, 33-43.45-46

Hoy las lecturas nos presentan dos tipos de Cristo, el de José del Antiguo Testamento, y el del hijo del dueño de la viña del evangelio. José fue el hijo amado de su padre Jacob,

pero sus hermanos lo odiaron y trataron de matarlo. Al fin lo vendieron en la esclavitud en Egipto. Pero después, vino a ser el salvador de sus hermanos, dándoles comida. Así fue el destino de Cristo, rechazado y matado por los judíos; pero después de su resurrección vino a ser el Salvador de su pueblo y del mundo entero.

Los que son de Cristo sufrirán un destino semejante. Ellos también serán rechazados y perseguidos, y así Dios podrá usarlos al máximo para ministrar su salvación a los demás. Tenemos que aprender a aceptar este destino, y abrazarlo con amor, felices de ser rechazados con y por Cristo, sabiendo que Cristo está usándonos más efectivamente así para promover y extender su reino en el mundo. Tenemos que aceptar este papel y vivirlo bien, con alegría y amor.

En el evangelio de hoy Jesús es el hijo del dueño de la viña. En los evangelios de Marcos y Lucas es llamado el “hijo amado” (Mc 12, 6; Lc 20, 13). Este es un testimonio claro e importante de que Jesús es el Hijo único del Padre, el único Hijo de Dios. Es, según esta parábola, el destino del unigénito Hijo de Dios ser rechazado y matado por su pueblo, pero después, venir a ser su Salvador, como él enseña en esta parábola, diciendo: “La piedra que *desecharon* los edificadores, ha venido a ser *cabeza del ángulo*” (Mt 21, 42; Sal 117, 22).

Es precisamente por medio de su rechazo y muerte que él va a salvar a los que lo mataron, a todo su pueblo, y al mundo entero, si tan sólo creen en él. Y el versículo de la comunión de hoy nos explica *cómo* él hará esto: Dios —dice— “nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en *propiciación (jilasmón)* por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10). Al *propiciar (jilasmós* 1 Jn 2, 2; *jilasterion* Rom 3, 25; *jilaskesthai* Heb 2, 17; *jilasmón* 1 Jn 4, 10) al Padre por nuestros pecados, como nuestro *intercesor* (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 9, 24), él vino a ser “la piedra angular” (Mt 21, 42) que apoya todo el edificio. Sólo como el unigénito Dios hecho hombre pudo hacer esto, y lo hizo por el *sacrificio de sí mismo* (Heb 10, 10.14) en amor al Padre.

Por medio de él, pues, nuestros pecados son *perdonados*, y podemos *regocijarnos* con una *conciencia limpia y feliz*. Y en su resurrección somos *rejuvenecidos* e *iluminados* por la luz del resucitado. Para *experimentar* esto tenemos que creer en él, confesar nuestros pecados, sobre todo en el sacramento, y ser *purificados* del mundo. Esta es “la novedad de la vida” (Rom 6, 4) que Cristo fue enviado del Padre para traernos, para nuestra *transformación, iluminación, divinización, y santificación*.

## ME VISTIÓ CON VESTIDURAS DE SALVACIÓN --EL HIJO PRÓDIGO

Sábado, 2ª semana de cuaresma  
Miqueas 7, 14-15.18-20; Sal 102; Lc 15, 1-3.11-32

Hoy oímos la gran parábola del hijo pródigo, que ilustra la gran misericordia de Dios para con los hombres. Este hijo pródigo, que ha desperdiciado sus bienes viviendo perdidamente, quiso, al fin, *volver* a su padre; y cuando estaba viniendo, su Padre “corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (Lc 15, 20). El hijo, que ya se había arrepentido, repitió sus palabras de contrición ante su padre, diciendo: “Padre, he pecado contra el



cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lc 15, 21). Después de expresar su arrepentimiento sincero así, ¿qué hizo su padre? Le vistió del “mejor vestido”, puso “un anillo en su mano, y calzado en sus pies” (Lc 15, 22), mató el becerro gordo, e hizo fiesta para él (Lc 15, 23).

Esta es la enseñanza de Jesús para con nosotros, en que él nos enseña lo que Dios quiere hacer para nosotros cuando caemos en una imperfección o pecado y perdemos nuestra paz y alegría en el Señor. Él quiere oír primero nuestro arrepentimiento. Entonces él nos da su perdón, su absolución, sobre todo en el sacramento de la reconciliación. Esta absolución nos da el perdón de Dios, ganado para nosotros por los méritos de la muerte sacrificial y propiciatoria de Jesucristo, el único Hijo de Dios, en la cruz.

Durante cuaresma nos enfocamos en este misterio pascual, que es el fundamento de nuestra vida nueva de fe. El perdón de Dios viene de este sacrificio. Cristo hizo satisfacción perfecta por nuestros pecados, agradando perfectamente al Padre con el sacrificio de sí mismo en amor. Así él propició al Padre por nosotros, y el resultado es que el Padre nos perdona nuestras imperfecciones o pecados y nos quita el sentido de la culpabilidad, la oscuridad, la tristeza, y la depresión,

Entonces podemos resucitar con Cristo resucitado desde el sepulcro de nuestra culpabilidad y depresión, absueltos ya por los méritos de este sacrificio divino-humano de Dios hecho hombre. Así, pues, andamos en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), iluminados por el esplendor que dimana de Cristo resucitado. Dios nos resucita juntamente con Cristo para vivir una *vida nueva y resucitada en la luz*. Así él nos viste con el “*mejor vestido*” (Lc 15, 22). De verdad, “*me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia*” (Is 61, 10), como profetizó Isaías.

## AHORA ES EL TIEMPO PARA ARREPENTIRNOS Y BUSCAR EL CAMINO DE LA VIDA, QUE POCOS HALLAN

3 domingo de cuaresma

Ex 3, 1-8.13-15; Sal 102; 1 Cor 10, 1-6.10-12; Lc 13, 1-9

La primera lectura hoy del Antiguo Testamento, del libro de Éxodo, revela la *misericordia* de Dios y su deseo de *salvar* a su pueblo de sus sufrimientos y de su esclavitud terrenal; mientras que la enseñanza de Jesús en el evangelio de hoy exige que nos arrepintamos de nuestros pecados y faltas antes de que esté demasiado tarde, y nos amenaza de un castigo severo si no hacemos caso a su amonestación.

Jesús nos da tres ejemplos hoy, y todos los tres tienen la misma enseñanza: *Arrepentíos y cambiad vuestros caminos* antes de que esté demasiado tarde. Su tercer ejemplo sobre la higuera es el más compasivo de los tres, porque él da al árbol otra oportunidad para dar fruto antes de ser cortado. Aquí, pues, vemos que aunque Jesús es compasivo y nos da tiempo y todo lo que necesitamos, sin embargo él todavía nos exige mucho; y si no cumplimos lo que él quiere, habrá consecuencias graves —seremos cortados.

Ahora, pues, es nuestro tiempo de prueba. Ahora todavía tenemos la posibilidad de *arrepentirnos* y *cambiar* nuestros caminos. Ahora es el tiempo para reconocer nuestros pecados y aun nuestras imperfecciones más pequeñas, arrepentirnos de ellos y así seguir perfeccionándonos en una cosa tras otra. Ahora es el tiempo de la *conversión*, la *transformación*, el *arrepentimiento*, y la *santificación*. Jesús nos dará todo lo que necesitamos para tener éxito en este camino, tal como el viñador cavó alrededor de la higuera y la abonó.

Y ¿qué quiere Dios de nosotros? ¿Qué tipo de vida espera él de nosotros? Él quiere que vivamos *por él*. Él quiere que nos esforcemos a entrar por la *puerta angosta*. Los que hacen así serán salvos. Los que no hacen así encontrarán la puerta cerrada frente a ellos; y no podrán entrar. “Esforzaos a entrar por la *puerta angosta* —nos dice Jesús—; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán” (Lc 13, 24). Y cuando la puerta estará cerrada, el Señor nos dirá: “No sé de dónde sois...apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad” (Lc 13, 25.27).

¿Qué es esta vida de la *puerta angosta*? Esta es la pregunta que se le hace a cada uno de nosotros. ¿Cómo debo vivir para vivir una vida que entra por la *puerta angosta* y que camina por el *camino difícil y angosto*; y no por el camino ancho de la perdición, que es el de los muchos (Mt 7, 13-14)? Más bien el *camino angosto* es el camino que sólo *pocos* hallan —por eso *esforzaos* a entrar por él.

El *camino angosto* es el camino que sirve sólo a *un* Señor; no a dos señores, no a muchos señores (Mt 6, 24). Este es el camino de tener sólo *un* tesoro, y este en el cielo; no dos tesoros, no muchos tesoros, porque donde está tu tesoro —dice Jesús—, ahí estará también tu corazón (Mt 6, 19-21). Y Jesús quiere que nuestro corazón esté *con él*, y no en otro lugar; y no con él y al mismo tiempo en otro lugar. Él quiere *todo* nuestro corazón. Él quiere nuestro corazón *entero*. Él quiere un corazón *indiviso*, un corazón en que *él* y *sólo él* reina, y reina *soberano, sin competición*. Él quiere un corazón en que él puede inhabitar sin tener que competir con otra cosa para nuestra atención completa.

Él quiere que vivamos de una *manera indivisa*, que busquemos nuestro gozo y alegría sólo en Dios. Es decir: él quiere que dejemos todo lo demás por él, como lo hicieron los primeros discípulos que dejaron todo, y lo siguió. Él quiere, pues, que vivamos *sólo* para él, *únicamente* para él, y que *renunciemos* a todo lo que nos *impide* a hacer esto. Este es el *camino angosto de la vida que pocos hallan*, al cual él nos invita. Este es el tipo de *arrepentimiento, conversión, y transformación* al cual él nos llama.

Por nuestra falta de realizar esto, Jesús fue enviado por su Padre para ganarnos el perdón del Padre por medio de su *muerte salvadora*. Su muerte es el *sacrificio* que nos salva. Somos salvos por la *muerte sacrificial* de Jesús en la cruz, porque —como dice Hebreos— “se presentó una vez para siempre por el *sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado*” (Heb 9, 26).

Hemos sido perdonados de nuestro pasado pecaminoso e imperfecto por medio de la sangre de Cristo ofrecida al Padre por nosotros (Rom 3, 25; Heb 9, 14). Esto es la parte de *él*. *Nuestra* parte es el *arrepentirnos* y *cambiar* nuestra *manera de vivir*, y buscar el *camino angosto de la vida*. Si no nos arrepentimos, pereceremos —nos dice Jesús hoy— como estos Galileos “cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos” (Lc 13, 1). Algo semejante sucederá a nosotros. Busquemos, pues, el *camino angosto* de la *vida* y del compromiso *total sólo* a Dios.

## LA OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE DIOS, Y NUESTRA VIDA NUEVA EN CRISTO

Miércoles, 3 semana de cuaresma  
Dt 4, 1.5-9; Sal 147; Mt 5, 17-19

Las lecturas de hoy nos hablan del gran privilegio que tenemos de conocer la voluntad de Dios. El *hacer* la voluntad de Dios es *vivir*, es tener la vida de Dios fluyendo dentro de nosotros y estar insertados en el río del amor de Dios, que es el río refulgente del amor divino que fluye entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Jesús nos dice que él inhabitará de un modo nuevo y especial en los que obedecen su palabra (Jn 14, 23). Entonces Jesús amará a su Padre desde dentro nuestros corazones, y el río del amor divino que fluye entre el Padre y el Hijo fluirá también por nosotros como ríos de agua viva (Jn 7, 37-39). Es este río del amor divino que nos diviniza, insertando el esplendor de Dios en nosotros para nuestra transformación. Pero la llave para todo esto es la *obediencia* a la voluntad de Dios, a su palabra, que es lo que las lecturas de hoy subrayan.

El libro de Deuteronomio nos dice hoy que *oigamos* y *hagamos* la voluntad de Dios, para que *vivamos*. En esta *obediencia* es nuestra *vida*. Es vivir con la vida luminosa de Dios dentro de nosotros; es vivir en la luz, como Jesús mismo dice: “el que me *sigue* no andará en tinieblas, sino que tendrá la *luz* de la vida” (Jn 8, 12). Vemos otra vez en este dicho la conexión entre la *obediencia* y el andar en la *luz*. “El que me sigue” —esta es la obediencia—, “tendrá la luz de la vida” —este es el resultado—. El que *obedece* la *voluntad* de Dios andará en la *luz*. Sobre los decretos de la voluntad de Dios, Deuteronomio nos dice hoy, “*Guardadlos*, pues, y ponedlos por *obra*; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos” (Dt 4, 6).

Cristo vino para cumplir la ley del Antiguo Testamento, y profundizarla. Nosotros debemos guardar la ley en la forma en que Jesús la cumplió y la entregó a sus seguidores. Debemos vivir *totalmente para Cristo*, sin dios falso alguno. Este es el primer mandamiento (Mc 12, 29-30). El que *guarda* este mandamiento, de verdad, *ama* a Dios, y será amado por él. Jesús dijo: “El que tiene mis mandamientos, y los *guarda*, ése es el que me *ama*; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Jn 14, 21).

Somos justificados por la fe, no por las obras; y una vez justificados por los méritos de la muerte de Cristo, e iluminados por el esplendor de su resurrección, debemos andar en su amor en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4) al vivir una vida resucitada en el Señor resucitado, *obedientes* a su *voluntad* y palabra.

## JESÚS VENCE EL PODER DE SATANÁS, DEL PECADO, Y DE LAS TINIEBLAS

Jueves, 3ª semana de cuaresma  
Jer 7, 23-28; Sal 94; Lc 11, 14-23

Cristo tiene el poder de vencer lo malo dentro de nosotros. Él puede vencer al hombre fuerte, Satanás, atarlo, quitar todas sus armas, y repartir el botín. Jesús es este hombre *más* fuerte que vence el poder del hombre fuerte, Satanás, y nos liberta. Estamos bajo el poder de Satanás, el hombre fuerte, cuando desobedecemos a Dios. Hay grados diferentes de estar bajo el poder de Satanás, pero estar aun un poco bajo su poder es algo triste. Entonces la alegría sale de nuestra vida, y nuestro corazón duele, y está entristecido. Este entrar bajo el poder de Satanás es causado por el pecado, por desobedecer la voluntad de Dios para con nosotros, por no hacer lo que él quiere que hagamos, o por hacer lo que él no quiere que hagamos. Podemos entrar en este dolor y tristeza aun por imperfecciones pequeñas.

El Señor nos dice por la boca de Jeremías hoy: “Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien. Y no oyeron ni inclinaron su oído: antes caminaron en sus propios consejos, en la dureza de su corazón malvado, y fueron hacia atrás y no hacia adelante” (Jer 7, 23-24).

¡Qué importante, entonces, es *hacer* la voluntad de Dios para con nosotros, vivir *sólo* para Dios al servir a los demás, obedecerlo *perfectamente*, aun en los detalles *más pequeños*, buscar nuestra alegría *sólo* en él, y vivir una vida mortificada y sacrificial, ofrecida a Dios en amor! La buena noticia es que Jesús ha sido enviado del Padre para *librarnos* del poder de Satanás, para *romper* su poder, y *librarnos*. Jesús echando fuera demonios es un signo de su poder sobre Satanás, y es un signo también de la llegada del reino de Dios. Él puede librarnos del poder triste y deprimente de Satanás.

Cristo propicia al Padre por nuestros pecados por su muerte sacrificial en la cruz, y él nos ilumina por su resurrección gloriosa. Así él nos liberta y lleva a la luz de su reino. ¡Qué alegría hay en estar librados del dolor de nuestra culpabilidad por no haber obedecido perfectamente al Señor! Aun imperfecciones muy pequeñas pueden causar este dolor del corazón, porque Cristo disminuye su luz dentro de nosotros cuando lo desobedecemos. Cristo nos libra de todo este dolor y disminución de su luz por los méritos de su muerte salvadora y por la gloria de su resurrección que nos ilumina, y en la luz de la cual tenemos una vida nueva y resucitada, llena de la alegría del Espíritu Santo. El sacramento de la reconciliación, sobre todo, canaliza este perdón del pecado e imperfección por nosotros. Tenemos que arrepentirnos de nuevo cada vez que caemos fuera de esta luz, aun por una imperfección pequeña. Así cuando Cristo echa Satanás fuera de nosotros, conocemos que el reino de Dios nos ha llegado.

## DIOS EN CRISTO QUIERE LLENARNOS DEL ESPLENDOR DE SU DIVINIDAD

Sábado, 3<sup>a</sup> semana de cuaresma  
Oseas 6, 1-6; Sal 50; Lc 18, 9-14

Oseas nos habla hoy sobre la infidelidad de Israel, por la cual Dios lo ha arrebatado como un león arrebatado, y se fue, dejándolo herido y sufriendo. “Porque yo seré como león a Efraín... —dice el Señor—, yo arrebataré, y me iré” (Os 5, 14). El Señor nos deja así heridos y sufriendo hasta que *reconozcamos* finalmente nuestro camino *erróneo* de vivir,

y nos *arrepintamos*. Él dice por el profeta Oseas: “Andaré y volveré a mi lugar, hasta que *reconozcan* su *pecado* y busquen mi rostro. En su angustia me buscarán” (Os 5, 15). Él esperará hasta que digan: “Venid y volvamos al Señor; porque él arrebató, y nos curará, hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él” (Os 6, 1-2).

En verdad, *sufrimos* por nuestros *pecados* o imperfecciones que nos *alejan* del Señor y nos *roban* su *paz*. Pero hay esperanza. Dios *no quiere dejarnos* así. Quiere levantarnos. Quiere que vivamos delante de él en alegría, luz, y júbilo de espíritu. Sí, dice Oseas hoy: “como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra” (Os 6, 3).

Esta es nuestra esperanza, y es cumplida en Cristo. Si somos de veras *arrepentidos*, como el publicano en el evangelio de hoy, *arrepintiéndonos* de nuestros caminos *equivocados*, humillándonos delante de Cristo en fe, él nos *justificará*, y nos *quitará* el *dolor* de nuestra *culpabilidad*. Jesús dice hoy sobre este publicano, “Os digo que éste descendió a su casa *justificado* antes que el otro” (Lc 18, 14). Es Cristo que *justifica* al hombre humilde, al hombre de fe que al fin se *arrepiente* de sus pecados y *cambia* sus caminos mundanos. Los méritos de la muerte salvadora de Cristo entonces nos *justifican* por la fe, y el esplendor de su resurrección nos ilumina, llenándonos de luz y alegría.

Para *experimentar* esta luz y alegría, debemos hacer dos cosas: 1) Arrepentirnos y *cambiar* nuestros caminos, y 2) Esperar al Señor en fe y humildad. Entonces el Señor nos vendrá como el alba y *dejará* de enojarse con nosotros. *No* arrebatará más nuestros corazones como un león, sino que nos curará y vendará, nos avivará y levantará para que andemos en su presencia, *justificados por Cristo*, con una *conciencia limpia y feliz*, para caminar en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), viviendo una vida *resucitada* en el Señor resucitado.

Para que nos arrepintamos, él nos cortó por medio de los profetas (Os 6, 5). Pero *no quiere* siempre mostrarnos su ira. Él espera hasta que volvamos a él para llenarnos del esplendor de su amor divinizador.

## RECONCILIADOS CON DIOS POR JESUCRISTO

4º domingo de cuaresma

Josué 5, 9.10-12; Sal 33; 2 Cor 5, 17-21; Lc 15, 1-3.11-32

Hoy es el domingo “*Laetare*” o el domingo para “regocijarnos” en el Señor, porque ya estamos cerca de la fiesta de Pascua y de la celebración de nuestra redención en Cristo. Nos regocijamos porque en Cristo nuestros pecados y nuestra culpabilidad son quitados de nosotros. Cristo quita nuestra culpabilidad, tristeza, y depresión por haber pecado y por haber ofendido a Dios. Aun nos duele el corazón por haber cometido pequeñas imperfecciones. Pero la buena noticia es que Cristo vino para *quitarnos* todo esto y sanar nuestro corazón, haciéndolo resplandeciente, nuevo, y bello, con una conciencia limpia. Y sólo Dios puede hacer esto; y lo hace en Cristo. Y no sólo esto, sino que vino también para llenarnos de su propia luz y alegría. Él vino para llenarnos de su amor, para que el mismo amor esplendoroso que corre entre el Padre y el Hijo pudiera correr también por

medio de nosotros (Jn 17, 23.26), para que Cristo habitando en nuestro corazón, pudiera amar a su Padre desde dentro de nosotros en el Espíritu Santo. Y esta es una transformación *real*.

Esta es la *nueva creación* que Cristo vino para inaugurar, como dice san Pablo hoy: “De modo que si alguno está *en Cristo, nueva criatura* es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Cor 5, 17). *Somos* ahora esta *nueva creación* en Cristo, con nuestros pecados ya perdonados por nuestra fe en él. Son los méritos de su muerte que quitan nuestros pecados y nos hacen resplandecientes y felices ante Dios. Y es su resurrección que nos ilumina. Por eso nos regocijamos hoy con la antífona de la entrada: “Alegraos con Jerusalén, y gozaos con ella, todos los que la amáis; llenaos con ella de gozo...para que maméis y os saciéis de los pechos de sus consolaciones; para que bebáis, y os deleitéis con el resplandor de su gloria” (Is 66, 10-11).

Cristo vino para nuestra salvación, perdón, y purificación, para que él pudiera inhabitar en nuestro corazón, y resplandecer en él. Por eso el padre del hijo pródigo en el evangelio de hoy se regocija sobre su hijo penitente y le viste del mejor vestido y pone un anillo en su mano y hace fiesta. Este padre es Dios. Dios hace así con nosotros por medio de Cristo. Sólo los méritos de la muerte de Cristo pueden quitar de nuestro corazón el dolor del pecado o de la imperfección. Nosotros mismos no podemos hacer esto.

El cristiano debe vencer el pecado (1 Jn 3, 6.9; 5, 18), pero es muy difícil eliminar toda imperfección de nuestra vida, aunque debemos tratar. Por eso si caemos en una nueva imperfección, que nos da dolor en nuestro corazón, debemos invocar los méritos de la muerte salvadora de Jesucristo en la cruz y la luz que dimana de su resurrección, que son para nosotros. Sobre todo en el sacramento de la reconciliación (Jn 20, 22-23; Mt 18, 18), estos méritos están canalizados para nosotros, y nos limpian y renuevan, dándonos una conciencia pura, limpia, y alegre, llena de luz. Así Cristo puede resplandecer con aun más iluminación que antes en nuestro corazón, regocijándonos con su amor.

Lo que el padre del hijo pródigo dijo a su hijo mayor, Dios puede decir sobre nosotros: “era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lc 15, 32). Fuimos muertos por el pecado y el alejamiento de Dios. Fuimos tristes y deprimidos por nuestra culpa. Nos habíamos perdido lejos de Dios en el mundo. Y ahora, por los méritos de Jesucristo, hemos revivido y somos hallados. Nuestra tristeza por haber pecado ha cambiado en júbilo de espíritu; y nuestra depresión y sentido de culpabilidad han cambiado en iluminación por medio de Cristo. Cristo nos cambia *realmente*. *No hay ficción alguna aquí*. Aun la imperfección, que no nos mata, sino sólo disminuye la luz de Cristo en nosotros, es vencida por la muerte sacrificial y propiciatoria de Jesucristo en la cruz. Y después de esto, somos iluminados por su resurrección. Cada vez que caemos en una imperfección, los méritos de Cristo están listos para nosotros, y el sacramento de la reconciliación los puede canalizar para nosotros, para que caminemos en la luz en júbilo de espíritu.

Cristo asumió nuestros pecados y murió por ellos para que *su justicia* viniera a ser la *nuestra*, como dice san Pablo hoy: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo *pecado* para que *nosotros* fuésemos hechos *justicia* de Dios en él” (2 Cor 5, 21). Por medio de la muerte de Cristo, la *justicia* de Dios viene a nosotros, *justificándonos*, haciéndonos *justos* a los ojos de Dios, y justos *en realidad* —“nuevas criaturas”, como

dice san Pablo hoy (2 Cor 5, 17). Es claro que esto *no* es algo que hubiéramos podido hecho nosotros mismos. Es un don de Dios, y él nos lo dio en su Hijo Jesucristo, para los que creen en él. Y después, debemos andar en la luz, en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), sepultando nuestra vida pasada (Rom 6, 4). “Y todo esto proviene de Dios —dice san Pablo hoy— quien nos *reconcilió consigo* mismo por Cristo, y nos dio el *ministerio* de la *reconciliación*” (2 Cor 5, 18).

## SAN JOSÉ, UN EJEMPLO DE UNA VIDA DIVINIZADA POR JESUCRISTO

La solemnidad de san José, 19 de marzo

2 Sam 7, 4-5.12-14.16; Sal 88; Rom 4, 13.16-18.22; Mt 1, 16.18-21.24

Hoy honramos a san José, esposo casto de la Virgen María y padre putativo de Jesucristo. Él vivía en silencio, guardando a la Virgen María y al Hijo de Dios. Tan cerca estaba él de estos misterios de la concepción, encarnación, y nacimiento en el mundo del único Hijo de Dios. Él fue santificado por su proximidad con fe a estos misterios. Él contempló, con la Virgen María, la luz del mundo en el silencio de la noche en la cueva de Belén. Él vivió en este silencio tan lleno de Dios. Él vivió en la alegría del Señor una vida de perfección y oración en gran sencillez y simplicidad.

Su vida fue una vida austera y bella, vivida en la presencia de Dios, al borde del desierto, en el establo de Belén donde el Hijo de Dios quiso nacer. Lejos de los adornos, placeres, y ruido del mundo, vivía con Dios en contemplación y silencio. Vivía con el único Hijo de Dios. Lo adoró, abrazó, y cuidó. Su vida fue una vida de oración y silencio, una vida de pobreza evangélica, llena de la luz divina y alegría en el Señor.

Él fue, con la Virgen María, un testigo de la encarnación de Dios en la tierra. Él estaba ahí cuando el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana para transformarla y divinizarla. El Hijo de Dios divinizó todo lo que asumió, y así puso su divinidad en medio de nuestra humanidad, para que fuésemos nosotros llenos de una luz no de este mundo.

Esta fue el comienzo de la renovación de la raza humana. Si vivimos como san José en simplicidad, fe, y sencillez, esta luz crecerá en nosotros, iluminando nuestra vida por dentro, porque el Hijo de Dios nos justificó, nos hizo justos delante de Dios, virtuosos y perfectos a sus ojos, resplandecientes en la tierra con una nueva vida en nosotros.

Permanecemos en el amor de Cristo (Jn 15, 9), contemplando su gloria que nos transforma en la imagen del mismo Hijo divino por medio de la acción del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18). Es esta contemplación de la gloria de Cristo que nos glorifica a nosotros. Y san José conoció esta contemplación de la gloria de Dios en Jesucristo —fue un santo—, y Cristo resplandeció en su corazón, iluminándolo con el conocimiento y el amor de Dios (2 Cor 4, 6).

San José vivió *sólo* para Jesucristo, cumpliendo sus responsabilidades como esposo y padre de familia. *Dejó todo lo demás* por esto, y fue iluminado y divinizado. Fue un santo, santificado por la luz del mundo, a quien él alimentó y protegió. Él guardó al Hijo de Dios y fue, él mismo, hecho hijo adoptivo de Dios en su propio hijo. Vivió, entonces, como hijo de Dios, niño de Dios, llamando a Dios: “¡Abba!” con la intimidad de un hijo (Gal 4, 6; Rom 8, 14-15).

Él *permaneció* en el espléndido amor de Cristo (Jn 15, 9), el amor trinitario que fluye entre el Padre y el Hijo. Este amor divino estaba fluyendo de este niño, desde su pesebre hasta su Padre en el cielo, pasando por el corazón de san José que estaba abrazándolo. Así san José *permaneció* en Cristo (Jn 15, 4) y Cristo en él (Jn 17, 21), divinizándolo, llenándolo de esplendor.

Así san José creció en perfección (Mt 5, 48), perfeccionándose siempre más en la luz. Así fue transformado siempre más en la imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18; Rom 8, 29). Él se vistió de Cristo (Gal 3, 27; Rom 13, 14), habiendo dejado atrás el hombre viejo (Ef 4, 22), y vino a ser así un templo del Espíritu Santo (2 Cor 6, 16). Habiéndose vestido de Cristo su hijo, fue lleno de Cristo y así participó de la naturaleza divina (2 Pedro 1, 4), viviendo con Dios en amor.

Su pobreza y simplicidad lo ayudó mucho, porque así *se desnudó de todo lo demás*, para vivir *sólo* para Dios, cumpliendo sus deberes de padre de familia. Así él vivió el misterio que vio —el de la encarnación—. Su humanidad pudo así ser iluminado por dentro por la divinidad divinizadora de su hijo, porque en su hijo la Persona divina del Verbo eterno estaba divinizando toda carne humana en principio. Le falta sólo una fe y una vida como las de san José para *activar* esta *divinización* en un individuo.

San José y la Virgen María son las primeras personas de ser tan transformadas por su proximidad de Jesucristo. Son así ejemplos para todos a seguir en sus huellas. Son vidas de fe, oración, y entrega total al Hijo de Dios que vivía en su casa.

## LA VIDA MONÁSTICA, UNA VIDA EN LA LUZ

El tránsito de san Benito, 21 de marzo  
Sir 3, 17-25; Fil 3, 8-14; Mt 19, 27-29

Hoy celebramos el tránsito de san Benito, el Padre de los monjes del Oeste. San Benito vivió las lecturas de hoy. Como san Pablo en la primera lectura, san Benito estimó cuantas cosas que eran para su ganancia “como *pérdida* por *amor* de Cristo” (Fil 3, 7); y vemos en la vida de san Benito la pauta de la vida monástica, que es una vida que deja atrás las ganancias del mundo, y las estima como *pérdida* por amor de Cristo. En efecto, sólo los que hacen esto *experimentarán profundamente* la *nueva vida divinizadora* de Jesucristo en sus corazones, haciéndolos hombres nuevos e iluminados en él. Este es *el camino*, conocido por *pocos*, y escogido por más pocos aun, pero que nos renueva interiormente en Cristo. Así, pues, este camino *angosto* (Mt 7, 13-14) de estimar los *placeres* de este *mundo* como *pérdida* por *amor* de *Cristo* es el fundamento de la vida monástica que san Benito vivió y organizó.

San Benito ha descubierto la alegría de Cristo resplandeciendo en su corazón (2 Cor 4, 6), *justificándolo*, haciéndolo realmente justo a los ojos de Dios. Él supo que esta gran alegría no fue el resultado de sus propias obras o méritos, sino un don de Jesucristo que le ha comunicado su *propia justicia* y perfección (2 Cor 5, 21). Entonces san Benito quiso vivir en adelante *sólo por Cristo*, que tanto lo *amó* e *iluminó*. Por eso escogió *el camino luminoso* de vivir en adelante *sólo para él*, siendo *justificado por él*, con él resplandeciendo en su corazón, “a fin de *conocerle*, y el poder de su *resurrección*” (Fil 3,



9), *dejando atrás* todo lo demás por amor de él. Y así se hizo monje, dejando el mundo para vivir en la soledad de Subiaco, y después en Monte Casino.

San Benito descubrió el *secreto* que *pocos conocen*, que es: *Al perder todo por Cristo, hallamos todo en él*, y con creces. Él supo que es necesario limpiarnos de todo deleite y delicadeza terrenal *para experimentar la unión con Dios en la luz*. Los que buscan aquí y allá entre los placeres de este mundo, tratando de satisfacerse así, nunca llegan a percibir y experimentar esta luz divinizadora de Cristo, porque les falta un corazón indiviso, reservado sólo para él. Por eso los monjes *dejan* al mundo y sus delicadezas, para vivir una vida austera en el desierto, en la soledad, una vida de oración y silencio, de ayuno perpetuo y trabajo, una vida iluminada y divinizada, una vida en la luz, justificada y hecha santa por Jesucristo por medio de los méritos de su muerte, aceptados en fe, una vida que anda en el esplendor y la alegría de su resurrección.

Así, pues, san Benito y sus monjes hicieron lo que san Pablo hizo, estimando todas las cosas como pérdida. “...aun estimo todas las cosas como pérdida —dice san Pablo hoy— por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección” (Fil 3, 8-10).

Esto es lo que nosotros también tenemos que hacer si queremos seguir en las huellas de san Benito: vivir sólo por Cristo, dejando y renunciando a todos los deleites de este mundo. En la medida que podemos hacer esto, en la misma medida normalmente podemos percibir y regocijarnos en la luz de Cristo que nos diviniza y regocija. Es decir: tenemos que asemejarnos a Cristo en su muerte por medio de nuestra mortificación de nosotros mismos, para llegar en alguna manera a la gloria de su resurrección —y en *esta* vida (Fil 3, 10-11) —. La semejanza de su muerte lleva a su resurrección en la luz. Dice san Pablo hoy que él quiere “la participación de sus padecimientos [los de Cristo], llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Fil 3, 10-11).

Jesús dice la misma cosa en el evangelio de hoy, diciendo que cualquiera que haya dejado casas y familia “por mi nombre, recibirá *cien veces más*, y heredará la vida eterna” (Mt 19, 29). Estas “cien veces más” son en *esta* vida; y entonces, después de esta vida, heredaremos la vida eterna. Esta es la vida de san Benito, la vida monástica, la vida que deja todo lo de este mundo por amor de Cristo. Cristo debe ser nuestro *único* placer en esta vida. Él que vive así, *vivirá en la luz*. Ha vaciado su corazón; y Cristo lo llenará de sí mismo. Se ha asemejado a la muerte de Cristo, para llegar a su resurrección. La vida monástica es fundada sobre este principio. Es una vida de oración y ayuno constante en el desierto o en el monte, lejos del mundo y sus delicadezas y deleites, vivida sólo para Dios en todo. Así la vida monástica es una vida justificada y divinizada por Cristo, vivida en su luz y alegría.

## EL SUFRIMIENTO DEL SERVIDOR DEL SEÑOR

Sábado 4ª semana de cuaresma  
Jer 11, 18-20; Sal 7; Jn 7, 40-53

Vemos ahora que el tiempo ya se está acercando cuando Jesús será prendido y matado. Ayer alguaciles fueron enviados por los fariseos “para que le prendiesen” (Jn 7, 32), pero no lo trajeron, y dijeron: ¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn 7, 46). En la primera lectura, Jeremías es un tipo de Cristo. Los hombres de su propia aldea de Anatot le amenazaron de muerte por su predicación, diciendo: “No profetices en nombre del Señor, para que no mueras a nuestras manos” (Jer 11, 21). Así trataban de su profeta. No quisieron ser desafiados por la verdad, o por la palabra del Señor. No quisieron oír la palabra profética de Jeremías. Son como los hombres que dicen a Isaías y “que dicen a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras; dejad el camino, apartaos de la senda, quitad de nuestra presencia al Santo de Israel” (Is 30, 10-11).

Así es la experiencia de Jesús ahora en estos últimos días de su vida. Por el bien que él les hizo, le devuelven mal. Porque sus corazones son inclinados mal, no quieren oír la verdad, y odian la luz. De verdad, “la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Jn 3, 19-20).

Así es el plan de Dios. Él envió a los profetas a su pueblo, y fueron rechazados por el pueblo. Envió a su único Hijo, y le hicieron lo mismo. Los hombres que son inclinados mal no pueden soportar a un hombre justo y bueno porque ven en su mera manera de vivir un reproche constante contra sí mismos que los hace sentirse mal y culpables; por eso atacan y matan a los justos enviados a ellos. Pero Dios protege y bendice a los justos. Cristo resucitó, y los que sufren como él y por él resucitarán también en él para vivir una vida nueva, iluminada, y resucitada ya en este mundo, y más aún después.

Ayer oímos como los impíos tratan del justo. Ellos viven una vida de placer, y dicen que el justo “se opone a nuestras acciones; nos echa en cara nuestros delitos y reprende nuestros pecados de juventud... Es un reproche contra nuestras convicciones y su sola aparición nos resulta insoportable, pues lleva una vida distinta a los demás y va por caminos diferentes” (Sab 2, 12.14-15). El justo es para ellos una persona inaceptable. No pueden soportar ni sus palabras ni su manera de vivir.

Así trataron de Jesús; y así tratarán de nosotros si seguimos en sus huellas. Pero como Dios resucitó a Jesús, nos resucitará a nosotros también por nuestra fe en él y por nuestra fidelidad a la verdad.

## EL PERDÓN DE LOS PECADOS Y LA JUSTICIA QUE ES POR LA FE

5° domingo de cuaresma

Is 43, 16-21; Sal 125; Fil 3, 8-14; Jn 8, 1-11

Hoy las lecturas nos hablan de la *misericordia* de Dios. Sabemos instintivamente que Dios es *justo*, porque hemos sufrido en nuestras conciencias cuando habíamos pecado o caído en una imperfección. Nuestras conciencias nos perturban cuando desobedecemos a Dios, y así Dios nos enseña con siempre más exactitud su voluntad, y de esta manera podemos crecer en la virtud y en la santidad. Sus castigos nos purifican de nuestros

pecados o imperfecciones, nos disuaden para el futuro de no cometerlos más, y nos instruyen con más exactitud sobre su voluntad para con nosotros. Por eso cuando él nos castiga en nuestra conciencia, y nos hace sentirnos culpables, sufriendo de la culpabilidad, él está *ayudándonos* en su *amor* por nosotros. Esta es la *justicia* de Dios.

Pero Dios es también *misericordioso*, y ha enviado a su único Hijo para propiciar (1 Jn 2, 2) por nuestros pecados, ofreciendo el sacrificio de sí mismo al Padre; y este sacrificio intercede por nosotros delante del Padre. Pero la *misericordia* de Dios no cancela su *justicia*. Él no destruye su propia justicia al perdonarnos. Aunque Dios nos perdona, aun así él permanece *siempre justo*, y nos perdona *justamente*, pagando *él mismo* el precio *justo* para nuestra redención, y así nuestros pecados son *justamente* propiciados, pagados, expiados, y perdonados.

Cristo hizo *justa* satisfacción por nuestros pecados con el sacrificio de sí mismo al Padre en la cruz. ¡Qué *justa* es esta *misericordia* divina! Y ¡qué *misericordiosa* es su *justicia!*, pagando *él mismo* el precio de nuestro perdón, sufriendo *él mismo* el castigo por nuestros pecados (Mc 10, 45; Is 53, 5). Cristo es nuestra propiciación en su sangre, ofrecida en sacrificio al Padre en la cruz (Heb 9, 12-14). Así el Hijo propició al Padre por nuestros pecados (1 Jn 2, 2; Rom 3, 25); y el Padre nos puede perdonar *justamente*. La *justicia* es mantenida, no rota; y al mismo tiempo nuestros pecados son perdonados si invocamos este sacrificio en fe.

Así, pues, por nuestra fe, somos *hechos justos* delante de Dios. San Pablo habla sobre esto hoy en la segunda lectura, y Jesús da un ejemplo de su misericordia en el evangelio. Esta es una gran liberación. Es el cumplimiento de la profecía de Isaías que oímos en la primera lectura.

San Pablo dice hoy: Quiero “ser hallado en él, no teniendo *mi propia justicia*, que es por la *ley*, sino la que es por la *fe* de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de de su resurrección” (Fil 3, 9-10). San Pablo conoce la excelencia de la *justicia de Cristo*, y sabe que es mucho mejor que su *propia justicia*, y sabe que esta justicia no viene de sus propias buenas obras, sino de los méritos de Cristo, y que es aceptada por la fe. Él quiere, pues, la justicia “que es por la *fe* de Cristo, la justicia que es de Dios por la *fe*” (Fil 3, 9). Y esta *no* es su “*propia justicia*, que es por la *ley*” (Fil 3, 9). La “justicia que es por la *ley*” es la justicia de las obras buenas que nosotros hacemos.

La mujer adúltera en el evangelio de hoy *no* tuvo su *propia justicia*. No tuvo la justicia que es por la *ley* y por las buenas *obras*. Era una pecadora, sin méritos, sorprendida en el acto mismo de adulterio. Estaba en pecado mortal, alejada de Dios, y bajo la ira de Dios. ¿Qué puede hacer? Sólo puede invocar y esperar la justicia de Dios que viene por la fe en Cristo. No puede esperar su “*propia justicia*, que es por la *ley*” (Fil 3, 9). No tiene esta “justicia que es por la *ley*”. No tiene su “*propia justicia*”. La perdió. Esta es la condición del hombre en el estado de pecado.

Pero las lecturas de hoy nos enseñan que ella sí, tiene esperanza. Puede esperar ser hecha otra vez justa, y no con su *propia* justicia, sino con una justicia *mejor*, la de Dios, la de Cristo, que es un don dado a los arrepentidos por los méritos justos de Jesucristo sacrificado en la cruz y recibido por la fe. Su muerte sacrificial en a cruz nos absuelva de nuestros pecados. Los méritos de su sacrificio cancelan la justa ira de Dios contra nosotros, y nos hacen *verdaderamente justos*, *transformados* de pecadores en *hombres justos*, en *hombres nuevos* (Ef 4, 22-24). Y alcanzamos a la gloria de la resurrección de

Jesucristo, con él resplandeciendo de nuevo en nuestro corazón, haciéndonos resplandecientes a sus ojos, *nuevos en realidad, verdaderos hombres nuevos en Cristo*.

Somos *justos* con la bella *justicia de Cristo*, no con nuestra *propia justicia* que es por la ley y por nuestras buenas obras. Una vez reconstituídos *justos* por la fe en Cristo, habiéndonos arrepentido de nuestros pecados, comenzamos a vivir una vida *nueva y resucitada* en la *luz*, una vida llena de obras buenas, y así empezamos a crecer en la santidad y la virtud.

Cristo nos dio un sacramento muy importante, el de la reconciliación, cuando dijo: “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos” (Jn 20, 23) y “todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mt 18, 18). Este sacramento canaliza para nosotros los méritos del sacrificio de Cristo, y nos restaura en el esplendor de su resurrección. Vemos el efecto de este sacramento en el perdón que Jesús da hoy a esta mujer.

## LA ENCARNACIÓN DE DIOS EN LA TIERRA PARA NUESTRA SALVACIÓN

La solemnidad de la Anunciación, 25 de marzo  
Is 7, 10-14; Sal 39; Heb 10, 4-10; Lc 1, 26-38

Hoy celebramos la encarnación en la tierra de Dios el Verbo eterno, el unigénito del Padre desde toda la eternidad. Hoy la Segunda Persona de la Santísima Trinidad es concebida como un hombre en el vientre de la Virgen María para nuestra salvación. Así esta Persona divina es nacida, vive, y muere como un hombre para redimirnos del pecado.

Jesús es Dios en dos naturalezas, en una naturaleza divina y en una naturaleza humana. Él es por lo tanto verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Pero él es sólo *una* Persona, una Persona *divina*, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; no dos personas, no una Persona divina y también una persona humana (esta es la herejía de Nestorianismo, condenada por el Concilio de Efeso en 431). Así, pues, todo lo que Jesús experimenta como un hombre es experimentado por su única Persona divina, es decir: su concepción, su nacimiento en la cueva de Belén, la corona de espinas, el ser azotado, la crucifixión, y su muerte en la cruz. Todo esto aconteció a la única Persona divina de Jesús en su naturaleza humana.

Así, pues, Dios, que en su naturaleza divina no puede ser concebido ni nacido de una mujer, ni tampoco sufrir ni morir, ahora en una naturaleza humana es concebido y nacido, sufre, y muere. No es Dios el Padre que es nacido y muere, sino es Dios el Hijo que es concebido y nacido de María, con el resultado de que María es verdaderamente la *Madre de Dios*, como creemos (“Santa María, *Madre de Dios*, ruega por nosotros pecadores”). Pero Dios el Hijo es igual a Dios el Padre en su divinidad, y siempre ha existido con él. Así Dios experimenta nacimiento; y María es verdaderamente su madre, y *no sólo* la madre del *hombre* Jesús o la madre *sólo* de su naturaleza *humana*. Ella es verdaderamente la *Madre de Dios*, es decir: la madre de la *única persona Jesús*, que es una Persona *divina*, y sólo una Persona *divina*.

Jesús, que es verdadero hombre porque tiene una naturaleza humana; es también verdadero Dios con una naturaleza divina, pero *no es dos personas*. En la Trinidad hay tres Personas divinas (tres *hipóstases*) en una naturaleza divina; pero en Jesús hay sólo una Persona (una Persona *divina*; sólo una hipóstasis), unida hipostáticamente a dos naturalezas, a una naturaleza divina y a una naturaleza humana. Así, pues, mientras que en Jesús hay una sola Persona en dos naturalezas, en la Trinidad en sí misma hay tres Personas en una sola naturaleza, una naturaleza divina, compartida igualmente por las tres divinas Personas. Esta es nuestra fe, definida por la Iglesia.

Puesto que Jesús es una sola Persona, una Persona *divina*, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y no a la vez una Persona divina y también una persona humana (que es, como dije, la herejía de Nestorianismo, condenada en 431) —aunque Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre—; Puesto que él es una sola persona, todo lo que Jesús experimenta es experimentado por su única Persona *divina*, es decir: concepción, nacimiento, vida en la tierra, muerte en la cruz, y resurrección. Así María es la verdadera Madre de Dios, y en María Dios es nacido como un hombre en la tierra; así como en la cruz, Dios muere, es decir su Persona divina con sus dos naturalezas es por tres días separada de su cuerpo. Por eso el nacimiento, muerte, y resurrección de Jesús nos justifican, salvan, y divinizan, precisamente porque es el nacimiento de Dios el Hijo en nuestra humanidad, iluminándola desde dentro, llenándola de su esplendor divino, y divinizándola; y es la muerte de Dios el Hijo haciendo satisfacción perfecta por nuestros pecados delante del Padre, así justificándonos. Cuando somos bautizados y creemos en Jesús, *activamos* esta divinización y justificación para nosotros, y somos *justificados* y comenzamos a ser *divinizados*. Esto no quiere decir que venimos a ser Dios; pero sí, quiere decir que somos llenados de Dios de una manera transformativa.

La muerte de Jesús en la cruz nos justifica porque es la muerte de Dios el Hijo en su naturaleza humana. Dios el Hijo es plenamente Dios, igual en divinidad al Padre. La muerte de Jesús *no es sólo* la muerte de la naturaleza *humana* de Jesús o *sólo* la muerte de su alma *humana* y de su cuerpo humano. *No es sólo* la muerte del *hombre* Jesús. No es sólo la separación de su alma humana de su cuerpo humano, *sino es la muerte de su Persona divina, de su única Persona, que es una persona divina. Es la muerte de la persona Jesús, que es una Persona divina*, porque hay sólo una sola Persona en Jesús, y es una Persona *divina*, igual al Padre.

No hay una persona humana en Jesús. Jesús no “tiene” una persona humana. Jesús no es una persona humana —aunque es un verdadero hombre—. Jesús es *sólo una Persona divina*, con una naturaleza humana, y es esta Persona divina, unida hipostáticamente a una naturaleza humana, que muere en la cruz, justificándonos. Su Persona divina se separa por tres días de su cuerpo. Esta es su muerte, la muerte de Dios. Pero su Persona Divina nunca cesa de existir. Y en el tercer día su Persona divina se reúne otra vez con su cuerpo, ahora glorificado, para nuestra iluminación, para que podamos resucitar con él ahora (Col 3, 1-3) y vivir una vida nueva y resucitada, divinizada e iluminada por el esplendor de su resurrección.

Así la encarnación, nacimiento, vida, muerte, y resurrección de Jesús son una verdadera encarnación, nacimiento, vida, muerte, y resurrección de Dios en la tierra, del Hijo divino de Dios, una Persona divina, completamente igual en divinidad con Dios el Padre. Así Jesús mantiene verdaderamente el universo en su existencia; y en su nacimiento y muerte, es Dios que nace en Belén y que muere en la cruz por nuestra

divinización, justificación, y salvación. ¡Esta es la fe cristiana, una fe que asombra en verdad, porque *Dios verdaderamente se hizo hombre!*

## JESÚS ES UNO CON EL PADRE

Viernes, 5ª semana de cuaresma  
Jer 20, 10-13; Sal 17; Jn 10, 31-42

Nos acercamos a Semana Santa ahora, y vemos como crece la oposición contra Jesús. Dice Jesús hoy: “el Padre está en mí, y yo en el Padre” (Jn 10, 38). Y por haber dicho esto, los judíos “procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos” (Jn 10, 39). Este es el gran misterio del ser de Jesús, que Dios el Padre está en él, y Jesús está en el Padre, con el resultado de que los dos son uno, un solo ser, un solo ser supremo, un solo Dios; no dos Dioses.

Dijo Jesús: “Yo y el Padre uno somos” (Jn 10, 30). Cuando dijo esto, los judíos lo entendieron muy bien, y su respuesta fue: “Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle” (Jn 10, 31). Quisieron apedrearlo por blasfemia, “porque —dijeron— tú, siendo hombre, te haces Dios” (Jn 10, 33). Lo entendieron correctamente. Jesús se proclamó el Hijo de Dios en el sentido de que él era el *único* Hijo de Dios, el *único* nacido de Dios, y por eso, *Dios* como su Padre, igual en divinidad con su Padre. Por eso quisieron matarlo, por blasfemia, por haber declarado que era Dios.

Pero Jesús no es el unigénito Hijo de Dios en exactamente la misma manera que un hombre es el unigénito hijo de su padre, porque entre los hombres, el hijo es un ser separado, diferente, y distinto de su padre. El hijo no está *en* su padre, ni el padre *en* su hijo formando un solo ser con él, compartiendo una sola mente y una sola voluntad con él, como es el caso del Hijo de Dios en su naturaleza divina con su Padre, porque Jesús en su naturaleza divina tiene una sola mente y una sola voluntad con el Padre y con el Espíritu Santo. Pero sí Jesús es *Dios* porque su Padre es *Dios*. En este último punto, sí Jesús es el Unigénito de su Padre como un hombre es el unigénito de su padre. Un hijo es un *hombre* porque su padre es un *hombre*; mientras que en el caso de Jesús, el Hijo es *Dios* porque su Padre es *Dios*; pero en contraste con los hombres, Jesús y su Padre son *uno*. El resultado es que si vemos a Jesús, vemos al Padre, como dijo Jesús: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... ¿No crees que yo soy *en* el Padre, y el Padre *en* mí?” (Jn 14, 9-10). Esta es la doctrina de *coinherencia* o *compenetración mutua*.

Este es el misterio del ser de Jesús. Él vino al mundo para unirse con Dios, siendo un hombre visible como nosotros porque su madre fue un ser humano. Así, pues, uniéndonos a Jesús, a quien vemos y oímos, nos unimos al Dios que no podemos ver ni oír. Por enseñar esto, lo mataron por blasfemia, por hacerse Dios, entendiendo correctamente lo que estaba tratando de comunicar, pero no creyéndolo. Y así el Hijo de Dios, igual en divinidad con su Padre, Dios como su Padre, murió en su naturaleza humana por nuestra redención, es decir: su Persona divina se separó de su cuerpo humano por tres días.

## UN HOMBRE DEBE MORIR POR EL PUEBLO

Sábado, 5ª semana de cuaresma  
Ez 37, 21-28; Jer 31; Jn 11, 45-56

Hoy oímos una profecía de Ezequiel, y en el evangelio de hoy oímos cómo se cumplirá. La profecía es: Dios dice: “y los *salvaré* de todas sus rebeliones con las cuales pecaron, y los *limpiaré*; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios” (Ez 37, 23). El Señor nos promete que él nos limpiará y nos salvará de todas nuestras culpas y desobediencia que nos hacen sufrir de la culpabilidad; y él mismo nos limpiará. Y más aún, “Mi siervo David será rey sobre ellos...y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra” (Ez 37, 24). No sólo nos limpiará, sino que nos *hará obedientes*, es decir: personas renovadas y transformadas. Su siervo David es el Mesías que reinará sobre nosotros para siempre: “y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre” (Ez 37, 25).

Será el reino de Dios en la tierra y en el corazón de cada hombre, limpiándolo, salvándolo, y haciéndolo *nuevo* y obediente. “Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos...y pondré mi santuario entre ellos para siempre” (Ez 37, 26). Viviremos con Dios en una alianza nueva, un Nuevo Testamento de paz perpetua, una paz celestial, no de este mundo, y esta paz durará para siempre con el Mesías reinando sobre nosotros eternamente.

Esto es lo que Cristo vino para traer a la tierra, una paz perpetua y celestial en los corazones que creen en él y que son salvados por él de todas sus desobediencias. Y hoy el sumo sacerdote profetiza esto, diciendo: “nos conviene que un hombre *muera* por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Jn 11, 50).

De verdad, Jesús murió por nosotros. Su muerte en la cruz nos libró de nuestros pecados, nos salvó de todas nuestras rebeliones, y nos limpió. Y esto no es algo que nosotros merecimos por nuestras obras buenas. Es un don gratuito de Dios. Es el don del Salvador que nos renueva por la fe en él, sin haber hecho nada nosotros mismos. Él nos transformó en justos y obedientes por el sacrificio de sí mismo en la cruz; y cuando creemos en él, esto es actualizado para nosotros.

Somos transformados por su cruz; y con su resurrección, él nos ilumina y diviniza, dándonos el manto de su propia *justicia* por nuestro adorno (Is 61, 10). Él nos hace resplandecientes, con él resplandeciendo en nuestros corazones, iluminándonos por dentro (2 Cor 4, 6), poniendo su santuario entre nosotros para siempre (Ez 37, 26). *Él reina en paz en nosotros para siempre* (Ez 37, 26), estableciendo con nosotros su pacto nuevo, su Nuevo Testamento.

Esta renovación de nuestro espíritu es dada a nosotros *cuando creemos en él sin obras ni méritos nuestros*, “mas al que *no obra, sino cree* en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por *justicia*” (Rom 4, 5). Por la fe en su sacrificio en la cruz somos *constituidos justos*; y en su resurrección caminamos en su luz, viviendo una vida nueva y obediente en él.

## LA PASIÓN Y RESURRECCIÓN DE CRISTO NOS DAN UNA VIDA NUEVA EN LA LUZ

Domingo de ramos

Is 50, 4-7; Sal 21; Fil 2, 6-11; Lc 22, 14 – 23, 56

Empezamos hoy semana santa y las celebraciones solemnes y alegres de la muerte y resurrección del Señor. Morimos en él, y resucitamos en él. Él fue enviado del Padre para traernos una vida nueva, gloriosa, feliz, y luminosa. Él hizo esto por medio de su encarnación, muerte, y resurrección. Él nació en nuestra carne humana, insertando su esplendida divinidad en ella. Él se revistió de nuestra carne, divinizándola, porque todo lo que él asumió, divinizó. Entonces él murió en nuestra carne, es decir: nuestra carne, vistiéndolo a él, murió en la cruz. Luego nuestra carne resucitó cuando él resucitó nuevo y glorificado. Nuestra carne fue renovada y glorificada en su resurrección. Y nosotros la heredamos renovada por nuestra fe en él junto con el bautismo.

Y más aún, por su muerte en la cruz en nuestra carne, él nos justificó. Sus méritos nos hacen justos. Su obediencia hasta la muerte nos constituye justos. Él propició (Rom 3, 25; 1 Jn 2, 2) al Padre con su muerte por nuestros pecados, empezando con el pecado original, que nos alejó de Dios, y así nos reconcilió con Dios, haciéndonos realmente justos.

Y esto lo recibimos por la fe; no por nuestras obras. Es el don de la justicia de Cristo dado a todos los que creen en él. No es algo que podemos merecer por nuestras obras. “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Rom 5, 19). “Así que por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Rom 5, 18).

Somos hechos justos en Cristo por los méritos de su muerte, y esto es activado para nosotros por nuestra fe, y canalizado a nosotros por los sacramentos, especialmente por el bautismo, la reconciliación, y la eucaristía. Su vida divina entra en nosotros, y nuestra culpabilidad es quitada, dejándonos limpios, iluminados, y felices a sus ojos y en realidad. Nuestra conciencia es limpiada, y vivimos en la luz. Entonces resucitamos con él para andar en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), para vivir en el resplandor de su resurrección.

Nuestra vida pasada, pecaminosa, culpable, y triste murió con él en la cruz para ser resucitada renovada con él el tercer día en la gloria de su resurrección. *Así lo que él empezó con su encarnación en nuestra carne, llenándola de su divinidad, es realizado en su resurrección, mediante su muerte propiciatoria en la cruz.*

Así, pues, somos constituidos nuevos y justos, divinizados e iluminados. Nuestra carne es renovada y restaurada, como la de Adán y Eva antes de la caída. Nuestros pecados son propiciados y perdonados por los méritos de la muerte de Cristo; y somos iluminados por su resurrección; y esto recibimos por la fe, canalizado a nosotros por los sacramentos. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef 2, 8-9). “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Rom 3, 28). Esto es porque “al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe es contada por



justicia” (Rom 4, 5). “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Rom 5, 6).

Somos, pues, hechos justos y transformados por la justicia de Cristo. Su justicia viene a ser nuestra justicia, y nosotros somos cambiados de injustos en justos por la fe. Son *sus* méritos canalizados a nosotros por los sacramentos y aceptados por la fe que nos hacen justos. Su *nacimiento* nos *divinizó*, su *muerte* nos *justificó*, y su *resurrección* nos *iluminó*. Su muerte quitó nuestros pecados, y su resurrección nos constituyó justos en su justicia. Por eso honramos a Cristo hoy, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25).

Ahora, pues, tenemos una justicia que no es la nuestra, sino la de Cristo, una justicia que resplandece en nuestros corazones, con el mismo Cristo resplandeciendo en ellos. Así, pues, soy como Pablo, “no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe, a fin de conocerle, y el poder de su resurrección” (Fil 3, 9-10). Esta justicia nos llena de alegría y luz porque Cristo está resplandeciendo en nosotros (2 Cor 4, 6), transformándonos “de gloria en gloria” en su propia imagen por obra del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18). Así, pues, vivamos una vida nueva en la luz.

## EL SACRIFICIO DEL NUEVO TESTAMENTO

Jueves Santo

Ex 12, 1-8.11-14; Sal 115; 1 Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15

Esta tarde conmemoramos la cena pascual de los judíos. Esta cena fue para ellos una comida memorial de su redención de Egipto por medio de la sangre del cordero pascual. Esta sangre los salvó de la plaga de mortandad. Así sus primogénitos no murieron como los de los egipcios. Fueron salvados por la sangre del cordero pascual puesta “en los dos postes y en el dintel de las casas” (Ex 12, 7) en que comieron la cena pascual.

La noche antes de su muerte, Jesús celebró esta misma comida pascual con sus discípulos, durante la cual él les dio pan y vino, diciendo que estos son su cuerpo y su sangre. Sobre la copa dijo: “esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt 26, 28). Jesús es “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29), como dijo san Juan el Bautista. Él es el cumplimiento del cordero pascual de los Israelitas. La acción de Jesús el próximo día, sacrificándose al Padre en amor en la cruz para propiciar por los pecados del mundo y expiarlos cumplió la redención de los Israelitas de la esclavitud de Egipto.

El Cordero de Dios nos redimió de la esclavitud del pecado, tristeza, y alejamiento de Dios. Su sacrificio nos ganó el perdón del Padre, nos libró de las tinieblas y del sufrimiento del pecado y de la culpabilidad, y nos justificó, dándonos gratuitamente su propia justicia, sin nuestras obras buenas. Y todo esto apropiamos por la fe que nos hace verdaderamente justos a los ojos de Dios y en realidad. De verdad, él mismo llevó “nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pd 2, 24).

Somos justificados, pues, por los méritos de Jesucristo en la cruz, y no por nuestras obras; y estos méritos son comunicados a nosotros por medio de nuestra fe. Así es, como dice san Pablo, “que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto, por las obras de la ley nadie será justificado” (Gal 2, 16).

¿Quién pudiera pensar que él podría ponerse a sí mismo en esta luz por sus propias obras, o merecerla por sus obras? Esta no es una justicia humana (Fil 3, 9), sino la justicia divina que Cristo ganó para nosotros por su muerte en la cruz. Si queremos ser vestidos de este manto de justicia divina, hay sólo un camino para lograrlo, el de la fe en Cristo. Entonces podemos gozarnos en la justicia de Cristo, usando las palabras de la profecía de Isaías: “En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se alegrará en mi Dios; porque *me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de **justicia***” (Is 61, 10).

Toda esta liberación del hombre vino por el sacrificio del “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29) y es recibida por la fe, no por nuestras obras. Y este único sacrificio de la cruz es hecho presente para nosotros en la eucaristía; o podemos decir también que nosotros somos hechos presentes por la eucaristía en el Calvario en el momento cuando el único Hijo de Dios se sacrificó al Padre en amor por nuestra salvación.

Así, pues, como la cena pascual fue una comida memorial de la redención de Israel de la esclavitud de Egipto por la sangre del cordero pascual, de una manera semejante la eucaristía es una comida memorial de la redención de la raza humana de la esclavitud del pecado y de la culpabilidad por la sangre del nuevo Cordero pascual, “el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1, 29). El vino que bebieron en esta comida eucarística viene a ser su “sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

La sangre de Cristo es derramada en un sacrificio redentor en la cruz; pero este vino es transformado en su “sangre derramada para remisión de los pecados” (Mt 26, 28). Es decir: esta misma comida *es* su sacrificio, *no* porque hay *dos* sacrificios, puesto que el sacrificio de Cristo es *uno solo* (Heb 10, 10), sino porque estas dos acciones (la última cena, y la muerte en la cruz) son *un solo sacrificio*, es decir: el de la cruz, que la cena del Señor *actualiza* para nosotros. La eucaristía nos hace *presentes* al *único* sacrificio salvador de Jesucristo en la cruz; y la eucaristía hace este *único* sacrificio de Jesucristo en la cruz *presente* para nosotros. La eucaristía es un sacrificio no porque es en sí un sacrificio distinto, sino porque ella hace el *único* sacrificio de Jesucristo en la cruz *presente* para nosotros.

Así de esta manera podemos *participar* en el sacrificio de la cruz al participar en la eucaristía, ofreciéndonos a nosotros mismos junto con Cristo en su sacrificio a su Padre en amor. Así, pues, como dice san Pablo, podemos cumplir con *nuestro* sacrificio de nosotros mismos “lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Col 1, 24). Este es el sacrificio del Nuevo Testamento. Este es nuestro culto a Dios, es decir: ofreciéndonos en sacrificio con el Hijo al Padre en amor en el Espíritu Santo, y recibiendo de Dios los frutos de este sacrificio, el cuerpo y la sangre de Cristo que nos divinizan y llenan de Dios.

## LA MUERTE DE DIOS

### Viernes Santo

Is 52, 13 – 53, 12; Sal 30; Heb 4, 14-16; Jn 18, 1 – 19, 42

Hoy celebramos Viernes Santo. Hoy celebramos la muerte de Dios. Hoy es un gran día, porque en este día Dios murió. Él murió por nosotros para redimirnos de nuestros pecados y justificarnos.

Todos sabemos que Dios en sí, en su naturaleza divina, no puede nacer, ni sufrir, ni morir. Pero para salvarnos, el único Hijo de Dios se encarnó, es decir: asumió una naturaleza humana, sin perder su naturaleza divina, y en esta naturaleza humana, él nació como un hombre, y como un verdadero hombre también sufrió y murió. Así la Virgen María es la verdadera *Madre de Dios*, como creemos (“Santa María, *Madre de Dios*, ruega por nosotros pecadores”). Ella no fue sólo la madre del *hombre* Jesús, no fue sólo la madre de *Cristo*, sino también fue la *Madre de Dios*, es decir: la madre de la Persona divina de Jesucristo, y su Persona es sólo *una* y es *Dios*, el unigénito Hijo de Dios, que es plenamente Dios, igual en divinidad con el Padre. Y porque hay *sólo una Persona en Jesús*, la Persona del Hijo de Dios, María es verdaderamente la madre de esta Persona, la madre del Hijo de Dios, la *Madre de Dios*.

En Jesús, Dios sufrió, derramó su sangre en la cruz, y al fin murió. Jesús murió como nosotros morimos. Su alma humana se separó de su cuerpo, pero su Persona divina —y su alma humana unida a su Persona divina— no cesaron de existir, como tampoco nuestra alma no cesa de existir cuando morimos; sino sólo se separa de nuestro cuerpo.

Así, pues, Dios obró nuestra redención del pecado. Nuestro pecado es demasiado por nosotros. No podemos repararlo y restaurar nuestra buena relación con Dios porque Dios es infinitamente más grande que nosotros. Así, pues, Dios envió a su propio Hijo para satisfacer por nuestros pecados con su muerte ofrecida al Padre en amor en la cruz. Pero es el *hombre* que necesita esta reparación, y por eso el Hijo de Dios se encarnó y nació como un *hombre* con la *capacidad de sufrir y morir*, para poder ofrecerse en sacrificio. Por lo tanto es un *hombre* que ofrece este sacrificio de satisfacción por todos los *hombres*; y este sacrificio tiene el poder de hacer esta reparación porque este *hombre* Jesús es también *Dios*.

Desde toda la eternidad el Hijo se ofrece en amor filial a su Padre, y lo agrada infinitamente, pero lo *nuevo* es que *ahora* él hace esto *como un hombre* y a favor de todos los hombres que creen en él, y lo hace dramáticamente al sufrir y morir en sacrificio en su naturaleza humana. Y el Padre, perfecta e infinitamente agradado por este sacrificio, derrama su Espíritu sobre toda carne humana que cree en su Hijo.

Así, pues, Jesús es nuestro “sumo *sacerdote*”, es decir, uno que ofrece sacrificios, como dice la segunda lectura hoy (Heb 4, 14). Su sacrificio en la cruz nos salvó. Dios murió por, y su muerte nos salvó. Jesús nos dijo: “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para *dar su vida en rescate* de muchos” (Mc 10, 45). En él, el Dios que no puede sufrir ni morir, sufrió y murió para ofrecerse como un sacrificio perfecto en amor a su Padre por nosotros. El Hijo divino de Dios murió en la cruz, sacrificándose a su Padre en amor para nuestra redención. San Agustín dice: “el único

Hijo de Dios, co-eterno con el Padre, no sólo nació como un hombre, sino *incluso murió* a las manos de los hombres que él creó” (*Breviario*, lunes de Semana Santa).

La Carta a los Hebreos habla mucho del único sacrificio salvador de Cristo en la cruz para nuestra redención del pecado. Dice que Cristo “no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su *propia sangre*, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna *redención*. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociados a los inmundos, santificaron para la purificación de la carne, ¿cuánto más la *sangre de Cristo*, el cual mediante el Espíritu eterno *se ofrece a sí mismo sin mancha a Dios*, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb 9, 12-14). Cristo, “en la consumación de los siglos, *se presentó* una vez para siempre por el *sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado*” (Heb 9, 26). “Así...*Cristo fue ofrecido* una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Heb 9, 28). “...somos *santificados* mediante la *ofrenda del cuerpo de Jesucristo* hecha una vez para siempre” (Heb 10, 10). “Cristo, habiendo *ofrecido* una vez para siempre *un solo sacrificio por los pecados*, se ha sentado a la diestra de Dios” (Heb 10, 12; ver también Heb 7, 25.27). ¿Qué afirmación más clara que estas pudiéramos querer que la muerte de Jesús fue un *sacrificio que nos libró de nuestros pecados?*

En verdad, Cristo, en su muerte, cumplió la profecía de Isaías: “Ciertamente *llevó él nuestras enfermedades*” (Is 53, 4). ¿Qué *justa* es la misericordia de Dios, exigiendo un precio tan grande! Y ¿qué *misericordiosa* es su justicia, pagándolo él mismo!

Vemos aquí cómo el Hijo *intercede* con el Padre por nosotros (Rom 8, 34; Heb 7, 25). Y así lo hizo. *Intercede* al ofrecerse en amor a su Padre en la cruz por nosotros. Pues, “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, *el que también intercede por nosotros*” (Rom 8, 34), “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, *viviendo siempre para interceder por ellos*” (Heb 7, 25).

Así, pues, el sacrificio del Hijo en amor al Padre en la cruz afectó al Padre profundamente y personalmente, y ganó para nosotros la eterna salvación y la justificación.

## UNA VIDA NUEVA EN LA LUZ CON CRISTO RESUCITADO

### Vigilia Pascual

Esta es la noche en que Cristo resucitó victorioso de la muerte para resplandecer en los corazones de los que creen en él (2 Cor 4, 6). Él murió para librarnos del pecado y de la culpabilidad. Él pagó el precio de nuestra redención con su muerte. Él se sacrificó en amor a su Padre en la cruz. Él descendió al Hades para librar a los justos y para abrir para ellos las puertas cerradas del paraíso. Y ahora, “El primer día de la semana, muy de mañana” (Lc 24, 1), él resucitó de la muerte, “primicias de los que durmieron” (1 Cor 15, 20). Este es el principio de una vida nueva para la raza humana, para los que creen en él y son nacidos de nuevo en él por la fe. Como Adán fue nuestro primer padre, y

heredamos la muerte y el pecado de él, así de Cristo, nuestro nuevo padre, viene la resurrección y una vida nueva en Dios (1 Cor 15, 21).

Hemos sido rescatados por Jesucristo. Los méritos de su muerte sacrificial y propiciatoria han cambiado nuestra vida, han quitado nuestra culpabilidad y dolor de espíritu. El precio que no pudimos pagar ha sido pagado por él. La buena relación con Dios, que no pudimos reparar, ha sido reparada por él; y por la fe en él, somos reconciliados con Dios y renovados. Hemos recibido misericordia al pie de la cruz. Sus méritos han fluido en nuestra alma y la han limpiado. Y ahora estamos de pie delante de su resurrección.

Cristo es el primero en resucitar para no morir más. Lázaro y los otros del Antiguo Testamento que resucitaron tuvieron que morir una segunda vez. Pero Cristo no muere más. Su resurrección es diferente. Diferente de Lázaro, Cristo se resucitó a sí mismo, vive una vida glorificada, y no morirá más. Cristo resucitado sólo apareció de vez en cuando a sus discípulos por cuarenta días después de su resurrección, porque estaba ya en gloria y no pudo vivir con ellos como antes. Él entró donde ellos estaban, pasando por puertas cerradas y por muros (Jn 20, 19). Aparece y desaparece como quiera, como lo hizo con los discípulos en Emaús (Lc 24, 31). Es resucitado en gloria. Al fin de los cuarenta días de apariciones, ascendió para sentarse a la diestra de su Padre en gloria (Heb 10, 12). Y ahora puede resplandecer en nuestros corazones (2 Cor 4, 6) y vivir dentro de nosotros (Gal 2, 20; Col 1, 27).

La muerte de Cristo nos libró del pecado y del dolor de la culpabilidad. Recibimos esta liberación cuando creemos en él y recibimos los frutos de los méritos de su pasión, sobre todo en los sacramentos de la reconciliación y la Eucaristía. Y su resurrección nos llena de esplendor, nos ilumina, y nos pone en su luz.

Él se encarnó para divinizarlos, y ahora, redimidos por su muerte, somos justificados e iluminados por su resurrección. Él “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25). Su resurrección nos viste del manto de la justicia divina (Is 61, 10). Nos adorna. “...como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas” (Is 61, 10).

Por eso esta noche de su resurrección es llena de luz, y las trompetas anuncian la salvación. La tierra goza, “inundada de tanta claridad” (*Exúltet*). Esta noche la tierra está “radiante con el fulgor del rey eterno” (Ibid.). La Iglesia se alegra “revestida de luz tan brillante” (Ibid.). Somos librados e iluminados si nos refugiamos en él y vivimos sólo para él. Él nos ilumina con su resurrección. “...él ha pagado por nosotros al eterno Padre la deuda de Adán, y ha borrado con su sangre inmaculada la condena del antiguo pecado” (Ibid.). Somos libres y nuevos en él, limpiados por él, salvados, redimidos, y en su resurrección, divinizados e iluminados. Si lo obedecemos, esta vida nueva puede desarrollarse y crecer en nosotros. Si nos crucificamos con él a la vida pasada, si sepultamos con él la vida mundana y la búsqueda de placer mundano, si ponemos la mirada en las cosas de arriba, y no en las de la tierra (Col 3, 1-2), viviremos en este río esplendoroso del amor divino que une eternamente al Padre al Hijo en el Espíritu Santo en gloria inefable.

Dios es amor porque siempre ama, y el amarse a sí mismo no es verdadero amor. Antes de la creación del mundo, el Padre amó al Hijo, “porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn 17, 24). El Padre ama al Hijo, y el Hijo siempre ha amado al Padre, y ahora en su resurrección, él nos inserta en este río del amor divino, en

este esplendor del amor del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Los que creen en el Hijo son limpiados y hechos nuevos y justos, y los que buscan a él y no más los deleites de aquí abajo caminan en este amor. "...buscad las cosas de arriba...no...las de la tierra" (Col 3, 1-2). Sí, debemos vivir sólo para Cristo. Así caminaremos "en la novedad de la vida" (Rom 6, 4), en la "novedad del Espíritu" (Rom 7, 6).

Por lo tanto, "Esta es la noche que a todos los que creen en Cristo, por toda la tierra, los arranca de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, los restituye a la gracia y los agrega a los santos" (*Exúltet*). De verdad, "todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre" (Hch 10, 43), y son constituidos en la justicia por su resurrección (Rom 4, 25). Hemos resucitado con Cristo (Col 3, 1). Crezcamos, pues, en esta resurrección espiritual al buscar con él las cosas de arriba, y no más las de la tierra (Col 3, 2). Así seremos iluminados y santificados.

## EL ESPLENDOR DE CRISTO RESUCITADO

Domingo de Pascua, Misa del día  
Hch 10, 34.37-43; Sal 117; Col 3, 1-4; Jn 20, 1-9

Hoy celebramos la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos. "El esplendor de Cristo resucitado de la muerte ha resplandecido sobre el pueblo redimido por su sangre" (antífona de Laudes). Hoy es cumplido el propósito de la encarnación, es decir: nuestra divinización. Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para divinizarlos, para introducirnos en el esplendor en que el Padre y el Hijo viven eternamente en amor inefable en el Espíritu Santo. Por eso Cristo asumió nuestra carne: para divinizarla, para llenarla de luz y esplendor por medio de su contacto con ella. La divinidad de su Persona divina divinizó su humanidad por medio del vínculo hipostático de unión que había entre el Verbo eterno y la humanidad de Jesucristo; y al divinizar la carne de Jesucristo, divinizó toda carne humana. Los que son bautizados y creen en Cristo actualizan esta divinización para sí mismos. Entonces crecen en la luz al imitar la vida de Cristo.

Por medio de su muerte, él quitó nuestros pecados, porque él es "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" (Jn 1, 29). Su sacrificio como el Cordero de sacrificio en la cruz borró nuestros pecados; y su resurrección nos dio una vida nueva en él, una vida en su luz.

Los que creen en él reciben "perdón de pecados en su nombre" (Hch 10, 43). Por medio de él, Dios dio "a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hch 5, 31) para que pudiéramos vivir en su luz, introducidos así en el río espléndido del amor divino que fluye entre el Padre y el Hijo. Por su muerte nuestros pecados son perdonados, y por su resurrección somos constituidos justos (Rom 4, 25) para caminar en el esplendor de Cristo resucitado de la muerte. Así nos dio una vida iluminada, una vida nueva, muerta al pecado, pero viva para Dios (Rom 6, 11).

Todo lo que el hombre no pudo hacer bajo la ley, ahora es hecho para él por Jesucristo. Tenemos la justificación de pecados en él y somos divinizados por la luz de

su resurrección. “Sabed, pues, esto, varones hermanos —dijo san Pablo—, que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree” (Hch 13, 38-39). Lo que fue imposible antes, ahora, puesto que Cristo ha resucitado, *es* posible, y así podemos tener una vida nueva en él, una vida en el esplendor de Cristo resucitado de la muerte, una vida en la luz, una vida divinizada y vivida en el amor trinitaria entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

Así, pues, el propósito de la encarnación, que es nuestra divinización, es cumplido en la resurrección de Cristo de la muerte. Y será perfeccionado en nuestra resurrección en el último día. Así, pues, lo que era imposible bajo la ley, ahora *es* posible en Cristo resucitado. Perdonados por su muerte, somos iluminados en su resurrección.

“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gal 2, 21), “porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gal 3, 21). Pero no es así, porque la justificación es por la fe en Jesucristo, y no por la ley, ni por nuestras obras buenas. La realidad es que Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25).

Cristo, pues, es el que “muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró la vida” (Prefacio I de Pascua). Somos librados de la muerte de la culpabilidad por su sacrificio, y llenados de vida divina en su victoria sobre el pecado y la muerte. En su resurrección la humanidad de Cristo ha sido perfectamente divinizada, y resplandece ahora, iluminándonos y divinizándonos a nosotros. “Este es el día que hizo el Señor; nos gozaremos y alegraremos en él” (Sal 117, 24). “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte del Señor es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos” (Sal 117, 22-23).

*Nosotros también* —nos dice san Pablo hoy— hemos sido *resucitados* con Cristo, y por eso debemos vivir un *nuevo tipo* de vida en él, una vida resucitada, que no busca más los deleites de este mundo, sino sólo quiere vivir con Cristo en Dios. “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col 3, 1-2). Esto es, en verdad, una nueva manera de vivir. Esta es la vida de los santos y místicos. Es una vida en Dios, una vida llena de alegría y luz divina, una vida resucitada y divinizada, una vida vivida en el amor del Padre por el Hijo (Jn 17, 23.26), una vida que permanece en el amor de Cristo (Jn 15, 9), una vida vivida en el esplendor de Cristo resucitado de la muerte.

## NO OS AMEDRENTÉIS, NI OS CONTURBÉIS

Jueves de Pascua

Hch 3, 11-26; Sal 8; Lc 24, 35-48

Estamos ahora en la Octava de Pascua, profundizando la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Él resucitó para darnos una nueva vida, una vida resucitada e iluminada, una vida vivida en el esplendor de su resurrección. Debemos resucitar con

Cristo para caminar ahora en la luz, en “la novedad de la vida” (Rom 6, 4), en “la novedad del espíritu (Rom 7, 6), hechos una nueva creación en él (2 Cor 5, 17), transformados y divinizados, habiendo sido perdonados de todos nuestros pecados al creer en él.

Como el cojo de la primera lectura fue sanado, así Cristo quiere curarnos a nosotros de todos nuestros pecados, e iluminarnos con la luz de su resurrección, para que vivamos con una conciencia limpia y feliz. Este cojo es un símbolo de esto para nosotros. “...la fe que es por él [Cristo] ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros” (Hch 3, 16).

¿Qué, entonces, debemos hacer? San Pedro nos dice hoy: “arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado” (Hch 3, 19-20).

Cristo resucitado dice la misma cosa en el evangelio de hoy: “así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas” (Lc 24, 46-48).

Esta es la nueva vida que recibimos de Cristo, una vida perdonada y llena de Dios, una vida llena de su amor y su luz por medio de nuestra fe en su Hijo que murió para propiciar y satisfacer por todos nuestros pecados, y quitar el alejamiento de Dios causado por el pecado original. Así, por la muerte de Cristo, Dios nos perdona, y por su resurrección en gloria, nos justifica e ilumina. “...fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25).

Para caminar y crecer en esta luz y alegría, tenemos que creer en Cristo y en el poder de su sacrificio, confesar nuestros pecados, obedecer perfectamente su voluntad, y vivir sólo para él en todo. Por supuesto podemos vivir *sólo* para Cristo al servirlo en los demás, como lo hizo Madre Teresa.

Entonces seréis entre los escogidos, una “nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó *de* las tinieblas *a* su *luz* admirable” (1 Pd 2, 9; antífona de la comunión). Entonces no tenemos que temer a nadie ni nada. Dios estará con nosotros, y seremos felices en él. “¿Y quién es aquél que os podrá hacer daño si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bien aventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis” (1 Pd 3, 13-14; lectura de vigiliias).

## CRISTO HA RESUCITADO, Y NOSOTROS CON ÉL ALELUYA

Viernes de Pascua

Hch 4, 1-12; Sal 117; Jn 21, 1-14

Seguimos profundizando la resurrección de Jesucristo de entre los muertos estos días de la Octava de Pascua. ¡Qué importante es su resurrección! Confirmó la verdad de toda su enseñanza; pero más que esto, tuvo gran importancia por la salvación del mundo. No resucitó como Lázaro, sólo a morir otra vez un poco más tarde. Cristo resucitó de otra



manera. Resucitó como todos los muertos resucitarán el último día —resucitó en gloria, glorificado, para no morir más.

Pero la cosa inesperada e imprevista era que esta resurrección en gloria para no morir más, esta resurrección escatológica, tuvo lugar *no en el último día*, sino **ahora**, *en medio de la historia*. Así, pues, su resurrección marcó el comienzo de los últimos días ya en medio de la historia para los que creen en él. Es decir, es la inauguración del reino escatológico de Dios en la tierra, la renovación de la tierra y de la raza humana. Los que creen en él son un nuevo germen que renovará el género humano, son el comienzo de la nueva creación, “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gal 6, 15).

Por eso san Pedro dice hoy: “en ninguno otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch 4, 12). Los que rechazan a Cristo rechazan la piedra angular. Y esto es lo que pasó, como dice san Pedro hoy: “Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo” (Hch 4, 11).

La muerte de Cristo, por medio de la fe, nos rescató de las tinieblas del pecado y de la culpabilidad, nos perdonó, y nos hizo justos y resplandecientes a los ojos de Dios y en realidad; y su resurrección nos ilumina por dentro con Cristo resucitado en gloria resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6).

Así su *resurrección* completa la obra de su *encarnación*. Él asumió nuestra carne, nuestra humanidad, para insertar en ella su esplendor, el esplendor de su divinidad, para hacerla resplandeciente, y divinizarla. Si somos bautizados, creemos en él, hacemos perfectamente su voluntad, viviendo *sólo* para él, imitando su vida, esta divinización será *actualizada* para nosotros; y con su resurrección, él resplandecerá en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), perfeccionando así la obra divinizadora de su encarnación. Así él nos hace una nueva creación (2 Cor 5, 17), asemejándonos a sí mismo en gloria, con una conciencia limpia, para andar con él en la luz. En Cristo nos revestimos del nuevo hombre (Ef 4, 23-24), y del mismo Jesucristo (Rom 13, 14; Gal 3, 27). De verdad, Cristo ha resucitado, y nosotros con él, aleluya.

## ID POR TODO EL MUNDO Y PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CRIATURA

Sábado de Pascua

Hch 4, 13-21; Sal 117; Mc 16, 9-15

“El mundo entero se desborda de alegría” (Prefacio de Pascua) en la resurrección de Jesucristo de la muerte, porque en su resurrección todas las cosas son renovadas. “He aquí —dice Cristo resucitado—, yo hago nuevas todas las cosas” (Apc 21, 5). Por eso rezamos en la antífona de entrada hoy: “El Señor liberó a su pueblo y lo llenó de alegría; al pueblo elegido lo colmó de júbilo. Aleluya” (Sal 104, 43). Somos todo jubilosos en su resurrección, porque su resurrección escatológica es también la resurrección de nuestro espíritu. Nos pone en la luz, y completa la obra de nuestra divinización, comenzada en la encarnación y nacimiento en carne humana del Hijo de Dios.

¿Cómo no pudiéramos ser alegres cuando permanecemos en el espléndido amor de Cristo, que es el mismo amor en que el Hijo vive eternamente con el Padre en la gloria del Espíritu Santo, como dijo Jesús: “Como el Padre *me* ha amado, así también yo *os* he amado; *permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9)? Y si su amor, en que permanecemos, es el mismo río esplendoroso de luz que fluye entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo, somos insertados en el amor de la Santísima Trinidad. Y Jesús dice: “*permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). ¿No es esto un mensaje de júbilo? Él quiere que vivamos y permanezcamos en este río esplendoroso de luz, que es su amor, que él comparte con su Padre. Este río de luz es la fuente de luz para todo el universo; y él quiere que permanezcamos en ello. ¿No es esto un mensaje de júbilo?

Los Magos vinieron desde los confines de la tierra para encontrar esta luz, conducidos por la luz de una estrella especial. La encontró encarnada en el niño acostado en el pesebre de la cueva de Belén. Y ahora andamos en la luz de su resurrección escatológica en gloria. La luz de su resurrección resplandece sobre nosotros, el pueblo redimido por su sangre, y nos ilumina. Y Cristo dice que él quiere que *permanezcamos* en su luz, en su amor. Los que creen en Cristo y lo obedecen pueden andar con él en esta luz. Él quiere purificarnos de todo lo demás para que podamos experimentar esto.

Este es un mensaje que debe ser predicado “a toda criatura”, como dice Cristo resucitado hoy (Mc 16, 15), y así hicieron los apóstoles, aunque los sumos sacerdotes trataron de prohibirlos predicar. Pero los apóstoles no pudieron dejar de compartir lo que han experimentado, y respondieron hoy: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch 4, 19-20). Para ellos el mandato de Jesús resucitado fue más fuerte que el de los sumos sacerdotes. Y el mandato de Jesús oímos hoy: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). Debemos predicar a todos la posibilidad de ser revestidos de Cristo resucitado en luz y de permanecer en su amor, porque de verdad, “todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 3, 27, antífona de la comunión).

## PONED LA MIRADA EN LAS COSAS DE ARRIBA, NO EN LAS DE LA TIERRA

### Segundo domingo de Pascua

Hch 5, 12-16; Sal 117; Apc 1, 9-11.12-13.17-19; Jn 20, 19-31

Jesús ha resucitado. Juan lo vio en la isla de Patmos con su rostro resplandeciendo como el sol. “...y su rostro —dice— era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Apc 1, 16). Cristo ha resucitado en gloria y vive ahora en luz inaccesible con el Padre (1 Tim 6, 16). Su rostro resplandece, como lo vieron los discípulos en el monte de la transfiguración: “y resplandeció su rostro como el sol” (Mt 17, 2), como dice san Mateo. Así serán todos los justos en el último día: “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Los que creen en Cristo y hacen su voluntad ya experimentan algo de esta luz ahora en esta vida. Jesús dijo: “El que me *sigue*, no andará en tinieblas, sino que tendrá la *luz* de la vida” (Jn 8, 12).

De verdad, en Jesús, por la fe en él, caminamos en la luz. En él es el perdón de nuestros pecados, y en su resurrección es nuestra iluminación. Dice Cristo resucitado hoy: “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos” (Jn 20, 23). Por su cruz nuestros pecados son expiados. Él propició al Padre por nuestros pecados con los méritos del sacrificio de sí mismo en la cruz en amor. Así él nos *perfeccionó*. Así, pues, “Cristo habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios...porque con una sola ofrenda hizo *perfectos* para siempre a los *santificados*” (Heb 10, 12.14). Por los méritos de Cristo en la cruz y por nuestra fe en él, hemos sido hechos “*perfectos*” y “*santificados*” (Heb 10, 14). ¡Qué poder tiene nuestra fe! ¡Qué poder tiene este sacrificio! Nos da ya una participación de su gloria, de su luz. Nos hemos revestido de Cristo (Rom 13, 14; Gal 3, 27), y hemos resucitado con Cristo (Col 2, 12; 3, 1) para vivir una vida nueva (Rom 6, 4), una vida resplandeciente (2 Cor 3, 18), una vida en la luz (Ef 5, 8). Él nos rehizo y nos *perfeccionó*. Él nos *santificó* e iluminó. Así, pues, somos hechos hijos de la luz (1 Ts 5, 5). “...en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois *luz* en el Señor” (Ef 5, 8). “Habéis sido hechos *cercanos* por la sangre de Cristo” (Ef 2, 13).

Así, pues, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo, entonces, debemos vivir? Debemos vivir como ciudadanos del cielo (Fil 3, 20), como los que habemos resucitado con Cristo (Col 2, 12), buscando “las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Col 3, 1), como dice san Pablo: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col 3, 1-2).

De verdad, ya hemos resucitado con Cristo para vivir una vida resucitada. Fuisteis “sepultados con él en el bautismo, en el cual *fuisteis* también *resucitados con él*, mediante la *fe* en el poder de Dios que le levantó de los muertos” (Col 2, 12). Ya vivimos en su luz. Su resurrección es nuestra ilustración. Somos esclarecidos por su fulgor, por la claridad de su resurrección, y por su vida nueva en gloria. Tenemos ya una participación de esta gloria y de su divinidad (2 Pd 1, 4).

La humanidad de Cristo es perfectamente divinizada, glorificada, e iluminada en su resurrección, y nos afecta a nosotros que creemos en él, divinizándonos, transformándonos, glorificándonos, e iluminándonos a nosotros. Así él resplandece en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), y nos vestimos de Cristo resucitado.

Debemos vivir, pues, una vida resucitada, que es una vida que busca “las cosas de arriba, donde está Cristo” (Col 3, 1). Debemos buscar y vivir en su luz y en su amor. Debemos vivir, pues, sólo para él, y no por nuestros placeres en este mundo si queremos que él resplandezca con todo su fulgor en nuestros corazones. “Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col 3, 2). Los placeres de este mundo nos ciegan para que Cristo no resplandezca en nuestros corazones con la iluminación del conocimiento y del amor de Dios (2 Cor 4, 4). No debemos imitar a los que aman los deleites de este mundo si de verdad queremos caminar en esta luz. ¡Cuánto mejor es imitar a los santos y místicos que han renunciado a todo por Cristo, no buscando su felicidad más en las cosas de la tierra (Col 3, 2)! Los que tienen su corazón vacío, guardado sólo para Cristo, son los que serán iluminados. La nueva vida resucitada e iluminada de Cristo puede florecer en sus almas, iluminándolos por dentro. Su divinización puede avanzar sin obstáculo porque sus corazones son indivisos, no

divididos entre los deleites de este mundo. Así, pues, “habéis resucitado con Cristo... Poned la mirada en las cosas de arriba, y no en las de la tierra” (Col 3, 1-2).

## EL PADRE AMA AL HIJO DESDE TODA LA ETERNIDAD

Jueves, 2ª semana de Pascua  
Hch 5, 27-33; Sal 33; Jn 3, 31-36

Hoy oímos estas palabras en el evangelio de san Juan: “El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Jn 3, 35). Oímos varias veces en este evangelio que el Padre ama al Hijo (Jn 5, 20; 15, 9; 17, 23-24). ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere decir solamente que Dios ama al hombre Jesús como hombre en su humanidad, como Dios ama a todo hombre? ¡No! Hay más que esto aquí. Seguramente Dios ama al hombre Jesús, pero la cosa nueva aquí es que el Padre, que es Dios, ama a su único Hijo, que también es Dios, el mismo único Dios, y lo amaba desde antes de que el Hijo se hiciera hombre, antes de la encarnación, antes de la fundación del mundo, antes de que Jesús naciera en el mundo. En la noche de la eternidad y desde toda eternidad, el Padre amaba al Hijo, y el Hijo amaba al Padre en el vínculo del Espíritu Santo.

¿Y cómo sabemos esto? Lo sabemos porque Cristo nos lo reveló cuando dijo: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que contemplen mi gloria que me has dado; porque *me has amado desde antes de la fundación del mundo*” (Jn 17, 24). Jesús dice que el Padre lo ha amado a él “*desde antes de la fundación del mundo*”, es decir desde antes de la encarnación, desde antes de que la humanidad de Cristo existiera, desde antes de que Jesús naciera como un hombre.

Esta es una revelación importante sobre el mismo Dios. Nos muestra que Dios no es monolítico, no está solo, ni es sólo el creador que creó el mundo y lo amaba, y que creó al hombre y lo amaba. Hay más que esto en Dios. Dios es amor *en sí mismo* (1 Jn 4, 16), *a solas*, sin el hombre, antes de la creación del hombre, porque él ama. ¿Y a quién amó antes de la creación del hombre y del universo, cuando sólo él existía?

Dentro de Dios hay tres sujetos, tres Personas. El Padre siempre amaba a su Hijo. Y el Espíritu Santo es este amor esplendoroso que fluye desde toda la eternidad en olas de espléndida luz y alegría inefable entre el Padre y el Hijo. Este esplendor cubrió al Hijo en el seno del Padre desde toda la eternidad.

Este es nuestro Dios como él se reveló a nosotros, es tres en uno, amando eternamente e inefablemente el uno al otro. Dios es tres sujetos amándose desde toda la eternidad, en la noche de la eternidad, “en luz inaccesible” (1 Tim 6, 16), en esplendor inefable; y este amor es la luz del mundo. Así es nuestro Dios. “Dios es amor” (1 Jn 4, 16), como dice san Juan.

Entonces el Hijo fue enviado del Padre a la tierra, encarnado como un hombre, para darnos una participación de esta gloria, para que pudiéramos contemplarla, y al contemplarla, ser transformados en lo que contemplamos, es decir, en la imagen gloriosa del Hijo, y ser así transformados “de gloria en gloria” (2 Cor 3, 18; Jn 17, 22.24).

¿Y cómo sabemos esto? Sabemos esto porque Jesús y san Pablo nos lo revelaron, diciendo: “La gloria que me diste, yo les he dado” (Jn 17, 22), “para que contemplen mi gloria que me has dado” (Jn 17, 24). Así pues, como dice san Pablo, “mirando a cara descubierta...la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen [del Hijo], como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18), es decir: por obra del Espíritu Santo.

Vivamos, pues, en este amor, en esta gloria (Jn 15, 9).

## LA MÍSTICA DE LA CRUZ Y DEL SUFRIMIENTO POR CRISTO

Viernes, 2ª semana de Pascua

Hch 5, 34-42; Sal 26; Jn 6, 1-15

En la primera lectura hoy vemos cómo los apóstoles sufrieron por Cristo, por su obediencia a él, y vemos también qué *gozosos* fueron sufriendo afrenta por su Señor. Después de ser azotados por predicar a Cristo, “ellos salieron de la presencia del concilio —dice san Lucas— *gozosos* de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, *no cesaban* de enseñar y predicar a Jesucristo” (Hch 5, 41-42). Notamos que después de ser intimidados que no hablasen más en el nombre de Jesús (Hch 5, 40), ellos salieron del concilio y “*no cesaban* de enseñar y predicar a Jesucristo” (Hch 5, 42), así obedeciendo “a *Dios* antes que a los *hombres*” (Hch 5, 29), aunque los hombres en este caso fueron los sumos sacerdotes. Repetimos también que esta persecución no los deprimió, sino más bien ellos fueron *gozosos* de poder sufrir por Cristo.

Esta es la vida de los apóstoles, una vida valerosa y radicalmente obediente a Dios, una vida que entra en conflictos por causa de su obediencia a Dios antes que a los hombres, pero una vida *gozosa* y protegida por Dios, porque es una vida que le agrada a Dios.

Esta debe ser nuestra vida también, una vida valerosa en hacer el bien, y radicalmente obediente a Dios, una vida perseguida por hacer el bien, pero una vida *gozosa*, hecha gozosa y feliz por el Espíritu Santo, recompensándonos por nuestra obediencia a la voluntad de Dios.

Por eso el mismo san Pedro, que sufrió esto, dice: “Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo... Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pd 4, 13-14). Y Jesús dice: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia... Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan... Gozaos y alegraos” (Mt 5, 10-12).

Dios nos consuela cuando sufrimos por él. La cruz es nuestro *gozo* en todas sus formas, tanto la de la persecución como la de la mortificación —todo resulta *gozoso* para nuestro espíritu. Si quieres salir de la depresión y ser *gozoso* en tu espíritu, toma tu cruz cada día y seguirle a Cristo, mortificándote a ti mismo, viviendo sólo para él y aceptando toda persecución que te viene por vivir así. Pudiera ser un espectáculo, pero esta es la vida apostólica, la vida *gozosa*: “Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles —dijo san

Pablo— como los postreros, como sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres...hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Cor 4, 9.13). Esta es la mística de la cruz de Cristo que nos salvó y nos mostró cómo vivir.

## LA IMPORTANCIA PARA LA IGLESIA DEL MINISTERIO DE LA PALABRA

Sábado, 2ª semana de Pascua  
Hch 6, 1-7; Sal 32; Jn 6, 16-21

Vemos hoy una vislumbre de la divinidad de Jesús cuando andaba sobre el mar. En sus actos y dichos él se reveló poco a poco a sus discípulos, y así poco a poco ellos comprendieron que él era una Persona divina encarnado en la tierra para nuestra salvación. Él alimentó a cinco mil varones con cinco panes de cebada (Jn 6, 10.9), cambió una gran cantidad de agua en vino (Jn 2, 1-12), curó a los enfermos, dijo que vendrá en gloria para juzgar a las naciones (Mt 25, 31), y que vendrá en gloria en las nubes en el último día “Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta” (Mt 24, 31), dijo que él es el unigénito Hijo de Dios (Mt 21, 37), y hoy anda sobre el mar. Finalmente, resucitará de la muerte.

Él asumió nuestra carne, nuestra naturaleza humana, para renovarla, para divinizarla, y llenarla de luz por la presencia de su divinidad en ella. Así él la ilumina por dentro con su divinidad. Su Persona divina divinizó su naturaleza humana, y a nosotros también por medio de nuestro contacto con su humanidad en fe. Así su esplendor se pega a nosotros por medio de nuestro contacto con su humanidad divinizada por su Persona divina. Por la fe, esto es actualizado en nosotros. Si, entonces, vivimos como personas nuevas, según su voluntad, este cambio en nosotros se desarrollará, y seremos transformados en su imagen (2 Cor 3, 18), en la imagen del Hijo. Es el Espíritu Santo que obra esta transformación en nosotros cuando creemos (2 Cor 3, 18). Al obedecerlo, nuestra divinización es realizada.

¡Qué importante es que este mensaje de fe y de la salvación sea *predicado* en todas partes, para que los hombres puedan entenderlo y ser cambiados y salvados, divinizados e iluminados! Desde el principio de la Iglesia, como vemos en la primera lectura, la Iglesia siempre ha tenido una gran apreciación de la importancia del “ministerio de la palabra” (Hch 6, 2). Fue una especialización desde el principio, y los apóstoles dijeron: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas” (Hch 6, 2). Por eso ellos decidieron que la comunidad debía elegir a siete varones “a quienes encarguemos de este trabajo” (Hch 6, 3) de “servir a las mesas” (Hch 6, 2). “Y nosotros —continuaban— persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra” (Hch 6, 4). Y así hicieron.

Así el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, tiene varios miembros. No todos son el ojo o la boca. Hay varios dones y especializaciones. Hay carismas diferentes. “¿Son todos apóstoles? —pregunta san Pablo— ¿son todos profetas? ¿todos maestros?” (1 Cor 12, 29). Por eso cada uno ejerza su don: “El que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud” (Rom 12, 8). Cada especialización es

necesaria para el cuerpo, que es la Iglesia. Cada miembro tiene su papel a jugar para el bien del cuerpo. Y así también la palabra será predicada por los predicadores y los ministros de la palabra.

## ANUNCIAD AL PUEBLO TODAS LAS PALABRAS DE ESTA VIDA

3 domingo de Pascua

Hch 5, 27-32.40-41; Sal 29; Apc 5, 11-14; Jn 21, 1-19

Hoy los apóstoles enseñan en el templo, “porque un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel”, donde estaban metidos, “y sacándolos, dijo: Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida” (Hch 5, 19-20).

¿Y qué fueron estas “palabras de esta vida”? Tenemos un ejemplo hoy de ellas cuando Pedro dijo al concilio de los judíos: “el Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel *arrepentimiento y perdón de pecados*. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que lo obedecen” (Hch 5, 30-32).

Los apóstoles fueron los testigos de “las palabras de esta vida”. Fueron encarcelados por predicarlas, pero fueron milagrosamente librados y enviados para seguir predicando “todas las palabras de esta vida” (Hch 5, 20). Cuando fueron reprendidos por haberlas predicado, dijeron: “Es necesario obedecer a *Dios* antes que a los *hombres*” (Hch 5, 29). *No pudieron dejar de predicar “las palabras de esta vida”*. Y cuando fueron perseguidos y azotados por haberlas predicado, se *alegraron*, y *siguieron predicándolas más aún*. San Lucas nos dice esto, diciendo: “después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, *no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo*” (Hch 5, 40-42).

De verdad, las palabras de los apóstoles son palabras de vida, porque nos dan la oportunidad de conocer y creer en Jesucristo, y en el poder de su muerte en la cruz. Estas “palabras de esta vida” nos dan “arrepentimiento y perdón de pecados”, como san Pedro dice hoy (Hch 5, 31). Nos dan nueva vida. Nos dan una resurrección de la muerte de la culpabilidad y de la tristeza. Nos hacen vencedores de la muerte y de las tinieblas, vencedores de la depresión y del desánimo. Nos dan nueva vida, nueva alegría, nueva esperanza. Nos limpian y justifican. Nos hacen nuevos y justos delante de Dios. Nos santifican si las creemos.

Entonces, si vivimos como hombres nuevos, obedeciendo en adelante todas las palabras e indicaciones de la voluntad de Dios, seremos verdaderamente santificados y resplandecientes en este mundo, y capaces de ayudar a los demás, mostrándoles el camino de la fe y de la vida, y enseñándoles cómo deben vivir como hombres nuevos, como una nueva creación, como personas iluminadas y divinizadas. Es decir, deben vivir únicamente para el Señor en todo aspecto de su vida, y con todo su corazón.

Así somos renacidos, nacidos de nuevo de agua y del Espíritu (Jn 3, 5) por nuestra fe en Jesucristo. Entonces empezamos a vivir una vida nueva, diferente de antes, y así somos testigos en el mundo de la novedad y belleza de esta nueva vida. Somos, como los apóstoles, llenos de “todas las palabras de esta vida” (Hch 5, 20), y es nuestro deseo vivirlas y compartirlas con los demás.

Si seguimos obedientes a la voluntad de Dios, si vivimos sólo para él en todo, y si él es nuestro único placer y alegría, entonces, en nuestro debido tiempo, seremos purificados para poder vivir en su luz, iluminados por dentro por el esplendor de su divinidad, deificados por Cristo, que asumió nuestra carne para hacerla espléndida al insertar en ella su divinidad. Así seremos una luz en las tinieblas para mostrar el camino de nueva vida a los que están vagando perdidos en la oscuridad. Seremos entonces, como dice san Pablo, “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de *la palabra de vida*” (Fil 2, 15-16).

El cambio que hace Jesucristo en nosotros por nuestra fe en él es real, y está en la parte más íntima de nuestro ser, e irradia desde este punto, transformando toda nuestra vida, renovándola, cambiando nuestro estilo y modo de vivir, haciéndonos justos y observadores de los mandamientos de Dios para así permanecer en el amor divino en alegría y luz. Así nos dijo Jesús, diciendo: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn 15, 10-11). Así resucitaremos gozosos con Cristo y viviremos con Cristo resucitado, que es su voluntad para con nosotros. Así viviremos una vida nueva, resucitada, transformada, e iluminada.

## PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CRIATURA

La fiesta de san Marcos, 25 de abril

1 Pd 5, 5-14; Sal 88; Mc 16, 15-20

Hoy es la fiesta de san Marcos. Él fue evangelista, tanto en el sentido de predicar el evangelio de la salvación en Cristo, como en el sentido de escribir el evangelio que lleva su nombre.

En la parte de su evangelio que leemos hoy, oímos estas palabras de Cristo resucitado: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Mc 16, 15-16). Después de decir esto —nos dice san Marcos—, Cristo “fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes” (Mc 16, 19).

Hay salvación en Jesucristo si creemos en él y somos bautizados. El Padre nos justifica por el sacrificio de su Hijo, nos limpia de todo pecado, nos llena de luz y vida nueva, nos resucita con Cristo resucitado, y nos da el don del Espíritu Santo para nuestra santificación y divinización. Nuestra divinización es la obra del Espíritu Santo inhabitándonos (Jn 14, 16), haciéndonos templos del Espíritu Santo (1 Cor 3, 16; 6, 19).



El Espíritu Santo nos forma en la imagen gloriosa del Hijo (2 Cor 3, 18), haciéndonos hombres nuevos (Ef 4, 22-24), una nueva creación (2 Cor 5, 17).

Nuestra salvación es realizada cuando Cristo está sentado en gloria con su humanidad glorificada a la diestra de Dios. Y ¿qué hace Cristo, sentado a la diestra del Padre? Él *intercede* allí *por nosotros ante el Padre*. Él ofrece al Padre su sangre en el cielo por nosotros (Heb 9, 11-14). Él es nuestro eterno sumo sacerdote e *intercesor* ante el Padre para nuestra salvación, porque él es “el que también resucitó, el que además *está a la diestra de Dios*, el que también *intercede por nosotros*” (Rom 8, 34). Y *necesitamos* esta *intercesión* porque son los méritos de su sacrificio en la cruz que nos justifican y nos hacen justos, puros, y santos delante de Dios.

Vemos aquí cómo las Personas divina interactúan el uno con el otro, el Hijo agrandando al Padre con su sacrificio en amor, y el Padre derramando al Espíritu Santo sobre su Hijo como recompense, resucitándolo de la muerte, y sobre todos que comparten carne humana con el Hijo si tan sólo creen en él.

Por los méritos de la muerte de Cristo, recibidos por medio de nuestra fe, somos perdonados de todos nuestros pecados; y por su resurrección somos hechos nuevos y resplandecientes delante de Dios. De verdad, Cristo resucitado y glorificado es ahora nuestro *intercesor* ante Dios, como dice la Carta a los Hebreos: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo *para presentarse ahora por nosotros ante Dios*” (Heb 9, 24).

Él está sentado en gloria a la diestra de su Padre, cubierto de esplendor, y también glorificando a su Padre (Jn 17, 4-5; 13, 31-32). Y ¿qué es este esplendor, esta gloria? Es el Espíritu Santo, el mismo don que Dios nos da a nosotros. Allí en la gloria, Cristo *sigue intercediendo por nosotros ante el Padre*, mostrándole sus heridas, los marcos de su sacrificio, que tanto le agradó al Padre para nuestra salvación. Es decir: *él está “en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”* (Heb 9, 24). Y él *siempre intercede por nosotros ante el Padre*, como dice Hebreos, diciendo: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, *viviendo siempre para interceder por ellos*” (Heb 7, 25). Por eso, como oímos en el evangelio de hoy: “El que *creyere* y fuere bautizado, será *salvo*” (Mc 16, 16). Y san Pedro predica, diciendo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el *don del Espíritu Santo*” (Hch 2, 38).

Entonces, ¿qué más debemos hacer? La respuesta, oímos de san Pedro en la primera lectura: “Sed *sobrios*, y *velad*” (1 Pd 5, 8). Debemos, como hombres nuevos, vivir una vida nueva y resucitada, una vida obediente a la voluntad de Dios, una vida sobria, que siempre vela. San Pedro también dice: “el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, *sobrios*, y *velad* en oración” (1 Pd 4, 7). No debemos estar descarriados por la mundanidad del mundo. Debemos ser como “hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas... vosotros, pues, también, *estad preparados*” (Lc 12, 36.40). “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas” (Lc 12, 35).

Somos hechos nuevos en Cristo. El Espíritu Santo está reformándonos, transformándonos, divinizándonos; pero nuestra parte es ser *sobrios*, y siempre velar para vivir una vida en la luz y compartirla con los demás, predicando el evangelio de la salvación en Cristo a toda criatura (Mc 16, 15).

## PERMANECED EN MI AMOR

Viernes, 3ª semana de Pascua  
Hch 9, 1-20; Sal 116; Jn 6, 52-59

Hoy Jesús dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 54). Cristo vino a la tierra para que tuviéramos vida divina en nosotros, que es vida eterna, y por eso él nos resucitará en el último día. Esta vida divina, que él nos da cuando comemos su carne y bebemos su sangre, es la vida trinitaria, es una participación en la naturaleza divina (2 Pd 1, 4).

Además, Cristo también dice hoy: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Jn 6, 56). Esto es porque él estará en nosotros, y nosotros en él. El tener Cristo inhabitándonos es una cosa muy grande e importante. Esto nos une con Dios, porque el Hijo está por naturaleza en el Padre, y el Padre en el Hijo (Jn 17, 23; 14, 10) como un solo ser. Entonces si Cristo nos inhabita, no por naturaleza sino como una *participación* en su naturaleza divina (2 Pd 1, 4), estamos unidos con Dios y estamos insertados en el río esplendoroso del amor divino fluyendo entre el Padre y el Hijo, que es el Espíritu Santo. Es, pues, una vida en el Espíritu (Rom 8, 9), una vida llena de Dios e iluminada, una vida verdaderamente divinizada, que se nos ha dado por Cristo inhabitándonos.

Debemos entonces vivir de una manera digna de esta inserción en el Espíritu de Dios. Viviremos, entonces, una vida en el Espíritu (Rom 8, 9), que es una vida en la luz. Jesús dijo: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; *permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Él quiere que *permanezcamos* en el esplendor de este amor que él nos ha dado, que es el amor con que el Padre lo ama a él en el Espíritu Santo. *Permanecemos* en este esplendor de su amor al obedecerlo, como Jesús nos dijo, diciendo: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn 15, 10).

Entonces viviremos *por medio de él*, como Jesús también dice hoy, diciendo: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo *por el Padre*, asimismo el que me come, él también *vivirá por mí*” (Jn 6, 57). Cristo es nuestra vida, nuestro amor, nuestra alegría, nuestra luz, nuestro esplendor. Vivimos, pues, *por él* —es decir, por medio de él—. Vivimos *por él* como él vive *por su Padre*, es decir: por medio de su Padre. De verdad, como dijo: “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn 14, 19). Nosotros vivimos porque él vive. Él es la fuente de nuestra nueva vida de fe, de nuestra nueva vida en Dios. Así nos dijo san Juan: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos *por él*” (1 Jn 4, 9). Que *permanezcamos*, pues, en su amor al obedecerle, como Jesús quiere: “*permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9), dice.

## JESÚS SIEMPRE EXISTÍA

Sábado, 3ª semana de Pascua

Hch 9, 31-42; Sal 115; Jn 6, 60-69

En el evangelio de hoy, oímos esta frase de Jesús: “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?” (Jn 6, 62). ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere decir que Jesús, que está hablando, estaba en el cielo antes de que naciera aquí en la tierra? Hay los que creen que el nombre “Jesús” significa sólo el hombre Jesús que vivió en la tierra, y no el Hijo eterno de Dios que existía desde siempre. Pero esto no es verdad. ¡No hay dos Jesuses! ¡No hay dos Hijos! ¡No hay cuatro personas en la Trinidad: El Padre, el Hijo eterno, el Hijo Jesús en la tierra, y el Espíritu Santo! Hay sólo tres Personas en la Santísima Trinidad. Hay sólo un Hijo. El Hijo es sólo una Persona, no dos personas. Jesús es sólo una Persona, no dos personas. La Persona de Jesús es una sola; no dos. La única Persona de Jesús siempre existía, desde toda eternidad, como Jesús afirma hoy cuando habla sobre donde él estaba primero, en el cielo, antes de nacer aquí en la tierra. Jesús siempre existía. Su Persona es eterna y siempre existía con Dios como su Hijo. Y en su ascensión, volvió adonde estaba primero. La Persona del Hijo del Hombre siempre existía, como Jesús dice: “¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?” (Jn 6, 62).

Jesús también dijo: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre” (Jn 3, 13). Es decir, el Hijo del Hombre estaba en el cielo antes, y descendió después. Su Persona estaba en el cielo primero.

Y san Juan el Bautista dijo de él: “El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo” (Jn 1, 15.27.30). De hecho, Juan el Bautista nació antes de Jesús y se presentó a Israel antes de Jesús. ¿En qué sentido, entonces, era Jesús primero que él y antes de él? Jesús era primero que él y antes de él en el sentido de que, en contraste con Juan, Jesús existía en el cielo antes que naciera en la tierra; es decir: La Persona de Jesús (y tiene sólo una Persona, que es divina, no humana) es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que siempre vivía en esplendor en el seno del Padre. La Persona de Jesús creó el mundo. La Persona de Jesús vivía en luz inaccesible con el Padre (1 Tim 6, 16), cubierta de gloria, llena del Espíritu Santo, desde antes de la fundación del mundo (“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” Jn 17, 5; “me has amado desde antes de la fundación del mundo” Jn 17, 24). Así, pues, Jesús era antes de Juan el Bautista. Jesús era también aun antes de Abraham, como él mismo afirmó, diciendo: “Abraham vuestro Padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó... De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (Jn 8, 56.58). Jesús es eterno. Siempre existía.

## LA RECOMPENSA DE LOS JUSTOS, PERSEGUIDOS POR SU FE

4º domingo de Pascua

Hch 13, 14.43-52; Sal 99; Apc 7, 9.14-17; Jn 10, 27-30

Los discípulos del Señor no tendrán una vida fácil en este mundo. Vemos la persecución en todas las tres lecturas de hoy. Pero también vemos la gloria de una vida de fe. Es una vida en que uno lava su ropa y la emblanquece en la sangre del Cordero (Apc 7, 14). En

el último día, los que han creído en Cristo y han vivido fieles a su voluntad estarán “delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos” (Apc 7, 9). Pero aun ahora empezamos a experimentar esto si creemos en Cristo, somos justificados por él, y vivimos sólo para él, obedeciendo su voluntad, no importa cuán difícil sea obedecerla. Empezaremos aun ahora a disfrutar de estas bendiciones que serán cumplidas en el último día. Cristo nos hará blanco como nuestra ropa lavada y emblanquecida en la sangre del Cordero (Apc 7, 9).

A veces es difícil obedecer la voluntad de Dios que él revela a nosotros; y a veces seremos los únicos en nuestro grupo, en nuestro ambiente, que la obedecen en un asunto particular, y por eso podemos experimentar el rechazo y la persecución de nuestros compañeros por no seguir el comportamiento de ellos cuando sabemos que Dios nos está llamando de un modo diferente. Pero si vencemos la presión social y lo obedecemos, seremos recompensados por Dios, como los mártires en la segunda lectura, que ahora “están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed... [y] el Cordero...los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apc 7, 15-17).

Y esta consolación —digo— empieza *ahora* para los creyentes. Son justificados por la cruz de Cristo e iluminados por su resurrección. Sus pecados son perdonados y sus ropas y almas emblanquecidas en la sangre del Cordero. Sus días son llenas de luz, y ellos son divinizados por Cristo por obra del Espíritu Santo, que desarrolla la obra salvadora de Cristo dentro de nosotros, santificándonos y recompensándonos interiormente por todo lo que habíamos sufrido por nuestro testimonio de Cristo delante de los hombres.

¿No ha dicho Cristo: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32)? Hay una recompensa para los que obedecen a Cristo y lo confiesan por su comportamiento delante de los hombres. En vez de ser *deformados* por la mundanidad del mundo alrededor de nosotros, debemos ser *reformados* y *transformados* por medio de la renovación de nuestro entendimiento en Cristo (Rom 12, 2).

Pablo y Bernabé, después de predicar a Cristo hoy en la primera lectura en Antioquía de Pisidia, fueron expulsados por los judíos de sus límites (Hch 13, 50). “Ellos entonces, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, llegaron a Iconio. Y los discípulos estaban *llenos de gozo y del Espíritu Santo*” (Hch 13, 50-52). Pero muchos gentiles creyeron, “y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia” (Hch 13, 48-49), y “Los gentiles...se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor” (Hch 13, 48).

Vemos que en medio de la persecución por su obediencia en vivir y predicar la palabra del Señor, se regocijaban y glorificaban al Señor. Y así será con nosotros. Pero para poder regocijarnos de verdad, primero tenemos que creer en Cristo con todo nuestro corazón, vivir sólo y completamente para él, y obedecerlo, no importa cuán difícil ni cuánta persecución nos cuesta. Entonces, él nos “guiará a fuentes de aguas de vida” (Apc 7, 17). Sacudiremos el polvo de nuestros pies, y continuaremos predicando a Cristo en otras partes, y muchos se regocijarán al oír la palabra de la salvación en Cristo.

En el evangelio de hoy, Jesús nos dice: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10, 30), y por haber dicho esto, “Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo” (Jn 10, 31). Los judíos lo entendieron perfectamente, y dijeron: “tú, siendo hombre, te haces

Dios” (Jn 10, 33). Jesús dice que él y el Padre son una sola cosa, es decir, una sola esencia o sustancia; es decir, que el Hijo es igual en divinidad con el Padre, pero son dos Personas divinas distintas que son una cosa, un Dios. *No* dijo: “Yo y el Padre *soy* uno,” negando la diferencia de personas en Dios, es decir, *no* dijo que el Hijo *es* el Padre, sino que *nosotros*, esto es: *yo* y el *Padre*, somos uno, es decir: somos dos personas que son una sola cosa, un solo ser, un solo Dios. Y por decir y proclamar esta verdad que nos diviniza, él fue perseguido, pero él vivía en la alegría y la luz de su Padre, glorificado por él y glorificándolo a él (Jn 17, 4-5).

Nosotros debemos seguir su ejemplo y vivir y proclamar la verdad de nuestra fe en Cristo. Así, aun si somos perseguidos, nos regocijaremos en su salvación y luz.

## EL DON DEL ESPÍRITU SANTO NOS DIVINIZA

La fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago, 3 de mayo  
1 Cor 15, 1-8; Sal 18; Jn 14, 6-14

Hoy es la fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago. En la última cena, Felipe le dijo a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta.” Y Jesús le dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?” (Jn 14, 8-10). Oímos estas palabras de Felipe y Jesús en el evangelio de hoy.

Con estas palabras, Jesús nos revela el misterio de la Santísima Trinidad. Jesús no es el Padre; ni es el Padre Jesús. Estos dos son Personas distintas y diferentes, pero son al mismo tiempo completamente unidas en amor. Y la respiración de su amor mutuo, que estos dos respiran mutuamente, es santa, es el Espíritu Santo, que es, además, divina, y el mismo Dios. El Espíritu Santo une al Padre al Hijo en un abrazo eterno de amor, y la espléndida e inefable luz de este abrazo eterno de amor ilumina el universo.

Es esta respiración santa que el Padre nos dio por medio de Jesucristo después de su resurrección para deificarnos a nosotros. Este don nos une con el Hijo y nos transforma en la imagen gloriosa del Hijo, iluminándonos, para que unidos al Hijo, a quien contactamos en su humanidad sumamente divinizada, podamos respirar esta misma respiración de luz con el Padre. Así somos siempre más iluminados y transformados en la imagen del Hijo. Este es el proceso de la divinización del hombre, efectuado en nosotros por el Espíritu Santo.

Si estamos unidos a Cristo por la fe y por los sacramentos, entonces él nos une con su Padre, porque él mismo es perfectamente unido a su Padre en un abrazo de amor e interpenetración. El uno interpenetra al otro en amor. El uno está dentro del otro en amor, y son así uno, una cosa, un ser, un Dios, pero en tres distintas Personas, el Padre y el Hijo abrazados en amor inimaginable, y su respiración mutua de amor siendo el

Espíritu Santo, que es el mismo don que el Padre nos da a nosotros por medio del Hijo para nuestra iluminación y divinización. Así las divinas Personas quieren que estemos iluminados por una participación en la naturaleza divina de ellas (2 Pd 1, 4).

Es la humanidad sumamente divinizada y llena de divinidad de Jesucristo que es nuestro punto de contacto con la Santísima Trinidad, y por medio de Jesucristo recibimos la santa respiración de amor de la Trinidad, que es el amor trinitario, el Espíritu Santo, para nuestra transformación. Este es un amor de Personas en relación y unión. Es un amor divino y divinizador. Viene a nosotros por medio de nuestro contacto con la humanidad visible de Jesucristo cuando creemos en él. La Persona divina de Jesús deifica su propia humanidad, llenándola de luz y divinidad. Nuestro contacto, entonces, con su humanidad divinizada nos da la oportunidad de ser divinizados, porque este esplendor de su divinidad pasa de él y entra en nosotros, pegándose a nosotros, y por el poder del don del Espíritu Santo nos transforma en la imagen gloriosa del Hijo divino (2 Cor 3, 18).

Este es el trabajo del Espíritu Santo en nosotros. Él nos diviniza, transformándonos en la imagen del Hijo cuando contemplamos la gloria del Hijo, como dice san Pablo: “Por tanto, nosotros todos, mirando [*contemplando*] a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18). La presencia del Espíritu Santo en nosotros, que es la respiración santa de amor entre el Padre y el Hijo, entonces nos diviniza.

Pero nosotros también tenemos que hacer nuestra parte para ser transformados. Tenemos que *seguir* a Cristo. Él es el *camino* y la *vida*, como él dice hoy (Jn 14, 6). Tenemos que *caminar* por este *camino* para disfrutar de esta *vida*. Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo; *el que me sigue*, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Si queremos tener esta luz de la vida —y Cristo es la vida, y esta luz es la luz de Cristo— tenemos que *seguirle*, es decir, *obedecerle en todo, hasta en los detalles más pequeños*. Así la luz crece en nosotros.

Al *contemplar* la gloria del Señor y al *obedecerle*, crecemos en la luz, y la luz nos ilumina con la iluminación de la divinidad de Cristo en nosotros. Y porque Cristo está en el Padre por naturaleza, y el Padre en él, entonces somos unidos al Padre si somos unidos a Cristo en su humanidad visible.

Cristo asumió nuestra humanidad en su encarnación y la divinizó, llenándola de divinidad, y así llenándola de esplendor. Es nuestro bautismo y fe que activan esta divinización en nosotros, y es nuestra obediencia, viviendo *sólo* para él en *todo*, que la hace crecer en nosotros.

Cristo es nuestra *vida*, y nuestro *camino* hacia la unión con el Padre. Él nos introduce en la santa respiración divina del amor entre él y su Padre, y por el don del Espíritu Santo, tenemos esta respiración santa y divinizadora en nosotros.

## CRISTO QUIERE QUE PARTICIPEMOS EN SU RELACIÓN GLORIOSA CON SU PADRE

Viernes, 4ª semana de Pascua  
Hch 13, 26-33; Sal 2; Jn 14, 1-6

Jesús quiere que nosotros estemos donde él está. Dice hoy: “si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn 14, 3). Él quiere que estemos con él en la gloria que él tiene con su Padre en el Espíritu Santo. Por eso vino a la tierra. Ahora él vuelve otra vez a esta gloria, y quiere que le sigamos, porque, como dice hoy: “sabéis a dónde voy y sabéis el camino” (Jn 14, 4). Él mismo es el camino que nos lleva a dónde él va. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”, dice hoy (Jn 14, 6).

Cristo quiere que veamos su gloria y la compartamos con él; y su gloria es el amor que corre entre el Padre y él en el Espíritu Santo. Su gloria *es* el Espíritu Santo que lo cubre de esplendor y amor inefable en el seno de su Padre eternamente, desde toda la eternidad. Él quiere, como dice, “que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” (Jn 17, 26). Él quiere que compartamos este amor.

Él vino para darnos este amor porque este amor está en él, y cuando él nos ama a nosotros, él nos ama con el mismo amor con que él mismo es amado por su Padre, y quiere que vivamos y permanezcamos en este amor divino. Dice: “Como el Padre *me* ha amado, así también *yo os* he amado; *permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Él quiere que *permanezcamos* en este *esplendor* del amor entre él y su Padre; y si lo obedecemos perfectamente, así será.

Jesús dice también: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean [o contemplen] mi *gloria* que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn 17, 24). Él quiere que contemplemos y experimentemos este amor glorioso, que es el Espíritu Santo, en que él siempre vivía con el Padre desde antes de la fundación del mundo. Así él quiere que *nosotros* lo compartamos con él. Él vino para darnos una participación en este amor trinitario (2 Pd 1, 4).

Jesús mismo es el *camino* para llegar a esta gloria, que podemos empezar a experimentar ahora si creemos en él, vivimos *sólo* para él, y lo obedecemos en *todo*. Él es el *camino* porque él asumió nuestra humanidad para divinizarla, y porque él es el portador del Espíritu Santo y nos lo da. Por su muerte sacrificial y propiciatoria en la cruz, él hizo satisfacción perfecta ante el Padre por nuestros pecados, y por su resurrección nos ilumina con su nueva vida. También el ejemplo de su cruz nos enseña cómo debemos vivir, sacrificando *todo* por él, ofreciéndonos en sacrificio al Padre con él en el Espíritu Santo.

## JESÚS NOS LO REVELA A DIOS

Sábado, 4ª semana de Pascua  
Hch 13, 44-52; Sal 97; Jn 14, 7-14

Nadie ha visto a Dios, sino el Hijo que vive en el seno del Padre en gloria. Sólo él ha visto a Dios, y él vino a la tierra para darle a conocer. San Juan nos dice: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn 1, 18). San Pablo nos dice que Cristo “es el *icono* del Dios *invisible*” (Col 1, 15). Lo que

no se puede ver es visible sólo por medio de Jesucristo, quien es Dios el Hijo con una naturaleza humana, la revelación de Dios para los hombres. Y Jesús dijo: “No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre” (Jn 6, 46). Sobre su Padre dijo Jesús: “yo lo conozco, porque de él procedo, y él me envió” (Jn 7, 29). Y a su Padre dijo Jesús: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido” (Jn 17, 25). Y a Felipe Jesús dice hoy: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?” (Jn 14, 9-10). Dios es, en las palabras de san Pablo, “el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; *a quien ninguno de los hombre ha visto ni puede ver*, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amen” (1 Tim 6, 15-16).

Vemos a Dios por medio de Jesucristo, que es Dios presente en nosotros por nuestra fe. Él vive y está presente en nosotros por nuestra fe en él. Él está presente en nosotros con su luz que él tiene con su Padre. Él está presente en nosotros con su justicia con que él nos justifica, haciéndonos lo que no fuimos, es decir: justos y nuevos, resplandecientes delante de Dios. Él está presente en nosotros con su perdón por medio de su muerte propiciatoria en la cruz. Este perdón nos libra de todo sentido de culpabilidad y nos da una conciencia pura y feliz y júbilo de espíritu. Y si vivimos *únicamente* para él, *renunciando* a todo lo demás, seremos deificados por su presencia en nosotros por medio de la acción de su Espíritu que el Padre nos da por medio de él. Viendo a él y estos su grandes beneficios de la justificación, divinización, e iluminación, en él vemos al Dios invisible. Además, su cruz es nuestro ejemplo, mostrándonos cómo debemos vivir —es decir: una vida sacrificada, mortificada a *todo* lo demás en este mundo, y vivida *sólo* para él en amor y sacrificio de sí misma al Padre con el Hijo en el Espíritu Santo. El ver a Jesús presente en nosotros por la fe y seguirle con obediencia es, de verdad, ver a Dios. Es la única manera de que podemos ver al Dios invisible, a quien nadie ha visto jamás. Jesús nos lo revela. Jesús, con sus beneficios, es Dios visible para nosotros.

## LA DIVINIZACIÓN DEL GÉNERO HUMANO

5° domingo de Pascua

Hch 14, 21-27; Sal 144; Rev 21, 1-5; Jn 13, 31-33.34-35

Jesús habla hoy de su gloria, que es la gloria que él tuvo con su Padre antes de nacer en el mundo, y dice que ya se acerca el tiempo para que él vuelva a esta gloria. Es una gloria en que el Padre lo glorifica a él, y él glorifica al Padre. Y este movimiento de gloria entre el Padre y el Hijo es el Espíritu Santo. Así el Padre y el Hijo vivían en luz inaccesible (1 Tim 6, 16) y esplendor inefable, el uno amando al otro, y la respiración amorosa entre estos dos es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo.

Ahora bien, Jesús, con su pasión y muerte, entrará otra vez en este esplendor, acompañado esta vez de su cuerpo humano, que será glorificado por su muerte y resurrección. Él añora este esplendor, que lo cubrió de gloria en el seno de su Padre, y él anhela la hora de su regreso a la diestra de su Padre, y esta vez entrará con su humanidad glorificada.



La gloria que él anhela es la que el Padre le da, es una gloria que le viene por medio de su relación de amor con su Padre. Es una gloria de personas en relación, la una con la otra. El Hijo glorifica al Padre, y el Padre se calienta en el esplendor del Hijo; y el Padre glorifica al Hijo, y el Hijo se calienta en el esplendor del Padre. Y esta gloria y esplendor con el cual el uno ilumina al otro es el Espíritu divino, el Espíritu de divinidad, el Espíritu del amor divino, el Espíritu de Dios, la misma respiración amorosa de Dios, el Espíritu Santo, que es el mismo don que el Padre nos da a nosotros por medio del Hijo para transformarnos en la imagen del Hijo, “de gloria en gloria” (2 Cor 3, 18).

La gloria del Hijo viene del Padre. Es el Padre que le ilumina al Hijo; y es el Hijo que le ilumina al Padre. Y el Espíritu Santo es esta gloriosa iluminación. Cada uno está inflado e iluminado de la gloria del otro, y la refleja; y el Espíritu Santo es esta inflación. Jesús le dice a su Padre: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Jn 17, 1). Es una gloria mutua, la gloria de personas en comunión e interrelación; y es esplendorosa. Es la iluminación del universo.

Así vivía Jesús antes de la fundación del mundo (Jn 17, 5) porque la única Persona de Jesús siempre existía (Jn 6, 62; 3, 13; 1, 15; 17, 5.24; 8, 56.58). Antes de nacer de la Virgen María, Jesús vivía en esplendor inefable con el Padre; y ahora él se prepara para volver a este esplendor del cual salió para encarnarse en la tierra para iluminarnos y divinizarlos a nosotros. Él volverá a esta gloria por medio de su pasión, que él llama su glorificación. Dice: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn 17, 5). Es Jesús que reza así. Él estaba allá en gloria en el seno de su Padre desde toda eternidad (Jn 6, 62; 3, 13); y ahora quiere volver a donde estaba.

¿Y cómo eran ellos dos en gloria antes de la creación del mundo? San Juan nos revela esto, diciendo: “En el principio era el Verbo” (Jn 1, 1), que es la Persona de Jesús (su única Persona), “y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios” (Jn 1, 1-2).

Esta es la gloria, a la cual Jesús se refiere en el evangelio de hoy, diciendo: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él” (Jn 13, 31). El Padre glorifica e ilumina al Hijo con su propio esplendor divino; y el Hijo entonces glorifica e ilumina al Padre con su amor esplendoroso. Así cada uno ilumina al otro, y cada uno es iluminado por el otro. Y Jesús sigue diciendo: “Si Dios es glorificado en él”, es decir, en el Hijo, “Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará (Jn 13, 31-32).

Cristo fue enviado del Padre a la tierra para divinizar la raza humana, para renovarla, iluminarla, y transformarla con su propia gloria, con la misma gloria mutua que ilumina al Padre y al Hijo, que es el Espíritu Santo. Por eso Cristo nos dio al Espíritu. El Espíritu nos transforma en la imagen gloriosa del Hijo (2 Cor 3, 18) porque es el Espíritu de filiación: “habéis recibido el espíritu de filiación, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Rom 8, 15-16). Y así entramos en la misma relación con el Padre y el Espíritu que tiene Jesús. Somos, pues, glorificados por el Padre en el Espíritu, y glorificamos al Padre unidos a Cristo en el Espíritu.

El mismo Jesús nos dijo que él nos dio esta gloria y que él quiere que la contemplemos. Dijo: Padre, “La *gloria* que me diste, yo *les he dado*” (Jn 17, 22), y

“aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean [o contemplen] mi gloria que me has dado” (Jn 17, 24).

Por la fe, el bautismo, la contemplación de esta gloria, y la imitación de Cristo, somos glorificados y divinizados por obra del Espíritu Santo, es decir, efectivamente transformados en la gloriosa imagen del Hijo por el Espíritu Santo (2 Cor 3, 18). Así el Padre nos ilumina con su amor por su Hijo, a quien él ve en nosotros.

¿Y qué debemos nosotros, entonces, hacer? Jesús nos dice en el evangelio de hoy: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Jn 13, 34). Y san Juan dice: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Jn 4, 11). Debemos derramar nuestra vida, sirviendo a los demás en amor, cada uno usando su don particular o carisma para la edificación de la nueva humanidad, contribuyendo así a la deificación del género humano. Así Cristo vino a la tierra para hacernos nuevos, como él dice en la segunda lectura: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Apc 21, 5). Y así nosotros adelantamos esta divinización del hombre, derramándonos en amor y servicio para nuestro prójimo.

## CRISTO ESTÁ PRESENTE EN NOSOTROS POR NUESTRA FE

Jueves, 5ª semana de Pascua  
Hch 15, 7-21; Sal 95; Jn 15, 9-11

En la primera lectura los apóstoles están reunidos en Jerusalén para investigar si es necesario que los gentiles observen la ley de Moisés cuando se convierten a Cristo. En esta reunión san Pedro dice: “Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio [a los gentiles], *dándoles el Espíritu Santo* lo mismo que a nosotros; y *ninguna diferencia* hizo entre nosotros y ellos, *purificando por la fe sus corazones*. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que *por la gracia del Señor Jesús seremos salvos*, de igual modo que ellos” (Hch 15, 8-11). Este concilio decidió no imponer sobre los gentiles convertidos la ley de Moisés, porque vieron que cuando Pedro predicó a los gentiles en la casa de Cornelio en Cesárea, ellos también recibieron el don del Espíritu Santo y “hablaban en lenguas”, magnificando a Dios (Hch 10, 44-46). Y Pedro los bautizó en seguida (Hch 15, 48) aunque no conocieron nada de la ley de Moisés.

Esta era la gran prueba de que la salvación, la justificación, y el don del Espíritu Santo vienen directamente de Cristo en el corazón que cree en él sin obras y sin la ley de Moisés. De verdad, Dios *purificó “por la fe sus corazones”* (Hch 15, 9), como dijo san Pedro. *Es por la gracia que somos salvos*, y no por nuestras obras. Dios visitó a los gentiles “para tomar de ellos pueblo para su nombre” (Hch 15, 14), como dijo Santiago. Fueron hechos un pueblo justo y justificados sin obras, sin la ley, sólo por la fe. Por eso Santiago decidió “que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios”, imponiendo sobre ellos la ley de Moisés (Hch 15, 19).

De verdad, como dice san Pablo: “Si *confesares* con tu boca que Jesús es el Señor, y *creyeres* en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, *serás salvo*. Porque con el

corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación...porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom 10, 9-10.13).

Es verdad que Cristo pone su justicia en nosotros y absorbe nuestro pecado y culpabilidad (2 Cor 5:21). Cristo está presente en nosotros por nuestra fe, dándonos una justicia y una vida ajena, las de él, no de nosotros; y en adelante viviremos por él (1 Jn 4, 9), por medio de él, y será *su* vida y *su* justicia que en adelante resplandecen en nosotros, porque él es nuestra vida y vive en nosotros (Gal 2, 20).

Para *permanecer* y *crecer* en esta justicia ajena, en esta vida nueva y ajena de Cristo en nosotros, tenemos que obedecer la voluntad de Dios para con nosotros en todo, como él nos la revela en nuestra conciencia. Si no, caeremos fuera de este esplendor de su justicia y vida. Jesús nos dice todo esto hoy, diciendo: “*permaneced* en mi *amor*. *Si guardareis mis mandamientos permaneceréis en mi amor*, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn 15, 9-10). Su justicia y su vida, que nos justifican, vienen de Cristo presente en nosotros por medio de nuestra fe; y *permanecemos* y *crecemos* en este esplendor al obedecerle perfectamente, haciendo las cosas que él nos dirige a hacer, viviendo *sólo* para él en todo, renunciando a todo lo demás de la manera que él nos inspira, y cuanto más radicalmente, tanto mejor.

### NADIE TIENE MAYOR AMOR QUE ESTE, QUE UNO PONGA SU VIDA POR SUS AMIGOS

Viernes, 5ª semana de Pascua  
Hch 15, 22-31; Sal 56; Jn 15, 12-17

Hoy Jesús nos da su mandamiento de amar los unos a los otros. Esto no es el primer mandamiento, que es amar a *Dios* “con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas” (Mc 12, 30), sino es el segundo mandamiento de amar “a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12, 31). Jesús nos da este segundo mandamiento hoy, diciendo: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, *como yo* os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn 15, 12-13).

Nuestra vida se puede dividir en dos partes: 1) nuestro servicio directamente a Dios, y 2) nuestro servicio al prójimo por amor a Dios. En efecto, todo es para Dios porque servimos a nuestro prójimo como un medio para servir a Dios. Amamos al prójimo por amor a Dios. No podemos ver a Dios, pero sí, vemos al prójimo, y así podemos amar y servir a Dios al amar y servir al prójimo a quien vemos.

Dios nos amó con un amor infinito. ¿Cómo podemos devolverle este amor? ¿Cómo podemos expresar nuestro amor por él? Lo hacemos al amar a nuestro prójimo; y Dios acepta este amor como el amar a él mismo, como dice san Juan: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros *amarnos unos a otros*. Nadie ha visto jamás a Dios. Si *nos amamos unos a otros*, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros” (1 Jn 4, 11-12). Y “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano...a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?... El que ama a Dios, *ame también a su hermano*” (1 Jn 4, 20-21). Y san Juan también dice: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos *poner nuestras vidas por los hermanos*” (1 Jn 3, 16).

Por lo tanto, debemos rezar y servir a Dios *directamente*, pero también debemos servirlo y amarlo *al amar y al servir a nuestro prójimo*. Hacemos esto primeramente en nuestro corazón, al no odiarlo, aun si él nos ataca y nos ha rechazado a nosotros y nos odia. En nuestro corazón debemos perdonarlo y amarlo. Debemos amar y rezar por nuestros enemigos (Mt 5, 44).

Entonces, debemos servirle a nuestro prójimo, usando nuestro don, talentos, y carisma, como dijo Jesús: “Pues, si yo el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis *lavaros los pies los unos a los otros*” (Jn 13, 14). Por nuestra palabra, por nuestro ejemplo, y aun por escribir debemos tratar de *ayudar a nuestro prójimo*, y dirigirlo a Dios. Debemos dirigir nuestro trabajo al bien de nuestro prójimo. Si ponemos nuestra vida así por nuestro prójimo, como lo hizo el Buen Pastor (Jn 10, 11.15.17.18), seremos sus amigos, y no sus siervos. “Vosotros sois mis amigos —dice—, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos” (Jn 15, 14-15). Al dar nuestra vida así por el prójimo, somos amigos de Cristo.

## LA DIRECCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, Y LA PERSECUCIÓN

Sábado, 5ª semana de Pascua  
Hch 16, 1-10; Sal 99; Jn 15, 18-21

Hoy, en la primera lectura, vemos cómo el Espíritu Santo dirige a los santos. Tiene una dirección muy clara y fuerte en ellos, prohibiéndoles hacer ciertas cosas buenas. Cuando Pablo y Silas atravesaban las provincias de Frigia y Galacia, “les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia” (Hch 16, 6). Ellos supieron interiormente que no deben predicar en la provincia de Asia, y por eso obedecieron al Espíritu Santo, y no lo hicieron. “...y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió” (Hch 16, 7). ¿Ves cuán clara y fuerte es esta dirección del Espíritu Santo? El predicar la palabra es una buena obra, pero el Espíritu Santo *no* lo permitió, porque él quiso que ellos hicieran *otra* obra buena. Y ellos obedecieron esta dirección interior que era muy clara y fuerte en ellos.

El Espíritu Santo sigue dirigiendo muy clara y fuertemente a los santos hoy también, prohibiéndoles hacer ciertas cosas buenas, porque él quiere que ellos hagan otra obra. Un monje, por ejemplo, puede ser prohibido por el Espíritu Santo ejercer un cierto ministerio activo, porque el Espíritu quiere que él viva en silencio profundo con Dios.

Pero el mundo, y los que piensan como el mundo, no entienden esta dirección porque nunca han experimentado este tipo de prohibición del Espíritu Santo, y por eso critican y condenan a los santos por seguir esta dirección del Espíritu Santo. El mundo no entiende que el Espíritu Santo puede inspirar a los santos que dejen de hacer ciertas cosas buenas que en el mundo son normales y esperadas. El mundo no entiende que el Espíritu Santo está dirigiéndolos a hacer *otras* obras, y por eso el mundo persigue a los santos. Jesús habla sobre esta persecución hoy, diciendo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero

porque *no* sois de mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn 15, 18-19).

El mundo nos odiará a nosotros como él lo odió a Cristo, es decir, porque *no* somos del mundo, como tampoco él fue del mundo (Jn 17, 14.16). Nuestros caminos son diferentes de los del mundo. Son dirigidos por el Espíritu Santo, que nos puede aun prohibir hacer ciertas cosas buenas, normales en el mundo, y que el mundo siempre hace, para que hagamos otra cosa. El Espíritu Santo puede, por ejemplo, prohibirnos hablar o comunicar con otras personas en ciertos lugares y durante ciertos tiempos para que vivamos en una soledad y silencio profundos con Dios en oración y contemplación en estos lugares y tiempos. Pero el mundo, que no ha experimentado este tipo de dirección fuerte, clara, y personal del Espíritu Santo, nos perseguirá por seguirla, como lo persiguió a Jesús. Y cuando esto sucede, debemos regocijarnos, porque nuestro “galardón es grande en los cielos; porque así hacían...con los profetas” (Lc 6, 23). Por eso “Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan... Gozaos en aquel día, y alegraos” (Lc 6, 22-23).

## LA PRESENCIA DE CRISTO EN NOSOTROS NOS DA LA VERDADERA LIBERTAD

6º domingo de Pascua

Hch 15, 1-2.22-29; Sal 66; Apc 21, 10-14.22-23; Jn 14, 23-29

Hoy los apóstoles reúnen en Jerusalén y deciden que no deben molestar a los gentiles que se convierten a Dios, poniendo sobre la cerviz de ellos el yugo de la ley de Moisés, porque somos salvos por la *gracia* del Señor Jesús y no por la observancia de la ley. Pedro dijo: “creemos que por la *gracia* del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos” (Hch 15, 11).

De verdad, la salvación viene de Jesucristo por medio de la fe en él, y no por nuestras obras según la ley. No nos justificamos a nosotros mismos. No nos perdonamos a nosotros mismos. No nos iluminamos a nosotros mismos. No nos libramos a nosotros mismos de la culpabilidad, y no nos damos a nosotros mismos la paz celestial, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Fil 4, 7). Esta paz viene a nosotros por medio de la presencia de Cristo en nosotros, justificándonos e iluminándonos. El Padre nos hace templos del Espíritu Santo (1 Cor 3, 16) y de Dios (2 Cor 6, 16). Es por Cristo que el Padre nos da el don del Espíritu Santo que nos transforma “de gloria en gloria” en la imagen de Cristo (2 Cor 3, 18), y es Cristo que resplandece en nuestros corazones, iluminándonos y llenándonos de luz y paz celestial (2 Cor 4, 6).

Es Cristo que nos da la libertad del pecado y nos hace libres en Cristo. “Para libertad Cristo nos libró” (Gal 5, 1). “...vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados” (Gal 5, 13). Somos libres en Cristo, librados del pecado y de la culpabilidad. Su presencia en nosotros nos da esta liberación y esta iluminación; no nosotros mismos. Por eso los apóstoles decidieron no forzar a los gentiles a observar la ley de Moisés, porque “por la *gracia* del Señor Jesús seremos salvos”, como dijo san Pedro hoy (Hch 15, 11). “Así

que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”, dijo Jesús (Jn 8, 36). Vivimos, pues, en la alegría y libertad de los hijos de Dios. Vivimos en el Espíritu de Dios, y, como dice san Pablo, “donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Cor 3, 17), libertad de todo lo que nos oprime.

Si somos libres en Cristo, somos libres ya de la ley de Moisés, que nunca justificó a nadie. Y “sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gal 2, 16). Nuestra salvación y liberación del pecado vienen de Dios por el sacrificio de Jesucristo en la cruz, y participamos en este don por medio del don del Espíritu Santo que se nos ha dado. San Pablo dice: “aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo—por *gracia* sois salvos” (Ef 2, 5). Es una justicia *ajena*, no nuestra. Es la justicia de Cristo que se nos ha dado por la fe en él. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef 2, 8-9).

¿Cómo pudiera alguien, muerto en pecado, darse a sí mismo esta iluminación? Sólo Dios puede hacer esto, y lo hace por la muerte en cruz de Cristo y por la luz resplandeciendo de su resurrección, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25). Y nosotros somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Rom 3, 24). “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Rom 3, 28). “...la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe” (Gal 3, 24). Por lo tanto, “al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom 4, 5). “No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gal 2, 21).

“Justificados, pues, por la fe, tenemos *paz* para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom 5, 1), y es en esta paz que vivimos ahora, una paz no de este mundo, una paz celestial, que es el don de Cristo. Así somos como san Pablo, que dijo que fue “hallado en Cristo, *no* teniendo mi *propia* justicia, que es por la ley, sino la que es por la *fe* de Cristo, la justicia que es de *Dios* por la fe” (Fil 3, 9).

Es sólo Dios que nos da esta *paz* “que sobrepasa todo entendimiento” (Fil 4, 7). Cristo nos dice hoy: “La *paz* os dejo, mi *paz* os doy; yo no os la doy como el mundo da” (Jn 14, 27). Y san Pablo nos dice: “Justificados, pues, por la fe, tenemos *paz* para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom 5, 1). Por la presencia de Cristo en nosotros, llenándonos de su luz, somos hechos templos del Espíritu (1 Cor 3, 16), templos de Dios (2 Cor 6, 16), llenos de Dios, llenos de luz y de *paz* celestial, una *paz* no de este mundo, que nos ilumina, transforma, y diviniza.

Y para *permanecer* en esta luz y paz, tenemos que *obedecerlo* perfectamente en todo, siempre haciendo su voluntad para con nosotros como él nos inspira en nuestra consciencia cómo debemos actuar y vivir. Así *permaneceremos* en su amor. “Si guardareis mis mandamientos, *permaneceréis* en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y *permanezco* en su amor” (Jn 15, 10).

## UN TESTIGO DE LA RESURRECCIÓN Y DE LA GLORIA DE DIOS

La fiesta de san Matías, apóstol, 14 de mayo  
Hch 1, 15-17.20-26; Sal 112; Jn 15, 9-17

Hoy es la fiesta del apóstol san Matías, que fue elegido para tomar el lugar de Judas y ser un testigo de la resurrección. Él será uno de los apóstoles, y su trabajo será testificar de esta nueva vida que ya tenemos en Jesucristo.

Cristo vino del Padre, donde él vivía desde toda la eternidad con el Padre cubierto de esplendor en un abrazo de amor infinito e inefable, que es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Esta relación de amor es la última realidad del universo. El mismo Dios es amor (“Dios es amor” 1 Jn 4, 16) y vive en amor desde antes de la creación del mundo. Para amar verdaderamente, uno necesita alguien a quien uno puede amar. Dios no está solo. Él tiene alguien a quien él siempre ha amado; él tiene su Hijo que también es Dios, igual al Padre en divinidad y uno con él, una sola cosa con él. Estos dos son completamente unidos en un amor inefable hasta el punto de que son un solo ser, uno en mente y uno en voluntad, dos en uno, dos Personas en un ser, un solo Dios. Los dos interpenetran, el uno al otro, por coherencia. Así, pues, Dios es una comunidad de Personas distintas en comunión e interrelación, unidas en amor inimaginable y esplendoroso. Así, pues, la última realidad del universo es el amor y la relación en amor porque Dios no está solo: el Padre tiene su Hijo, y el Hijo tiene su Padre. Y su amor mutuo produce al Espíritu Santo.

Cristo, el Hijo, fue enviado por Dios a la tierra para que nosotros pudiéramos subir y entrar en esta relación trinitaria. Y en el evangelio de hoy este Hijo nos dice: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; *permaneced en mi amor*” (Jn 15, 9). Él se encarnó para que nosotros pudiéramos ser divinizados. Él se humanó para que nosotros nos divinizáramos. Él asumió nuestra carne humana y la llenó de la divinidad de su propia Persona, y su Persona era la Persona del Verbo eterno, del Hijo eterno, del Logos. La presencia del Logos en carne humana la divinizó y la llenó de su propia divinidad, aunque la carne de Cristo permaneció humana, creada, y una criatura. Pero aun así, fue llenada de la divinidad y fue un portador de la divinidad para nosotros. Así, pues, Cristo puso dentro de la humanidad su divinidad para iluminarla por dentro y divinizarla, llenándola de esplendor y restaurando la intimidad con Dios que tenían y perdieron Adán y Eva.

Cristo divinizó primeramente su propia humanidad, y secundariamente nuestra humanidad, porque todo lo que él asumió, divinizó para que seamos así recreados en la imagen del Hijo, que es la imagen de Dios. Esta recreación es hecha por el Espíritu Santo trabajando en nosotros (2 Cor 3, 18). Así, pues, rehechos en la imagen del Hijo (Rom 8, 29), somos, como él, hijos de Dios—hijos adoptivos, hijos en el único Hijo divino. Y como hijos en el único Hijo divino, entramos en la misma relación trinitaria con el Padre y el Espíritu Santo que el Hijo tiene, que es una relación de amor inefable, el amor eterno entre el Padre y el Hijo en el esplendor del Espíritu Santo.

Cristo quiere que nosotros *permanezcamos* en este amor, como dice hoy: “*permaneced en mi amor*” (Jn 15, 9). Este es el mismo amor esplendoroso que une al Padre con el Hijo en el Espíritu Santo, es el amor primordial del universo que ilumina el universo. Es la gloria en que el Hijo vive eternamente con el Padre. Esta gloria, Cristo fue enviado a la tierra para traernos a nosotros. “La gloria que me diste, yo les he dado”,

dijo Jesús (Jn 17, 22). Él quiere que vivamos en esta gloria, que crezcamos siempre más en ella, y que la experimentemos siempre más.

Al purificarnos de otras cosas, otros placeres, otras luces, podemos lograr esto y empezar a experimentar esta gloria. Por nuestra fe e imitación de Cristo y por amarlo sobre todas las cosas y vivir sólo para él podemos poco a poco apropiarnos, activar y experimentar el esplendor de esta divinización.

Nuestra participación en la vida de Dios (2 Pd 1, 4) llegó a su perfección en la resurrección de Jesucristo, porque en su resurrección fue nuestra carne humana que resucitó gloriosamente en él. Por la fe, el bautismo, y una vida de purificación podemos vivir una vida espiritualmente resucitada y divinizada y empezar a experimentar esta gloria y este amor trinitario. Todo esto será cumplido en la parousia y en la vida después de esta vida, pero podemos por la fe y la purificación empezar a vivirla y experimentarla aun ahora, y así *permanecer* en esta gloria, en este esplendor, en este amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

San Matías era un testigo de todo esto, un testigo de la resurrección de Jesucristo. Él predicó e invitó a todos a arrepentirse y creer en el evangelio, y empezar a vivir esta vida de Dios en la tierra. Él compartió con todos lo que Dios le dio.

## LA VIDA ASCENDIDA

La solemnidad de la Ascensión del Señor  
Hch 1, 1-11; Sal 46; Ef 1, 17-23; Lc 24, 46-53

Cristo vino a la tierra del esplendor del Padre en la gloria del Espíritu Santo para encender nuestros corazones con amor por él. Y habiendo cumplido su misión en la tierra, volvió otra vez al seno del Padre, ascendiendo con la humanidad, que él asumió para divinizarlos, ya resucitada y glorificada. Ahora está sentado a la diestra del Padre en gloria, intercediendo con el Padre por nosotros (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 9, 24; 1 Jn 2, 1).

Él nos hirió con una herida de amor por él por su presencia entre nosotros en la tierra. Él nos hirió de amor por su encarnación y nacimiento en la cueva iluminada de Belén, adorado por ángeles, pastores, y Magos en el pesebre entre la Virgen María y san José. Él hirió nuestros corazones de amor por él por su vida, ejemplo, y enseñanza; y él nos hirió de amor por su muerte sacrificial por nosotros en la cruz. Él nos regocijó por su resurrección gloriosa; y hoy él sale físicamente de nosotros y asciende, volviendo a donde él salió, habiendo ganado nuestros corazones y nuestro amor por él. Por eso cuando fue elevado al cielo en su cuerpo humano ya glorificado, sus discípulos estaban en pie mirando al cielo.

Esta es nuestra posición y situación hoy. Somos heridos de amor por él, y anhelamos verlo otra vez. Anhelamos ir a donde él se fue, pero no podemos por ahora. Sin embargo, aunque él salió físicamente de nosotros, no nos dejó desamparados como huérfanos, porque de otra manera él permanece con nosotros. Así nos dijo, diciendo: “Todavía un poco, y el mundo no me verá más; *pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros, también viviréis*” (Jn 14, 19). Él vive; y nosotros vivimos *porque él vive*. Él es nuestra vida. Él vive en nosotros (Gal 2, 20; Col 1, 27; Jn 14, 20). Vivimos por medio



de él (1 Jn 4, 9). Él permanece siempre con nosotros. Dijo: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

Él está sentado en gloria ahora en el seno de su Padre, pero al mismo tiempo permanece con nosotros en otra forma por medio del Espíritu Santo. El Espíritu Santo lo hace presente a nosotros. Nosotros también debemos subir con él en nuestro espíritu y vivir espiritualmente en el cielo con él. Debemos vivir una vida resucitada (Col 3, 1; Rom 6, 4), y aun ya ascendida con él (Ef 2, 6), buscando las cosas de arriba, y no más las de la tierra (Col 3, 1-2).

Debemos vivir un *completamente nuevo tipo* de vida, dejando lo *bueno* por lo *mejor*, renunciando a los bienes de *esta* creación, para mejor poseer los de la *nueva* creación, sacrificando lo *visible* por lo *invisible* y *espiritual*, dejando el *viejo* hombre para vestarnos mejor del *nuevo hombre* (Ef 4, 22-24), sacrificando los deleites de *este mundo* por los del *reino* de Dios y del *espíritu*, dejando los placeres del mundo por una relación más profunda, experimentada, e iluminada con Cristo. Esta es la *nueva vida*, *radicalmente* vivida. Es una vida espiritualmente resucitada con Cristo resucitado, y aun ya ascendida con Cristo ascendido.

Así vivimos con Cristo el misterio de su Ascensión, viviendo con nuestro corazón en el cielo, viviendo en el cielo en nuestro espíritu, y así viviendo un *completamente nuevo tipo de vida* aquí en la tierra, una *vida ya ascendida* con Cristo, el amado de nuestro corazón, dejando nuestra antigua forma, manera, y estilo de vivir. Así, pues, como él está allá en el cielo, pero aun así permanece con nosotros, así nosotros aunque estamos aquí en la tierra, aun así estamos con él en el cielo en nuestros corazones. Nuestra ciudadanía está en el cielo (Fil 3, 20). Debemos, pues, vivir un completamente nuevo tipo de vida, una vida verdaderamente nueva y celestial aquí en la tierra, una vida del nuevo hombre (Ef 4, 22-24), vestidos de Cristo (Gal 3, 27; Rom 13, 14), como nuevas criaturas (Apc 21, 5; 2 Cor 5, 17; Gal 6, 15). Cuanto más radicalmente podemos hacer esto, tanto mejor.

Este es el misterio de la Ascensión. Es un misterio para todos, pero los monjes sobre todo aman y tratan de vivir este misterio de una manera muy especial y radical en este mundo, dejando la mundanidad del mundo y sus convenciones para una vida celestial, dejando los espectáculos de este mundo para una vida llena de luz y del amor divino.

Vivamos, pues, con Cristo este misterio de su Ascensión con nuestros corazones puestos en el cielo con él, y nuestros cuerpos viviendo una vida nueva, resucitada, y ascendida aquí en la tierra por amor a él.

## JESÚS RETORNA A LA GLORIA DE SU PADRE

Sábado, 6ª semana de Pascua  
Hch 18, 23-28; Sal 46; Jn 16, 23-28

Jesús vino del Padre, y ahora regresa a su Padre. Dice hoy: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre” (Jn 16, 28). Hemos celebrado la ascensión del Señor, es decir, su vuelta a su Padre. Antes de que nació de la Virgen María, vivía desde siempre con el Padre en gloria (Jn 1, 1; 6, 62), y ahora vuelve a esta gloria con su humanidad.

Él vino aquí para que nosotros pudiéramos estar donde él está ahora, para ver, compartir, y contemplar esta gloria. En la antífona de la comunión oímos: “Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que *contemplan* la gloria que me diste” (Jn 17, 24). Cristo está ahora en el cielo en el seno del Padre cubierto de esta gloria en el Espíritu Santo. Él quiere que nosotros estemos allá donde él está. Por eso vino aquí: para preparar un *camino* para nosotros para llegar allá. Dijo: “Yo soy el *camino*, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn 14, 6). Por medio de él podemos llegar donde está esta gloria, donde él está. Él es el camino para llegar allá. Él nos transforma y diviniza por su encarnación para que podamos ser perfeccionados con él en el esplendor y gloria de su Padre.

Pero la contemplación y la experiencia de esta gloria empiezan aquí para los que tienen fe en él y que se han purificado de este mundo para poder percibir esta gloria. Esto es un proceso de transformación e iluminación. Es una restauración de la imagen y semejanza de Dios (Gen 1, 26-27) en nosotros que le deja a él resplandecer en nuestros corazones (2 Cor 4, 6). Cuanto más perfectamente podemos discernir su voluntad para con nosotros, y hacerla con fidelidad, aun en los detalles más pequeños, tanto más viviremos en esta luz y gloria que él vino de las regiones de la luz para traernos. Poco a poco él va enseñándonos su camino y su verdad, para que experimentemos y disfrutemos siempre más de su vida y luz. Esto es el proceso de la divinización, que nos hace semejantes a Dios, resplandecientes a sus ojos, y llenos de luz.

Este proceso es su don, dado a nosotros por la unión del Verbo divino con carne humana en la encarnación, insertando la divinidad en su y en nuestra humanidad, iluminando y divinizando así, en principio, toda carne humana. Pero tenemos que hacer *nuestra parte* también por la fe, el bautismo, y la purificación, para *activar y desarrollar* este don. Entonces seréis “el pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pd 2, 9; antífona de entrada).

Purifiquémonos, pues, y discernamos mejor su voluntad para con nosotros, para saber mejor cómo él quiere que vivamos, y cuál es lo que él quiere que hagamos en cada situación, para que viviendo así, podamos disfrutar de esta gloria, contemplarla, vivir en ella, y ser cada día más transformados y divinizados por esta luz. Así podemos mejor evitar los pecados, imperfecciones, y errores de juicio en nuestro comportamiento que disminuyen esta gloria en nosotros.

## QUE SEAN UNO, ASÍ COMO NOSOTROS SOMOS UNO

7º domingo de Pascua

Hch 7, 55-60; Sal 96; Apc 22, 12-14.16-17.20; Jn 17, 20-26

Dios nos llama a la unidad y al amor con él, y al amor y a la unidad con nuestros hermanos. Oímos esto en el evangelio de hoy.

Pero también oímos hoy en la primera lectura que no somos siempre unidos, y vemos que el Espíritu Santo causa *división* también (Mt 10, 34). Vemos esto en el asesinato de Esteban. Esta falta de unión sucedió porque Esteban siguió con exactitud la dirección del Espíritu Santo en su vida, mientras que los miembros del concilio no entendían esta

dirección del Espíritu que Esteban estaba siguiendo con tanta fidelidad; y por eso lo atacaron y mataron. Y así Esteban es honrado como el primer mártir. Aun Jesús nos enseñó que él vino para traer división y disensión entre los hombres: “No penséis — dijo— que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada” (Mt 10, 34).

Cuando Esteban predicó la verdad, los miembros del concilio, “Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él... Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon” (Hch 7, 54.57-58). No todos entienden el movimiento y la dirección del Espíritu Santo, y por eso muchos se oponen al movimiento del Espíritu, y se endurecen contra los santos y los atacan, como el concilio atacó a Esteban hoy porque el concilio no entendía a Esteban ni sabía que, de verdad, él estaba siguiendo al Espíritu Santo que lo inspiró a predicar a Cristo de la manera fuerte que él lo hizo.

Vemos la misma cosa hoy. El Espíritu puede inspirar a personas a actuar de una cierta manera, y una persona puede seguir esta inspiración, como lo hizo Esteban, y por hacer esto, otras personas pueden ponerse furiosos con él porque no entienden esta dirección del Espíritu, como los miembros del concilio no entendían a Esteban hoy. Si esto sucede a nosotros, no debemos pensar que hayamos perdido el camino o que hayamos equivocado. ¡No! Este *es* el camino, el camino de la cruz que nos lleva a la gloria, como lo llevó a Esteban, matado hoy por el concilio. Si esto sucede a nosotros, debemos animarnos y tener valentía, y Dios nos glorificará, como glorificó a Esteban hoy.

Al mismo tiempo, Cristo nos llama a la comunión y a la unidad, como oímos en el evangelio de hoy. Si respetamos la dirección del Espíritu Santo en otras personas, viviremos en la unidad que Cristo nos trajo. Hoy Jesús ruega “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (Jn 17, 21).

Cristo nos unifica con el Padre al inhabitarnos, porque él es uno por naturaleza con el Padre. Él es un ser con el Padre, y por eso si él está en nosotros por la gracia, el Padre también, que es uno con él por la naturaleza, está en nosotros, llenándonos de amor y luz que nos unen con Dios. Y si todos nosotros somos uno así con Cristo, y por medio de él con su Padre, entonces tenemos un gran vínculo de unión entre nosotros —el amor de Dios, su luz, y la presencia de Cristo inhabitándonos.

Cristo nos dio su propia gloria, que el Padre le dio a él (Jn 17, 22), para que la contemplemos (Jn 17, 24). Esta gloria es otra fuente de unión que nos une los unos a los otros, como dice Jesús hoy: “La *gloria* que me diste, yo les he dado, *para que sean uno*, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, *para que sean perfectos en unidad*, para que el mundo conozca...que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn 17, 22-23). Si la gloria de Cristo, que tengo resplandeciendo en mi corazón, está también en el corazón de mi hermano —o puede potencialmente estar en su corazón—, entonces esta gloria de Cristo es otro vínculo poderoso de unidad y comunión entre nosotros mismos, y entre nosotros y Dios.

Esta es la gloria que Jesús tenía con el Padre en esplendor inefable antes de la creación del mundo (Jn 17, 5). Él fue glorificado por el Padre, y él iluminó al Padre. El Padre vivía en la gloria, la iluminación, y el esplendor del Hijo; y el Hijo vivía en el amor, la luz, y la gloria del Padre. Y esta gloria, esplendor, e iluminación es el Espíritu Santo.

Y Cristo fue enviado a nosotros para hacernos partícipes de esta gloria, esplendor, e iluminación. Él nos dio esta gloria (“La gloria que me diste, yo les he dado” Jn 17, 22) para nuestra iluminación y unión con Dios y con los hermanos.

Cristo está inhabitando nuestros corazones, iluminando al Padre desde dentro nuestros corazones; y está recibiendo la iluminación del Padre también desde dentro de nuestro corazón, una iluminación que pasa por medio de nosotros, iluminándonos a nosotros también en su pasaje entre Padre y el Hijo, y uniéndonos a Dios y los unos con los otros.

## EL AMOR Y LA GLORIA TRANSFORMADORES DE DIOS

Jueves, 7<sup>a</sup> semana de Pascua  
Hch 22, 30; 23, 6-11; Sal 15; Jn 17, 20-26

Oímos hoy uno de los más bellos textos de toda la Biblia. Primeramente Jesús nos dice que el Padre lo amó a él desde antes de la fundación del mundo, es decir, desde toda la eternidad. Dice: Padre, “me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn 17, 24). Este versículo es muy importante porque nos revela cómo es la Santísima Trinidad. Aunque en Dios hay una sola mente y una sola voluntad compartidas por las tres Personas, aun así las tres distintas Personas —siendo un solo ser— se pueden conocer y amar el uno al otro. Y vemos aquí que el Padre no amó a su Hijo sólo después de que era un hombre con una mente humana y una voluntad humana, bien separadas del Padre, sino que lo amó “desde antes de la fundación del mundo” (Jn 17, 24), es decir, desde *antes* de la *encarnación*, cuando el Padre y el Hijo vivían juntos en gloria (Jn 17, 5). No sólo vivían juntos en gloria, sino también en amor “porque me has *amado* desde *antes* de la fundación del mundo” (Jn 17, 24). Aunque la mente y la voluntad del Padre fueron la misma mente y la misma voluntad que tuvo también Hijo antes de la encarnación, aun así el uno conoció y amó al otro. Así, pues, es la Santísima Trinidad.

Concluimos, por lo tanto, que fundamentalmente Dios es *relación y amor*. Dios es fundamentalmente *Personas en relación, Personas en relación de amor*, aunque no son personas en el mismo sentido que nosotros somos personas como individuos diferentes y seres diferentes, porque las Personas divinas son un solo ser, el uno viviendo dentro del otro (Jn 10, 38).

En la Santísima Trinidad, por lo tanto, hay *tres sujetos* que son *recíprocamente conscientes* el uno del otro por medio de esta única mente y única voluntad divinas, que los tres sujetos poseen en común, cada uno en su propia manera. Dios es, por lo tanto, *un sujeto triple* (Cardinal Walter KASPER, *The God of Jesus Christ*, Crossroads, New York, 1986, p. 289).

Dios es amor (1 Jn 4, 16). El Padre ama al Hijo, y el Hijo ama al Padre, y el beso y la respiración del amor mutuo entre los dos es el Espíritu Santo, y este amor es esplendor y *gloria*. Por eso Jesús dice: “Ahora pues, Padre, *glorifícame* tú al lado tuyo, con aquella *gloria* que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn 17, 5). Jesús quiere volver ahora con su humanidad a esta *gloria*. Y más aún, él nos da *a nosotros* esta *gloria* (Jn 17, 22), para que la contemplemos (Jn 17, 24), y al contemplarla ser transformados en la misma

*gloria* e imagen del Hijo que contemplamos (2 Cor 3, 18). Así somos transformados “de gloria en gloria” por esta contemplación —es decir: somos transformados en la imagen gloriosa del Hijo (2 Cor 3, 18). Él quiere que vivamos en esta gloria. Por eso dice hoy: “La *gloria* que me diste, yo les he dado” (Jn 17, 22).

Y este beso y respiración de este amor esplendoroso del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre, que es el Espíritu Santo, se nos ha dado *a nosotros* (Rom 5, 5), para que este mismo espléndido amor divino *esté en nosotros también* (Rom 5, 5), como dice Jesús hoy, diciendo: “los [nosotros] has amado [oh Padre] a *ellos* como también a *mí* me has amado” (Jn 17, 23), y “para que el amor con que *me* has amado *esté en ellos*” (Jn 17, 26). Jesús, que es el recipiente divino y propio del amor divino del Padre, comparte con nosotros este mismo amor, diciendo: “Como el Padre *me* ha amado, así también *yo os* he amado; permaneced en *mi* amor” (Jn 15, 9). Este amor divino en nosotros obra nuestra transformación e iluminación. Es el don de la gloria y del amor transformadores de Dios.

## TESTIGOS DE CRISTO EN EL MUNDO

Viernes, 7ª semana de Pascua  
Hch 25, 13-21; Sal 102; Jn 21, 14-29

Vemos en la primera lectura de hoy cuánto tenemos que sufrir por nuestra fe y por nuestro testimonio de Jesucristo. Vemos cómo san Pablo tuvo que defenderse muchas veces ante las autoridades contra las acusaciones de los judíos. Él se defendió ante el gobernador Feliz y su sucesor Porcio Festo, ante el rey Agripa y la reina Berenice, y finalmente ante César en Roma. Y ¿qué crimen hizo? ¿Qué falta tenía? Su falta y crimen eran que predicaba a Cristo fuertemente y con valentía, y que su vida respaldaba su predicación. Aun el gobernador romano no encontró nada en él digno de castigo o muerte, y este gobernador Festo dijo al rey Agripa hoy: “ningún cargo presentaron de los que yo sospechaba, sino que tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo” (Hch 25, 18-19).

Así será con nosotros también si hacemos lo que hizo san Pablo, es decir, si predicamos a Cristo con poder y convicción y si vivimos y practicamos lo que predicamos. Esta combinación de la palabra de verdad de Dios junto con el ejemplo de nuestra vida que respalda nuestra predicación es muy poderosa. Vimos la reacción contra san Esteban cuando él actuó así, y vimos cuántas veces san Pedro fue puesto en la cárcel por predicar y vivir de esta manera. Hemos visto también cuántas veces san Pablo fue expulsado, encarcelado, juzgado, perseguido, azotado, y apedreado por vivir y actuar así, y vimos cuántas veces tuvo que defenderse contra las acusaciones de los judíos por vivir y predicar de esta manera.

El camino de los santos no es fácil. Hay mucha oposición contra ellos en este mundo. Pero aun todo esto adelanta el evangelio y el reino de Dios en el mundo. Esta persecución y estos procesos dieron a los santos la oportunidad de dar testimonio público

de Jesucristo ante los concilios y gobernadores; y en su debido tiempo, muchos corazones han sido cambiados.

Nosotros también somos llamados a vivir así por Jesucristo en este mundo. Somos llamados a ser sus testigos hasta los confines de la tierra (Hch 1, 8). Nuestro mensaje no es fácil para los que viven una vida según la llamada “sabiduría” de este mundo. Nuestro mensaje es un gran reto para ellos a cambiar su dirección, orientación, y estilo acostumbrado de vivir y actuar. Presentamos un llamado a un completamente nuevo tipo de vida, a un nuevo comportamiento. Presentamos un llamado a una vida sencilla, sacrificial, ascética, pobre, y orante, a una vida silenciosa y recogida, a una vida de amor por Jesucristo, a una vida que renuncia a todo lo demás de este mundo por él, para que él sea el centro de todo para nosotros y nuestra única alegría, en la medida que esto es posible. Presentamos un gran reto, y seremos, como san Pablo, rechazados y acusados al vivir así, pero viviremos en el amor de Cristo con él resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6) si aceptamos vivir esta vida de los santos.

## EL QUE TIENE OÍDOS PARA OÍR, OIGA

Sábado, 7ª semana de Pascua  
Hch 28, 16-20; Sal 10; Jn 21, 20-25

Hoy vemos a san Pablo cuando llegó a Roma como preso por haber predicado a Jesucristo. ¿Y qué es la primera cosa que él hace mientras él espera su proceso y juicio por haber predicado a Cristo? ¡Él *sigue* predicando a Cristo! Tres días después de llegar, él “convocó a los principales judíos” para decirles que “por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena” (Hch 28, 17.20). Es decir, él quiso hablar con ellos sobre la esperanza de Israel, que es el Mesías, el Cristo. Los líderes de los judíos le señalaron un día, y en este día “vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas” (Hch 28, 23).

¡Qué maravilla! El espíritu de Pablo no es quebrantado por todo el rechazo que él experimentó, ni en lo mínimo. Él es, al contrario, más fuerte que nunca. Él *sigue* haciendo lo por lo cual fue prendido, y mientras esperaba su proceso, *sigue* haciendo lo mismo, predicando a Cristo.

Él es como los apóstoles Pedro y Juan que fueron azotados por el concilio por haber predicado a Jesús, e intimados que no hablasen más en este nombre, que cuando “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre...*todos los días*, en el templo y por las casas, *no cesaban* de enseñar y predicar a Jesucristo” (Hch 5, 40-42).

Los apóstoles Pedro y Juan, como Pablo, no pudieron callar. No pudieron dejar de hablar la verdad de Dios para la salvación del mundo. ¡No dejaron de hacer lo por lo cual fueron prendidos! Ni tampoco debemos nosotros cuando estamos en una situación análoga.

Y después de que san Pablo había hablado “desde la mañana hasta la tarde” (Hch 28, 23), “algunos asentían a lo que se decía, pero otros no creían” (Hch 28, 24). Así es la predicación de Cristo y de esta nueva vida. Algunos asienten, otros no. Pero el predicador no puede dejar de hablar de lo que ha visto y oído (Hch 4, 20). Esta es su vocación, su contribución al bienestar del mundo. “El que tiene oídos para oír, que oiga” (Mt 11, 15). Y le sucederá lo que sucedió con los profetas Isaías, Jeremías, y Ezequiel, como dijo Isaías, a quien Pablo cita aquí, es decir, él se encontrará predicando a un pueblo que no le entiende: “De oído oiréis, y no entenderéis —dijo Isaías—; y viendo veréis, y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado” (Hch 28, 26-27; ver Is 6, 9-10 LXX). Pero Isaías *siguió* predicando, y predica hasta hoy y hace mucho bien, tanto como Jeremías, Ezequiel, y san Pablo. “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mt 11, 15).

## LA VIDA EN EL ESPÍRITU

### La solemnidad de Pentecostés

Hch 2, 1-11; Sal 103; 1 Cor 12, 3-7.12-13; Jn 20, 19-23

Hoy celebramos Pentecostés, la venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia. Somos todos enviados en el mundo por Jesucristo, así como él fue enviado en el mundo por el Padre (Jn 20, 21; 17, 18). Y se nos ha dado el Espíritu Santo para nuestra misión en el mundo (Jn 20, 21-22). El Espíritu da a cada uno sus propios dones para su misión particular (1 Cor 12, 4). “...a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho” (1 Cor 12, 7).

Debemos vivir una vida en el Espíritu Santo, cada uno viviendo de la manera que el Espíritu Santo le dirige. No debemos vivir según la carne y sus deseos. Estos deseos tienen que ser controlados por nuestra inteligencia, guiada por el Espíritu Santo. Así, pues, vivimos según la dirección del Espíritu Santo, y no según los deseos de la carne, como san Pablo nos enseña. Sí, tenemos que cuidar de la carne, alimentándola, durmiendo suficientemente, protegiéndola del frío y del calor, etc., pero también negando muchos de sus deseos para placer.

Muchos placeres de la carne son pecados, como la fornicación y el adulterio, la glotonería y la pornografía, etc.; pero también si vivimos según el Espíritu, el Espíritu Santo nos dirigirá a negar incluso muchos placeres de la carne que *no* son pecados, como los placeres de la comida y otros entretenimientos como la cine, viajes para placer, banquetes, etc., no porque son malos o pecados, sino para vivir *más totalmente sólo para Dios* con un *corazón indiviso y no distraído*, haciéndolo a Dios el *único placer* de nuestra vida, en la medida que esto es posible, para entrar en una unión más profunda con él y experimentarlo más claramente en su luz.

Por eso los Padres del Desierto y los monjes estrictos, en los tiempos más fervorosos de su historia, vivían muy sencilla y austeramente, comiendo sólo comida muy básica, sin condimentos, excepto la sal, sin fritura, sin aun pan blanco (considerado una delicadeza), así como vivían en los tiempos de san Bernardo (ver su primera carta), vistiéndose en hábitos, y viviendo en clausuras. Vivían según el Espíritu Santo, y no según la carne. Estaban en el Espíritu, y no en la carne. Vivían así “Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Rom 8, 6). “...si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Rom 8, 13).

Así, pues, somos llamados a una vida en el Espíritu Santo, y no a una vida según la carne y sus deseos. San Pablo dice: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí” (Gal 5, 16-17). “...los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gal 5, 24-25).

Este es un completamente nuevo tipo de vida, la vida según el Espíritu Santo, la vida en el Espíritu, una manera de vivir casi completamente desconocida a muchas personas, aun a cristianos. Es una vida nacida de nuevo del Espíritu y de agua (Jn 3, 5) en la muerte y resurrección de Cristo para andar en la novedad de la vida (Rom 6, 4), resucitados con Cristo e iluminados por su Espíritu que nos santifica y renueva. Es un baño de regeneración en el Espíritu Santo que hemos recibido y en que vivimos (Tito 3, 5-6). Bañados e inspirados así por el Espíritu Santo, debemos vivir ahora un completamente nuevo tipo de vida, dejando atrás nuestra antigua forma de vivir, despojándonos del viejo hombre y de nuestra antigua manera mundana de vivir (Ef 4, 22-24).

Cada uno será mostrado por el Espíritu Santo su propia forma de vivir esta nueva vida, pero en esta variedad, todos deben seguir la dirección del Espíritu Santo, y no los caminos, deseos, modas, y convenciones del mundo y de la carne. Es un llamado de vivir en simplicidad y pobreza, en amor y servicio, en silencio y oración, en lectura y estudio espiritual. El trabajo de cada uno seguirá sus propios dones e inspiraciones, pero su *estilo* de vivir debe ser *siempre así, según el Espíritu Santo, y no según los deseos y placeres de la carne*. El *estilo* de esta nueva vida debe ser el del nuevo hombre, viviendo en la nueva creación, y no debe ser más un estilo mundano según las convenciones mundanas.

El Espíritu Santo fue dado hoy a la Iglesia para que seamos llenos del Espíritu, y así unidos a Dios y transformados en Cristo. Es el Espíritu que nos transforma en la imagen del Hijo, llenándonos de luz divina y transfigurándonos “de gloria en gloria” en esta misma imagen del Hijo (2 Cor 3, 18). Es el Espíritu Santo que llena nuestros corazones del amor de Dios (Rom 5, 5), y es el Espíritu que comunica a nosotros la justificación ganada por el sacrificio de Jesucristo (Tito 3, 5). Es el Espíritu que une el Padre al Hijo en un abrazo eterno de amor, y es este Espíritu que Jesús nos da a nosotros del Padre para que nuestros pecados sean perdonados (Jn 20, 22-23) y para que nosotros vivamos en el esplendor del amor divino. Así, pues, vivimos una vida nueva en el Espíritu, una vida iluminada, llena del amor de Dios, resucitada, y ya ascendida, una vida angélica en la tierra. Este es el trabajo del Espíritu Santo, dado hoy a la Iglesia.



## ÉL DIO SU VIDA PARA RESCATARNOS DE NUESTROS PECADOS

Miércoles, 8ª semana del año  
Eclo 36, 1-2.5-6.13-19; Sal 78; Mc 10, 32-45

Jesús vino al mundo para dar su vida por nosotros, para rescatarnos del pecado para Dios. Él dice esto hoy en el último versículo clave del evangelio de hoy, diciendo: “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45). Él vino al mundo para esto, para ser una *propiciación* por nuestros pecados (Rom 3, 25; 1 Jn 2, 2; 4, 10; Heb 2, 17), para ofrecer su vida en *sacrificio* al Padre en amor para nuestra redención del pecado (Rom 3, 25; Heb 9, 12-14.24-26.28; 10, 10), y así venir a ser nuestro *intercesor* ante el Padre (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 9, 24; 1 Jn 2, 1), asentado a la diestra del Padre (Heb 10, 10), siempre presentándose ante él a favor de nosotros como nuestro abogado (1 Jn 2, 1). La Carta a los Hebreos nos dice esto muy claramente, diciendo, “pero Cristo, habiendo *ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados*, se ha sentado a la diestra de Dios...porque con *una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*” (Heb 10, 12.14). Y Hebreos dice también, “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, *viviendo siempre para interceder por ellos*” (Heb 7, 25).

El Hijo agrada al Padre por su sumisión filial a él en amor como su Hijo. Esto, creo, podemos entender como algo que ha pasado eternamente, el Padre y el Hijo amándose el uno al otro en esta manera filial-paternal desde toda la eternidad en el esplendor del Espíritu Santo, que es la respiración inefable del amor que ellos respiran eternamente el uno al otro, o que el Padre, agrado infinitamente por el amor y la devoción filial del Hijo, derrama eternamente sobre él.

Entonces, en la plenitud del tiempo, el Padre envía al Hijo al mundo para encarnarse en carne humana capaz de sufrir y morir, para que pudiera ahora ofrecerse en un sacrificio doloroso y amante despojándose de sí mismo y en donación de sí mismo en amor al Padre a favor de toda carne humana. Él agradó infinitamente al Padre al hacer esto por su don de sí mismo en amor en el sacrificio en la cruz, ganando de él nuestra eterna redención del pecado, y abriendo para nosotros las puertas del paraíso, cerradas por el pecado de Adán. Así el Hijo repite en forma encarnada lo que siempre ha hecho al ofrecerse al Padre en sumisión filial y en amor. El Padre, entonces, derrama su Espíritu Santo sobre él, como siempre ha hecho, sino esta vez resucitándolo de la muerte, y, entonces, por medio del Hijo resucitado, él derrama también este mismo Espíritu sobre todos los que comparten una naturaleza humana común con el Hijo, si tan sólo creen en él y son bautizados, así dándoles el don de la eterna salvación.

Entonces, tenemos que imitar la humildad del Hijo y beber con él la copa de sufrimiento y compartir el bautismo de su pasión (Mc 10, 38) para poder sentarnos con él en su gloria (Mc 10, 37).

NOSOTROS TAMBIÉN PODEMOS SER TRANSFORMADOS

La Visitación de la Santísima Virgen María, 31 de mayo  
Sofonías 3, 14-18; Is 12, 2-6; Lc 1, 39-56

Hoy nos regocijamos con la Virgen María como ella lleva en su vientre al Hijo del eterno Padre y viaja de prisa a las montañas de Judá para saludar a Isabel. Cuando Isabel oyó la salutación de María, Juan el Bautista, en el vientre de Isabel, saltó de alegría. “...tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos —dijo Isabel— la criatura saltó de alegría en mi vientre” (Lc 1, 44). ¿Qué fue esta alegría, sino la alegría del Espíritu Santo?, el cumplimiento de la profecía del ángel Gabriel a Zacarías, el padre de Juan, que dijo: “y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (Lc 1, 15). Isabel, al mismo tiempo, también fue llena del Espíritu Santo, como san Lucas nos dice, “Y aconteció que cuando oyó Isabel la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Isabel fue llena del Espíritu Santo, y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre” (Lc 1, 41-42). Y María también se regocijaba en este mismo momento, diciendo: “mi espíritu se regocija en Dios mi salvador” (Lc 1, 47).

¿Qué es la fuente de su alegría, una alegría en la parte más profunda de su espíritu? Fue la presencia del Logos divino, del Verbo eterno, del unigénito Hijo del Padre, de Dios de Dios, de la luz de luz, consubstancial con el Padre (*credo*), unido ahora hipostáticamente a una naturaleza humana y animando carne humana en el vientre de la Virgen María. Esta es la primera y la única vez en la historia que esto jamás aconteció. La Persona divina del Hijo de Dios asumió carne humana y la animó para divinizarla, y para divinizar toda carne humana, en principio. Esto era el propósito de la encarnación. Dios se encarnó para poner su esplendor dentro de nuestra humanidad, para iluminarla desde dentro y divinizarla, empezando con la humanidad del mismo Jesús en el vientre de María, y, por nuestro contacto con su humanidad ya divinizada, divinizarlos a nosotros también, haciéndonos semejantes a Dios y llenos de luz celestial. *Activamos* esta transformación por nuestra fe, por el bautismo, y al vivir *sólo* para él con *todo* nuestro corazón, con un corazón *indiviso*. Cuanto más radicalmente podemos hacer esto, tanto mejor.

En la encarnación de Cristo en el vientre de María, la divinidad invadió la humanidad para su transformación e iluminación. ¿Podemos extrañarnos, entonces, que María, Isabel, e incluso Juan el Bautista, en el vientre de Isabel, fueron llenos de alegría en el Espíritu Santo? Fueron afectados por su proximidad de este misterio. Su contacto con la humanidad divinizada de Jesús permitió que el esplendor divino, que llenó la carne de Jesús y que transformó su propia humanidad, se pegara a ellos también y los llenara del mismo esplendor divino.

La humanidad y la carne de Jesús permanecieron humanas, pero fueron llenas de la divinidad transformadora de la Persona divina del Logos que fue ahora su propia Persona y principio animador. De una manera semejante, pero de un modo inferior, todos los que tienen contacto con la humanidad divinizada y divinizadora de Jesucristo son también iluminados, transformados, y divinizados por este contacto, si lo *activa* por la fe, el bautismo, y una vida de imitación de Cristo. Como la humanidad de Jesús permaneció humana pero fue hecha semejante a Dios por su Persona divina, asimismo nosotros permanecemos humanos, por supuesto, pero somos transformados y llenados de Dios por

nuestro contacto con el misterio de la encarnación, el misterio de Dios hecho hombre para hacer el hombre semejante a Dios.

María fue la primera persona humana a beneficiarse de este contacto con la encarnación. Ella vino a ser la Madre de Dios, la esposa del Espíritu Santo, y la que llevó al Hijo del eterno Padre. Ella tiene una relación nupcial especial con Dios que la hace semejante a Dios. Así ella cumple el Cantar de los Cantares en su relación amorosa con Dios que la transforma e ilumina.

Ella es, en las imágenes del Cantar de los Cantares, la que duerme en un lecho de flores (Ct 1, 16) en una casa con vigas de cedro y artonados de ciprés (Ct 1, 17) con el Señor como “un manojito de mirra” que reposa entre sus pechos (Ct 1, 13) en un monte de la mirra y en un collado del incienso (Ct 4, 6). Ella está enferma de amor y es sustentada con pasas y manzanas (Ct 2, 5). Ella busca la soledad para estar a solas con su amado en el Líbano, en la cumbre de Amana, de Senir, y de Hermón, entre “las guaridas de los leones” y “los montes de los leopardos” (Ct 4, 8). Ella lo busca a solas también en el desierto, y sube de su encuentro como una “columna de humo, perfumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático” (Ct 3, 6). Y el olor de su boca es como de manzanas (Ct 7, 8) y el olor de sus vestidos como el olor del Líbano (Ct 4, 11), porque su amado es como un corzo “Sobre las montañas de los aromas” (Ct 8, 14).

Nosotros también podemos compartir esta divinización y transformación con ella. Dios nos llama a todos a esto.

### ¿ESTÁN CORRECTAMENTE ORIENTADOS NUESTROS CORAZONES?

Sábado, 8ª semana del año  
Eclo 51, 17-27; Sal 18; Mc 11, 27-33

Hoy vemos la fuente de la autoridad de Jesús para purificar el templo y echar fuera a los cambistas, y vemos también por qué los líderes de los judíos no lo aceptaron a Jesús. Los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos confrontaron a Jesús hoy por haber actuado de una manera tan abrupta y autoritaria en purificar el templo, y quieren forzarlo a declararse públicamente que él fue en verdad enviado por Dios para hacer esto, para que puedan así acusarlo de blasfemia y de hacerse el Hijo de Dios. Así pues, lo preguntan: “¿quién te dio autoridad para hacer estas cosas?”

Jesús, por supuesto, es autorizado por Dios para hacer todo lo que hace. Él *es*, por supuesto, *Dios*, la divina Persona del Verbo, el Logos, igual al Padre en divinidad, que desde toda la eternidad ha estado en el seno del Padre en gloria. Ahora está encarnado en la tierra, unido hipostáticamente a carne humana como el principio animador o Persona de Jesucristo para la renovación de toda carne humana que cree en él. Esta es la plena verdad de Jesús y de su autoridad para actuar de la manera en que él actúa, purificando el templo, volcando las mesas de los cambistas, y echándolos fuera con un azote. Él *es* el unigénito Hijo del eterno Padre hecho hombre para vivir, morir, y resucitar para nuestra salvación.

Los principales sacerdotes, ya habiendo oído mucho de su enseñanza y habiendo visto sus milagros, ahora quieren exponerlo públicamente, y forzarlo a proclamarse a sí mismo abiertamente, para que puedan acusarlo claramente; pero Jesús se escapa de ellos, y más bien vuelca al pueblo contra ellos. Él les muestra —sin decirlo en palabras— que su

autoridad es en la misma línea que la de Juan el Bautista, es decir, que su fuente es Dios. Como Juan fue enviado por Dios, asimismo Jesús, de una manera mucho más profunda, fue también enviado por Dios.

Los principales sacerdotes, en efecto, rechazaron tanto a Juan como a Jesús, mientras que el pueblo común aceptó a los dos. Así pues, Jesús se pone a sí mismo en la línea de Juan, de Dios, y del pueblo común; y públicamente pone a los principales sacerdotes en oposición de Dios, de Juan, y de sí mismo. Y él hace esto al preguntarles de dónde viene la autoridad de Juan. La respuesta obvia, que todos saben, es que la autoridad de Juan viene de Dios, tanto que su propia autoridad, que es sobreentendido en su pregunta, sin tener que decirlo en palabras, así evitando sus acusaciones de blasfemia.

¿Por qué los sacerdotes principales no pueden responder a una pregunta tan sencilla, la respuesta de la cual todos saben? Es porque sus corazones no están correctamente orientados. Sus corazones no están correctos con Dios. Es por eso que rechazan tanto a Juan como a Jesús, mientras que el pueblo común, las grandes muchedumbres, cuyos corazones sí están correctamente orientados, aceptan a Juan y a Jesús. Los principales sacerdotes se encuentran mudos ante esta multitud, y tienen que decir que *no saben* de dónde viene la autoridad de Juan. ¡Qué estúpidos deben haber parecido a los ojos de todos! Y su rechazo de Jesús es también bien conocido, y por eso su respuesta les hace parecer tontos por esto también. Así pues, en vez de exponer a Jesús y acusarlo, terminan exponiéndose a sí mismos y acusándose a sí mismos de no tener sus corazones correctamente orientados.

¡Qué importante, entonces, es tener nuestro corazón correctamente orientado con Dios, y recibir tanto a Juan como a Jesús, los cuales fueron enviados de Dios!

## PERSONAS EN RELACIÓN

La solemnidad de la Santísima Trinidad  
Prov 8, 22-31; Sal 8; Rom 5, 5; Jn 16, 12-15

Hoy celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad. La Trinidad, junto con la Cristología, es el misterio principal de nuestra fe, y el con el cual los teólogos han tenido la más dificultad de entender y explicar, una dificultad que continúa hasta hoy, aunque no en una forma tan violenta como en los primeros siglos de la Iglesia.

Debido a la herejía de Arrianismo, que negó la divinidad de Cristo, todos los esfuerzos de los primeros siglos fueron ordenados en adelante para demostrar la igualdad en divinidad del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre, y, en el Oeste, siguiendo a san Agustín, para demostrar la unidad y unicidad de la Divinidad. Estos esfuerzos tenían un éxito espectacular, y destruyeron completamente el Arrianismo. Su gran éxito, sin embargo, causó otros problemas, en que, por miedo de una mala interpretación según el sentido arriano, otros aspectos importantes de la Trinidad fueron dejados subdesarrollados, aspectos como la perfecta obediencia, adoración, y sumisión filial en amor del Hijo al Padre, y su intercesión ante el Padre por nosotros (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 9, 24; 1 Jn 2, 1), todos los cuales pudieron haber sido entendidos mal en un sentido

subordinacionista arriano de que el Hijo no es completamente Dios o no es igual en divinidad con el Padre.

Así pues, necesitamos hoy más reflexión sobre estos aspectos importantes pero subdesarrollados de la doctrina de la Santísima Trinidad. Otro aspecto descuidado y en mucha necesidad hoy de desarrollo en el Oeste, debido a su hincapié en la unidad de la divinidad, es el de la interrelación de las tres divinas Personas en amor mutuo.

Una profundización sobre la Trinidad como Personas en relación fue especialmente descuidada en el Oeste debido al hincapié hecho en el hecho de que en la Divinidad hay *una sola mente y una sola voluntad*. Este énfasis solucionó maravillosamente el problema de la unidad divina, pero hizo difícil de pensar de las divinas Personas relacionándose e influyéndose la una a la otra, puesto que tuvieron solo *una mente y una voluntad* entre sí.

Sabemos que en Dios hay *una sola mente divina y una sola voluntad divina* compartidas por todas las tres divinas Personas porque Cristo, que fue una Persona *divina* pero *no* una persona *humana* (que Cristo fue también una persona *humana* fue *condenado* como la herejía de Nestorianismo en 431 por el Concilio Ecuménico de Efeso), tuvo tanto una mente humana y una voluntad humana como una mente divina y una voluntad divina. Pero si *no* “tuvo” una persona humana, ¿a qué entonces pertenecieron su mente humana y su voluntad humana, sino a su *naturaleza* humana? La misma cosa tiene que ser verdad también de su mente *divina* y su voluntad *divina*. Ellos, de una manera semejante, tienen que pertenecer a su *naturaleza* divina, y no a su Persona divina. Y si esto es verdad para Jesús, entonces debe ser también verdad para las otras dos personas de la Santísima Trinidad. Es decir, su mente divina y su voluntad divina tienen que pertenecer también a su *naturaleza* divina, y no a sus Personas. Pero en Dios hay sólo *una naturaleza*. Por eso hay sólo *una mente divina y una voluntad divina* compartidas por todas las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad.

¿Ves el problema que tenemos hoy? Es fácil entender con este esquema cómo la Trinidad es una unidad —teniendo sólo *una mente y una voluntad*—, pero no es tan fácil ver cómo las tres Personas pueden interrelacionar entre sí si no hay más que una sola mente y una sola voluntad divinas, que pertenecen a su *naturaleza* común, que todas las tres comparten juntos.

Pero cuando volvemos a las Escrituras, vemos claramente que las tres divinas Personas sí, se conocen, se aman, interrelacionan e influye la una en la otra. Jesús reza, por ejemplo, a su Padre, diciendo: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque *me has amado desde antes de la fundación del mundo*” (Jn 17, 24). Vemos en esta Escritura que Jesús puede hablar con su Padre y que el Padre y el Hijo se conocieron y se amaron *antes de la encarnación*. El Hijo también intercede por nosotros con el Padre, como muchas otras Escrituras nos dicen (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 9, 24; 1 Jn 2, 1).

Así pues, los teólogos hoy están tratando de entender cómo las divinas Personas pueden conocerse, amarse, interactuar, e influirse la una a la otra si ellas forman un solo ser con sólo *una mente y una voluntad* entre sí. El Cardinal Walter Kasper, por ejemplo, un amigo íntimo del Papa actual, ha escrito lo siguiente sobre este problema, diciendo: “Es imposible aceptar *tres conciencias* en Dios... Podemos decir que la *única* conciencia divina subsiste en *un modo triple*... Esto quiere decir que *un sujeto triple* de una conciencia debe ser aceptado y al mismo tiempo que *los tres sujetos* no pueden ser

simplemente no conscientes, sino *conscientes de sí mismos* por medio de la *única* conciencia... Estamos forzados, entonces, a decir que en la Trinidad, hay *tres sujetos* que son *recíprocamente conscientes el uno del otro por medio de la única y misma conciencia que los tres sujetos poseen cada uno en su propia manera*” (Walter KASPER, *The God of Jesus Christ*; Crossroads, New York, 1986, p. 288-289). Las divinas Personas, continúa Kasper, son por eso *“infinitamente más dialogal* que son las personas humanas” y en Dios *“hay una interrelacionalidad e interpersonalidad infinitamente más grandes que en las relaciones interpersonales humanas”* (p. 290).

Por lo tanto, en la Trinidad tenemos Personas en relación, Personas en relación de amor, aunque las divinas Personas no son personas en exactamente la misma manera que nosotros somos personas como individuos separados con nuestra propia mente y voluntad independientes. En Dios, las tres Personas forman un solo ser, y son íntimamente unidas, *uno* en mente y voluntad. Ellas son más perfectamente unidas que un hombre y su esposa en un matrimonio perfecto donde los esposos son *uno* en *mente, voluntad, y corazón*.

Jesús, entonces, fue enviado del Padre para iniciarnos e introducirnos a nosotros en este esplendor del amor divino entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo, que es el vínculo que une estos dos. Y este mismo Espíritu Santo fue dado a nosotros para derramar en nuestros corazones el amor divino entre el Padre y el Hijo, como san Pablo nos dice en la segunda lectura hoy (Rom 5, 5).

Jesús hace esto, es decir, él nos *salva*, tanto por su encarnación como por su muerte y resurrección. ¿Cómo?

Él nos salva por su encarnación, como nos indica san Ireneo y sobre todo san Atanasio, al divinizar todo lo que él asumió. Él asumió nuestra naturaleza y carne humana, vistiendo su Persona divina de ella, uniéndola hipostáticamente con su Persona divina en el momento de la encarnación, y así él insertó su esplendoroso divinidad en nuestra humanidad para su transformación, iluminación, y divinización. Él vino a ser lo que nosotros somos, como los santos Ireneo, Atanasio, y muchos otros Padres dicen, para hacernos a nosotros lo que él es, es decir, para divinizarnos e iluminarnos. Esto, entonces es activado para nosotros como individuos por el bautismo, la fe, y la imitación de Cristo. Permanecemos humanos y somos divinizados por la gracia, no por la naturaleza, y por eso somos realmente cambiados, transformados, iluminados, y hechos semejantes a Dios.

Esta salvación por la encarnación es cumplida por la muerte y resurrección de Jesucristo. El Hijo desde toda la eternidad tuvo una relación filial de amor, sumisión (1 Cor 15, 28), y obediencia perfecta (Jn 6, 38) con su Padre, la cual le agradó infinitamente al Padre, que entonces envió sobre el Hijo su Espíritu Santo, el Espíritu de su amor.

El Padre entonces envió a su Hijo para encarnarse y continuar esta misma relación filial de amor, sumisión, y obediencia desde dentro de una naturaleza humana, capaz de sufrir y morir, para que él pudiera ahora verdaderamente sacrificarse a sí mismo en amor a su Padre. Esto, Jesús hizo en amor y donación de sí mismo, agradando infinitamente al Padre a favor de nosotros. ¿Ves, entonces, cómo las divinas Personas interactúan, se afectan, e influye la una en la otra como Personas en relación en amor? Como resultado, el Padre derramó al Espíritu Santo sobre su Hijo, resucitándolo de la muerte; y también lo derramó por medio del Hijo sobre toda carne humana que creyó en él y fue bautizado, para que nosotros fuésemos salvos con todos nuestros pecados perdonados por los méritos

infinitos de este sacrificio, y para que resucitáramos espiritualmente con Cristo (Col 3, 1-2) para andar con él en el esplendor de su resurrección (Rom 6, 4).

¡Que Dios sea alabado, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo! Amen.

## EL VIVIR EN EL ESPLENDOR DEL AMOR DIVINO

Jueves, 9ª semana del año

Tobías 6, 10-11; 7, 1.9-17; 8, 4-9; Sal 127; Mc 12, 28-34

Hoy oímos los primeros dos mandamientos del amor por Dios con *toda* el corazón, *toda* la mente, *toda* el alma, y *todas* las fuerzas, y del amor por el prójimo como a ti mismo.

Antes de decir esto, Jesús dijo que “el Señor nuestro Dios, el Señor es uno” (Mc 12, 29; Dt 6, 4). Aunque Dios es uno, el mismo Dios es el primero en seguir este mandamiento, porque Dios es amor (1 Jn 4, 16). ¿Y a quién ama Dios? Dios, que es *una* naturaleza, *un solo* ser, es al mismo tiempo tres Personas que se aman perfectamente y esplendorosamente. Dios es una comunidad de Personas en relación de amor. El Padre ha amado al Hijo desde toda la eternidad (Jn 17, 24: “me has amado desde antes de la fundación del mundo”). Jesús vivía siempre en este amor, obediencia (Jn 6, 38), y sumisión perfecta a su Padre (1 Cor 15, 28); y este amor es el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5).

Jesús quiere que nosotros vivamos en este esplendor (Jn 8, 12; 15, 9; 1 Pd 2, 9). Él mismo es nuestro modelo en esto, porque él vivía en este esplendor, amando a su Padre con todo su corazón. Él no vino a la tierra por otra cosa alguna, sino sólo para amar y obedecer a su Padre, e introducirnos a nosotros en este mismo amor, muriendo en obediencia, sumisión, adoración, y amor por su Padre, sacrificándose en amor por nosotros, por nuestra redención, para que nosotros pudiéramos entrar y habitar en este mismo amor.

El que ama a Dios con *toda* su corazón, siguiendo a Jesús como su modelo, renuncia a todo lo demás para servir a un solo maestro (Mt 6, 24) y para tener un solo tesoro, y este en el cielo (Mt 6, 19-21). Además, él deja todo lo demás por amor a él para tener un corazón indiviso en su amor a él. Él deja casas, padre, madre, mujer, hijos, etc. (Mc 10, 29), y así él recibe cien veces más ahora en este tiempo (Mc 10, 30) en una vida llena de luz, vivida en el esplendor del amor divino. Dejándolo todo así (Lc 5, 11; Mc 1, 18.20; 2, 14), uno ama a Dios con *toda* su corazón, con un corazón *indiviso*, con *toda* su mente, y con *todas* sus fuerzas. Al hacer así, uno *empieza a ser un discípulo* (Lc 14, 33.26), y empieza a andar en la luz de la resurrección de Jesucristo (Rom 6, 4; 1 Jn 1, 4-7).

Los monjes y los religiosos tratan de seguir esta enseñanza de una manera muy literal y radical, y si tienen éxito en seguirla, caminarán más en esta luz de Dios. Nadie es excluido de esta invitación. A cada uno se le dará la gracia necesaria para seguirla de su propia manera según la inspiración del Espíritu Santo. Es nada menos que una invitación de entrar en la felicidad del amor entre el Padre y el Hijo en el esplendor del Espíritu Santo. Pero tenemos que vaciar nuestro corazón primero, y vivir *sólo* para él con *toda* nuestro corazón.

## EL CRISTO NO SERÁ SÓLO HIJO DE DAVID, SINO HIJO DE DIOS

Viernes, 9ª semana del año  
Tobías 11, 5-17; Sal 145; Mc 12, 35-37

Hoy Jesús trata de profundizar el entendimiento de los judíos con referencia al Mesías. Ellos creyeron que el Cristo será el hijo de David; pero Jesús les dice hoy que el mismo David lo llamó “Señor”, es decir, alguien superior a él. Por eso el pensar meramente que el Cristo será el hijo de David es completamente insuficiente. Sí, será un descendiente del rey David y heredará su reino, como dijo el ángel Gabriel a María: “el Señor Dios le dará el trono de David su padre” (Lc 1, 32). El Mesías, o el Cristo, será un nuevo David, reinando sobre su reino, pero él reinará *para siempre* sobre un *reino eterno*, como dijo el ángel Gabriel a María: “y reinará sobre la casa de Jacob *para siempre*, y *su reino no tendrá fin*” (Lc 1, 32-33). Él cumplirá la profecía de Isaías, que dijo: “Lo dilatado de su imperio y la paz *no tendrán límite*, sobre el trono de David y sobre su reino” (Is 9, 7).

Pero más importante que ser hijo de David es que él será el unigénito Hijo divino de Dios (Mc 12, 6-8; 13, 32), nacido virginalmente, como dijo el ángel a María: “será llamado Hijo del Altísimo” y “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 32.35). Como el único Hijo de Dios, él será concebido del Espíritu Santo, no del varón.

Él será el Hijo de Dios *por naturaleza*, y por eso será el mismo Dios, igual al Padre, teniendo la misma naturaleza divina del Padre: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo *era Dios*... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Jn 1, 1.14). Y porque hay un solo Dios, él será *un solo ser* con Dios. El Padre estará en él, y él estará en el Padre: “Yo y el Padre *uno* somos...el Padre está en mí, y yo en el Padre” (Jn 10, 30.38).

Siendo *un solo ser* con el Padre, de su misma naturaleza divina y viviendo dentro del Padre, y el Padre dentro de él por circuminsesio, compenetración mutual, o *perichoresis* (en griego), comparte la misma mente divina y la misma voluntad divina con el Padre y el Espíritu Santo, sino que cada divina Persona las poseyó de su propia manera. Su única Persona es la del Verbo divino, del Logos, porque él es Dios, siendo el unigénito Hijo de Dios.

El Cristo se sentará a la diestra de Dios, como dice el salmo que Jesús cita hoy: “Dijo el Señor (Dios) a mi Señor (el Mesías), *Siéntate a mi diestra*, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies” (Mc 12, 36; Sal 109, 1). Y la Carta a los Hebreos dice lo mismo: “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, *se ha sentado a la diestra de Dios*” (Heb 10, 12). Él siempre se ha sentado a la diestra del Padre en gloria. San Juan habla del “unigénito Dios, que *está en el seno del Padre*” (Jn 1, 18). Y el mismo Jesús se refiere a esto, diciendo: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú *al lado tuyo*, con *aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*” (Jn 17, 5).

Todo esto es mucho más que sólo ser hijo de David.



## UN ESTUDIO EN CONTRASTE

Sábado, 9ª semana del año  
Tobías 12, 1.5-15.20; Tob 13; Mc 12, 38-44

El evangelio de hoy es un estudio en contraste. Por una parte vemos a los escribas que viven una vida lujosa pero se presentan como hombres piadosos, y por otra parte vemos a una viuda pobre y humilde que echó en el arca de la ofrenda dos blancas, la más pequeña moneda que hay. Al ver este, Jesús dijo que esta viuda pobre echó más que todos porque “de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Mc 12, 44).

Ella vivía, sin duda, una vida muy sencilla y pobre, una vida austera, sin adorno; y porque echó como limosna todo su sustento, vemos que era una persona verdaderamente piadosa que vivía sólo por Dios. ¡Qué diferente es una persona así de los escribas, correteando aquí y allá, llevando largas ropas para parecer piadosos, yendo de banquete en banquete, viviendo una vida de lujo, devorando delicadezas, corriendo de un placer en otro, de un entretenimiento en otro!

Tenemos aquí un verdadero estudio en contraste entre una vida de placer, una vida mundana, una vida que busca su alegría aquí abajo en cosas de este mundo y en los placeres y honores mundanos por una parte, y por otra parte una vida pobre, sencilla, despojada, desprendida, y desapegada de los placeres de este mundo, y dedicada verdaderamente a Dios en sinceridad, una vida de oración y ayuno, de silencio y soledad, una vida llena de Dios y de luz celestial, una vida de paz interior.

En la medida que vivimos este segundo tipo de vida, en la misma medida experimentaremos la luz interior y la presencia del amor de Dios resplandeciendo en nuestros corazones. Depende de nosotros escoger el tipo de vida que queremos. Si queremos la verdadera felicidad e iluminación de Dios en nuestro corazón, escogeremos el segundo tipo de vida. Si queremos sólo placeres exteriores que no nos regocijan verdaderamente en la profundidad de nuestro espíritu, escogeremos el primer tipo de vida, la de los escribas. El escoger depende de nosotros. La decisión es nuestra.

Si vivimos para nosotros mismos en el sentido mundano, como los escribas aquí descritos, Dios no tendrá lugar en nuestro corazón para hacerse percibido porque seremos llenos de otras cosas y entretenimientos, distraídos y disipados, incapaces de percibir la sutileza de su dulzura y presencia y de su luz interior.

Pero si escogemos la vida sencilla de oración y ayuno, de silencio y pobreza voluntaria, y de la renuncia de las delicadezas y deleites de este mundo, en nuestro debido tiempo seremos purificados y hechos capaces de experimentar a Dios en nuestro corazón, y viviremos en una nueva tranquilidad, luz, y paz interior.

¡Qué contraste hay entre esta bendita vida por una parte, y la vida de los correteros por otra parte, arrojándose de un placer mundano en otro, de un banquete en otro, de un entretenimiento en otro, de un espectáculo en otro, de una curiosidad en otra, no experimentando nada en su corazón, lejos de la paz interior y la luz celestial que Dios quiere darnos!

## LA DEIFICACIÓN DEL HOMBRE POR LA EUCARISTÍA

La solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo  
Gen 14, 18-20; Sal 109; 1 Cor 11, 23-26; Lc 9, 11-17

Hoy celebramos la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo. Su cuerpo y sangre, su carne, contienen la Persona del Verbo eterno de Dios, del Logos, del unigénito Hijo del Padre, igual al Padre en divinidad, que vive siempre con él en un abrazo de amor inefable, cubierto de esplendor y gloria.

Este Hijo, que siempre existía, se hizo carne de la Virgen María por el poder del Espíritu Santo que la cubrió con su sombra (Lc 1, 35). El que nació de ella era este mismo Verbo eterno del Padre, Dios de Dios, luz de luz, hipostáticamente unido con carne humana. El Logos, pues, fue la Persona que animó el que nació de la Virgen María. El Logos fue su Persona, la Persona de Jesucristo.

El Logos fue la única Persona de Jesucristo —no tuvo otra persona—, y por eso la Persona de Jesucristo fue *divina y no humana*. Por lo tanto, Jesucristo es sólo una Persona divina, no una persona humana, porque no “tiene” una persona humana, sino sólo esta Persona divina, la Persona del Logos, aunque Cristo es también verdadero hombre porque tiene una naturaleza humana —con un alma, mente, y voluntad humanas— unida hipostáticamente a esta única Persona suya divina, que anima su carne.

La Persona de Jesucristo, por eso, no fue humana, sino *sólo divina*. Su Persona fue el mismo único y unigénito Hijo del Padre, la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Es decir, el mismo Hijo divino fue el principio animador (Persona) de Jesucristo, y por eso el cuerpo de Jesucristo fue el cuerpo del único Hijo divino de Dios, es decir, su propio cuerpo.

El cuerpo y la sangre de Jesucristo fueron, por eso, animados por la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Su cuerpo y sangre contenían Dios literalmente, y son por eso el punto de contacto para todo hombre con Dios. Él es, por eso, nuestro punto de contacto visible con el Dios invisible.

¿Por qué hizo Jesucristo esto? ¿Por qué se encarnó así? Lo hizo para divinizar a nosotros, para levantarnos a su nivel e insertar en nosotros el esplendor de su divinidad para nuestra iluminación interior y transformación en seres semejantes a Dios. Él nos adoptó en sí mismo como hijos adoptivos de Dios en él, el único Hijo verdadero de Dios.

Él nunca fue creado. La Persona de Jesús nunca fue creado, sino *engendrado* por el Padre, y por eso es de la misma naturaleza que el Padre y es un solo ser con el Padre y con el Espíritu Santo, y está por naturaleza *en* el Padre, y el Padre y el Espíritu Santo están *en* él, porque hay sólo una naturaleza divina, sólo un ser divino, y este ser es uno y completamente unido. Por eso las Personas de la Santísima Trinidad no son personas separadas, seres diferentes o individuos diferentes como nosotros, sino las tres divinas Personas forman un solo ser, cada uno estando dentro del otro por naturaleza, por circuminseio o coinherencia (*perichoresis*, en griego).

Y ¿cómo nos divinizó Jesucristo? Él lo hizo al encarnarse en nuestra carne, transformando así, en principio, toda carne humana, divinizándola, haciéndola

resplandeciente, llena de Dios, llena del esplendor divino, llena de la divinidad, si tan sólo creemos en él y vivimos sólo para él en todo, purificándonos de todo lo demás.

Él nos divinizó también al ofrecerse en sacrificio al Padre, el primer y único sacrificio perfecto y adecuado que jamás ha sido ofrecido en este mundo, perfectamente agradando al Padre —siendo un sacrificio de valor infinito— y por eso ganó nuestra salvación y el don del Espíritu Santo derramado abundantemente en nuestros corazones.

Este sacrificio supremo es la sumisión filial en amor del Hijo en carne humana a su Padre a favor de todos los que comparten con él esta misma carne humana, y así ganó del Padre para nosotros la eterna redención que se nos ha dado al derramar sobre nosotros el don del Espíritu Santo.

Y además de esto, él nos dejó la eucaristía, su cuerpo y sangre, portadores de la divinidad, portadores de su divina Persona. Él nos los dejó por dos razones: La primera razón es para que pudiéramos continuar ofreciendo este sacrificio único y perfecto suyo al Padre con él, en el Espíritu Santo, como nuestra adoración, ofrecimiento, y culto perfectos a Dios, porque es el único sacrificio perfecto, que agrada perfectamente al Padre, y que fue ofrecido una sola vez para siempre por todos.

No repetimos su sacrificio único al ofrecerlo, sino hacemos este único sacrificio de Cristo en la cruz presente para nosotros cada vez que lo ofrecemos, y así somos hechos presentes en el Calvario al momento de su ofrecimiento en la cruz, y somos así hechos partícipes y beneficiarios de este único sacrificio adecuado para la vida del mundo.

Y la segunda razón por la cual él nos dejó su cuerpo y su sangre es para que pudiéramos comerlo y beberla como un sacrificio de comunión después de ofrecerlos. Ingerimos así el cuerpo y la sangre, es decir, la carne humana del Hijo divino del Padre. Su cuerpo contiene su Persona, la segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Al ofrecer y comer su cuerpo y sangre, realizamos dos efectos: 1) Participamos en el sacrificio de la cruz que quita nuestros pecados y nos justifica, haciéndonos justos, santos, y perfectos; y 2) Comemos y bebemos el cuerpo y la sangre vivos de Dios, con su Persona todavía presente en ellos. No es carne muerte que comemos, sino un cuerpo vivo, y por eso consumimos su Persona divina, que es Dios.

Por lo tanto, después de comulgar, tenemos Dios literalmente presente en nosotros. Su cuerpo sacramentado contiene el Hijo eterno de Dios, y lo comunica a nosotros para nuestra transformación.

Su mismo cuerpo y sangre son también divinizados singularmente por la presencia en ellos del Verbo eterno, y este contacto nuestro con su cuerpo y sangre, portadores de Dios, divinizados y divinizadores, nos transforma a nosotros. Además, su hipóstasis o su misma Persona entra en nosotros —porque está encarnada en su cuerpo ya sacramentado— y nos transforma e ilumina, llenándonos de Dios, llenándonos de deleite espiritual, y llenándonos de luz celestial, si tan sólo comulgamos dignamente, creyendo en él y viviendo únicamente para él en todo aspecto de nuestra vida. Así seremos deificados.

## ESTEMOS PURIFICADOS PARA LA ILUMINACIÓN DE JESUCRISTO

Jueves, 10ª semana del año  
2 Cor 3, 15 – 4, 1.3-6; Sal 84; Mt 5, 20-26

Hoy san Pablo nos dice que somos ahora en un proceso de transformación “de gloria en gloria” en la misma imagen del Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, y que esta transformación se hace al contemplar la gloria de Cristo. Las palabras de san Pablo son estas: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18).

La contemplación de la gloria de Cristo es transformadora. Tiene un efecto en nosotros. Nos cambia en la gloria que contemplamos, nos glorifica, nos hace gloriosos, llenos de gloria, de la misma gloria de Cristo, y es una gloria que crece de día en día, “de gloria en gloria” (2 Cor 3, 18), es decir: de un grado de gloria en otro. Y toda esta transformación es realizada en nosotros por el Espíritu Santo inhabitándonos, porque él es el Espíritu de Cristo, haciéndonos siempre más como Cristo, siempre más conformes a su imagen, siempre más gloriosos —“de gloria en gloria”—. “...somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen (del Hijo), como por el Espíritu del Señor (el Espíritu Santo)” (2 Cor 3, 18).

¿Y cuándo miramos esta gloria del Señor, esta gloria de Cristo “a cara descubierta como en un espejo”? La miramos en la contemplación, en la oración silenciosa cuando Dios nos otorga este don de poder ver esta gloria. Es una experiencia de gloria y paz celestial. Es un don de Dios, es una iluminación de nuestro espíritu, y normalmente tenemos que estar preparados y purificados de los deleites y entretenimientos, del ruido y de las conversaciones del mundo para experimentar esta gloria. Esta gloria es experimentada en mucho silencio, tanto interior como exterior.

Sin esta preparación y purificación, somos cegados por el dios de este mundo, por los placeres de la vida, que ahogan esta experiencia de luz, gloria, y paz celestial, como afirma el mismo san Pablo hoy. Hablando de los que se pierden en el mundo y en sus atracciones y distracciones, él dice hoy que “en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Cor 4, 4).

Los que se pierden en los deleites del mundo son como la semilla “que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto” (Lc 8, 14). Son cegados por “el dios de este siglo” (2 Cor 4, 4), por “los placeres de la vida” (Lc 8, 14), “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Cor 4, 4).

Pero la voluntad de Dios para con nosotros es que contemplemos esta luz y que estemos en un proceso de transformación “de gloria en gloria” por medio de esta contemplación iluminada y transformadora, “porque Dios —como dice san Pablo hoy— que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor 4, 6). Toda esta gloria está “en la faz de Jesucristo” (2 Cor 4, 6) para los que no son cegados por “el dios de este siglo” (2 Cor 4, 4) ni “ahogados por...los placeres de la vida” (Lc 8, 14).

Estemos, pues, purificados para esta iluminación.

## EL AMOR DE DIOS

La solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús  
Ez 34, 11-16; Sal 22; Rom 5, 5-11; Lc 15, 3-7

Hoy, en esta solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, celebramos el amor de Dios. El amor es lo que une las divinas Personas de la Santísima Trinidad. Sí, son unidas al compartir juntas una naturaleza o sustancia común, y también son unidas al originarse el Hijo y el Espíritu Santo del Padre, y también son unidas al estar cada una dentro de la otra por circuminsesio o compenetración mutua (*perichoresis*, en griego). Pero también, y muy importantemente, son unidas por el amor. Están tan enamoradas la una de la otra que son un solo ser con una sola mente y una sola voluntad, aunque cada Persona posee esta mente y esta voluntad común de su propia manera, y por eso en Dios hay tres sujetos conscientes el uno del otro, amándose así. Pero la maravilla es que son un solo ser —tres Personas tan unidas en amor inefable que son uno, un ser divino—. Así, pues, Dios es amor (1 Jn 4, 16). Él tenía a quien él ama en sí mismo desde antes de la creación del mundo: Las tres Personas en Dios se aman a sí mismos mutuamente, y este amor divino es la luz del mundo, el esplendor del universo.

En su amor, las tres Personas decidieron crear el universo, el mundo, los ángeles, y al hombre, para compartir con los ángeles y los hombres su amor. Y cuando el hombre pecó y se separó del amor divino, Dios hizo un plan para salvarlo, viniendo él mismo a la tierra en forma humana —es decir, el Padre envió a su Hijo a la tierra para nacer de una Virgen, enseñarnos por su manera de vida y por sus palabras, y morir en sacrificio por nosotros—.

Entonces el Hijo eterno se encarnó en el vientre de la Virgen, asumiendo así carne humana para divinizar, en principio, toda carne humana que cree en él y sigue su ejemplo, viviendo *sólo* para él. Y él cumplió nuestra salvación al ofrecerse en amor al Padre hasta la muerte en la cruz, mostrándonos así el gran amor que él tiene para con nosotros. Y así agradando infinitamente al Padre por este sacrificio amoroso, el Padre derramó sobre él el Espíritu Santo, resucitándolo de la muerte (Rom 8, 11), para que nosotros pudiéramos caminar con Cristo resucitado en el esplendor de su resurrección. Además, el Padre envió este mismo Espíritu Santo, por medio de Cristo resucitado, sobre toda carne humana que cree en él, para que viviéramos una vida nueva en el Espíritu, y no más según la carne (Rom 8, 9).

El corazón humano de Jesucristo es lleno de amor por nosotros. Podemos acudir a su corazón humano, ahora resucitado y glorificado a la diestra del Padre en gloria y esplendor. En este corazón, en este amor, hallamos el cumplimiento de nuestro ser. En su amor para con nosotros, él nos perdona de nuestros pecados, haciéndonos resplandecientes a sus ojos, hombres nuevos (Ef 4, 22-24), una nueva creación (2 Cor 5, 17; Apc 21, 5; Gal 6, 15).

Debemos vivir del esplendor de Dios en el amor divino de las tres divinas Personas. Dios quiere que compartamos su amor. El Padre quiere amarnos a nosotros con el mismo amor con que él ama a su propio Hijo (Jn 15, 9; 17, 23.26), asentado ahora en su seno cubierto con gloria (Heb 10, 12). Cristo nos dijo: “Como el Padre me ha amado, así

también yo os he amado; permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Cristo nos ama con el mismo amor con que él mismo es amado por su Padre. Por eso Cristo sopló sobre sus discípulos después de su resurrección y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). Él quiere que vivamos en este esplendor del amor divino que su Espíritu comunica a nosotros. La respiración santa de su propio Espíritu Santo comunica a nosotros su amor trinitario, es decir: el Espíritu Santo comunica a nosotros el amor que fluye entre el Padre y el Hijo en luz inaccesible.

Debemos entrar en este amor espléndido del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo por la contemplación y por la recepción del cuerpo y sangre de Cristo en la eucaristía. Su cuerpo y sangre contienen su divina Persona que siempre existe en unión de amor y comunicación amorosa con su Padre en la respiración santa y en el fuego del Espíritu Santo. La eucaristía nos inicia a nosotros en este amor, en esta respiración santa, en este fuego. Así somos divinizados, si tan sólo vivimos *sólo* para él en *todo*. La dulzura del Hijo, lleno de amor, está presente en nosotros sacramentada en la eucaristía para nuestra participación en la vida trinitaria y para nuestra transformación progresiva “de gloria en gloria” en la imagen del Hijo (2 Cor 3, 18). Entonces en la contemplación, cuando Dios nos otorga este don, nos hundimos en este esplendor transformador, y somos transformados por él.

## EL VIVIR SÓLO PARA CRISTO

Sábado, 10ª semana del año  
2 Cor 5, 14-21; Sal 102; Mt 5, 33-37

Oímos estas palabras de san Pablo hoy: “por todos (Cristo) murió, para que los que viven, ya no vivan *para sí*, sino *para aquel* que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). La muerte de Cristo nos reconcilió con el Padre porque fue un sacrificio de amor en que el Hijo se ofreció en sumisión filial total, en obediencia perfecta, y en adoración completa al Padre en el Espíritu Santo. Fue una donación de sí mismo, hecha en amor, y así agradó tanto al Padre que ganó de él para nosotros la eterna redención. Por eso somos ya diferentes, no como antes, y como consecuencia debemos vivir en adelante de un modo diferente y nuevo, es decir: no viviendo más *para nosotros mismos* ni por nuestros propios placeres, honor, o poder, sino *sólo para él* que murió y resucitó por nosotros para reconciliarnos con Dios. “...por todos murió, para que los que viven, ya no vivan *para sí*, sino *para aquel* que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15).

La muerte y resurrección de Cristo nos cambiaron para siempre. Por su muerte somos ya reconciliados con Dios. Su muerte, como la muerte en la cruz del Hijo eterno, ganó del Padre para nosotros nuestra reconciliación con el Padre. El Hijo eterno dio su vida “en rescate por muchos” (Mt 20, 28). Él “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad” (Tito 2, 14). Él “se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2). Él es “el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Tim 2, 6). Así pues, “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Heb 10, 14).

Así Cristo nos reconcilió con el Padre, ganando el perdón de nuestros pecados por su muerte; y por su resurrección nos justificó (Rom 4, 25). Por eso debemos en adelante

vivir *sólo para él*, y no más *para nosotros mismos*, ni para nuestros propios placeres. Debemos más bien vivir en adelante *sólo para él* como hombres nuevos (Ef 4, 22-24), como una nueva creación (2 Cor 5, 17), es decir, “para que los que viven, ya no vivan *para sí*, sino *para aquel* que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). Esto es porque somos de Cristo ahora, redimidos y reconciliados con Dios, y así —como dice san Pablo a los romanos— “ninguno de nosotros vive *para sí*, y ninguno muere *para sí*. Pues si vivimos, *para el Señor* vivimos; y si morimos, *para el Señor* morimos” (Rom 14, 7-8).

Es por esto que los primeros discípulos dejaron todo y le siguieron (Mc 1, 17-18.20; Lc 5, 11; Lc 5, 27-28). Dejaron casas, padres, hermanos, esposas, e hijos (Mc 10, 29) para vivir en adelante *únicamente y totalmente sólo para él* que los salvó. Así tenían un corazón *indiviso* en su amor por el Señor, y así el Señor pudo llenarlos completamente de sí mismo. Los santos de cada edad han vivido así.

## ENTRAMOS EN LA FELICIDAD DE DIOS POR EL PERDÓN DE NUESTROS PECADOS

11° domingo del año

2 Sam 12, 7-10.13; Sal 31; Gal 2, 16.19-21; Lc 7, 36 – 8, 3

En las lecturas de hoy vemos el sufrimiento que nos causa el pecado, y la gran alegría de espíritu que viene de ser perdonados de todos nuestros pecados.

Hay pecadores que no reconocen sus pecados. No admiten que han pecado o que sus acciones son pecados, ni admiten si están viviendo en pecado constante o en un estado de pecado. Pero aun así, estas personas sufren gravemente interiormente. Son deprimidos e infelices en su espíritu. Viven en tinieblas y depresión. La causa de su sufrimiento es su pecado y su sentido de culpabilidad, aunque no reconocen que están sufriendo de la culpabilidad. Sólo saben que sí, están sufriendo mucho interiormente; y algunos de ellos piensan que así es la vida de todos, o que así es la vida de una persona que ama —como a veces dicen, pero sin admitir ni su pecado ni su culpabilidad—. Piensan que todos sufren así todo el tiempo; e incluso hay los que creen que aun el mismo Dios sufre así todo el tiempo también “porque él también ama como ellos” —como dicen.

Estas personas son equivocadas, confundidas, y orientadas mal. Esto *no* es el plan de Dios para con nosotros. Dios quiere que lo amemos a él y al prójimo correctamente, no pecaminosamente, no con un corazón dividido; y él quiere que seamos felices en nuestro amor a él y al prójimo, y no deprimidos y entenebrecidos.

Dios, en efecto, es el primero en amar correctamente, porque Dios es amor (1 Jn 4, 16), y es sumamente feliz. Y él quiere que nosotros compartamos su amor y felicidad. Por esta razón, él nos envió a su Hijo.

Dios es tres Personas que se aman perfectamente en esplendor y luz inefable. El Padre envió al Hijo a la tierra para soplar en nosotros, dándonos así al Espíritu Santo (Jn 20, 22), el Espíritu del amor divino, del amor entre el Padre y el Hijo. Y el Espíritu Santo también fue enviado para perdonar nuestros pecados (Jn 20, 22-23).

Así vemos el verdadero plan de Dios para nuestra salvación y felicidad en el amor. Él quiere que el mismo amor que fluye entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo corra también en nosotros (Jn 15, 9; 17, 23.26) como ríos de agua viva (Jn 7, 37-39).

Pero el problema son nuestros pecados, que bloquean este amor divino. Pero la alegre noticia es que Cristo fue enviado del Padre para ofrecerse al Padre en amor y donación amorosa de sí mismo, en forma humana, en la cruz, por todos los que comparten con él carne humana. Este sacrificio del Hijo al Padre en amor le agradó perfecta e infinitamente al Padre. Así Cristo sufrió por nosotros durante su vida humana en la tierra y se ofreció una sola vez para siempre por todos para ganar del Padre el perdón de todos nuestros pecados. Así él fue la *propiciación* ante el Padre en su muerte en la cruz por nuestros pecados (1 Jn 2, 2; Rom 3, 25; Heb 2, 17; 1 Jn 4, 10). Y esta muerte del Hijo de Dios influyó en el Padre hasta ganarnos de él nuestra eterna redención y el don del Espíritu Santo que el Padre derramó por el Hijo sobre nosotros, resucitándolo a él de la muerte (Rom 8, 11), y dándonos a nosotros una vida nueva y espiritualmente resucitada en el Hijo resucitado, una vida en el Espíritu (Rom 8, 9), para que andemos en la novedad de la vida (Rom 6, 4) y en la novedad del Espíritu (Rom 7, 6).

Vemos en el evangelio de hoy el sufrimiento interior de una mujer pecadora que lloró a los pies de Jesús, regándolos con sus lágrimas, enjugándolos con sus cabellos, besándolos, y ungiéndolos con perfume. Ella buscó de Jesús el perdón de sus muchos pecados graves y públicos que entristecían y entenebrecían su espíritu y corazón, llenándola de sufrimiento interior. Y a causa del gran amor de ella, Jesús perdonó sus muchos pecados, diciendo: “te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho” (Lc 7, 47).

¡Qué feliz ella debería haber estado en este momento! Ella ya sabe muy bien ahora que su estado anterior de tristeza y sufrimiento interior fue causado por sus pecados. Y ahora absuelta, ella es feliz en su espíritu, llena del amor divino, perdonada y justificada por Jesucristo por medio de su fe y amor a él. Él que ama mucho en este sentido correcto es perdonado mucho y se regocija de verdad. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada”, dice el salmo de hoy (Sal 31, 1). “Muchos dolores habrá para el impío; mas al que espera en el Señor, le rodea la misericordia” (Sal 31, 10). Por eso “Alegraos en el Señor y gozaos, justos; y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón” (Sal 31, 11).

Él que se arrepiente de sus pecados, dejándolos atrás, renunciándolos y confesándolos, será perdonado y lleno de alegría espiritual. Cristo fue enviado para esto, para ser nuestra *propiciación* ante el Padre (1 Jn 2, 2; Rom 3, 25; Heb 2, 17; 1 Jn 4, 10). Y él está sentado ahora y para siempre a la diestra del Padre en gloria, intercediendo por nosotros ante el Padre (Heb 10, 12; Rom 8, 34; Heb 7, 25; 9, 24; 1 Jn 2, 1), influyendo en él por nuestro bien. Cristo, por su muerte, influye en el Padre a favor de nosotros, y así nos justifica por nuestra fe.



## DEBEMOS VIVIR COMO ORAMOS

Jueves, 11<sup>a</sup> semana del año  
2 Cor 11, 1-11; Sal 110; Mt 6, 7-15

Hoy oímos la oración que el mismo Jesucristo nos enseñó. Sí, él nos enseñó cómo debemos orar. Todos queremos orar bien, por eso es muy importante saber cómo Jesucristo mismo nos enseñó a orar.

La primera cosa es que debemos orar al Padre, llamándolo “Padre”. El Padre es la fuente de la Santísima Trinidad, y porque Jesús nos ha hecho hijos adoptivos de Dios al unirse con nosotros, podemos y debemos dirigirnos ahora a Dios como “Padre”, usando el mismo nombre que Jesús usó cuando él oró. Por medio de nuestro bautismo y renacimiento en Cristo, Dios es ahora nuestro Padre porque somos ahora sus hijos adoptivos en el único Hijo.

Entonces rezamos que su nombre sea santificado por nosotros. Este debe ser el fin consciente de toda nuestra vida: es decir: la santificación y honor de Dios. Debemos vivir *sólo* por esto, por la gloria de Dios, y no por nuestra propia gloria. Sólo así seremos felices y cumpliremos nuestra naturaleza, porque para esto fuimos creados —para glorificar a Dios con nuestra manera de vivir y en *todo* lo que hacemos, sin excepción alguna—. Así pues, nos recordamos de esto rezando: “santificado sea tu nombre”.

Luego rezamos que el anhelado reino universal y pacífico de Dios sobre toda la tierra venga en nuestros días, para que podamos empezar a vivir en su paz y luz celestiales que los profetas previeron, y que Dios envió a su único Hijo en forma encarnada en medio de nosotros para llevar. Por eso rezamos, “Venga tu reino”.

Entonces rezamos: “Hágase tu voluntad”. Rezamos así para tener el discernimiento y la fortaleza necesarios para conocer bien su voluntad para con nosotros, y para poder hacerla con exactitud y valentía. Rezamos en el Salmo 118, 4-5: “Tú promulgaste tus ordenanzas para que sean *guardadas cabalmente*, ¡ojalá mis caminos estén firmes para poder guardar tus preceptos!” Jesús nos dijo que “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace la voluntad* de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21). Y los que hacen así serán como el hombre que edificó su casa sobre la *roca* (Mt 7, 24).

Rezamos luego por “el pan nuestro de cada día”, es decir: por las cosas básicas, sencillas, y necesarias para la vida —como el pan—; y no por el lujo, las riquezas, y los deleites.

Luego rezamos para ser perdonados de nuestros pecados, faltas, y deudas. Sin esto nadie será feliz. Sólo el que tiene una conciencia limpia —que ha sido perdonado— puede ser feliz ante Dios. Y él nos perdonará a medida que nosotros perdonamos a todos los que nos han ofendido o dañado. Jesucristo nos enseñó que debemos perdonar “aun hasta setenta veces siete” (Mt 18, 22), y que si no perdonamos, no seremos perdonados (Mt 6, 15; 18, 35).

Y finalmente rezamos para ser librados del mal. Los que confían en el Señor, y hacen su voluntad serán protegidos del mal, y el Señor transformará los acontecimientos aparentemente negativos de su vida en bendiciones para ellos. Por eso Eclesiástico dice: “Al que teme al Señor no le sucede ningún mal, e incluso en la prueba será liberado” (Ecló 33, 1). Y Proverbios 12, 21 dice: “Ninguna adversidad acontecerá al justo; mas los

impíos serán colmados de males”, y san Pablo dice: “Fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal” (2 Ts 3, 3). Así hace Dios para los que lo temen y hacen su voluntad con exactitud. Él los protege de todo mal.

Así, pues, debe orar y vivir el cristiano.

## NO OS HAGÁIS TESOROS EN LA TIERRA

Viernes, 11ª semana del año  
2 Cor 11, 18.21-30; Sal 33; Mt 6, 19-23

Nosotros debemos tener nuestro tesoro en el cielo; no aquí en la tierra. No debemos vivir en los deleites de este mundo, sino más bien debemos vivir por un solo tesoro, y éste en el cielo. Nuestro único tesoro debe ser Jesucristo. Sólo así podemos ser felices con la verdadera felicidad de Dios en el fondo de nuestro espíritu. “...donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón” (Mt 6, 21), nos enseña Jesucristo hoy.

Por eso —dice Jesús hoy— “No os hagáis tesoros en la tierra...sino haceos tesoros en el cielo” (Mt 6, 19-20). Cuanto más tenemos nuestro tesoro, nuestro placer, aquí abajo en las cosas de este mundo, tanto menos lugar tenemos para Dios en nuestro corazón, y normalmente tanto menos lo experimentaremos. Es por esta razón que los que quieren vivir en el amor, la luz, y la felicidad de Dios son muy cuidadosos de dejarlo lugar en su corazón. Vacían su corazón de todo lo demás al tener sólo un tesoro, y éste en el cielo, eliminando los tesoros terrenos, los deleites de aquí abajo. Así Dios tendrá mucho espacio en nuestro corazón, reservado *sólo* para él, y él podrá así reinar soberanamente en nuestro corazón y llenarlo de su luz.

Pero el que tiene también muchos *otros* tesoros está muy preocupado por ellos y su corazón no puede enfocarse en Dios, ni tampoco mora Dios abundantemente en un corazón dividido así. Por eso Santiago dice a los ricos: “Ricos, llorad y aullad por las miserias que os vendrán... Habéis vivido en *deleites* sobre la tierra, y sido disolutos; habéis *engordado* vuestros corazones como en día de matanza” (St 5, 1.5). Y sobre estos ricos, Jesús dice: “es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 24).

Pero “si quieres ser *perfecto* —dice Jesús—, anda, vende lo que tienes, y délo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mt 19, 21). Y la gran conclusión de Jesús sobre los tesoros terrenos es este dicho suyo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). En verdad, Jesucristo quiere que tengamos un solo tesoro, y éste en el cielo.

Los que tratan de tener dos tesoros, uno aquí en los placeres de este mundo, y, al mismo tiempo, el otro en el cielo son como el hombre que trata de servir a dos señores. Y esto —nos enseña Jesucristo— es imposible. “Ninguno puede servir a dos señores —dice—... no podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6, 24).

San Pablo, en la primera lectura de hoy, sobre todos sus sufrimientos por Cristo, es un ejemplo inspirador para todos de esta enseñanza. Cristo fue su único tesoro, por el cual él renunció a todo lo demás, y, como resultado, conoció la verdadera felicidad de Dios.

## ME GOZO EN LAS DEBILIDADES, AFRENTAS, Y PERSECUCIONES

Sábado, 11ª semana del año  
2 Cor 12, 1-10; Sal 33; Mt 6, 24-34

Hoy san Pablo dice: “por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12, 10). Parece que estos sufrimientos son el aguijón en su carne, del cual san Pablo habla hoy también, diciendo: “para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera” (2 Cor 12, 7). También Pablo oyó estas palabras del Señor: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Cor 12, 9). Por lo tanto, san Pablo concluyó, diciendo: “de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Cor 12, 9).

Al leer las cartas de san Pablo, sabemos que él sufrió mucho en su apostolado. Sufrió naufrago, azotes, y cárceles; fue apedreado, rechazado, escarnecido, y expulsado de muchas ciudades. Pero en todo esto Pablo fue unido a Cristo, y sufrió estas cosas como una participación en la cruz de Cristo (Col 1, 24; 2 Cor 4, 10). Sus sufrimientos lo unieron a Cristo, y así él pudo ofrecerse al Padre como un sacrificio de amor y donación de sí mismo junto con Cristo en el vínculo del Espíritu Santo, y experimentar, como resultado, la fuerza de Dios obrando en su debilidad humana (2 Cor 1, 5).

En vez de seguir el sentido común, como lo hace la mayoría, san Pablo siguió la voluntad de Dios para con él, que muchas veces parecía insensata a los hombres (1 Cor 1, 23.25), y él hizo la cosa correcta y sufrió por eso a los manos de los hombres. Pero al hacer así, él experimentó la gracia de Dios y el poder de Dios (2 Cor 12, 10.9); y en su debilidad y persecución por haber hecho lo correcto y lo recto, él conoció la consolación de Dios en su corazón y vivió en su luz (2 Cor 1, 5). Sobre esta experiencia san Pablo escribió: “de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Cor 1, 5). Si sufrimos afrenta a causa de Cristo, él nos consolará, bendiciéndonos con su luz y gracia. Y, de verdad, es mucho mejor vivir así con la luz y verdadera alegría de Cristo resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6) que vivir en lujo y placeres mundanos sin esta luz y alegría interior de Jesucristo en nuestro corazón.

Por eso san Pablo escogió el camino de obedecer la voluntad de Dios para con él aunque este camino le causó muchos conflictos en este mundo y mucho rechazo de la parte de los hombres. Pero en medio de todo este sufrimiento, él se regocijó en el Señor (2 Cor 12, 10). Por eso dice que “por amor a Cristo” se goza en las debilidades, en afrentas, persecuciones, etc., porque cuando es débil, entonces es fuerte en Cristo (2 Cor 12, 10). Así, pues, se gloria en sus debilidades, para que repose sobre él el poder de Cristo (2 Cor 12, 9).

## UNA VIDA EN EL DESIERTO

La Natividad de san Juan Bautista, 24 de junio  
Is 49, 1-6; Sal 138; Hch 13, 22-26; Lc 1, 57-66.80

Hoy celebramos la Natividad de san Juan Bautista. Juan fue llamado desde el seno de su madre para ser profeta del Señor y para preparar su camino (Lc 1, 16-17), y desde el seno de su madre fue lleno del Espíritu Santo (Lc 1, 15.41.44). Muchos se alegraron de su nacimiento (Lc 1, 14.58), y vivió “en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1, 80).

Desde su nacimiento su padre Zacarías profetizó sobre él, diciendo: “Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos” (Lc 1, 76). Él es el de que Malaquías profetizó, diciendo: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí” (Mal 3, 1; Lc 7, 27). Y el mismo Juan, ya adulto, dijo a los sacerdotes: “Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías” (Jn 1, 23; Is 40, 3). En resumen, Juan fue el precursor del Mesías.

¿Y qué exactamente profetizó Isaías sobre él? Dijo: “Voz del que clama en el desierto: Preparadle camino del Señor; enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios” (Lc 3, 4-6; Is 40, 3-5). Dios se verá en el desierto por los que están preparados; por eso, Preparad el camino del Señor.

Juan era esta voz clamando en el desierto. Parece que vivía en el desierto desde su juventud (Lc 1, 80), y estaba allí cuando oyó la palabra del Señor que le indicó el comienzo de su misión a Israel. San Lucas nos dice esto, diciendo: “vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, *en el desierto*” (Lc 3, 2). Ya estaba en el desierto antes de oír esta palabra del Señor. Allí vivía, preparándose para su misión. Y esta palabra una vez oída, él empezó “predicando en el desierto de Judea” (Mt 3, 1), preparando en el desierto el camino del Señor.

¿Y qué hizo Juan en el desierto? El ángel Gabriel le dijo a Zacarías su padre que Juan “irá delante del Señor...para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1, 17). Para hacer esta preparación, él se preparó a sí mismo primero al vivir en el desierto. ¿Y qué tipo de vida se puede vivir en el desierto? ¡Una vida austera, seguramente! Una persona que quiere una vida delicada entre los placeres de este mundo no irá al desierto. Aun Jesús nos dijo esto, diciendo sobre Juan: “¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito: He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti” (Lc 7, 25-27; Ex 23, 20; Mal 3, 1).

Claro que Juan no era un hombre delicado que vivía en deleites. Y sobre su vestidura, ¿qué nos dice san Marcos? Dice: “Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos” (Mc 1, 6), como el profeta Elías (2 Reyes 1, 8), con cuyo espíritu y poder él iba (Lc 1, 17). ¿Y sobre su comida? “...comía langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6), nos dice san Marcos. ¿Era una vida austera? ¡Sí, sin duda alguna!

Así se preparó Juan, viviendo en el desierto una vida solitaria y austera, una vida de oración y ayuno, lejos del mundo y sus caminos, placeres, y delicadezas, para preparar allí *otro* camino, el del Señor. Al vivir así, Juan es el prototipo de la vida monástica, que también es una vida austera en el desierto, lejos de los caminos y deleites del mundo, una vida de silencio, separada del ruido y de las conversaciones del mundo, una vida de soledad y oración, y de simplicidad y pobreza voluntaria, una vida llena de Dios, llena del Espíritu Santo, una vida que deja los placeres de este mundo para los del reino de Dios, una vida que deja todo para encontrar todo; o, en pocas palabras, la vida monástica es una vida con Dios, una vida vivida en el esplendor del amor divino que fluye entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

La vida de Juan en el desierto es una vida vivida *sólo* para Dios, renunciando a todos los otros placeres para tener un corazón completamente indiviso en su amor a él. Esta vida no quiere tener un corazón dividido entre los placeres de este mundo por una parte, y el amor de su Creador por otra parte. Al contrario, quiere ofrecerse completamente al Señor, y *sólo* al Señor, para ser completamente llena de él. Quiere literalmente y radicalmente que el Señor, y *sólo* el Señor, sea su *único* placer, en la medida que esto es posible.

Por eso Juan vivió en el desierto, o, como san Lucas nos dice: “estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1, 80). Él vivió en un sequedal terreno, pero allí experimentó revelaciones celestiales. Y los que quieren una vida llena de luz y paz celestial como la suya hacen lo mismo y siguen la pauta de su vida, que es la vida monástica. ¡Cuánto más uno puede seguir esta pauta, tanto mejor!

Ya preparado por medio de su vida con Dios en el desierto, lejos del mundo en su mundanidad y búsqueda inacabable de placer aquí abajo, Juan empezó su misión como profeta a Israel, y fue dado también —como profetizó Isaías— “por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta los confines de la tierra” (Is 49, 6). Como profeta, él tuvo que hablar la verdad que Dios le dio, y predicarla sin miedo a todos. Así él fue puesto, como lo fue el profeta Jeremías, “sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar” (Jer 1, 10). Así Juan el Bautista fue enviado para la renovación de Israel; y su vida es un ejemplo para todos.

## DESARROLLAMOS NUESTRA JUSTIFICACIÓN AL HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Jueves, 12<sup>a</sup> semana del año  
Gen 16, 1-12.15-16; Sal 105; Mt 7, 21-29

El evangelio de hoy es muy importante. Nos enseña qué importante es *hacer* la voluntad de Dios. Jesús nos dice hoy: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21).

Somos justificados por nuestra *fe* en Cristo. Entonces la presencia de Cristo en nosotros nos transforma, haciéndonos una nueva criatura (2 Cor 5, 17; Gal 6, 15; Apc 21, 5) para caminar en buenas obras (Ef 2, 10); y al fin del mundo, Cristo volverá y “pagará a

cada uno conforme a sus obras” (Mt 16, 27). Nuestras buenas obras manifiestan qué tipo de persona somos, si somos de Cristo o no, si somos una nueva creación en él o no, si hemos sido transformados y justificados o no. “...por sus frutos los conoceréis” (Mt 7, 20), dijo Jesús. Si somos un buen árbol, justificados, renovados, y salvados por Cristo, nuestros buenos frutos deben mostrar esto. Si no producimos buenos frutos al *hacer* la voluntad de Dios, entonces nuestra fe es muerta (St 2, 17) y nuestra justificación por la fe queda sin desarrollarse; y en el último día el Señor nos declarará: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt 7, 23).

Los que hacen la voluntad de Dios son como el hombre que edificó su casa sobre la roca, y no cayó cuando vino la tempestad (Mt 7, 24-25). Al contrario, el oír la palabra de Dios *sin hacerla* es como edificar la casa de nuestra vida sobre la arena, sin cimiento. Esta casa caerá cuando viene la tempestad (Mt 7, 26-27).

El mismo Jesús es el primero en obedecer la voluntad de su Padre, y en esto nos da un ejemplo para seguir. Dijo: “he descendido del cielo, no para hacer *mi* voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn 6, 38). Y dijo también de su propia obediencia: “el que me envió conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo *hago siempre* lo que le agrada” (Jn 8, 29). Y también dijo: “Mi comida es que *haga* la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn 4, 34). Él nos enseñó a orar: “*Hágase tu* voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt 6, 10), y en el Jardín de Getsemaní oró: “Padre mío, si no puede pasar de mi esta copa sin que yo la beba, *hágase tu* voluntad” (Mt 26, 42). Cuando “se le avisó, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera y quisieren verte. Él entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que *oyen* la palabra de Dios, y la *hacen*” (Lk 8:20-21).

¡Qué importante es, entonces, *oír* la palabra de Dios y *hacerla*! Los santos son los que *oyen, perciben, y hacen* la voluntad de Dios de una manera heroica, a pesar de toda persecución y sufrimiento de todo tipo por *hacerla*. Ellos son los verdaderamente transformados y divinizados, porque han desarrollado su justificación por sus obras.

## EN LA CRUZ DE CRISTO ESTÁ NUESTRA VIDA Y GLORIA

La solemnidad de san Pedro y san Pablo, 29 de junio  
Hch 12, 1-11; Sal 33; 2 Tim 4, 6-8.17-18; Mt 16, 13-19

Hoy celebramos la solemnidad de san Pedro y san Pablo, apóstoles y primeras columnas de la Iglesia. San Pedro fue la roca sobre la cual la Iglesia fue edificada, mientras que san Pablo fue el “expositor preclaro de sus misterios” (Prefacio). Es a Pedro que Jesús dio las llaves del reino de los cielos, y es san Pablo que proclamó la muerte salvadora de Jesucristo en la cruz y su gloriosa resurrección que nos justifican por nuestra fe en él. San Pablo se glorió en la cruz de Cristo y no quiso saber más que Cristo y él crucificado, diciendo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor 2, 2), y a los Gálatas escribió: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gal 6, 14). Nuestra fe está fundada en la doctrina de san Pablo, mientras que los sucesores de san Pedro aseguran su ortodoxia en cada edad. Así los teólogos pueden

edificar sobre este doble cimiento de Pedro y Pablo. El uno es nuestro guía; el otro, nuestro mistagogo.

La cruz de Cristo es el centro de todo. De ella viene nuestra justificación y santificación, como pregonaba san Pablo; y Pedro fue, el mismo, crucificado en Roma, boca abajo, por la fe que él profesó. San Pablo también vivió el misterio de la cruz que él predicó, estando apedreado, azotado, y encarcelado tantas veces, y al fin martirizado por su fe.

En la cruz está vida y resurrección. Por el sacrificio del Hijo de Dios, recibimos la salvación, el perdón de nuestros pecados, y una vida nueva en él. Por la fe en su muerte salvadora somos hechos justos —*justificados*—; y por su resurrección se nos ha dado un nuevo esplendor, junto con una vida resucitada y aun ascendida en el único Hijo de Dios ya resucitado y ascendido.

La cruz nos salvó, y por eso san Pablo no quiso saber “cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor 2, 2). Esto es su gloria. Y por medio de la cruz, Pablo también es muerto —más aún, es *crucificado*— al mundo, y el mundo a él (Gal 6, 14), para no vivir más según los criterios y juicios del mundo, sino sólo por Jesucristo que murió y resucitó por él (2 Cor 5, 14-15). El sacrificio del único Hijo de Dios en amor y la donación de sí mismo a su Padre por nosotros nos ganó del Padre el don del Espíritu Santo, el Espíritu del esplendor del amor divino, la remisión de todos nuestros pecados, y una vida nueva y ya resucitada en Cristo.

La muerte de Jesucristo nos ganó también un nuevo *tipo* de vida que imita la cruz, una vida de despojo, desprendimiento, y desapego de este mundo por amor a Jesucristo, para que nosotros también pudiéramos vivir este sacrificio de la cruz, sacrificándonos en amor y donación de nosotros mismos junto con Jesucristo en su sacrificio y adoración perfectos a su Padre en el Espíritu Santo, que nos llena del amor divino (Rom 5, 5). Así vivimos, nosotros también, crucificados a este mundo, y el mundo a nosotros, derramándonos así en amor y sacrificio al Padre. Así el Espíritu Santo es derramado en nuestros corazones abundantemente (Rom 5, 5) cuando imitamos la misma cruz que nos salvó.

Y san Pedro también nos enseña lo mismo, es decir: que debemos seguir las pisadas de Jesucristo crucificado. Él nos dijo: “Cristo padeció por nosotros, dejándonos *ejemplo*, para que sigáis sus pisadas” (1 Pd 2, 21). Y nos enseñó que debemos gloriarnos en nuestros padecimientos que sufrimos por causa de Cristo, porque así “el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pd 4, 13-14). Esta vida de la cruz es una vida de amor, una vida de sacrificio, una vida gozosa, porque es una vida ya resucitada y vivida en unión con Cristo resucitado por la gloria de Dios Padre en el vínculo del Espíritu Santo.

Estas dos columnas de la Iglesia —san Pedro y san Pablo— dan un testimonio poderoso por su predicación, por sus vidas, y por martirio, de este misterio de nuestra vida nueva en la cruz y resurrección de Jesucristo. Aunque estaban débiles al principio, Pedro negando a Cristo tres veces por miedo de una muchacha, y Pablo persiguiendo la Iglesia en su ignorancia, por la gracia de Dios, por la profesión y proclamación de su fe, por sus vidas dedicadas y por su martirio, estos dos apóstoles vinieron a ser las primeras columnas de la Iglesia, Pedro la roca sobre la cual es edificada, y Pablo el expositor preclaro de sus doctrinas.

## DIOS SE REVELA COMO UNA COMUNIDAD DE TRES EN UNO

Sábado, 12ª semana del año  
Gen 18, 1-15; Lc 1; Mt 8, 5-17

En la primera lectura hoy tenemos un episodio tan bello como misterioso, en que Yahvé Dios se revela a Abraham como una comunidad de tres personas que parecen ser intercambiables por una persona, que a veces habla con el verbo en singular —y en este caso el texto nos dice que es *Yahvé* que habla—, y que a veces hablan con el verbo en plural, como tres personas hablando a una. Este escena da la impresión que tenemos aquí tres personas en una, lo que los teólogos, hablando de la Santísima Trinidad, llaman *circuminsesio*, *coinherencia*, *compenetración* mutua, o, en griego, *perichoresis*. Es decir, cambian de tres en uno, y de uno en tres, e interpenetran sí mismas. Muchos Padres de la Iglesia han visto en este episodio una primera y bella vislumbre del misterio de la Santísima Trinidad, es decir, que Dios, aunque es uno, un ser, un Dios, contiene en sí, o es compuesto de, tres distintas divinas Personas que se aman entre sí, pero que hablan y actúan a una como un solo ser, y *son* un solo ser. Yo creo que debemos entender este texto en este sentido, como una primera revelación de este misterio.

El texto introduce esta aparición, diciendo: “Después le apareció (a Abraham) *Yahvé* en el encinar de Mamre... Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él” (Gen 18, 1-2). Al principio, Abraham habla a ellos en singular como a un solo ser, diciendo: “Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo” (Gen 18, 3). Entonces Abraham cambia y se refiere a ellos en plural como a tres personas, diciendo: “lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol” (Gen 18, 4). La conversación sigue así, variando entre singular y plural. Estos tres varones parecen uno y tres al mismo tiempo (*perichoresis*, *circuminsesio*, *intercompenetración*) —como un solo Dios, *Yahvé*, en tres Personas, como una primera y misteriosa revelación del misterio revelado con claridad sólo en el Nuevo Testamento, es decir, que sí, Dios es tres Personas en uno, tres Personas que interpenetran, pero que son unidas como un solo ser, como un solo Dios.

Los tres varones, después de comer “se levantaron de allí [plural]...y Abraham iba con ellos acompañándolos [plural]. Y *Yahvé* dijo [singular]: ¿Encubriré yo [singular] a Abraham lo que voy [singular] a hacer?” (Gen 18, 16-17). Estas tres Personas son el mismo *Yahvé* que habló a Abraham, con el verbo a veces en singular, y a veces en plural (“*Yahvé* dijo” Gen 18, 17; o “ellos dijeron” Gen 18, 9), es decir: *Yahvé* habló con Abraham a veces como un solo ser, y a veces como tres distintas personas hablando con él a una. Parece que el sagrado autor quiere decir que *Yahvé es* estas tres personas, estos tres varones, y que ellos pueden hablar como tres personas a una, o como un solo ser, *Yahvé*, en singular, sin problema.

La Santísima Trinidad no es claramente revelada hasta el Nuevo Testamento, pero aun así, si Dios es verdaderamente tres en uno, entonces, ¿por qué no podemos ver esta realidad revelándose misteriosamente aquí? Parece que el texto presenta estos tres varones como *Yahvé* revelándose a Abraham. Ellos, por ejemplo, preguntan a Abraham, ¿por qué se ha reído Sara?, pero el texto actual dice: “Entonces *Yahvé* dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara?” (Gen 18, 13). Mientras que son los tres varones que



preguntaron, el texto dice que *Yahvé* preguntó, usando el verbo en singular, y “Yahvé” como sujeto.

De verdad, el Dios que adoramos es una comunidad de tres Personas unidas en uno. Esta escritura nos presenta una vislumbre de este misterio hoy. Es el misterio maravilloso que Dios es una comunidad de amor entre tres Personas divinas distintas, cuyo amor entre sí es la luz del universo. Y Cristo vino para introducirnos a nosotros en este esplendor de su amor mutuo.

## ANDEMOS POR EL ESPÍRITU, Y NO POR LOS DESEOS DE LA CARNE

13° domingo del año

1 Reyes 19, 16.19-21; Sal 15; Gal 5, 1.13-18; Lc 9, 51-62

Las lecturas de hoy son muy fuertes, y nos desafían. En la primera lectura Elías llama a Eliseo para ser su sucesor, echando sobre él su manto, pero Eliseo ruega permiso para ir primero para despedirse de sus Padres. Después de hacer esto, Eliseo mató dos de sus bueyes y “con el arado de los bueyes coció la carne y la dio al pueblo para que comiesen. Después se levantó y fue tras Elías, y le servía” (1 Reyes 19, 21). Quemando así el arado, Eliseo indicó que ya ha dejado definitivamente su vida y ocupación anterior. No puede volver atrás ahora ya que ha quemado su arado, las herramientas de su sustento —ha quemado sus puentes detrás de sí.

En el evangelio de hoy Jesús llama a varios discípulos, exigiendo de ellos esta misma determinación, y aún más, porque cuando alguien quiso seguirlo, diciendo: “déjame que me despida primero de los que están en mi casa” (Lc 9, 61), mientras que Elías le dijo a Eliseo en esta circunstancia: “Ve, vuelve; ¿qué te he hecho yo?” (1 Reyes 19, 20), Jesús le dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lc 9, 62).

El punto es que Jesús nos llama de una manera completa y radical. Su llamado causa una ruptura total de los modos del mundo y de nuestro pasado y manera antigua de vivir. Es como un hombre que sale de su casa para seguir a Jesús sin aun despedirse de sus parientes y padres. Tan completa debe ser nuestra ruptura de los caminos, modos, y modas de este mundo.

Y, de verdad, así es una vida profundamente cristiana. Es una vida que deja todo, sin mirar hacia atrás. Si seguimos a Jesús radicalmente, perderemos todo lo que teníamos en este mundo, y empezaremos un nuevo camino. Jesús bendice todo aquel que deja casas, hermanos, padres, mujer, hijos, y tierras, diciendo que recibirá cien veces más en esta vida, y heredará la vida eterna (Mt 19, 29). Si queremos el tesoro escondido, tenemos que vender primero todo lo que tenemos ahora (Mt 13, 44). El tesoro escondido es una posesión más completa de Cristo.

La vida monástica trata de hacer esto de un modo muy radical, dejando el matrimonio y la libertad de viajar en el mundo, y viviendo siempre dentro de una clausura, sin cine, sin televisión, sin radio, para vivir una vida de oración y ayuno en el desierto, lejos del mundo y sus placeres, distracciones, atracciones, y tentaciones, para limpiar poco a poco

el corazón, para que Dios pueda vivir en él soberanamente, llenándolo de luz y paz celestiales. La vida monástica es una vida de purificación, en que nos purificamos de los deleites de este mundo, para los del reino de Dios. Por eso los monjes comen muy sencilla y austeramente y viven en general una vida que renuncia a los deleites y placeres innecesarios de este mundo. Así se purifican para experimentar mejor el amor de Dios resplandeciendo en sus corazones. Quieren un corazón indiviso en su seguimiento del Señor, no un corazón dividido entre él y los deleites de este mundo.

Podemos también entender la *segunda* lectura de hoy en este mismo contexto del llamado radical de Cristo de dejar todo y vivir sólo para él. San Pablo nos dice hoy: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra del Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gal 5, 16-17). Los deseos de la carne son muchos y de muchos tipos, no exclusivamente deseos sexuales. El hombre natural es guiado por estos deseos; pero si hemos recibido el Espíritu de Cristo, no debemos dejarnos llevar ni guiar más por los deseos carnales ni por los placeres de este mundo. Debemos más bien vivir en el Espíritu, porque —como dice san Pablo— “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gal 5, 24). Así, pues, “Si vivimos por el Espíritu —dice san Pablo—, *andemos* también por el Espíritu” (Gal 5, 25).

San Pablo dice que “también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne” (Ef 2, 3). Pero ahora él ha dejado de vivir por los placeres del cuerpo y de la carne, y vive en el Espíritu de Cristo, “porque —como dice— si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Rom 8, 13). “...porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Rom 8, 6).

El vivir según la carne, como dije, no se refiere exclusivamente a pecados sexuales. Hay muchas maneras en que podemos vivir según la carne, y, como resultado, morir espiritualmente. Una vida de placer mundano, aun si no es pecaminoso, mata el espíritu y divide y disipa el corazón; de hecho, *ciega* los corazones “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo” (2 Cor 4, 4).

Los que quieren vivir en la luz de Cristo y ser divinizados, viviendo una vida en el Espíritu, no viven más por los deseos de la carne, sino se dejan dirigir más bien por el Espíritu de Cristo. Por eso “vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 14). “Mortificad, pues, vuestros miembros, que están en la tierra” (Col 3, 5).

## SIN HABERLE VISTO, LO AMAMOS Y NOS ALEGRAMOS EN ÉL

La fiesta de santo Tomás, apóstol, 3 de julio  
Ef 2, 19-22; Sal 116; Jn 20, 24-29

Hoy vemos en esta fiesta de santo Tomás la importancia y la alegría que hay en creer en Jesucristo sin verlo. Tomás no creyó hasta que vio con sus propios ojos al Salvador resucitado y glorificado. Habiéndolo visto muriendo en la cruz, o habiendo por lo menos

oído de su muerte horrible por crucifixión, ahora, después de ocho días, lo ve resucitado y vivo, y más aún, con un cuerpo glorificado que puede pasar por puertas cerradas, porque en esta ocasión, Cristo, “estando las puertas cerradas,...se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros” (Jn 20, 26).

Santo Tomás vio mucho más que sólo a un hombre como cualquier hombre. Vio a un hombre que él supo era muerto, y él lo vio entrando por las paredes o por las puertas cerradas con un cuerpo glorificado; y en verdad el hombre a quien vio era el *mismo* Jesucristo porque lo vio con las llagas de su crucifixión en sus manos y en su costado, y fue incluso invitado a poner sus dedos y su mano en estas llagas. Él vio *mucho*, y creyó.

Y tenemos la seguridad de que, de verdad, vio todas estas cosas porque este relato no es un cuento que la Iglesia pudiera haber inventado. *¿Quién inventaría un cuento sobre un apóstol que no creyó en la resurrección de Jesucristo?* Los apóstoles fueron personas veneradas por la Iglesia. Si esto no fuera verdad, ¿quién osaría inventarlo? ¿Y cómo pudiera la Iglesia haber recibido y aceptado un relato tal si no fuera verdad? Claro que nadie osaría inventar un cuento en que un apóstol venerado diría: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré” (Jn 20, 25).

Este apóstol dudoso terminó siendo el apóstol que dio el testimonio más grande que todos sobre Jesucristo, diciendo, al fin, cuando lo vio resucitado y glorificado con sus llagas: “¡Señor mío, y Dios mío!” (Jn 20, 28). ¡Él creyó al fin, y no sólo creó que Jesús resucitó de la muerte, sino más aún que él era el *mismo Dios*! Este es uno de los testimonios más grandes y más desarrollados de todo el Nuevo Testamento. Ahora sí, santo Tomás cree que Jesús es Dios, el Hijo del Padre, que siempre ha vivido junto al Padre, porque si es Dios, ha existido desde siempre junto a Dios Padre.

Sobre esta fe de santo Tomás, nosotros podemos ahora edificar nuestra fe, nuestra fe en la Santísima Trinidad, es decir, que Dios es tres, unidos en uno, que Dios no existe solo, sino siempre vive en unión con dos otras divinas Personas, su Hijo y el Espíritu Santo. Esta gran revelación nos enseña que, de verdad, Dios es amor (1 Jn 4, 16). *¿Y a quién ama Dios?* Ama a su Hijo, y el esplendor de este amor es el Espíritu Santo, que el Padre envió al Hijo a la tierra para soplar en nosotros, para que tuviéramos este mismo espléndido amor divino, que siempre fluye en Dios, fluyendo también en nosotros. Por eso él derramó su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5).

Diferente de santo Tomás, nosotros no hemos visto con nuestros propios ojos a Jesucristo después de su muerte, con sus llagas, resucitado y glorificado, pasando por una pared e invitándonos a poner nuestra mano en sus llagas, pero aun así podemos creer en él por igual que los apóstoles, y creyendo, nos regocijamos igualmente como ellos. Así afirma san Pedro, diciendo que a Jesucristo “amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pd 1, 8-9). Es verdad lo que Jesucristo dijo hoy a santo Tomás: “bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Jn 20, 29). Ellos, somos nosotros, y Jesús nos bendice, diciendo que somos dichosos o felices, porque esta fe que tenemos nos da tanta alegría y gozo de espíritu.

Así es la vida cristiana. Tan sólo porque no lo vemos a Jesucristo, esto no quiere decir que no lo experimentamos. Al contrario, lo amamos, y nos alegramos “con gozo inefable y glorioso” (1 Pd 1, 8), tanto como los apóstoles que lo vieron con sus ojos. Esto es porque para nosotros “por fe andamos, no por vista” (2 Cor 5, 7). Nuestra vida es una

vida con Cristo, es una vida de fe, no de vista; pero esta vida de fe tiene mucha paz, alegría, y amor, como afirma san Pedro. Por eso Jesucristo, antes de morir, rezó por nosotros que creeríamos en él después, diciendo: “mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que *han de creer en mí por la palabra de ellos*” (Jn 17, 20). Estos, somos nosotros, que no lo hemos visto como santo Tomás, pero que lo hemos creído y amado; y en este amor está toda nuestra alegría; y nos regocijamos “con gozo inefable y glorioso” (1 Pd 1, 8). La fe, y una vida integral de fe, es el cimiento de este gozo glorioso. De verdad, “*bienaventurados los que no vieron, y creyeron*” (Jn 20, 29).

## NO DEBEMOS VOLVER ATRÁS

Homilía de viernes, 13ª semana del año  
Gen 23, 1-4.19; 24, 1-8.62-27; Sal 105; Mt 9, 9-13

Hoy en la primera lectura Abraham envía a su siervo a Mesopotamia, a la tierra de origen de Abraham, para tomar de allá, de su parentela, una mujer para su hijo Isaac. Es muy importante para Abraham que su hijo Isaac *nunca vuelva a la tierra de donde Abraham salió*. Por eso Abraham envía a su criado allá en vez de enviar a Isaac.

El criado le preguntó a Abraham, diciendo: “Quizá la mujer no querrá venir en pos de mí a esta tierra. ¿Volveré, pues, tu hijo a la tierra de donde saliste? Y Abraham le dijo: Guárdate que *no vuelvas a mi hijo allá...* Y si la mujer no quisiere venir en pos de ti, serás libre de este mi juramento; solamente que *no vuelvas allá a mi hijo*” (Gen 24, 5-6.8).

¿Por qué fue tan importante a Abraham que su hijo no volviera allá? Es porque — como dijo Abraham— “Yahvé, el Dios de los cielos...*me tomó de la casa de mi padre y de la tierra de mi parentela*, y me habló y me juró, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra” (Gen 24, 7). Abraham habita ahora, como un extranjero, en la tierra de la promesa, que Dios le dio. Si él volviera a la tierra de su *familia*, sería demasiado difícil para él no volver también a creer y vivir como ellos. La presión social sería demasiado grande. Pero sí, en esta nueva tierra, viviendo aquí como extranjero, *puede* vivir una vida nueva con nuevas creencias, prácticas, y costumbres, las que Dios le está enseñando.

Dios lo llamó de su tierra original y se le reveló, diciendo: “Vete *de tu tierra y de tu parentela*, y *de la casa de tu padre*, a la tierra que te mostraré” (Gen 12, 1). El vivir en esta nueva tierra fue para Abraham una vocación dada a él por Dios, es decir, fue *parte* de su llamado a dejar los dioses falsos de su parentela, y servir en adelante sólo a Yahvé con todo su corazón. Sólo en esta nueva tierra pudiera él hacer esto bien. La misma tierra, es decir, el lugar en donde vivía ahora, fue *una parte integral* de su llamado, de su vocación. El volver a la casa de su *padre* y a la tierra de su *parentela* sería *ir atrás*, sería poner su mano en el arado y mirar hacia atrás (Lc 9, 62), porque ellos no viven como él vive ahora, y ellos le forzarían a volver a vivir otra vez como ellos viven, si él volviera allá. El volver así a su *familia* sería una tentación demasiado fuerte a volver también a su propia *manera anterior* de creer y vivir. Aun por su hijo, Isaac, el volver allá sería como volver al mundo del cual Dios lo llamó a Abraham y a su descendencia.

Jesucristo también nos llama a nosotros de una manera semejante con un llamado radical, y nos dio una nueva manera de creer y vivir —sobre todo en la vocación monástica— que debemos seguir sin volver atrás, sin volver a donde salimos, sin volver al mundo del cual él nos llamó, sin volver a las costumbres paganos o mundanos de los cuales él nos llamó. Él no quiere que, poniendo nuestra mano en el arado, miremos hacia atrás (Lc 9, 62).

De verdad, como Abraham, una vez salido de Mesopotamia, no pudo regresar allá, tampoco nosotros, una vez salidos del mundo y de sus caminos, costumbres, prácticas, y placeres, no podemos ni debemos ir, ni siquiera mirar, hacia atrás. No debemos regresar de donde salimos. No debemos ir atrás en nuestra vocación, ni debemos volver al mundo ni a una vida mundana. No debemos volver a sus costumbres, caminos, prácticas, y placeres, sino debemos ser como san Mateo, a quien Jesús llamó hoy. Y Jesús “le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió” (Mt 9, 9).

Así hizo Abraham. Así debemos hacer nosotros. Dios nos llamó a una vida nueva, a una tierra nueva, y no debemos ir, ni siquiera mirar, hacia atrás. Es como la vocación de un monje, que ahora vive en su desierto, en su monte, en su monasterio, y no debe volver más de donde vino, ni debe volver más a las prácticas que dejó atrás.

## LA CRUZ DE CRISTO NOS TRAE LA NUEVA CREACIÓN

14° domingo del año

Is 66, 10-14; Sal 65; Gal 6, 14-18; Lc 10, 1-12.17-20

Hoy oímos las palabras bien conocidas de san Pablo sobre la cruz como su única gloria, y cómo él, Pablo, es crucificado al mundo. Entonces en el versículo siguiente san Pablo habla sobre la nueva creación. Creo que hay una conexión entre estos dos versículos que siguen el uno después del otro en secuencia. Aquí están las palabras de san Pablo que oímos hoy: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gal 6, 14-15).

¿Qué, entonces, es la conexión entre la cruz y la nueva creación? La conexión es precisamente que la cruz *nos trae* la nueva creación. La cruz hace nuevas todas las cosas. Nos libra del peso y de la pena de nuestra culpabilidad y pecado. La cruz libra nuestro espíritu y conciencia (Gal 5, 1.13), y nos hace nuevos, una nueva creación (2 Cor 5, 17), una nueva criatura (Gal 6, 15), un hombre nuevo (Ef 4, 24), dándonos una vida nueva y resucitada (Rom 6, 4).

La cruz es, por supuesto, primeramente, la muerte de Jesucristo. Pero esta no es una muerte ordinaria de un hombre ordinario. Es, más bien, la muerte sacrificial y la donación de sí mismo en amor al Padre del unigénito Hijo de Dios, igual al Padre en divinidad. ¡Ahora bien, esto es algo sumamente especial! La cruz es, por eso, un acontecimiento único en la historia del mundo, en lo que afecta al hombre. La cruz es también un acontecimiento único en la historia de Dios. Es un acontecimiento único en la historia de la Trinidad. Es, en efecto, *un acontecimiento intratrinitario clave* afectando la deidad.

En la cruz, el Padre ofrece a su unigénito Hijo por nosotros; y, en la misma cruz, el unigénito Hijo se ofrece a sí mismo en sacrificio de amor a su Padre por nosotros. De verdad, este es un acontecimiento de importancia crucial en la vida de la Santísima Trinidad. Jamás ha sucedido una cosa semejante anteriormente; y nunca sucederá otra vez en el futuro. El Padre está profundamente afectado por el amor de su Hijo, como él se ofrece a sí mismo hasta la muerte en un sacrificio y oblación de sí mismo en amor filial a su Padre en la cruz.

Pero, en otro sentido, creo que esta pauta de actuar por parte de la Santísima Trinidad ha estado aconteciendo desde hace mucho tiempo, aun antes del nacimiento de Jesucristo en Belén y, de hecho, ha sucedido, yo creo, desde toda la eternidad. El Hijo, que siempre existía y que siempre estaba con su Padre desde toda la eternidad, en la noche de la eternidad, aun desde antes de la fundación del mundo, ha estado siempre ofreciéndose a sí mismo según esta pauta a su Padre.

Primeramente, él *siempre* era un Hijo, y el Padre siempre tenía un Hijo. El Hijo nació del Padre, pero nunca había un tiempo antes de que naciera. Nunca había un tiempo cuando el Hijo no era, y por eso el Padre era también siempre un Padre que siempre tenía un Hijo. Nunca había un tiempo cuando el Padre no tenía un Hijo, y por eso nunca había un tiempo cuando el Padre no era un Padre. Estas dos divinas Personas siempre existían en esta relación eterna entre sí de Hijo al Padre, y del Padre al Hijo.

Creo que el Hijo siempre relacionó como esto de una manera filial hacia su Padre como un Hijo perfecto en amor, en adoración, en obediencia, y en sumisión perfecta a su Padre, aunque era completamente igual en divinidad con su Padre.

Por eso, creo que lo que Jesucristo hizo en forma encarnada en la cruz es realmente lo que él siempre hacía de una manera no encarnada, aun antes que naciera en Belén, incluso antes de la creación del mundo, es decir, desde toda la eternidad, a saber: que el Hijo siempre se ofrecía al Padre en amor filial perfecto, y en sumisión, obediencia, y adoración perfectas como el Hijo perfecto en una relación perfecta de Hijo a su Padre.

Si hay algo que podemos decir con certitud y sin duda alguna sobre las Personas divinas de la Santísima Trinidad, es que ellos son *relacionales*. Los teólogos nos dicen que ellos son *relación pura*, relación pura de Padre al Hijo, y del Hijo al Padre, relación filial pura del Hijo al Padre, y relación paterna pura del Padre al Hijo. Y la relación misma que los une en amor perfecto es el Espíritu Santo, el Espíritu de su relación de amor mutuo.

Por eso el Padre siempre fue agradado infinitamente por esta ofrenda de sí mismo en donación amorosa de sí mismo de su unigénito Hijo. Y como resultado, el Padre siempre ha derramado sobre su Hijo amado al Espíritu de su propio amor divino, es decir, al Espíritu Santo, que cubrió al Hijo de esplendor y gloria. Por eso el Hijo siempre ha vivido en el esplendor y la gloria del Padre. El Padre siempre ha iluminado al Hijo; y el Hijo, en su turno, siempre ha devuelto esta misma respiración amorosa del Espíritu Santo a su Padre, así iluminando al Padre con su propio esplendor y gloria. Así cada uno siempre ha vivido en el esplendor y la luz del otro, cada uno iluminando e iluminado por el otro. Así vivían desde toda la eternidad en el vínculo del Espíritu Santo, el Espíritu de su amor mutuo.

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, el Padre, en su amor, envió al Hijo para encarnarse en carne humana. Así pues, ahora, en carne humana, el Hijo sigue esta misma pauta eterna del ofrecimiento de sí mismo a su Padre en perfecto amor filial, en

obediencia, sumisión y adoración, pero esta vez hay una diferencia. Esta vez el Hijo puede ofrecerse verdaderamente como un verdadero sacrificio hasta la muerte, porque ahora, por primera vez, puede sufrir y morir. Así lo hace en la cruz, siguiendo el mismo patrón de donación amorosa de sí mismo y sumisión en que siempre se ha ofrecido a su Padre.

Como resultado, el Padre es tan agradado —infinitamente agradado, en efecto— que él, como siempre ha hecho, derrama sobre su Hijo a su Espíritu Santo, que esta vez lo resucita de la muerte; y entonces, por el Hijo y junto con él, el Padre respira este mismo Espíritu Santo sobre toda carne humana, es decir, sobre todos los que comparten una naturaleza común con su Hijo amado y creen en él.

Esta, entonces, es la efusión mesiánica del Espíritu Santo, profetizada por los profetas (Joel 2, 28-29). Esta efusión mesiánica del Espíritu Santo derrama el amor de Dios en nuestros corazones (Rom 5, 5) y nos hace hijos adoptivos de Dios en el unigénito Hijo (Rom 8, 14-15), ganándonos el perdón total de nuestros pecados, y la vida eterna con Dios, la cual perdimos por el pecado de Adán. Esta, entonces, es la nueva creación traída a nosotros por la cruz de Cristo (2 Cor 5, 17; Apc 21, 5).

## UNA VIDA DE ORACIÓN Y AYUNO DEDICADA ÚNICAMENTE AL SEÑOR

La solemnidad de san Benito, 11 de julio

Prov 2, 1-9; Fil 3, 8-14; Mt 19, 27-29

Hoy celebramos la solemnidad de san Benito, padre de los monjes del Oeste. San Benito dejó el mundo para vivir únicamente para Dios. Así, pues, rezamos en la oración colecta de hoy: Padre, “haz que, a ejemplo de san Benito, te busquemos a ti únicamente”. San Benito dejó todo lo demás de este mundo para ser pobre a los ojos de los hombres, pero rico a los ojos de Dios su Señor, el único Señor de su vida y el único a quien él sirvió (Mt 6, 24).

San Benito quiso ser uno de los benditos pobres de espíritu que heredarán el reino de Dios (Mt 5, 3). Él aprendió que los que han dejado todo recibirán cien veces más en esta vida (Mt 19, 29), y por eso se dedicó a vivir como un ermitaño y monje, dejándolo todo. Así él se hizo uno de los últimos de este mundo, para ser entre los primeros en el reino de Dios (Mt 19, 30).

San Benito no quiso ser sobrecargado con las riquezas de esta vida ni rodeado de sus entretenimientos y placeres, porque supo que “difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos” (Mt 19, 23), sabiendo que “es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 24). Por eso él se hizo pobre y se despojó de los entretenimientos y placeres de este mundo para tener su felicidad sólo en Dios, y así crecer más en su relación con él.

San Benito abandonó una cultura, como la nuestra, dedicada a entretenimientos, para una vida austera y silenciosa, una vida de ayuno, mortificación, oración, y lectura espiritual, y empezó su vida nueva al dejar el mundo y vivir en una cueva en Subiaco por tres años (san Gregorio Magno, *Dialogo* II.1). San Benito, como san Pablo, fue crucificado al mundo, y el mundo a él por su unión con la cruz de Jesucristo (Gal 6, 14).

Así san Benito comenzó *un nuevo tipo* de vida, que tiene un solo tesoro, y éste en el cielo, porque supo que “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt 6, 21). Por eso él sirvió sólo a un Señor, sabiendo también que es imposible servir a dos señores, a Dios y a las riquezas (Mt 6, 24).

Así san Benito escogió la puerta estrecha y el camino angosto de la vida, sabiendo que “ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y *muchos* son los que entran por ella” (Mt 7, 13), pero “estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la *vida*, y *pocos* son los que la hallan” (Mt 7, 14). Él quiso ser entre estos *pocos* que hallan la *vida*, y por eso escogió el camino *angosto* y la puerta *estrecha*.

San Benito quiso vivir por Cristo con *todo* su corazón, con un corazón *indiviso* en su amor a él (1 Cor 7, 32-35), no un corazón dividido entre los entretenimientos y placeres de este mundo. Sólo así puede uno vivir verdaderamente en la luz y paz de Cristo, que los entretenimientos de este mundo ahogan, como los espinos ahogan la semilla sembrada entre ellos (Lc 8, 14). Él no quiso ser ahogado por este mundo. También quiso que Cristo fuese el *único* esposo de su alma (2 Cor 11, 2), queriendo vivir sólo por él en una relación exclusiva y nupcial, y por eso renunció al matrimonio, para vivir una vida célibe, la cual supo era mejor (1 Cor 7, 32-35.38).

San Benito aprendió que “todo el que quiera salvar su vida la perderá;” y todo el que pierda su vida por causa de Cristo y del evangelio, la salvará (Mc 8, 35). Salvando su vida en este mundo no le atrajo, y por eso decidió *perder* su vida por Cristo, sacrificando su vida en este mundo con él, ofreciéndose en amor al Padre como el mismo Cristo, que “se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2).

Así san Benito fue como el hombre que descubrió un tesoro escondido en un campo, y se fue, como este hombre, y vendió todo para obtener este tesoro, que es el reino de Dios en su alma (Mt 13, 44). Cristo fue su perla preciosa, que sólo se obtiene al precio de todo lo demás (Mt 13, 45-46), y por eso san Benito fue dispuesto a perder todo, como este mercader de perlas, para obtenerla y regocijarse con la verdadera felicidad de Jesucristo.

San Benito quiso ser un verdadero discípulo, sirviendo a Cristo, y sólo a él, con todo el amor de su corazón, con un corazón puro y indiviso, no dividido por las cosas de este mundo, y así cumplió el dicho de Jesús cuando Jesús dijo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). Para san Benito, como para san Pablo, perdiendo todo, él se consideró ganador, estimando todo lo que perdió por Cristo como nada más que pérdida y basura en comparación con lo que ganó (Fil 3, 7-8).

San Benito escribió una regla para sus seguidores, los monjes, dándoles una vida austera y nueva, pero equilibrada, una vida de ayuno —nunca desayunaban y comían sólo una vez al día seis meses del año— y de oración —su oficio de vigiliias tuvo doce salmos—. Sí, una vida austera, sin duda alguna, y silenciosa, una vida lejos del mundo, y dedicada únicamente al Señor en oración, trabajo silencioso, y lectura espiritual. Esta es la vida que nuestro padre san Benito nos legó a nosotros, los monjes del Oeste.

## CÓMO LA MISIÓN CRISTIANA SE EXTENDE



Jueves, 14ª semana del año  
Gen 44, 18-21.23-29; 45, 1-5; Sal 104; Mt 10, 7-15

Hoy Jesús envía a sus doce apóstoles en misión para predicar que el reino de los cielos se ha acercado, y para sanar enfermos, limpiar leprosos, resucitar muertos, y echar fuera demonios. Ellos deben ir con el poder de Jesucristo, y extender su reino. Entonces, antes de enviarlos, les dijo que habrá también persecuciones, diciendo: “Y si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad” (Mt 10, 14-15).

En la primera lectura oímos la historia del patriarca José, cuya vida ilustra esta enseñanza de Jesús. Vemos cómo él fue vendido en esclavitud en Egipto por sus propios hermanos por haberles contado los sueños que Dios le dio. Entonces en Egipto, fue falsamente acusado por la mujer de Potifar y echado en prisión. Pero no fue vencido por estas cosas. Más bien continuó adelante haciendo el bien, primero en la casa de Potifar, y después en la prisión. Al fin, fue librado y puesto en el servicio del Faraón, y vino a ser gobernador de todo Egipto, donde ahora está en una posición para poder perdonar y salvar a sus hermanos y a todo su pueblo, el pueblo de Dios. Su persecución, en efecto, lo capacitó para llegar a esta posición en que pudo hacer tanto bien para el pueblo de Dios. Hizo lo que Jesús dijo que sus apóstoles deben hacer en la persecución. Él simplemente sacudió el polvo de sus pies, y continuó haciendo el bien.

Cuando Jesús envió a los setenta y dos, un poco después, les dijo que, además de sacudir el polvo de sus pies, deben también *decir* al pueblo: “Aun el polvo de vuestra ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Pero esto sabed, que el reino de Dios se ha acercado a vosotros” (Lc 10, 11). Es decir, el predicador del evangelio no debe desanimarse y ser vencido por una recepción tan mal como esta. Más bien debe esperarla, porque él predica un mensaje que desafía al pueblo, y muchas veces lo desafía más que el pueblo quiere ser desafiado. En este caso, él debe simplemente ir a otro lugar y seguir predicando el evangelio allá también, como lo hizo san Pablo tantas veces; y sabemos que grande efecto que él tenía. Gracias a Dios que no se desanimó por sus muchas persecuciones.

San Pablo, por lo menos una vez, hizo literalmente lo que Jesús recomienda aquí. Cuando los judíos instigaron a los gentiles para que expulsen a Pablo y Bernabé de sus límites, san Lucas nos dice que “Ellos entonces, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, llegaron a Iconio. Y —añade Lucas— los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hch 13, 51-52). Esta persecución, en efecto, ayudó la misión de la Iglesia, porque forzó a Pablo a volver a los gentiles. Debe hacer lo mismo para nosotros. Quizás Dios está llamándonos por medio de este camino a extender nuestra misión a un mundo más amplio.

NO NIEGUE A CRISTO PARA EVITAR LA PERSECUCIÓN

No debemos tener miedo de la persecución, ni cambiar erróneamente nuestro comportamiento para evitarla. Más bien debemos esperar la persecución si estamos siguiendo a Cristo y haciendo la voluntad de Dios. Este es el mensaje de las lecturas de hoy. Jesús nos dice hoy que un discípulo no es más que su maestro. Debe más bien ser contento de ser *como* su maestro, es decir, ser perseguido por hacer la voluntad de Dios, como lo fue su maestro, como afirma Jesús hoy, diciendo: “Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa? Así que, no los temáis” (Mt 10, 25-26). Y en el evangelio de san Juan, Jesús dice: “El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn 15, 20), y “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Jn 15, 18).

No debemos dejar que el mundo moderno nos intimide, para que olvidemos a Dios o imitemos sus caminos para evitar la persecución. Jesús dice hoy: “no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt 10, 28). Sí, el mundo puede “matar el *cuerpo*”, puede perseguirnos por ser diferentes de él, por no seguir sus caminos, por ser correctamente contracultural, y por nadar cabalmente contra su corriente, pero no puede destruir nuestra *alma*.

El imitar la mundanidad del mundo, en cambio, sí, puede destruir nuestra *alma*. *Esto* es lo que debemos temer y evitar a todo precio, incluso al precio del martirio. Debemos, por lo tanto, temer a él que puede destruir tanto el *alma* como el cuerpo en el infierno. Y recuerda que Jesús dice hoy: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32-33). Negamos a Jesucristo ante los hombres cuando imitamos la mundanidad del mundo para evitar su persecución de nosotros.

Tampoco debemos tener vergüenza de obedecer a Dios a los ojos de los hombres, porque Jesús también dice: “el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Mc 8, 38). Así, pues, no debemos *conformarnos* a este mundo, sino *transformarnos* en nuestro entendimiento (Rom 12, 2), como dice san Pablo. En vez de tener miedo de proclamar a Cristo por nuestra vida delante del mundo, debemos más bien predicar la verdad de Cristo desde las azoteas, como Jesucristo nos dice hoy (Mt 10, 27).

En la primera lectura vemos lo que la persecución por seguir la voluntad de Dios hizo al patriarca José. Sus hermanos lo vendieron en esclavitud en Egipto por contarles sus sueños, dados a él por Dios. Entonces en Egipto, porque rechazó las invitaciones pecaminosas de la mujer de Potifar, ella, por ira y por venganza, lo acusó falsamente, y José fue encarcelado; pero fue en esta cárcel que él hizo los contactos que más tarde lo capacitarían a entrar en el servicio del Faraón, y venir a ser gobernador de todo Egipto, y así ser capaz de salvar al pueblo de Dios, como él dice hoy en el versículo clave de la historia de José: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien...para mantener en vida a mucho pueblo” (Gen 50, 20). Su ser perseguido por su bondad lo puso en una posición en que pudo salvar al pueblo de Dios. El ser perseguidos hará lo

mismo para nosotros. Por eso no debemos tener miedo de la persecución, ni erróneamente cambiar nuestra dirección para evitarla.

No niega a Cristo para evitar la persecución. La persecución te capacitará para entrar en una posición en que puedes salvar a muchos.

## ESCOGE LA VIDA, PARA QUE VIVAS TÚ Y TU DESCENDENCIA

15° domingo del año

Dt 30, 10-14; Sal 68; Col 1, 15-20; Lc 10, 25-37

Hoy oímos los dos grandes mandamientos que Jesucristo nos dio: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (Lc 10, 27). Estos dos mandamientos son la llave para entrar en la vida y felicidad que Dios quiere darnos. Todo el Antiguo Testamento fue una preparación para esta vida nueva en la luz que tenemos en Cristo, que nos “hizo aptos para *participar* de la herencia de los santos en *luz*; el cual nos ha *librado* de la potestad de las tinieblas, y *trasladado* al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col 1, 12-14). Es un nuevo mundo, una nueva creación, y nosotros somos hombres nuevos en Jesucristo, perdonados por su sangre de nuestros pecados y renovados para vivir una vida nueva con él en la luz.

Pero todo esto, aunque es un don gratuito de Dios, depende también de nuestra fe y vida de fe, depende también de nuestra cooperación con su gracia. Depende de nuestro seguimiento de los dos primeros mandamientos. En la primera lectura, Dios nos dice que él nos dará todas sus bendiciones si tan sólo nos convertimos a él con todo nuestro corazón. Esta vida de bendiciones será tuya, “cuando obedecieres a la voz del Señor tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos...cuando te convirtieras al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma” (Dt 30, 10).

Aunque hemos perdido todo al desobedecerlo, si nos arrepentimos y nos convertimos de nuevo y de todo corazón, él nos recibirá y nos bendecirá otra vez, y aun más que anteriormente. Si lo obedecemos y lo amamos con todo nuestro corazón, haciendo su voluntad en todo lo que él nos pide, entonces él nos colmará de bien. Pero “si tu corazón se apartare y no oyes, y te dejares extraviar, y te inclinares a dioses ajenos y les sirvieres, yo os protesto —dice el Señor— que de cierto pereceréis; no prolongaréis vuestros días sobre la tierra adonde vais” (Dt 30, 17-18). Podemos escoger: la vida o la muerte; depende de nuestra obediencia a la voluntad de Dios. Si seguimos los caminos falsos y engañosos de este mundo, viviendo una vida de entretenimiento y placer, pereceremos y estaremos echados fuera en las tinieblas. Debemos escoger. “...os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición —dice el Señor—; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando al Señor tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndolo a él; porque él es vida para ti” (Dt 30, 19-20).

Todo esto nos viene como un don de Dios por los méritos de Jesucristo cuando creemos en él; pero tenemos que cooperar con esta vida nueva, con esta vida divina al amarlo con todo nuestro corazón y obedecerlo. El obedecerlo *es* amarlo. Nuestra obediencia pone en acción nuestro amor (Jn 14, 21.23.24; 15, 10.14). El que no le

obedece, no lo ama. Por eso si cooperamos con su acción justificadora, amándolo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, él circuncidará nuestro corazón (Dt 30, 6), y entonces todas sus bendiciones seguirán: “Y te hará el Señor tu Dios *abundar* en toda obra de tus manos, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, para bien; porque el Señor volverá a gozarse sobre ti para bien” (Dt 30, 9).

Pero para entrar en todas estas bendiciones, tenemos que convertirnos con *todo* nuestro corazón para amarlo con todo nuestro corazón y obedecerlo en todo. Por eso, dice el Señor, cuando “te convirtieres al Señor tu Dios, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy...con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces el Señor hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos” (Dt 30, 2-3). Si volvemos a él y nos arrepentimos, él nos escogerá otra vez y nos bendecirá y nos mostrará su rostro.

Y esto “no es demasiado difícil para ti, ni está lejos” (Dt 30, 11). Es algo muy cerca de nosotros para que podamos cumplirlo y entrar en las bendiciones de Dios. Así participaremos “de la herencia de los santos en *luz*” (Col 1, 12), y estaremos trasladados “al reino de su amado Hijo” (Col 1, 13). Esto no es algo difícil, pero cambiará toda nuestra vida.

Vivimos en una cultura de entretenimientos y placer, como nos está enseñando el Padre Michael Casey cada día en la oración del mediodía. Sí, no es difícil, pero si vivimos sólo para Dios, amándolo con todo nuestro corazón y obedeciéndolo en todo lo que él nos pide, esto convertirá completamente la dirección de nuestra vida. No seremos lo mismo; no viviremos de la misma manera que antes. Viviremos sólo para Dios y para el servicio de nuestro prójimo.

Viviremos una vida de ayuno y ascetismo, de oración y pobreza voluntaria, de simplicidad y silencio, una vida de recogimiento y amor, una vida, en resumen, bien diferente del estilo de nuestra cultura de entretenimiento y placer. Nuestro placer y felicidad serán sólo en Dios, en su amor, en su luz, en la lectura espiritual, en hacer su voluntad, y en vivir en unión con él. Los entretenimientos de este mundo son sólo una distracción de todo lo que es verdadero y auténtico, de todo lo que regocija verdaderamente el corazón.

Por eso “os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición —dice el Señor—; escoge, pues, la *vida*, para que *vivas* tú y tu descendencia; amando al Señor tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndolo a él; porque él es vida para ti” (Dt 30, 19-20).

## MI YUGO ES FÁCIL, Y LIGERA MI CARGA

Jueves, 15<sup>a</sup> semana del año  
Ex 3, 13-20; Sal 104; Mt 11, 28-30

Hoy Jesús dice que quiere darnos descanso y alivio de nuestros trabajos y cargos; y en vez de llevarlos, él nos dará su propio yugo, que él dice es fácil y ligero; y dice que si llevamos su yugo con humildad, siguiendo su ejemplo, hallaremos descanso para nuestras almas. Sus palabras son las siguientes: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que

soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligero mi carga” (Mt 11, 28-30).

Esta es la doctrina de los *anawim*, los pobres de Yahvé del Antiguo Testamento. Ellos son los que han perdido todo de este mundo, excepto Dios, y que dependen únicamente de él por todo. Han sido humillados por los acontecimientos de la historia, y ahora no tienen la dignidad que viene de posesiones. Son los pobres y humildes de la tierra ahora, pero han aprendido a llevar el yugo de la *Tora* (la ley de Dios) y a *seguir totalmente* la ley y la voluntad de Dios, y en esto encuentran toda su felicidad, que han descubierto es más grande que la que perdieron.

El mismo Jesús se presenta ahora como uno de ellos. “Aprended de mí —dice— que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). Y él entró la Ciudad Santa como uno de ellos, uno de estos benditos *anawim* de Yahvé, como profetizó Zacarías: “He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga” (Mt 21, 5; ver Zac 9, 9). Estas palabras de Jesús son necesarias y bienvenidas, palabras para acoger con alegría, palabras que sanan corazones cargados y agobiados. Si el yugo de la *Tora* pudo salvar las a almas del Antiguo Testamento, cuanto más el yugo ligero y fácil de Jesucristo.

El yugo de Jesucristo es la cruz, que él nos invita a llevar con él cada día (Lc 9, 23). La cruz nos hará los *anawim* del Nuevo Testamento, cumpliendo los del Antiguo Testamento. En la cruz, que llevamos como nuestro yugo, nos sacrificamos a Dios, sacrificando todo lo de este mundo, como los nuevos pobres del Señor, viviendo, como ellos, únicamente para el Señor en todo aspecto de nuestra vida, y descubriendo que es mejor así y que somos más felices así, descubriendo, de hecho, que el vivir así es el cielo en la tierra si obedecemos a Dios. El hallar toda nuestra alegría así sólo en Dios nos llena completamente y con este bendito yugo de Jesús, hallamos descanso para nuestras almas. Sólo en Dios descansa nuestra alma. Sólo en él está nuestra alegría. Este es el yugo que hemos buscado, un yugo fácil, una carga ligera.

## EL HIJO DEL HOMBRE ES SEÑOR DEL SÁBADO

Viernes, 15ª semana del año  
Ex 11, 10 – 12, 14; Sal 115; Mt 12, 1-8

Hoy vemos que Jesucristo tiene autoridad incluso para interpretar la ley de Moisés, que es la ley de Dios. Él puede interpretar lo que es permitido hacer el día de sábado porque él es “Señor del sábado” (Mt 12, 8). La ley de Moisés sólo prohibió el trabajo el día de sábado (Ex 20, 8-11; Dt 5, 12-15). Los rabís prohibieron el cosechar el día de sábado, y los fariseos interpretaron la acción de los discípulos de Jesús como cosechando, y por eso algo prohibido el día de sábado. Pero Jesús, que es “Señor del sábado” (Mt 12, 8), da su interpretación contraria a la de los rabís y de los fariseos, permitiendo a sus discípulos a arrancar espigas y comer el día de sábado. Jesús tiene esta *autoridad* de contradecir la interpretación farisaica y rabínica de la ley de Moisés porque él es el Mesías e Hijo unigénito de Dios. Él es —como él dice aquí— “mayor que el templo” (Mt 12, 6). Y él

es no sólo “mayor que el templo” (Mt 12, 6), sino que también “Señor del sábado” (Mt 12, 8), “más que Jonás” (Mt 12, 41) y “más que Salomón (Mt 12, 42), como él dice.

Hay más aquí que un rabí liberal —como dice el Papa Benedicto XVI en su nuevo libro, *Jesús de Nazaret*—. Hay más aquí que el liberalismo, que el deseo de relajar las reglas para hacer las cosas más fáciles para los hombres. Aquí es más bien una cuestión de *autoridad*. Jesús tiene la *autoridad* de hacer y enseñar lo que hace y enseña. Por eso este pasaje es *crisológico*, es sobre *quién es* Jesús de Nazaret. Vemos aquí, pues, cómo actúa el único Hijo de Dios, igual al Padre, viviendo encarnado aquí en la tierra. Él vino para *interpretar y cumplir* la misma ley de Dios. Él es “Señor del sábado” (Mt 12, 8) y “mayor que el templo” (Mt 12, 6). Él es nada menos que Señor de la ley de Dios.

Él es también el cumplimiento del cordero pascual de la primera lectura. Él es “el *Cordero de Dios* que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Como la sangre del cordero pascual salvó a los israelitas de la plaga de la mortandad, así la sangre del Cordero de Dios, que es Jesucristo, ofrecida en sacrificio al Padre nos salvó de la muerte del pecado y nos libró de la esclavitud, no de Egipto, sino del pecado y de la muerte eterna.

Jesucristo, como el *Cordero de Dios*, nos muestra que, aunque él es un solo ser con su Padre, sin embargo, él puede relacionarse con el Padre como una Persona distinta de él, y más aún *sacrificarse* a él en amor, agradándole infinitamente, y así ganando de él para nosotros la eterna redención.

El Hijo unigénito de Dios y Mesías es el nuevo interpretador de la ley de Moisés, es “Señor del sábado” y de la ley de Dios. Es el Cordero de Dios cuya sangre nos redime y salva. Así, pues, él tiene *autoridad* para enseñar a sus seguidores cómo deben observar la ley de Moisés.

## UNA COMIDA CONMEMORATIVA DE NUESTRA REDENCIÓN

Sábado, 15ª semana del año  
Ex 12, 37-42; Sal 135; Mt 12, 14-21

La primera lectura hoy es sobre la redención de Israel. Habla de la noche de su liberación de su esclavitud en Egipto. Esta noche —dice esta escritura— “Es noche de guardar para el Señor, por haberlos sacado en ella de la tierra de Egipto. Esta noche deben guardarla para el Señor todos los hijos de Israel en sus generaciones” (Ex 12, 42). Es decir, ellos deben recordar esta noche cada año como el aniversario de su redención. “Es noche de *guardar* para el Señor, por haberlos sacado en ella de la tierra de Egipto” (Ex 12, 42).

En esta noche —dice esta escritura— “cocieron tortas sin levadura de la masa que habían sacado de Egipto, pues no había leudado” (Ex 12, 39). Deben repetir esto cada año, es decir, comer pan sin levadura por siete días, en conmemoración del pan sin levadura que comieron sus padres la noche que salieron de Egipto. Y en el futuro cada padre debe contar a su hijo en la noche de esta conmemoración que ellos también comen pan sin levadura en memoria de su éxodo de Egipto, en memoria de la noche en que Dios los salvó. “Y lo contarás en aquel día a tu hijo, diciendo: Se hace esto con motivo de lo que el Señor hizo conmigo cuando me sacó de Egipto. Y te será como una señal sobre tu

mano, y como un memorial delante de tus ojos... Por tanto, tú guardarás este rito en su tiempo de año en año” (Ex 13, 8-10).

Fue durante esta conmemoración que Jesucristo dio a sus discípulos una *nueva* comida conmemorativa de su redención del pecado y de la muerte, dándoles pan sin levadura, diciendo que era su cuerpo sacrificado por ellos. Esta redención definitiva de Jesucristo y su comida conmemorativa fueron el cumplimiento de la redención de los judíos y de su fiesta conmemorativa de comer pan sin levadura. Así nosotros estamos en continuidad con los judíos, conmemorando nuestra redención con una comida conmemorativa, comiendo pan sin levadura, que las palabras de consagración transforman en el cuerpo sacrificado de Cristo, una conmemoración y actualización por nosotros de su muerte salvadora en la cruz.

Es esta muerte en la cruz, en que el Hijo se ofreció en amor hasta la muerte en sacrificio y adoración a su Padre, que agradó infinitamente al Padre a favor nuestro y desató al Espíritu Santo y lo hizo derramar sobre nosotros en una efusión mesiánica que nos renueva y salva (Jn 7, 37-39), dándonos una participación de la vida divina y del esplendor de la Santísima Trinidad, haciéndonos hombres nuevos, creados de nuevo en la imagen del Hijo por obra del Espíritu Santo (2 Cor 3, 18). Para alimentarnos de este misterio, comemos la cena del Señor en memoria de su acto que nos redimió.

#### LA VIDA CONTEMPLATIVA ES UNA VIDA SILENCIOSA Y PACÍFICA

16° domingo del año

Gen 18, 1-10; Sal 14; Col 1, 24-28; Lc 10, 38-42

Las lecturas de hoy nos hablan de la alegría de la vida contemplativa, una vida llena de Dios, una vida que cumple los mandamientos de Dios, y vive iluminada por el amor de Dios resplandeciendo en su corazón. Hoy Jesús visita a Marta y a María, y él toma la parte de María cuando Marta se quejó de que ella la ha dejado servir sola mientras que María se sentaba a los pies de Jesús y “oía su palabra” (Lc 10, 39). En respuesta a la queja de Marta, Jesús le dijo: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lc 10, 41-42).

Hay una división de labor aquí. Sí, es necesario que alguien cocine, pero es necesario también que alguien escuche la palabra de Dios y se dedique a una escucha atenta y prolongada de esta palabra. Hay necesidad de personas que se dedican a una vida silenciosa y solitaria, a una vida recogida y pacífica, a una vida despojada y desprendida del tumulto, ruido, distracción, y disipación del mundo, a una vida acética, que renuncia a los entretenimientos y placeres del mundo, a una vida dedicada al estudio y a la reflexión, y que se emplea en la oración, la lectura, y en escribir para compartir con los demás las riquezas del amor de Dios y del misterio de Cristo inhabitándonos y iluminándonos que ellas descubren en este tipo de vida. Sí, este tipo de vida silenciosa y recogida es tan necesario como el de Marta, y enriquece a muchos.

Esta vida contemplativa es la vida de María, que Jesús defiende hoy contra las acusaciones de Marta, que piensa que María no está haciendo nada de valor y sólo está perdiendo su tiempo. Sí, el trabajo de Marta es necesario. ¿Quién duda esto? Nadie. Y la mayoría siempre se dedicará a este tipo activo de vida —de hecho, casi al olvido del otro—. Pero en cada grupo, en cada comunidad, siempre habrá almas calladas y

sosegadas, es decir, almas contemplativas, como la de María; y esta es la buena parte, la mejor parte, en realidad. Esta vida de María, en efecto, contribuye mucho al bien estar del mundo, aunque sus resultados no se ven tan obviamente como los de la vida de Marta.

No es que María está desocupada. Es muy ocupada, pero, en su ocupación, ella está recogida y vuelta hacia el interior, está sosegada y silenciosa, tranquila y pacífica, perdida en Dios, y, muchas veces, inundada del amor divino. Ella está ocupada con algo muy importante, pero ocupada de una manera diferente de Marta. María necesita silencio y soledad. Tiene que estar quieta y vivir en quietud y tranquilidad una vida pacífica, lejos del ruido del mundo, de las conversaciones mundanas, y de los entretenimientos y preocupaciones de este mundo, para ser libre y disponible para el Señor.

Así está vida contemplativa, una vida llena de Dios, llena de luz, una vida que eleva el nivel espiritual del mundo entero. El vivir esta vida contemplativa es como vivir en el cielo aquí en la tierra, si Dios nos llama así, y si nosotros vivimos en todo según su voluntad para con nosotros. Él nos revela su voluntad en la profundidad de nuestra conciencia, si escuchamos atentamente y con buen discernimiento, siguiendo la enseñanza clásica y autorizada de los grandes maestros de la espiritualidad contemplativa, maestros como san Juan Casiano y san Juan de la Cruz. Necesitamos un corazón sensible e instruido para percibir bien y discernir correctamente esta voz del Señor entre otras voces.

Entonces, si cumplimos esta voluntad divina, en la medida que la cumplimos correctamente, nuestra vida es, en realidad, un cielo en la tierra. Es recogida y regocijada por la obra interior del Espíritu Santo transformándonos en la imagen del Hijo eterno del Padre (2 Cor 3, 18). Y en esta vida sosegada y obediente, en esta vida contemplativa, el mismo Cristo resplandece en nuestros corazones, llenándonos del amor y conocimiento de Dios (2 Cor 4, 6). Así es la vida de María de Betania, la vida contemplativa, vivida con fidelidad. Su gozo es en la cruz de Cristo, por la cual ella es crucificada al mundo, y el mundo a ella, y sacrificada al Padre con Cristo en el Espíritu Santo, en un sacrificio de amor (Col 1, 24).

San Pablo nos habla hoy del gran misterio de los contemplativos, el misterio de Cristo inhabitándonos, regocijándonos, e iluminándonos. En verdad, Cristo está divinizándonos, llenándonos de la divinidad, que nos transforma. Este es —como dice san Pablo hoy— “el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos...que es *Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*” (Col 1, 26-27). Este es el gran misterio de los contemplativos.

Abraham, en la primera lectura hoy, acogió a la Santísima Trinidad en forma de tres varones que comieron con él “en el encinar de Mamre, estando él (Abraham) sentado a la puerta de su tienda en el calor del día” (Gen 18, 1). Esta escritura dice: “Después le apareció *Yahvé*, en el encinar de Mamre...Y (Abraham) alzó sus ojos y miró, y he aquí *tres varones* que estaban junto a él” (Gen 18, 1-2). Esta es una vislumbre de la vida contemplativa de Abraham. Abraham recibió a la Trinidad, a Dios bajo la forma de tres personas, tres varones. Dios es uno, un solo Dios, pero en tres Personas, y ellos lo visitaron a Abraham bajo esta forma de tres varones.

Los contemplativos, como Abraham, viven con la Santísima Trinidad. Ellos contemplan la Trinidad, y la Trinidad inhabita en sus corazones. Su vida es una vida con Dios, una vida trinitaria, una vida callada y sosegada, pacífica y silenciosa. Dios en tres



Personas es su huésped. Abraham es así una imagen de la vida contemplativa en su acogida de la Santísima Trinidad.

## LA VIDA APOSTÓLICA, UNA VIDA CRUCIFICADA POR AMOR A DIOS

La fiesta de Santiago, 25 de julio  
2 Cor 4, 7-15; Sal 125; Mt 20, 2-28

Celebramos hoy la fiesta de Santiago, Apóstol, hermano de Juan e hijo de Zebedeo, uno de los tres discípulos más íntimos de Jesús —Pedro, Santiago, y Juan—, y el primer apóstol de ser martirizado. Las lecturas de hoy hablan de su sufrimiento como mártir. Según su ejemplo, si queremos ser glorificados con Cristo, tenemos que beber del vaso del sufrimiento de Cristo (Mt 20, 22), y si queremos ser el primero, tenemos que ser el servidor de todos (Mt 20, 27), como también Jesucristo “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28).

Nuestra vida también debe seguir esta pauta si queremos ser glorificados con Cristo. Nuestra gloria como cristianos es en la cruz de Cristo (Gal 6, 14). Debemos gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo y ser verdaderamente crucificados al mundo, y el mundo a nosotros (Gal 6, 14). Así es el patrón de la vida apostólica, de la vida profundamente cristiana. Nuestra gloria es en ofrecernos como un holocausto quemado para Dios en amor, como el mismo Cristo, que “nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2). Él “se entregó a sí mismo” (Ef 5, 25) por nosotros, y nosotros debemos hacer lo mismo. “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Jn 4, 11).

Nuestra vida también debe ser una vida ofrecida a Dios con Cristo en el Espíritu Santo al ofrecernos para servir a nuestros hermanos en el tipo de servicio que Dios nos dio. Cada uno tiene su propio don. Uno es predicador o escritor, otro da retiros, otro sirve a los enfermos. Cada uno tiene su servicio, su trabajo, en el cual él puede ofrecerse al Padre con Cristo en la cruz, lleno del Espíritu Santo. Nuestra felicidad en este mundo es en despojarnos así, en vivir de este modo *sólo para Dios* al servir a nuestros hermanos en amor, derramando nuestra vida para su bien, para compartir con ellos las riquezas de Cristo.

Esta es la vida de la cruz. Al vivir así, haremos lo que hizo san Pablo que llevó “en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también —como dijo— la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Si queremos que la vida de Jesús se manifieste en nosotros, este es el camino: llevar “siempre por todas partes la muerte de Jesús” (2 Cor 4, 10). Su muerte, la pauta de su muerte, de su crucifixión, es el camino a la gloria. Este es el camino de despojarnos de todo en amor para vivir *sólo por amor a él*.

Así también es el ideal de la vida monástica. Es por eso que los primeros monjes fueron al desierto. Se fueron al despoblado así para desprenderse de este mundo con sus placeres y distracciones, para vivir *sólo para Dios en todo*, una vida de amor, para tener un corazón desapegado de los apegos de este mundo, para apegarse tanto mejor y tanto más completamente a Cristo con un corazón *indiviso*, para ser unidos con él en su misma

cruz, ofreciéndose con él en amor al Padre, llenos del Espíritu Santo, el Espíritu del amor divino. Así, pues, vivieron los primeros monjes en el desierto en el esplendor de Dios, pero el camino para llegar a este esplendor es el de la cruz, del ascetismo, de la renuncia de los placeres del mundo, para que Dios sea nuestro *único* placer, nuestra *única* alegría. Entonces, llevando por todas partes la *muerte* de Jesús, se manifestará también su *gloria* en nosotros (2 Cor 4, 10).

Es por eso que san Pablo puede escribir que él y los otros apóstoles parecen al mundo como desconocidos y moribundos, como castigados y entristecidos, como pobres, no teniendo nada (2 Cor 6, 9-10); pero en realidad son exactamente lo opuesto. Son bien conocidos y vivos de verdad, siempre gozosos, enriqueciendo a muchos y poseyéndolo todo (2 Cor 6, 9-10).

De verdad, la vida apostólica, la cual somos invitados a vivir, es como un espectáculo al mundo (1 Cor 4, 9); y los apóstoles son la escoria del mundo (1 Cor 4, 13). Parecen a los ojos del mundo como sufren, pero en realidad su sufrimiento es su gloria, porque sufren por amor a Cristo, y son, por eso, glorificados en él con el esplendor del amor divino. En verdad —dice san Pablo— “según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como los últimos, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres” (1 Cor 4, 9). “Hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Cor 4, 13).

Así es la vida apostólica, nuestra vida, la vida de la cruz, crucificada por el amor a Dios, pero una vida de gloria.

## EL LLAMADO A LA PERFECCIÓN: SERVIR SÓLO A DIOS

Viernes, 16ª semana del año  
Ex 20, 1-12; Sal 18; Mt 13, 18-23

Hoy oímos los diez mandamientos y la interpretación de Jesús de la parábola del sembrador. Oímos, pues, que Dios es celoso y no quiere que honremos a otros dioses: “No tendrás dioses ajenos delante de mí... No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy el Señor tu Dios, fuerte [y] celoso” (Ex 20, 3.5).

Para nosotros esto quiere decir, no poner nada ante Dios en nuestra vida, ni dar a nada el lugar de Dios en nuestro corazón. Y ¿qué es el lugar de Dios en nuestro corazón? Para una persona tratando de vivir una vida de perfección, esto quiere decir, vivir sólo para Dios. Para un monje, esto quiere decir, no buscar más las cosas de abajo, sino sólo las de arriba, donde está Cristo, porque hemos sido resucitados con él para una vida nueva, y resucitada (Col 3, 1-2).

Esto quiere decir que Cristo debe ser el centro de nuestra vida, y que debemos hallar todo nuestro gozo sólo en él. Es por esta razón que los monjes viven vidas de oración y ayuno, de simplicidad, austeridad, y pobreza en el desierto, lejos del mundo. Es porque quieren vivir únicamente por Dios de la manera más radical y literal posible, teniendo sólo un tesoro, y éste en el cielo (Mt 6, 19-21), y sirviendo sólo a un Señor, y éste, Jesucristo, y a ningún otro (Mt 6, 24).

No quieren poner nada en el lugar de Dios en su vida. No quieren dividir su corazón de modo alguno; más bien quieren preservarlo entero e indiviso (1 Cor 7, 32-34), reservado únicamente para el Señor, el único esposo de su alma (2 Cor 11, 2), y no dividido entre los otros placeres de este mundo. Quieren sólo un placer en su vida, y no buscan otro. Y su único placer es Dios. “No tendrás dioses ajenos delante de mí”, dice el Señor (Ex 20, 3).

Y el evangelio de hoy habla de la semilla, y nos amonesta del peligro de los espinos, que son los placeres y riquezas de este mundo. Estos espinos son nuestros dioses ajenos que nos ahogan y nos hacen infructuosos. En la versión de san Lucas, leemos: “La (semilla) que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto” (Lc 8, 14).

Es por eso que Jesús nos amonesta, diciendo: “De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 23-24). Un rico está rodeado de riquezas y placeres, es decir, está rodeado de dioses ajenos (Ex 20, 3) y de espinos (Mt 13, 22). Es fácilmente desviado y ahogado por ellos, para no llevar fruto. Su corazón es fácilmente dividido.

Así, entendemos por qué los monjes se fueron al desierto para vivir una vida de oración y ayuno, lejos del mundo. Estaban huyendo los espinos (Lc 8, 14) y los dioses ajenos (Ex 20, 3), para servir sólo al Señor (Mt 6, 24) con todo su corazón (Mc 12, 30), con un corazón indiviso (1 Cor 7, 32-34), no dividido entre los placeres de este mundo, ni sirviendo a dioses ajenos, ni ahogados por los espinos. Quisieron llevar mucho fruto para Dios.

## AGUANTEMOS CON PACIENCIA HASTA LA COSECHA FINAL

Sábado, 16ª semana del año  
Ex 24, 3-8; Sal 49; Mt 13, 24-30

Nos acercamos ahora al tiempo de la cosecha al fin del mundo, y estamos esperando sus resultados, la recompensa de los buenos y el castigo de los malos. Los frutos de la tierra también están madurando ahora, y estamos recolectándolos y comiéndolos frescos. Esto aumenta nuestro deseo para ver la cosecha final y la recolección de todos los frutos de la tierra.

Oímos una parábola hoy sobre esto, la de la cizaña. Ahora es todavía el tiempo de espera para la cosecha final, pero vemos espinos, cardos, y cizaña también en nuestro campo. Esta parábola nos da un método de tratar de este problema, el método que Dios usa con la cosecha del mundo, es decir, dejar la cizaña crecer juntamente con el trigo hasta la siega.

Así, pues, vemos mucha cizaña en el mundo, que son “los hijos del malo” (Mt 13, 38). Así es el plan de Dios: no castigarlos definitivamente ahora, sino al fin del mundo, al tiempo de la cosecha final, cuando el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, los seguidores, para segar la cosecha, y ellos “recogerán de su reino” a todos los malos, toda la cizaña, “y los echarán en el horno del fuego” (Mt 13, 41-42). “Entonces los justos

resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Esperamos este día de juicio y recompensa ahora, este día de justicia.

Mientras esperamos esto, debemos nosotros también resplandecer ahora con anticipación del último día, esperando con paciencia el cumplimiento del reino de Dios y de su justicia en la tierra.

¿Pero qué es el punto de esta parábola y de su explicación que Jesús nos da de ella? Es, yo creo, que necesitamos *paciencia* ahora, porque nuestro campo no es como debe ser. No es puro trigo. Hay mucha cizaña, que destruye su belleza. Pero en vez de ser escandalizados, o perder nuestra esperanza, o venir a ser negativos, debemos esperar la cosecha final y la corrección de toda maldad en el juicio final cuando los ángeles arrancarán a los malos, y los justos serán recompensados en el reino de su Padre, donde “resplandecerán como el sol” (Mt 13, 43).

Estas son las palabras de Jesús, su promesa segura, algo que podemos creer, y en que podemos esperar. Así será. La justicia será hecha en la tierra, y los buenos recompensados. No debemos perder nuestra esperanza, sino, más bien, continuar con fidelidad en el camino angosto y estrecho de la vida, que pocos hallan. Esperamos la trompeta final y la recompensa de los justos, aguantando y soportando a los malvados hasta el día final de la gran cosecha, la recolección de todos los frutos de la tierra.

## LOS JUSTOS SON LA RENOVACIÓN DE LA TIERRA Y LA SALVACIÓN DEL MUNDO

17º domingo del año

Gen 18, 20-32; Sal 137; Col 2, 12-14; Lc 11, 1-13

Hoy las lecturas nos enseñan tres cosas: 1) que en Cristo hemos sepultado nuestra vida anterior para resucitar con él a vivir una vida nueva y resucitada, 2) que por nuestras vidas buenas, nuevas, y en Cristo resucitadas, salvamos al mundo de la ira de Dios, y 3) que lo que pedimos en oración con constancia, recibiremos, o si no recibimos exactamente lo que pedimos, recibiremos algo *mejor aún*.

Yo creo que hay una conexión entre estos tres puntos. ¿Qué es la conexión? La conexión, yo creo, es que Cristo nos ha dado una vida nueva, una vida resucitada (Col 2, 12; 3, 1) e incluso ascendida (Ef 2, 6), en que vivimos ya de antemano en espíritu en el cielo, en los lugares celestiales (Ef 2, 6). Es una vida en que Cristo vive dentro de nosotros (Col 1, 27), iluminándonos por dentro con su amor divino, que es el amor inefable y esplendoroso que él tiene con su Padre en el vínculo del Espíritu Santo. Viviendo en este estado nuevo por la fe y la gracia de Dios en Cristo, somos transformados siempre más por la obra interior del Espíritu Santo en la imagen gloriosa de Cristo (2 Cor 3, 18).

Somos así la *nueva creación* de Dios en Cristo por el Espíritu Santo en medio de este mundo viejo, que sigue viviendo como la antigua creación en pecado y tristeza. En medio de él, somos luminares (Fil 2, 15), para salvarlo de la ira de Dios por sus pecados. Por amor a nosotros, su nueva creación, Dios no destruye a los demás, a los que no han

renacido en Cristo, porque no quiere destruirnos a nosotros junto con ellos. Así, pues, al ser los que han nacido de nuevo, salvamos al mundo de la ira de Dios.

Dios reveló esto a Abraham hoy, cuando Abraham preguntó si Dios iba a destruir a Sodoma si hallare en ella cincuenta justos, y Dios le respondió, diciendo: “Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos” (Gen 18, 26). Es decir, los justos salvan al mundo de la destrucción, son la salvación de la tierra. El mundo existe para ellos, para la nueva creación que Cristo está formando en medio del mundo viejo por obra del Espíritu Santo para la gloria de Dios Padre. ¿Cómo, entonces, pudiera Dios destruir al mundo, destruyendo a los buenos con los malos?, si él mantiene al mundo en existencia precisamente por amor a estos justos en Cristo que son su nueva creación (2 Cor 5, 17).

Dios envió a su único Hijo para renovar la raza humana, para regenerar el género humano con nueva simiente, con la simiente de la inmortalidad, para hacer a aquellos que han nacido de nuevo en Cristo luminares en este mundo, para que resplandezcan en medio de él (Fil 2, 15). Los justos ahora son la comunidad de los renacidos en Cristo por el Espíritu, la comunidad de los que han nacido de nuevo por agua y el Espíritu Santo (Jn 3, 5) para la gloria de Dios Padre, habiendo sepultado su vida antigua con Cristo y habiendo resucitado con él de la muerte para vivir ya de antemano una vida resucitada en él (Col 2, 12), en la luz (Jn 8, 12).

¿Cómo, pues, pudiera Dios destruir al mundo mientras que viven en medio de él estos justos? Sería imposible destruir a estos justos junto con los malos. Dios hubiera perdonado incluso a Sodoma si habría encontrado en ella diez justos (Gen 18, 32), es decir, para no destruir a estos justos junto con los malvados, habría perdonado aun a Sodoma. Y Jeremías dice que si Dios pudiera haber hallado en Jerusalén aun a un solo justo, no lo habría destruido, por amor a este único justo. Dice: “Recorred las calles de Jerusalén, y mirad ahora, e informaos; buscad en sus plazas a ver si halláis hombre, si hay *alguno* que haga justicia, que busque verdad; y yo la *perdonaré*” (Jer 5, 1).

En verdad, los justos, los renacidos en Cristo, los que andan en la novedad de la vida (Rom 6, 4), en la novedad del Espíritu (Rom 7, 6), y que viven una vida en el Espíritu son la salvación del mundo. El mundo existe para ellos, para esta nueva simiente, para este nuevo germen de la nueva creación, de la humanidad regenerada. Dios no destruirá al mundo por amor a ellos. ¡Qué importantes para el mundo, entonces, son los cristianos renacidos en Cristo por agua y el Espíritu Santo! Son la salvación del mundo de la ira de Dios, por lo menos hasta el último día y el fin definitivo del mundo.

Y nuestro tercer punto es que recibiremos lo que pedimos con perseverancia, y si no recibimos exactamente lo que pedimos, recibiremos *algo mejor aún* por haber rezado. Esto es verdad para los nacidos de nuevo en Cristo. Pregúntalos, y te dirán que en su experiencia esto es verdad. ¿Y por qué? Es porque Dios *cuida de los suyos*, cuida de los redimidos por su Hijo, cuida de los que son llenos de su propio Espíritu, el Espíritu Santo, y que viven por la gloria del Padre.

Ellos conocen cómo rezar y qué deben pedir, y Dios quiere darles lo que piden porque ellos viven ahora una vida en el Espíritu, en el amor de la Trinidad; y aun circunstancias que al momento parecen negativas, él se las cambia en positivas, y ellos, porque viven en Dios, viven en paz y amor y comparten la felicidad de la Trinidad. Por tanto para ellos, porque rezan, cada problema es transformado en una *oportunidad* para servir a Dios

mejor, para extender su reino en el mundo, para predicar el evangelio en nuevos lugares y circunstancias, y para hacer mejor conocido el amor de Dios.

Por eso, nacidos de nuevo en Cristo, somos la renovación y salvación del mundo de la ira de Dios por sus pecados, y recibiremos lo que pedimos, o algo *mejor aún*, para la gloria de Dios Padre. Amén.

## CÓMO SER UN PEZ BUENO EN EL ÚLTIMO DÍA

Jueves, 17ª semana del año

Ex 40, 16-21.34-38; Sal 83; Mt 13, 47-53

Dios cuida de nosotros, su pueblo, si lo obedecemos y seguimos con fidelidad. Vemos esto hoy en la primera lectura, cómo él guió a los israelitas en el desierto, protegiéndolos con una nube sobre el tabernáculo, mostrándoles así cuándo deben marchar y cuándo deben quedar en el campamento; y la nube representó la gloria del Señor que les acompañó todo el tiempo. “Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas; pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba” (Ex 40, 36-37).

Así él cuida de nosotros también cada día. El problema es que nosotros no estamos siempre con él. Cuando pecamos, o cuando no hacemos perfectamente su voluntad, él nos da nuestra libertad, y nos deja hacer lo que queremos, pero entonces estamos fuera de esta nube de su gloria, de su presencia íntima, y de su protección, y así caemos en la oscuridad y tristeza de espíritu. Pero si nos arrepentimos, él nos perdonará, y estaremos de nuevo bajo su protección, y la nube de su gloria estará otra vez con nosotros. Son nuestras faltas que destruyen esta protección y esta nube de gloria en que podemos vivir.

El salmista nos da el mismo mensaje, diciendo: “¿Quién es el hombre que teme al Señor? Él le enseñará el camino que ha de escoger. Gozará él de bienestar, y su descendencia heredará la tierra. La comunión íntima del Señor es con los que le temen” (Sal 24,12-14). Si tememos al Señor y lo obedecemos radicalmente, él nos mostrará el camino de la vida, y viviremos en su alegría.

¿Cómo, pues, podemos vivir en esta nube de la gloria del Señor y conocer su gloria en nuestra vida? Podemos hacerlo al observar muy cuidadosamente lo que él nos muestra es su voluntad para con nosotros, y hacerlo exactamente, no importa cuán difícil sea. Él quiere que nos enfoquemos en él, y que él sea nuestra única alegría, y que sacrifiquemos muchas otras cosas para centrar nuestra vida únicamente en él. ¡Cuántos sacrificios serán necesarios para hacer esto! ¡Cuántos cambios tendremos que hacer en nuestra vida para alinearnos perfectamente con su perfecta voluntad para con nosotros! Y recordamos que su voluntad para con nosotros es que seamos santos. Él siempre está enseñándonos nuevos aspectos de su voluntad para con nosotros, cosas que no habíamos visto o entendido anteriormente; y si queremos seguir creciendo, tenemos que seguir estas nuevas revelaciones de su voluntad para con nosotros; y al hacer así, permaneceremos en su paz y en la nube de su gloria y protección.

Si él ve que estamos tratando de obedecerlo en todo, él seguirá enseñándonos más cosas *nuevas aún* para que sigamos creciendo y cambiando, siempre modificando nuestra

manera de vivir para cumplir siempre más perfectamente su voluntad que él sigue revelándonos con siempre más claridad y precisión.

Así seremos peces buenos en el último día cuando los ángeles “apartarán a los malos de entre los justos” (Mt 13, 49), como Jesús nos dice hoy.

## UN PROFETA NO ES ACEPTADO

Viernes, 17ª semana del año

Lev 23, 1.4-11.15-16.27.34-37; Sal 80; Mt 13, 54-58

Hoy Jesús experimenta rechazo en su propia tierra de Nazaret y entre los suyos. Él los enseñaba en su sinagoga, y ellos se maravillaban de su doctrina, y decían: “¿De donde tiene éste esta sabiduría y estos milagros...? Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa” (Mt 13, 54.57).

Y, de verdad, fue la misma cosa con los profetas antiguos de Israel y de Judá. No fueron aceptados por el pueblo. No fueron recibidos bien. Y esto fue porque su mensaje siempre fue difícil y exigente. Ellos hablaban de la voluntad de Dios, y de la adoración de un solo Dios, Yahvé, y no de dioses ajenos y falsos, y hablaban de la justicia que Dios quiere ver en ellos. También hablaban de la esperanza futura de la nación y de la consolación de Dios y su futura salvación. Pero fue su mensaje desafiador que hizo al pueblo rechazar a sus profetas. No quisieron oír estos retos y desafíos. No quisieron dejar su adoración de otros dioses. No quisieron servir sólo a Yahvé, ni hacer su voluntad, ni vivir sólo para él con todo su corazón; y por eso el pueblo amenazó y rechazó a sus profetas.

La doctrina de Jesús fue también un desafío, como la de los antiguos profetas. Él se llamó Hijo de Dios, haciéndose igual al Padre, y proclamó bendecidos a los pobres, y maldijo a los ricos y saciados, y a los que ríen ahora, porque ya tienen su consuelo; y predijo que ellos tendrán hambre y lamentarán (Lc 6, 24-25). Él habló como profeta, con autoridad, y no como los escribas y fariseos. Él proclamó un nuevo tipo de vida en este mundo, e invitó a sus oyentes a dejar todo para seguirlo, como lo hicieron sus primeros discípulos (Mc 1, 16-20), o como lo hizo el hombre que descubrió el tesoro escondido (Mt 13, 44), o como lo hizo el mercader de buenas perlas cuando halló una perla preciosa (Mt 13, 45-46), o como él lo invitó a hacer al joven rico (Mt 19, 21). Y él también dijo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que *no* renuncia a todo lo que posee, *no* puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33).

¿Quién pudiera aguantar una doctrina como esta en aquel tiempo, o ahora? Por eso lo rechazaron, lo mismo que hace la mayoría hoy, que tampoco le hace caso, y sigue viviendo como quiere, como vive todo el mundo, por sus propios placeres y dioses ajenos; y por eso *no* halla vida en él, ni obtiene la perla preciosa, ni el tesoro escondido, ni llega a la vida de perfección.

Jesucristo quiere nuestra obediencia; pero experimenta nuestro rechazo. Él vino para darnos un nuevo tipo de vida; pero la mayoría no lo acepta. Él vino para hacernos hijos de Dios; pero la mayoría no acepta su don, su reto. Se escandaliza de él y de su doctrina. Se escandaliza de su sencillez y simplicidad. Pero este es el llamado a la vida, el llamado

a la perfección. “¡Él que tiene oídos para oír, que oiga (Mt 13, 43)!” Él fue un profeta, y como profeta, no fue aceptado, ni en su tiempo, ni ahora, por la mayoría.

## PARA SER SANTOS, TENEMOS QUE VENCER EL RESPETO HUMANO

Sábado, 17ª semana del año  
Lev 25, 1.8-17; Sal 66; Mt 14, 1-12

Hoy en la decapitación de Juan el Bautista vemos dos cosas importantes: 1) la *valentía* de Juan en proclamar la verdad, diciéndole al tetrarca Herodes que no era lícito tener a Herodías por mujer, porque era la mujer de su hermano Felipe; y 2) vemos que Herodes sigue el *respeto humano* en mandar decapitar a Juan en la cárcel. Vemos aquí un gran contraste entre la *valentía* de Juan por una parte, y la *pusilanimidad* de Herodes por otra parte.

Cualquier persona que predica la verdad, como lo hizo Juan, tendrá enemigos, porque siempre hay personas, como Herodes y Herodías, que no quieren oír la verdad, que no quieren ser desafiados, que no quieren hacer la voluntad de Dios, que no quieren hacer lo recto, y que no quieren cambiar su vida ni su manera de vivir. Por eso el trabajo del predicador es siempre peligroso, y siempre tendrá enemigos que lo oponen, y a veces que lo atacan y tratan de destruir. Por eso Juan es un modelo para los que predicán, un modelo por su *valentía* en decir la verdad que el tetrarca y su mujer no quisieron oír. Y él sufrió por su *valentía*: fue encarcelado, y después martirizado. ¡Cuánto necesitamos esta *valentía* para predicar la verdad de Dios que el pueblo necesita oír, aun cuando no quiere oírla!

La segunda cosa es el *respeto humano*, que es lo opuesto a esta *valentía*. Es la *pusilanimidad*. Herodes, en su comportamiento hoy, es un ejemplo de esto. Herodes tuvo miedo de quebrar su juramento temerario a la hija de Herodías a darle todo lo que pidiese por su baile que le agradó, y cuando pidió la cabeza de Juan, Herodes tuvo más miedo de sus convidados a la mesa que a Dios, y ordenó decapitar a Juan en la cárcel.

¡Qué difícil es a veces hacer lo recto, sobre todo cuando parece que todo el mundo está haciendo otra cosa! ¿Seré yo el único que no conformo aquí?, podemos preguntarnos. ¿Qué pensarán de mí si no hago como todo el mundo está haciendo? ¿Qué harán de mí? ¡Qué estúpido pareceré si no me comporto como los demás! Pero si es una cuestión de la verdad o de la voluntad de Dios, entonces el no hacer su voluntad por miedo de ser diferente es el pecado de actuar por el *respeto humano*, en vez de por la verdad y por la voluntad de Dios.

Los santos, como Juan, siempre son los que rechazan el *respeto humano* para hacer la voluntad de Dios. Los débiles, en cambio, son como Herodes, y escogen el camino más cómodo y ancho de la conformidad al *respeto humano*, y dejan de hacer la voluntad de Dios. Si queremos ser santos, sabemos a quien debemos imitar en esto: a Juan; y no a Herodes.



## EL CAMINO DE LA VERDADERA FELICIDAD

18º domingo del año

Cohélet 1, 2; 2, 21-23; Sal 89; Col 3, 1-5.9-11; Lc 12, 13-21

En el libro de Cohélet, oímos este versículo: “al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo; mas al pecador da el trabajo de recoger y amontonar, para darlo al que agrada a Dios” (Cohélet 2, 26). ¡Qué diferencia hay aquí! El hombre que agrada a Dios es feliz en el fondo de su espíritu, aunque él no amontona riquezas; mientras que al pecador que no agrada a Dios no le es dado este gozo en su corazón, y sus días se pasan fatigosamente en amontonar riquezas para darlas al que agrada a Dios (Coh 2, 26). El pecador será como un servidor para proveer bienes para el justo, que los usa con alegría de corazón, que el pecador no conoce. Así es la justicia de Dios. Los buenos que le obedecen y guardan sus mandamientos para hacer su voluntad son sus amigos. En cuanto guardan su voluntad, son felices. El salmista nos dice que ellos son felices, dichosos, o bienaventurados. “Bienaventurados —dice— los perfectos de camino, los que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y con todo corazón le buscan” (Sal 118, 1-2).

Los que creen que las riquezas o la abundancia de bienes o buena comida y bebida o entretenimientos o paseos les harán felices en la profundidad de su espíritu son equivocados. Uno puede tener toda esta felicidad exterior, pero si su conciencia le ataca, no está feliz. Uno puede ser un rey, cubierto de gloria, pero si no obedece a Dios, si no hace su voluntad, no estará feliz, sino deprimido. Sufrirá de la depresión espiritual, causada por sus pecados y faltas, por su falta de obediencia a la voluntad de Dios.

Cristo fue enviado a la tierra para curarnos de esta depresión espiritual causada por nuestros pecados y el resultante sentido de culpabilidad que nos remuerde y que entenebrece nuestro espíritu. Debemos usar esta cura en el sacramento de la reconciliación (Jn 20, 23) para vivir en la felicidad que él quiere darnos.

El camino de la verdadera felicidad es no vivir más por los placeres de aquí abajo, sino por los de arriba, “donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Col 3, 1). San Pablo nos enseña esto hoy, diciendo: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col 3, 1-2). Esta es la única vida feliz en este mundo, porque —como dice Jesús hoy— “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lc 12, 15). Los que buscan su felicidad por el camino de amontonar riquezas y placeres están equivocados. Amontarán riquezas y bienes sólo para darlos al hombre que agrada a Dios, y sólo él se alegrará usándolos con moderación y según sus necesidades básicas para sostener su vida.

Por eso el hombre que está derribando sus graneros para edificar mayores es necio. Está fatigándose en vano. La verdadera riqueza no se encuentra así. Sobre este tipo de hombre necio, el libro de Job dice: “Aunque amontone plata como polvo, y prepare ropa como lodo; la habrá preparado él, mas el justo se vestirá, y el inocente repartirá la plata” (Job 27, 16-17). Él acumula; pero no va a hallar felicidad en lo que amontonó. Más bien el justo va a usar estos bienes con alegría de corazón, como dice Proverbios: “El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos; pero la riqueza del pecador está guardada para el justo” (Prov 13, 22).

Nuestro tesoro debe estar en el cielo, no aquí en la tierra. “No os hagáis tesoros en la tierra —dice Jesús—... sino haceos tesoros en el cielo” (Mt 6, 19-20). ¿Qué importancia hay si nuestra vida no tiene muchos logros en las cosas que aprecia el mundo, si obedecemos radicalmente a la voluntad de Dios y andamos resucitados con Cristo, rehechos por él, perdonados y divinizados, viviendo sólo para él en todo, y somos felices con Dios en el fondo de nuestro espíritu? ¿Qué importancia tiene nuestra falta de logros en este mundo, si nuestro corazón está en el cielo, y tenemos allí nuestro tesoro?

¿Cuál es mejor, vivir una vida infeliz entre los placeres, paseos, y riquezas de este mundo; o ser feliz, sirviendo sólo a un Señor (Mt 6, 24), y teniendo sólo un tesoro, y éste en el cielo (Mt 6, 20)? O más sencillamente, ¿Cuál es mejor, ser feliz, o ser infeliz? ¿No es ser feliz? ¿Por qué, entonces, escogen tantas personas el otro camino engañoso de la infelicidad, rodeado de los bienes y honores de este mundo que no regocijan el espíritu verdaderamente? El único camino de la verdadera felicidad es ser justificado por Jesucristo y vivir según la voluntad de Dios, viviendo sólo para él y por nuestro prójimo, y no por nuestro propio placer u honor.

Es Jesucristo que nos capacita para vivir así en la luz, perdonándonos nuestros pecados, sanando nuestro corazón del dolor y tristeza de la culpabilidad, llenándonos del Espíritu Santo, y revelándonos el camino de su voluntad para que caminemos con él en la luz.

## CRISTO VINO PARA NUESTRA ILUMINACIÓN

La fiesta de la Transfiguración del Señor, 6 de agosto  
Dan 7, 9-10.13-14; Sal 96; Lc 9, 28-36

Hoy, en la transfiguración del Señor, vemos el esplendor y la gloria del Hijo de Dios. Era una experiencia física para los apóstoles, que vieron su gloria con los ojos de su cuerpo. Esto era para ellos y, por medio de ellos, para nosotros también una revelación de lo que Jesucristo verdaderamente es. Él es el Hijo eterno del Padre que siempre ha vivido en este esplendor y gloria en el seno de su Padre (Jn 1, 18), lleno del Espíritu Santo, que es el Espíritu del amor que el Padre tiene por su Hijo, y que el Hijo tiene por su Padre. Dios es más espléndido que el sol en un cielo límpido, más glorioso que un cristal de roca iluminado por el sol de mediodía, y el Hijo es la imagen de este esplendor, “el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Heb 1, 3).

El Hijo eterno fue enviado del Padre a la tierra para introducirnos a nosotros en este mismo esplendor. Él vino para resplandecer en nuestros corazones (2 Cor 4, 6) con la iluminación de Dios, para revelarnos a nosotros esta gloria, para iluminarnos, para que pudiéramos vivir en este mismo esplendor. No es un esplendor que se ve con los ojos del cuerpo, sino que se percibe por el espíritu iluminado por Cristo. Cristo vino para inhabitarnos, y porque él está siempre uno con el Padre en amor, Cristo nos introduce en el corazón de la Trinidad. Estamos puestos por Cristo en el “río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal” que fluye del trono de Dios y del Cordero (Apc 22, 1), y por medio de Cristo tenemos este mismo río de agua de vida fluyendo dentro de nuestros corazones, que es el Espíritu Santo (Jn 7, 37-39), regocijándonos en el esplendor de Dios.

Es “una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn 4, 14). Esta es la vida nueva de Dios que el Hijo eterno fue enviado por el Padre para traernos, y perdurará en nosotros como una fuente de iluminación.

Así Dios, por su Espíritu Santo, derrama en nuestros corazones su propio amor (Rom 5, 5), el espléndido amor trinitario, para resplandecer dentro de nosotros como lo vieron resplandecer los apóstoles en el rostro de Jesucristo en el monte Tabor.

Vivimos por la fe, pero podemos ver este esplendor de Jesucristo resplandeciendo en nuestros corazones, iluminándonos, transformándonos, y divinizándonos. Este esplendor interior del amor de Cristo nos transforma “de gloria en gloria” en la misma imagen de Cristo por la acción interior del Espíritu Santo en nuestros corazones (2 Cor 3, 18). Así, pues, lo contemplamos en su esplendor, y somos hechos espléndidos en él, que es el propósito de su venida a la tierra —nuestra transformación en él, nuestra transformación en la gloria—.

“...en otro tiempo erais tinieblas —dice san Pablo— mas ahora sois luz en el Señor” (Ef 5, 8). Y el mismo Cristo nos dijo la misma cosa, nos dijo que si lo sigamos, caminaremos en su luz. “Yo, la luz —dijo—, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Jn 12, 46). Nosotros “hemos visto su gloria” (Jn 1, 14) y “de su plenitud tomamos todos, gracia sobre gracia (Jn 1, 16). Él es nuestra iluminación. Caminamos en su esplendor. Él nos “llamó de la tinieblas a su luz admirable” (1 Pd 2, 9). Es el Padre que “nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col 1, 12), habiéndonos “librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col 1, 13). De verdad, él es “la luz de los hombres” (Jn 1, 4).

Hoy celebramos esta luz transformadora y divinizadora, y vivimos en este esplendor. Es por eso que Jesucristo ha venido al mundo, para iluminarnos, para resplandecer en nuestros corazones con el esplendor de su amor por su Padre que él quiere compartir con nosotros, haciéndonos a nosotros también resplandecientes. Él que vive siempre en gloria en el seno del Padre (Jn 1, 18) vino para que nosotros también pudiéramos vivir con él en el seno de su Padre cubierto de gloria en el Espíritu Santo.

Pero necesitamos fe para que acontezca todo esto; necesitamos obediencia a la voluntad de Dios, y purificación del mundo y sus placeres. Tenemos que vivir únicamente para Dios en todo, y reservar nuestro corazón para él. Los santos y místico son nuestros modelos en esto. Ellos viven en su luz, iluminados por Cristo, por su espléndido amor.

## LA VIDA SACRIFICIAL ES LA ÚNICA VIDA FELIZ

La fiesta de san Lorenzo, 10 de agosto  
2 Cor 9, 6-9; Sal 111; Jn 12, 24-26

Hoy celebramos la fiesta de san Lorenzo, “uno de los mártires romanos más venerados” (Misal romano) que murió en 258, asado lentamente sobre una parrilla. San Lorenzo repitió la pauta de Cristo en su vida, viviendo en amor, ofreciendo su vida a Dios en un sacrificio de amor e inmolación de sí mismo. San Pablo nos dice que nosotros debemos

hacer lo mismo, haciendo de nuestra vida un semejante sacrificio de amor. “Y andad en amor —dice— como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2). Este es el último significado de la vida, hacer de la vida un sacrificio de amor, inmolándonos en amor con Cristo al Padre, llenos del Espíritu Santo, que es el Espíritu del amor divino. Así permaneceremos en el amor de Cristo (Jn 15, 9).

Esta es la pauta de la vida del Hijo eterno dentro de la Santísima Trinidad, siempre ofreciéndose en amor, sumisión perfecta, y adoración del Padre, siempre dándose a él, y así siempre agrandándole infinitamente. Así hacía desde toda la eternidad, y así hizo como hombre en la cruz, ganando así del Padre el don del Espíritu Santo —siempre en la eternidad— y mesiánicamente en la cruz por toda carne humana que cree en él. Su sacrificio nos salvó y nos enseñó cómo debemos vivir en adelante, imitando en nuestra vida el patrón de su cruz, de su vida sacrificial

Así hizo san Lorenzo, asado lentamente sobre una parrilla. Así cumplió su martirio. Él sembró generosamente, dándose primeramente en su servicio a los pobres, y últimamente en un sacrificio de amor sobre una parrilla. De verdad, “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente generosamente también segará” (2 Cor 9, 6), como dice san Pablo hoy.

Cada uno según su manera debe sembrar *generosamente*. San Lorenzo fue un diácono. Su ministerio fue dar limosnas a los pobres. Los apóstoles y predicadores de la palabra se dedicaron a la palabra de Dios, a las oraciones, y a la predicación de la palabra, como oímos en vigilias hoy, porque, como dijeron los apóstoles: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas” (Hch 6, 2). Por eso la comunidad eligieron a siete diáconos para este servicio a los pobres (Hch 6, 3).

Cada uno, según su don y de su propia manera, debe hacer lo que hizo san Lorenzo y repartir las riquezas de la Iglesia entre los pobres, con su palabra, con sus escritos, con sus predicaciones, en su ministerio, en sus hechos de caridad, etc. Y es verdad que si repartimos generosamente, cosecharemos también generosamente. Esto es tanto verdad del ministerio de la palabra como de la distribución diaria de la comida entre los pobres. El que comparte la palabra generosamente, será enriquecido por Dios.

Así, es la grandeza del ministerio de la palabra ejercido generosamente. Tiene tanta grandeza como el ministerio físico de dar pan a los pobres. “Hay quienes reparten —dice Proverbios— y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado” (Prov 11, 24-25). ¡Qué importante es, entonces, enseñar una doctrina que es ortodoxa y de espiritualidad auténtica, es decir, una doctrina que da vida!, porque así uno cosechará generosamente.

Finalmente, en el evangelio de hoy Jesús nos dice: “El que *ama* su vida, la perderá; y el que *aborrece* su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn 12, 25). San Lorenzo no amó su vida en este mundo. La *aborreció*, la *perdió* (Mc 8, 35), la *sacrificó* en amor, inmolándola, y así ganó la corona del martirio. Así debemos vivir como cristianos, *aborreciendo* (Jn 12, 25) y *perdiendo* (Mc 8, 35) nuestra vida en este mundo por amor a Cristo, viviendo sencilla y austeramente, renunciando a los placeres innecesarios de este mundo, sacrificándonos en amor a Dios, al cumplir nuestra misión en el mundo, nuestro servicio, nuestro ministerio a los pobres, como lo hizo san Lorenzo. Debemos ser como una semilla que *muere* para dar fruto. “De cierto, de cierto os digo —

dice Jesús hoy—, que si el grano de trigo no cae en la tierra y *muere*, queda solo; pero si *muere, lleva mucho fruto*” (Jn 12, 24). Sólo al *perder* —sólo al *aborrecer*— nuestra vida en este mundo por amor a Cristo, salvaremos nuestra vida para con Dios, como lo hizo san Lorenzo, haciéndose, como Cristo, “una ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2). Sólo así viviremos felices con la verdadera felicidad que Dios quiere darnos.

## LA POBREZA EVANGÉLICA Y VOLUNTARIA—SANTA CLARA

La memoria de santa Clara, 11 de agosto

Fil 3, 8-14; Sal 15; Mt 19, 27-29

Hoy conmemoramos a santa Clara, seguidora de san Francisco de Asís. Ella fue once años menor que san Francisco, y a los 18 años empezó a seguirle en su camino de la pobreza voluntaria y evangélica, aunque ella vino de una familia adinerada. Fue el ideal de la pobreza evangélica que atrajo a los dos y a sus muchos seguidores, aunque san Francisco, por su parte, vino de una familia de la clase media. No quisieron tener nada en este mundo, sino sólo Cristo y su amor. Entendieron que esto fue la enseñanza de Jesucristo, por lo menos para los que buscaban una vida de perfección.

El principio de la pobreza es para todo creyente, según las posibilidades de cada uno y según la dirección del Espíritu Santo, pero san Francisco y santa Clara y sus seguidores quisieron seguir este ideal de la manera más radical posible. Por eso hicieron la enseñanza de Jesucristo sobre la pobreza evangélica todo el propósito de sus vidas.

Entendieron que la clave para entrar en el reino de Dios es dejar todo de este mundo, como Jesús nos enseña en la parábola del tesoro escondido. Este tesoro escondido es el reino de Dios, y Jesús nos enseña que uno sólo puede conseguirlo al vender todo lo que tiene primero, como hizo el hombre en la parábola (Mt 13, 44). Sólo así pudo comprar el campo y obtener posesión del tesoro. El reino de Dios es la presencia de Cristo en nuestra vida, resplandeciendo en nuestro corazón (2 Cor 4, 6). Esta presencia es la perla preciosa. Pero el único que va a adquirirlo es el que vende primero todo lo que posee (Mt 13, 45-46), porque sólo así será una persona un discípulo, como nos enseñó Jesucristo cuando dijo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, *no puede ser mi discípulo*” (Lc 14, 33).

Aunque esto es verdad para todos de una manera u otra, santa Clara, siguiendo a san Francisco, quiso vivirlo radicalmente y experimentar sus resultados con el mayor radicalismo. Así ella *perdió* su vida por Cristo, y así la *halló* en Cristo.

Al contrario, el que trata de *salvar* su vida de una manera mundana la perderá para con Dios (Mt 16, 25). Es sólo el que *pierde* su vida por Cristo, como santa Clara, que la *salvará* para con Dios (Mt 16, 25). Jesús nos enseña hoy que cualquiera que haya dejado padre o madre o hermanos o casa por el nombre de Cristo recibirá cien veces más en esta vida (Mt 19, 29). De esta manera uno pierde su vida para salvarla en Dios.

Santa Clara reservó su corazón únicamente para Cristo. No quiso dividir el amor de su corazón con ninguna otra cosa. Quiso un corazón completamente indiviso por el amor de Cristo. Por eso, como san Pablo, estimó como *pérdida* su riqueza anterior, porque por amor de Cristo perdió todo, y lo tuvo por basura, para ganar a Cristo, como dice san

Pablo hoy (Fil 3, 8). Por eso ella, tanta como san Pablo, fue crucificada al mundo y a sus placeres, como el mundo fue crucificado a ella (Gal 6, 14). Así debemos vivir si buscamos la perfección en una vida con Jesucristo viviendo y resplandeciendo en nuestro corazón.

VELAD, PUES, PORQUE NO SABÉIS  
A QUÉ HORA HA DE VENIR VUESTRO SEÑOR

19° domingo del año  
Sab 18, 6-9; Sal 32; Heb 11, 1-2.8-19; Lc 12, 32-48

Cuando leemos el evangelio de san Lucas, como lo hacemos en el año C, en que estamos ahora, tenemos la alegría —para los que lo aprecian— de oír los pasajes escatológicos del evangelio tres veces, porque san Lucas pone estos dichos sobre la vigilancia y el fin del mundo en tres capítulos diferentes, cada uno separado de los otros, es decir, en capítulos 12, 17, y 21 de su evangelio, mientras que san Mateo los pone todos juntos en capítulos 24 y 25 de su evangelio, y san Marcos hace lo mismo en capítulo 13 de su evangelio. Por eso la materia escatológica de san Lucas es más esparcida, y la encontramos con más frecuencia al leer su evangelio, en vez de oírla todo junto cerca del fin, como en san Mateo y san Marcos; y oímos un poco del mismo hoy en medio del verano, en el tiempo de la primera cosecha, que nos recuerda de la última cosecha al fin del mundo; y la oiremos otra vez en el tiempo del fin de la siega, al fin del año. Para algunos, como dije, esto será un gozo especial en medio del verano, mientras que para otros puede ser una carga especial. A mí siempre me ha gustado este aspecto del evangelio, y espero poder compartir aquí con ustedes algo de mi interés en estos textos escatológicos.

Estos textos, que hablan del fin del mundo y de la segunda vendida de Jesucristo, pueden, y yo creo *deben*, sorprendernos y despertarnos de nuestra manera ordinaria de pensar, y ponernos en una nueva y más viva manera de pensar y vivir. Aunque parezca raro, esta es la manera en que Jesús quiere que vivamos, es decir, en expectación constante de su segunda venida para transformar el mundo en el reino de Dios; y debemos estar ahora en el proceso de transformarlo por nuestra vida nueva en Cristo, que es una vida de fe y esperanza, y sobre todo de amor de Dios y del prójimo. Estamos en este proceso de la transformación del mundo ahora, como levadura transformando el pan.

Pero si este mundo va a ser transformado en otra cosa, en algo que no todavía no es, en algo radicalmente nuevo y mejor, por el cual estamos esperando ahora, o del cual somos las primicias, entonces debemos sentirnos como “*extranjeros y peregrinos*” (Heb 11,13; 1 Pd 1, 1; 2, 11) ahora en medio de este *viejo* mundo *actual*, que es lo del cual la segunda lectura trata hoy. Vivimos por la fe, y esperamos una “patria” mejor (Heb 11, 14.16), una patria celestial, que hemos mirado de lejos y saludado (Heb 11, 13), “porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (Heb 13, 14). Nosotros somos estos “*extranjeros y peregrinos*”, buscando una ciudad y una patria mejores.

Por eso nuestro tesoro está en el cielo (Lc 12, 33), “Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Lc 12, 34), dice Jesús hoy. Vivimos *en espíritu* en

el cielo, donde está nuestro tesoro, y donde está nuestro corazón con nuestro tesoro; y esperamos el regreso a la tierra del Señor. No digas: “hemos esperado esto desde hace mucho tiempo, y por eso no es probable que él vendrá en nuestro día”. Esto puede ser la opinión del sentido común; pero no es la actitud que Jesús quiere ver en sus seguidores. Él quiere que vayamos más allá del sentido común, y que vivamos como una *nueva* creación en medio de esta *vieja* creación, para ser un nuevo germen de una humanidad regenerada, un pueblo viviendo en esperanza y verdadera expectativa. Aunque el cumplimiento *literal* de nuestra expectativa pueda ser todavía lejos, su cumplimiento *espiritual* está con nosotros ahora si vivimos vigilantes y sobrios, en expectación y preparación constantes por la venida del Señor. Sí, así Jesucristo quiere que vivamos para que él pueda venir a nosotros y transformarnos ahora, haciéndonos los agentes de la transformación del mundo en el reino de Dios.

Por eso Jesús nos dice hoy: “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando... Vosotros, pues, también estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá” (Lc 12, 35-37.40).

“Mirad también por vosotros mismos —dice Jesús—, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día... Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lc 21, 34.36). Y san Pedro dice: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Pd 1, 13). “...el fin de todas las cosas se acerca —continúa san Pedro—; sed, pues, sobrios, y velad en oración (1 Pd 4, 7). Y san Pablo dice: “Por tanto, no durmamos como los demás, sino *velemos* y seamos *sobrios*” (1 Ts 5, 6).

San Pablo también reza “para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la *parusía* de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13). Es por este gran día de su *parusía*, o segunda venida, con todos sus santos que estamos preparándonos ahora, para que nuestros corazones puedan ser puros e irreprochables en santidad cuando venga; porque de otra manera no apreciaremos su venida. Si estamos vigilantes y enfocados en él, entonces cuando venga, en cualquier manera que venga, nos regocijaremos en su presencia y seremos transformados por ella, siendo así agentes tanto más efectivos para la transformación del mundo. Así, pues, en las palabras de san Pablo: “el mismo Dios de paz os santifique *por completo*; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la *parusía* de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23).

No sabemos *cuando* el Señor vendrá, y yo pienso que esto es deliberado. Es para que estemos *siempre velando* y *preparándonos* para él. “Velad, pues, *porque no sabéis* a qué hora ha de venir vuestro Señor... Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora *que no pensáis*” (Mt 24, 42.44; aclamación antes del evangelio).

## LA VIDA ASCENDIDA

La Asunción de la Santísima Virgen María, 15 de agosto  
Apc 11,19; 12, 1-6.10; Sal 44; 1 Cor 15, 20-27; Lc 1, 39-56

Hoy celebramos la solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María cuerpo y alma en el cielo. Es un día de alegría por su belleza que contemplamos hoy. Ella es “la mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (Apc 12, 1). “¿Quién es ésta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejercito en orden?” (Ct 6, 10).

Ella es elevada hoy al cielo, y continúa viviendo allá. Vive una vida ascendida con Cristo. En esto ella es nuestro ejemplo y modelo, porque en Cristo nosotros también somos resucitados y aun *ascendidos* (Col 3, 1-2; Ef 1, 3; 2, 6). Pero en María vemos *más claramente* nuestra vocación a vivir una vida ascendida, porque ella fue elevada *físicamente*, mientras que nuestra resurrección y asunción físicas esperan hasta el último día. Pero lo que celebramos hoy en María en un sentido *físico* es el mismo misterio que somos llamados a vivir *espiritualmente* ahora en nuestra vida nueva y resucitada en Cristo.

Hemos muerto en Cristo a nuestra vida anterior y la hemos sepultado con él para resucitar también con él y caminar en el esplendor de su resurrección (Col 2, 12). Esta es nuestra vida nueva. Somos justificados por Cristo por medio de nuestra fe, perdonados de nuestros pecados, y se nos ha dado una vida nueva, resucitada, y aun ascendida en Cristo (Rom 6, 4; Ef 2, 6). San Pablo nos dice que “aun estando nosotros muertos en pecados, [Dios] nos dio vida juntamente con Cristo —por gracia sois salvos—, y juntamente con él nos *resucitó*, y asimismo nos *hizo sentar en los lugares celestiales* con Cristo Jesús” (Ef 2, 5-6).

Así, pues, debemos vivir ahora de antemano una vida *nueva, resucitada, y ascendida*, aquí en la tierra—y vemos todo esto en María elevada hoy cuerpo y alma al cielo; y la celebramos en ella—.

Y ¿cómo podemos vivir de antemano, ya en la tierra, una vida ascendida? Podemos hacerlo por la gracia de Cristo que nos hace justos por nuestra fe en él y que nos da una nueva manera de vivir en obras buenas (Ef 2, 10). Es sobre todo una vida de amor, amor por el Dios trino. Vivimos por amor a él como lo hizo la Virgen María, y como ella sigue haciendo.

La vida ascendida es también una vida de obediencia radical a la voluntad de Dios, como él nos la revela en nuestra conciencia y por la ley de Dios y la de la Iglesia. Sólo si vivimos como Dios quiere que vivamos seremos felices y viviremos una vida resucitada y *ascendida*, una vida transformada e iluminada por el esplendor de Cristo resplandeciendo en nuestro corazón. Cristo nos diviniza cuando creemos en él y vivimos como María, según su voluntad en todo.

La vida ascendida es al mismo tiempo una vida que tiene un corazón indiviso. La vida monástica es organizada para ayudarnos a vivir así, con todo el amor de nuestro corazón reservado sólo para Dios. Todos son llamados a esto, como puedan, según su estado de vida, pero seguramente esta es una especialización de los monjes que da a sus vidas el aspecto de una vida *ascendida*, una vida celestial ya en la tierra por anticipación.



Reservamos así todo el amor de nuestro corazón para Dios. Así es el mejor camino para experimentarlo a Dios en su esplendor.

Así María vivía con su amado divino en su “monte de la mirra” y “collado del incienso” (Ct 4, 6), pasando sus noches con él como “un manojito de mirra” reposando entre sus pechos (Ct 1, 13), en un “lecho de flores” (Ct 1, 16), dentro de una casa del encuentro con vigas de cedro “y de ciprés los artesonados” (Ct 1, 17).

La soledad y el silencio son también importantes para todos para vivir una vida ascendida, y por eso la esposa del Cantar se fue a los lugares más remotos para estar a solas con su amado divino. Vemos simbolizado en esto el silencio y la soledad de la Virgen María. “Desde el Líbano, desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y de Hermon, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos” el Señor la llamó a ir consigo (Ct 4, 8). Es por eso que el olor de sus vestidos es “como el olor del Líbano” (Ct 4, 11).

Así es la vida *ascendida*. Es una vida vivida sólo para Dios y para el prójimo por amor a Dios. Es una vida que sirve sólo a un Señor (Mt 6, 24). Así también es la vida monástica, es una vida *ascendida* ya en este mundo. Es la vida que vive aquí en la tierra el misterio de la Asunción de la Santísima Virgen María.

#### CÓMO SER LIBRADO DEL SUFRIMIENTO DE LA CULPABILIDAD

Jueves, 19ª semana del año

Josué 3, 7-10.11.13-17; Sal 113; Mt 18, 21 – 19, 1

Hoy Jesús nos enseña la gran importancia de perdonar a nuestros hermanos por cualquier mal que nos hacen. El punto de la parábola que Jesús nos enseña hoy es que si queremos *ser* perdonados de nuestros pecados, nosotros, por nuestra parte, tenemos que *perdonar* a nuestro hermano cuando peca contra nosotros. Si no lo perdonamos, no seremos perdonados, o nuestro perdón será revocado y Dios seguirá recordando nuestros pecados contra nosotros.

La culpabilidad es uno de los sufrimientos más grandes que hay. De hecho, creo que es el más grande de todo sufrimiento humano. Cualquier otra cosa podemos aprender a aguantar, pero ¿quién puede aguantar un espíritu derribado por la culpabilidad? Proverbios dice: “El ánimo del hombre soportará su enfermedad; mas ¿quién soportará al ánimo angustiado?” (Prov 18, 14). Cualquier sacerdote que ha confesado a muchas personas sabe cuánto están atormentadas por la culpabilidad y cómo buscan una forma de alivio.

Esto es, de hecho, la razón principal por la cual Dios nos envió a su único Hijo, como dice san Juan, diciendo: Dios “nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en *propiciación* por nuestros *pecados*. Amados si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros *amarnos* unos a otros” (1 Jn 4, 10-11). Ved cómo san Juan eslabona el envío de Jesucristo para propiciar nuestros pecados, por una parte, con nuestro amor por los demás, por otra parte, y este amor incluye *perdonándolos* cuando pecan contra nosotros, como nos enseña la parábola de hoy.

¡Cuánto necesitamos y anhelamos el perdón de Dios y el alivio de nuestra culpabilidad, que deprime y angustia nuestro espíritu! y ¡cuánto lo agradezcamos cuando nos sentimos verdaderamente perdonados y librados al fin de toda culpabilidad! Pero para ganar este perdón y preservarlo una vez recibido, tenemos que *perdonar* a los demás

cuando nos hieren o nos hacen una injusticia. “Porque con el juicio con que juzgáis — dice Jesús—, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mt 7, 2). Dice también: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5, 7). Y más importante que todo, Jesús nos enseña: “si *perdonáis* a los hombres sus ofensas, *os perdonará* también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si *no* perdonáis a los hombres sus ofensas, *tampoco* vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt 6, 14-15).

Aquí, pues, Jesucristo nos da un camino para ser librados del sufrimiento de la culpabilidad por nuestras faltas y pecados. Es perdonar a los que nos hieren y pecan contra nosotros. Si perdonamos, seremos perdonados y tendremos un corazón alegre; y, como dice Proverbios: “El corazón alegre hermosea el rostro; mas por el dolor del corazón el espíritu se abate” (Prov 15, 13). Perdonemos, pues, rápidamente, para que así, por nuestro turno, seamos perdonados.

## EL QUITAR LOS DIOSES AJENOS, Y SERVIR SÓLO AL SEÑOR

Sábado, 19ª semana del año  
Josué 24, 14-29; Sal 15; Mt 19, 13-14

La primera lectura hoy trata de la gran ceremonia para renovar el pacto, que Josué dirigió en Siquem después de la conquista de Canaán, al fin de su vida. El punto del discurso de Josué es que los Israelitas tienen que *decidir ahora, una vez para siempre, a quién* servirán; si servirán al Señor que los sacó de Egipto con grandes señales y maravillas, o a *otros* dioses ajenos que han servido en Egipto, y que sus padres sirvieron en Mesopotamia.

Aunque nosotros no somos tentados más a servir dioses ajenos, ponemos *otras* cosas en el lugar de Dios en nuestras vidas, cosas que *dividen* nuestros corazones e intereses de la devoción indivisa que Dios quiere ver en nosotros. Él quiere que lo amemos con un corazón *indiviso* (1 Cor 7, 32-35). Esto, por supuesto, es especialmente verdad para los monjes, que han dejado todo para seguir sólo a él con un corazón *indiviso*, para poder vivir en tanta más profunda comunión con él. Es, por tanto, muy bien que oigamos esta escritura hoy, que habla tanto a nuestros corazones y a nuestra manera de vivir como a los israelitas del tiempo de Josué.

¿Qué es lo que *divide* tu corazón de un amor *indiviso* para el Señor tu Dios? ¿Qué compete con el Señor en tu corazón por tu atención? ¿Qué has puesto en el lugar que sólo Dios debe ocupar en tu corazón? ¿A quién estás sirviendo, además que al Señor tu Dios? ¿Qué *otro* tesoro te estás haciendo aquí en la tierra?, cuando Jesús nos dijo, “No os hagáis tesoros en la tierra” (Mt 6, 19) y “Ninguno puede servir a *dos* señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6, 24).

Por tanto ¿qué debemos hacer? “...*quitad* de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres” (Jos 24, 14), nos dice la palabra de Dios hoy. “...escogeos hoy a *quién* sirváis...” (Jos 24, 15), y servid *sólo* a él. *Todo* lo que hacemos debe ser dirigido a Dios y su servicio. Nuestro enfoque *no* debe ser *dividido*. Nuestro corazón no debe ser

dividido, sino reservado sólo para el Señor si queremos vivir profundamente en unión con él y experimentar su amor y luz en nuestro corazón (2 Cor 4, 6). Es por eso que los monjes viven vidas de simplicidad y austeridad, es para ser tanto más enfocados sólo en el Señor, para vivir tanto más en su luz y amor. “*Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón al Señor el Dios de Israel*” (Jos 24, 23), nos dice la palabra hoy. Que nuestra respuesta sea la de los israelitas: “*Al Señor nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos*” (Jos 24, 24).

## LA PAZ DE DIOS EN MEDIO DE LA PERSECUCIÓN

20° domingo del año

Jer 38, 4-6.8-10; Sal 39; Heb 13, 1-4; Lc 12, 49-53

Hoy vemos que los que siguen a Jesucristo no siempre tendrán una vida sin conflictos, y a veces habrá muchos conflictos. No debemos pensar que él vino para dar paz exterior en la tierra. Al contrario, el mismo Jesucristo *causará* conflictos. Así Jesús nos enseña hoy, diciendo: “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres” (Lc 12, 51-52). Esto sucederá porque la palabra de la fe y el evangelio que los seguidores de Jesucristo proclamarán desafiarán al pueblo, los llamarán a la conversión y a cambiar y a vivir únicamente por Dios y por el servicio del prójimo en amor y donación de sí mismos. Esta palabra de Cristo nos llama a vivir como él, una vida de sacrificio, una vida en que nos ofrecemos al Padre con el Hijo en el Espíritu Santo.

¿Cuántas personas quieren oír esto? ¿Cuántas quieren sacrificarse en amor, renegando los deleites de este mundo, viviendo únicamente por Dios y por su amor y su alegría, y así crecer en su amor? Ciertamente *no todos* quieren oír esto, ni quieren cambiar, ni vivir así. *No todos* quieren ser desafiados por la palabra de Dios. *No todos quieren oír la verdad.*

¿Y qué harán estas personas que no quieren oír los desafíos del evangelio? Comenzarán a odiar a los predicadores y profetas, rechazarán su predicación y su mensaje, y atacarán a los que les predicán el evangelio. Tratarán de difamarlos, hablando contra ellos entre el pueblo, y los insultarán directamente. Sí, un predicador tiene que aguantar todo esto. Esto es su cruz que lo santificará. De este modo un predicador fiel *perderá* su vida por Cristo, para *hallarla* en Dios (Mc 8, 35).

Lo que pasó a Jeremías en la primera lectura es un buen ejemplo de todo esto. Jeremías habló y predicó la verdad que muchos no quisieron oír; y los príncipes, al oírlo, dijeron al rey: “Muera ahora este hombre; porque de esta manera hace desmayar las manos de los hombres de guerra que han quedado en esta ciudad” (Jer 38, 4). Y lo metieron a Jeremías en una cisterna. “Y se hundió Jeremías en el cieno” que había en la cisterna (Jer 38, 6). Pero el rey, al oír esto, lo rescató de la cisterna y lo libró de las manos de sus perseguidores.

Así es la vida de fe. Si estamos buscando una vida sin enemigos que nos atacan, no la hallaremos como seguidores fieles de Jesucristo —ver la vida de san Pablo y la del

mismo Jesucristo—. Cristo no vino a la tierra para traernos este tipo de paz externa. Él vino para traernos una paz *interior* que puede coexistir con estos conflictos exteriores.

Sí, la proclamación del evangelio *causa* conflictos. Los que *no* quieren ser desafiados por el evangelio atacarán a los que lo proclaman, como lo hicieron a Jeremías. Y esto puede continuar hasta el punto de que *todos* nos odian, como dijo Jesús: “Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mt 10, 22).

¿Y qué tipo de paz nos dio Jesucristo? Él dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo *no* os la doy *como el mundo* la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn 14, 27). Su paz es una paz nueva e interior que regocija el corazón en el Espíritu Santo, y que puede coexistir con estos conflictos que tendremos en el mundo por vivir según su voluntad y por predicar su evangelio desafiador. Tendremos nuestra paz *en él, no en el mundo*. “Estas cosas os he hablado —dice Jesús— para que *en mí* tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he *vencido* al mundo” (Jn 16, 33).

El mundo aborrece a los cristianos fieles y a los santos, porque no son del mundo; pero estos santos *viven en paz en medio de los que los odian*. Así fue con el mismo Jesucristo, y así será con nosotros si lo seguimos con fidelidad. “Si el mundo os *aborrece* —dijo— sabed que a *mí* me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo el mundo amaría lo suyo; pero *porque no sois del mundo*, antes yo os elegí del mundo, *por eso* el mundo os aborrece” (Jn 15, 18-19).

Pero este odio del mundo es una bendición para los santos, y así lo experimentan: “*Bienaventurados* seréis —dijo Jesús— cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas” (Lc 6, 22-23). Y San Juan resumió todo esto, diciendo: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Jn 3, 13). Y san Pablo dijo lo mismo, diciendo: “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim 3, 12). Pero en Cristo tenemos nuestra paz en medio de todo esto.

## EL TROVADOR DE DIOS —SAN BERNARDO

La solemnidad de san Bernardo, 20 de agosto  
Eclo 15, 1-6; Sal 118; Fil 3, 7-14; Jn 17, 20-26

Hoy celebramos la solemnidad de nuestro padre san Bernardo, bien conocido por sus bellos sermones sobre el Cantar de los Cantares y por su gran amor por Dios, del cual escribió mucho. Entró en el Nuevo Monasterio de Cister en 1113 con treinta compañeros a la edad de 22 años, y tres años más tarde, a la edad de 25, fue enviado como fundador y primer abad de Claraval, donde pasó su vida, viviendo la vida monástica, haciendo numerosas fundaciones y cumpliendo varias misiones para la Iglesia.

San Bernardo era un gran monje y una inspiración para todos los que quieren vivir la vida monástica. Dejó todo para vivir sólo para Dios y dar su vida sirviendo al Señor y a sus hermanos en la vida monástica, que es una vida austera de oración, lectura espiritual,

ayuno, trabajo, obediencia, y comunidad, vivida por el amor de Dios en el desierto, lejos del mundo en su mundanidad. Es una vida de amor, pasada en silencio, cantando las alabanzas del Señor, celebrando solemnemente el oficio divino en coro, y vivida dentro de una clausura. Es una vida que trata de servir al Señor con un corazón indiviso, guardado únicamente para él (1 Cor 7, 32-35). Es una vida que deja los placeres de este mundo y de esta vieja creación, para los del reino de Dios y de la nueva creación. Así la vida monástica es una vida de obediencia radical a la voluntad de Dios, y una vida que vive en la *gloria* de Dios.

Cristo nos dice en el evangelio de hoy que él nos dio su *gloria*, en que él vive con su Padre (Jn 17, 22), para que la contemplemos (Jn 17, 24) y seamos llenos de su esplendor. Cristo quiere que participemos de su propia gloria y vivamos y permanezcamos en el esplendor en que él vive con su Padre (Jn 15, 9). Por eso vino a la tierra, para que pudiéramos participar de su propio esplendor y gloria. San Bernardo escribió mucho de la gloria del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo, y vivía en su amor trinitario.

En vigiliass oímos una lectura del Cantar de los Cantares. Son Canciones de amor que siempre han sido interpretadas como canciones del amor divino por su pueblo, y del amor de Dios por el alma humana, y a veces también del amor de Dios por la Virgen María. Hoy, en la solemnidad de san Bernardo, podemos leer el Cantar de los Cantares como una canción del amor divino en que vivía san Bernardo, y en el cual él nos invita a nosotros a entrar con él.

El Cantar habla de un “monte de la mirra” y de un “collado del incienso” a donde el amado divino va para encontrar el alma humana, para pasar la noche en amor con ella entre los árboles aromáticos, cuyos aromas desprenden las suaves brisas. El Señor dice: “Hasta que apunte el día y huyan las sombras, me iré al monte de la mirra, y al collado del incienso” (Ct 4, 5). Allá él nos revela su amor que es el mismo amor en que él vive con su Padre en el Espíritu Santo, como Jesús nos enseñó, diciendo: “Como el *Padre me* ha amado, así también *yo os* he amado; permaneced en *mi* amor” (Jn 15, 9). Aquí, pues, en este “monte de la mirra” y “collado del incienso”, tenemos un lugar para nuestro encuentro con el Señor; y cuando él quiera, puede llenarnos de la dulzura del Espíritu Santo.

¿Qué es este “monte de la mirra” y este “collado del incienso” donde pasamos la noche entre los árboles aromáticos con el Señor? ¿No es nuestro aposento, donde oramos al Padre en secreto, y donde él se revela a nosotros (Mt 6, 6)? ¿No es nuestra celda? Y nuestro aposento es edificado también de madera vieja y aromática. “Las vigas de nuestra casa son de cedro —dice el Cantar—, y de ciprés los artesonados” (Ct 1, 17). Aunque es sólo una celda pobre y solitaria, edificada sobre un “monte de la mirra” y un “collado del incienso”, la presencia del Señor del universo en ella la hace, a los ojos del amor, una casa imponente de cedro y de ciprés.

¡Y el lecho de nuestra oración y encuentro es hecho de madera tan verde que brota en flores! “...nuestro lecho es de flores”, dice el Cantar (Ct 1, 16). Así es cuando Señor nos visita con su amor, porque este amor deja una fragancia en nuestro corazón como la de flores.

El Cantar habla también del desierto, un lugar bien amado por los monjes como un lugar privilegiado del encuentro con el Señor en la contemplación, lejos del ruido, distracción, y tentación del mundo. Allá en el desierto, somos como una columna de humo de árboles aromáticos, perfumada por nuestro encuentro amoroso en la soledad y

silencio con el Señor. “¿Quién es ésta —pregunta el Cantar— que sube del desierto como columna de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático?” (Ct 3, 6). Somos nosotros, cuando salimos del encuentro divino en el desierto, todo perfumados de sus aromas.

San Bernardo es el gran trovador de estas experiencias e imágenes del Cantar.

## LA NUEVA JERUSALÉN, CIUDAD DE ORO Y LUZ

La fiesta de san Bartolomé, 24 de agosto

Apc 21, 9-14; Sal 144; Jn 1, 45-51

Hoy celebramos la fiesta del apóstol san Bartolomé, que se llama también Natanael. En la primera lectura oímos la bella descripción de la nueva Jerusalén, ciudad de oro y luz, objeto de toda nuestra esperanza, una ciudad de luz y esplendor en que podemos vivir en espíritu aun ahora, mientras caminamos hacia ella más y más cada día, purificándonos siempre más para caminar en su gloria. Esta “ciudad tiene doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero” (Apc 21, 14). El nombre de san Bartolomé es escrito sobre uno de estos cimientos.

¡Qué bella es esta ciudad de nuestra esperanza, la meta de nuestra jornada y vida! Pero es una ciudad en que los santos ya vivos en este mundo viejo viven ahora con anticipación, en su espíritu, porque es una ciudad donde brilla el esplendor de Dios y del Cordero. Ellos son su única luz (Apc 21, 23; 22, 5).

En esta santa morada de Dios con los hombres, el Señor es su esplendor y luz perpetua, y los santos son iluminados por esta luz y hechos ellos mismos resplandecientes por el esplendor del Cordero. Toda la ciudad resplandece como un cristal de roca lleno de la luz del sol porque tiene “la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal” (Apc 21, 11).

Dios la ilumina junto con todos los que viven en ella. El Señor es la iluminación de todos los moradores de esta santa ciudad de luz. Por eso “la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Apc 21, 23). La gloria de Dios enciende los corazones de los santos que viven en ella, proveyéndolos de una iluminación interior. Y “No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará” (Apc 22, 5).

Isaías profetizó sobre esta ciudad de la gloria de Dios, en que los santos viven aun ahora de antemano. Dijo: “El sol nunca más te servirá de luz para del día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria” (Is 60, 19). Los santos no son pendientes del sol para su iluminación interior. Esta viene del Señor, porque ellos andan en su esplendor, y él es su iluminación. Ellos tienen otro sol que resplandece dentro de ellos. Es el Señor, en cuya luz ellos pasan sus vidas en obediencia y amor.

Y esta luz del Señor es mejor que el mismo sol, como profetizó Isaías, diciendo: “No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz perpetua” (Is 60, 20). Así Dios ilumina los corazones de los santos con su presencia y amor, con su

protección y dirección, con su gracia y salvación. Él es su vida, su alegría, y su luz. Y ellos caminan en su esplendor.

Los apóstoles siguieron al Señor. San Bartolomé era uno de ellos. Vivieron en este resplandor, y anunciaron el evangelio de la salvación en Cristo hasta los confines de la tierra. De esto profetizó el salmista, diciendo: “Todos los confines de la tierra *han visto* la salvación de nuestro Dios” (Sal 97, 3). El evangelio, que los apóstoles predicaron, llevó esta iluminación de Cristo hasta los confines de la tierra, para que Cristo pudiera resplandecer en los corazones de todos los que creen en él (2 Cor 4, 6).

Por su fe, son justificados, perdonados, y hechos justos y nuevos. Mueren a su vida anterior en la muerte de Cristo, para resucitar con él a una vida nueva en el Espíritu, para andar con él en la “novedad de la vida” (Rom 6, 4) y en la “novedad del Espíritu” (Rom 7, 6).

Al obedecer al Señor, al vivir sólo para él en todo (Mt 6, 24), viven en su luz, viven ya de antemano en la nueva Jerusalén, en esta ciudad diáfana como cristal (Apc 21, 11), donde todo es hecho nuevo (Apc 21, 5), donde la misma ciudad resplandece, porque “la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio” (Apc 21, 18) y “la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio” (Apc 21, 21).

Los santos viven cerca del “río limpio de agua de vida resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero” (Apc 22, 1). Y este río de agua de vida los renueva y rejuvenece, siendo en medio de ellos “una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn 4, 14).

Y en esta ciudad, Dios está siempre cerca, y por eso no hay templo en ella, “porque el Señor Dios todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apc 21, 22). Todas las naciones caminarán a la luz de ella (Apc 21, 24) porque en ella está la luz que ilumina a todos. “Venid...caminaremos a la luz del Señor” (Is 2, 5).

## PRATICA LO QUE PREDICAS

Sábado, 20ª semana del año

Rut 2, 1-3.8-11; 4, 13-17; Sal 127; Mt 23, 1-12

Hoy Jesús nos enseña algo muy importante para nuestra vida cristiana, es decir: la maldad de la *hipocresía*. Dice: “todo lo que os digan [los escribas y fariseos] que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque *dicen*, y *no hacen*” (Mt 23, 3). Debemos hacer lo que ellos dicen —dice Jesús— porque “En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos” (Mt 23, 2). Ellos tienen la autoridad de enseñar, y el pueblo debe seguir sus enseñanzas. Pero lo malo es que ellos mismos destruyen todo al no vivir lo que enseñan a otros. No practican lo que predicán.

¡Qué importante es, entonces, también para nosotros *evitar* la *hipocresía* hoy, sobre todo entre los religiosos profesionales, es decir: entre los monjes, religiosos, y sacerdotes! Somos un modelo puesto delante del pueblo. Si somos sacerdotes, predicamos, y tenemos la autoridad de predicar, pero, de verdad, *nuestro mejor sermón será nuestra vida*. Alguien que *vive radicalmente* lo que predica a otros tendrá un gran efecto para el bien en su comunidad.

El que predica que debemos vivir sólo para Dios y mortificarnos en todo lo demás, si él también vive así, hará una gran impresión por lo bueno en su comunidad y ambiente. Cambiará a su comunidad por lo mejor, y ayudará a sus miembros a ser mejores cristianos, mejores religiosos, mejores monjes. Pero si nuestros sermones son sólo palabras sin hechos, serán débiles y sin mucho efecto.

Un sacerdote, que es un monje, debe vivir los principios que predica a otros, debe vivir una vida de sacrificio, simplicidad, austeridad, y renuncia a los deleites de este mundo viejo, para los de la nueva creación y del reino de Dios. Debe seguir el camino estrecho y angosto de la vida, de los pocos, no el camino ancho de los muchos que lleva a la perdición (Mt 7, 13-14). Debe dejar todo para obtener el tesoro escondido y la perla preciosa (Mt 13, 44-46). Debe servir sólo a un Señor (Mt 6, 24), y tener sólo un tesoro (Mt 6, 19-21).

Un monje debe vivir una vida austera de oración y ayuno, de silencio y lectura espiritual, trabajando callada y recogidamente en el desierto, en su clausura, lejos del mundo. Sólo así verá los frutos de su vida; y de esta manera, ayudará a muchos. Y si también predique, sus sermones tendrán poder para el bien de muchos.

Dice san Pablo: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?” (Rom 2, 21). Y el profeta Malaquías dice: “los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es del Señor de los ejércitos. Mas vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la ley; habéis corrompido el pacto de Leví, dice el Señor de los ejércitos” (Mal 2, 7-8). Debemos evitar esto, esta *hipocresía*.

Más bien debemos *predicar la verdadera doctrina, la verdadera espiritualidad, y vivirlo y practicarlo primero nosotros mismos*. Sólo así cumpliremos nuestra vocación y ayudaremos a los demás. Debemos *predicar la verdad, y practicar lo que predicamos*.

## UNA VISLUMBRE DE LA GLORIA DE DIOS

21° domingo del año

Is 66, 18-21; Sal 116; Heb 12, 5-7.11-13; Lc 13, 22-30

El mensaje de hoy es uno de *esperanza*. No debemos desanimarnos con la *disciplina* del Señor, como nos enseña Hebreos hoy. Cuando pecamos u ofendemos a Dios en algo, él nos *castiga* y *disciplina* para nuestro bien, así como nuestros padres nos *disciplinaron*. Dice Hebreos hoy: “Hijo mío, no menosprecies la *disciplina* del Señor, ni desmayes cuando eres *reprendido* por él; porque el Señor al que ama, *disciplina*, y *azota* a todo el que recibe por hijo” (Heb 12, 5; Prov 3, 11). Dios nos *castiga* en nuestra *conciencia* por nuestras faltas, haciéndonos sentirnos mal y *culpables* cuando hacemos algo que no le agrada. Así él nos enseña mejor y con más claridad el camino de la *perfección*. No debemos desanimarnos, entonces, cuando experimentamos la *disciplina* y el *castigo* del Señor. Sólo debemos arrepentirnos y esperar hasta que nos sintamos perdonados. Así Dios nos *enseña*, como un padre enseña a sus hijos.

Estamos en marcha ahora a algo mejor. Nos encaminamos a la gloria que ya está amaneciendo. *Cada día debemos progresar más* en este camino a la gloria. Y esta gloria



futura es algo que experimentamos *ahora*. Experimentamos sus primeras vislumbres para que caminemos en su resplandor, haciendo más progreso cada día.

Pero si queremos ver esta gloria, tenemos que entrar por la puerta *angosta*, como Jesús nos enseña hoy, porque muchos tratarán de entrar en esta gloria, pero no podrán. Es *sólo* la *puerta angosta* que nos permitirá vivir en esta gloria ahora y encaminarnos hacia su esplendor que se manifestará en el futuro. Así nos enseña Jesús hoy, diciendo: “Esforzaos a entrar por la *puerta angosta*; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán” (Lc 13, 24). Si no entramos ahora por la puerta angosta, en el último día del juicio, el Señor nos dirá: “Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad” (Lc 13, 27).

En este gran día de alegría para los justos, veremos “a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios...porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (Lc 13, 28-29). Es esta alegría que los justos, que escogen el camino angosto, ya empiezan a experimentar ahora en el gozo de su corazón. Viven en el esplendor de este banquete escatológico ahora, que regocija sus corazones, porque han escogido el camino angosto de la vida; y no el camino ancho de los muchos, que lleva a la perdición.

Pero, de verdad, son *pocos* los que caminan por este camino estrecho, son *pocos* los que lo hallan. La mayoría siempre prefiere el camino *ancho* de los deleites de este mundo viejo a los de la nueva creación y del reino de Dios; y *no* vislumbran por ello el esplendor del banquete escatológico que ven los pocos que caminan por el camino estrecho de la vida.

Los *pocos* que escogen la puerta angosta de la vida viven ya en este esplendor interior, y se encaminan hacia su cumplimiento en el futuro. Pero porque en este mundo viejo ellos son *pocos*, son normalmente los *últimos*. Son los hijos del mundo nuevo, los hijos de la nueva creación, que ya amanece; pero aquí abajo son los últimos y los menospreciados, como Jesús nos enseña hoy, diciendo: “he aquí, hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros” (Lc 13, 30).

Los “*postreros* que serán primeros” son los pocos que caminan por el camino angosto ahora. Ellos serán los primeros en el reino de Dios, aunque son los últimos en este mundo. Y los “*primeros* que serán postreros” son los que ahora caminan por el camino ancho de los muchos, el camino de los placeres de este mundo. Ellos serán los últimos para con el reino de Dios, o —mejor dicho— no entrarán en el reino de Dios. Así, pues, tenemos que ser como *niños* en este mundo, caminando por el camino angosto de la vida, porque “cualquiera que se humille como este niño, ése es el *mayor* en el reino de los cielos” (Mt 18, 4).

“Entrad por la puerta estrecha —dice Jesús—; porque *ancha* es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y *muchos* son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y *angosto* el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan” (Mt 7, 13-14). Si queremos ser entre estos pocos, tenemos que vivir una vida sacrificial, que es una ofrenda y sacrificio ofrecido a Dios en olor fragante (Ef 5, 2), un holocausto de amor, ofrecido con Cristo al Padre en el Espíritu Santo.

Sólo así, al caminar por el camino *angosto* de la vida, el camino de los *pocos*, seremos entre los que vendrán “del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt 8, 11). Sólo así seremos entre “los justos [que] resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Sólo así veremos,

aun ahora, la gloria de Dios resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6). Esta gloria está *amaneciendo* ahora para los pocos que están marchando por el camino angosto y estrecho de la vida. Caminemos, pues, por esta luz; y vislumbremos esta gloria.

## ESTAD PREPARADOS PARA LA PARUSÍA DEL HIJO DEL HOMBRE

Jueves, 21<sup>a</sup> semana del año  
1 Ts 3, 7-13; Sal 89; Mt 24, 42-51

Ahora es un tiempo de vigilancia. Entramos ahora en la última parte del año litúrgico, el tiempo en que nos preparamos para la parusía o segunda venida del Señor, el día en que “el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt 16, 27).

Si la justificación inicial es un don gratuito de Dios, dada a los que creen en su Hijo y en la eficacia de su sacrificio propiciatorio en la cruz, nuestra santificación y salvación final dependerán mucho de nuestras *obras*, en *cómo* vivimos nuestra vida de fe (Mt 16, 27). Es decir: debemos estar *preparados* para su venida.

Y porque no sabemos *cuando* el Hijo del Hombre vendrá, tenemos que *vigilar siempre*, porque él vendrá “como ladrón en la noche” (1 Ts 5, 2), cuando menos lo esperamos, precisamente cuando todos piensan que ya tienen “paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina” (1 Ts 5, 3). Si supiéramos *cuando* iba a venir el Hijo del Hombre, podríamos vigilar en este tiempo. Pero porque *no* sabemos la hora de su venida, tenemos que vigilar *siempre*.

Las dos lecturas de hoy tratan de esto. El evangelio de hoy nos dice: “*Velad*, pues, porque *no sabéis* a qué hora ha de venir vuestro Señor... Por tanto, también vosotros *estad preparados*; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que *no pensáis*” (Mt 24, 42.44).

Y ¿quién es este Hijo del Hombre? Es el mismo Jesucristo en su segunda y gloriosa venida. ¿Qué otra figura pudiera ser? Él es el unigénito Hijo del Padre, juez de vivos y muertos (Hch 10, 42). Él será en su venida el cumplimiento de la figura del Hijo del Hombre que Daniel profetizó, diciendo: “he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo del hombre... Y le fue dado dominio, gloria y reino...su dominio es dominio eterno, que nunca pasará” (Dan 7, 13-14).

San Pablo nos dice hoy que debemos *estar preparados ahora* para esta parusía del Señor. Es decir: debéis santificaros ahora al vivir una vida *vigilante*, y *no negligente*, una vida que tiene un corazón puro e indiviso, como nos enseña san Juan Casiano, y con compunción debéis confesar vuestras faltas para estar y permanecer purificados por la gracia de Jesucristo, para que “sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios, nuestro Padre, en la parusía de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos”, como nos enseña san Pablo hoy (1 Ts 3, 13).

Hermanos, “afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (St 5, 8). El Hijo del Hombre vendrá para recoger de su reino la cizaña, y echarla en el horno de fuego (Mt 13, 41-42). El día cuando tocará la trompeta final se acerca ahora, cuando el Hijo del Hombre “enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus

escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 31), y “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo” (1 Ts 4, 16). *Velad*, pues, porque la parusía del Hijo del Hombre será como en los días de Noé (Mt 24, 37). Cuando menos lo esperaban, “vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la parusía del Hijo del Hombre” (Mt 24, 39).

## SED SANTOS EN TODA VUESTRA MANERA DE VIVIR

Viernes, 21<sup>a</sup> semana del año  
1 Ts 4, 1-8; Sal 96; Mt 25, 1-13

La vida cristiana, la vida de fe, puede ser larga, y podemos dormir mientras esperamos el regreso del Hijo del Hombre en su gloria, como hicieron las diez vírgenes del evangelio de hoy. Pero aun así, debemos estar siempre preparados para su parusía, siempre viviendo vidas santas, con nuestro corazón enfocado *sólo en él*, en oración, lectura, y trabajo; en silencio y ayuno, lejos del mundo en su mundanidad, esperándolo, mientras trabajamos calladamente, preparando su camino. San Pablo nos dice hoy que “la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts 4, 3), “pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Ts 4, 7).

El evangelio de hoy nos da la parábola de las diez vírgenes que esperaban al esposo, para entrar con él a las bodas. Y cuando él se tardó, y ellas durmieron mientras lo esperaban. Pero cinco de ellas estaban preparadas, habiendo llevado consigo aceite en sus vasijas. “Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” (Mt 25, 6). Y “vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y *se cerró la puerta*” (Mt 25, 10).

Pero cuando las vírgenes insensatas llegaron del mercado, donde se fueron para comprar aceite, porque no habían llevado vasijas con aceite consigo, encontraron la puerta *ya cerrada*; y aunque gritaron, diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos!” (Mt 25, 11), la puerta quedó cerrada, y el esposo les dijo: “De cierto os digo, que no os conozco” (Mt 25, 12). Al final de la parábola, Jesús nos da su punto, diciendo: “Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mt 25, 13).

Esta es una parábola sobre la vida cristiana. Si no estamos preparados ahora, seremos como las vírgenes insensatas que no cumplieron la voluntad de Dios en las detalles y prácticas pequeñas de su vida diaria. No hicieron lo que debían hacer, no vivían como debían vivir en *santidad y vigilancia* —esto es el significado de no llevar consigo vasijas con aceite—. Debemos vivir más bien una vida santa ahora, y bien preparada, una vida bien diferente de la los insensatos que viven sólo según el criterio de este mundo, para los cuales la puerta a las bodas estará cerrada. Debemos tener nuestros lomos ceñidos y nuestras lámparas encendidas, y ser “semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida” (Lc 12, 35-36).

¿Estamos preparados ahora? ¿Hemos llevado aceite en nuestras vasijas? ¿Estamos viviendo una vida vigilante, o negligente, una vida santa y pura, o una vida mundana, según los deseos y el criterio de este mundo? Ahora, pues, es el tiempo para convertirnos y cambiar nuestra manera de vivir, para que *sea sólo para Dios en todo*. Si hemos

fallado en algo, ahora es el tiempo para *arrepentirnos y rectificarlo*, para que no seamos como las vírgenes insensatas, sino más bien como las prudentes. Por eso “Mirad, velad y orad —dice Jesús—; porque *no sabéis cuándo* será el tiempo” (Mc 13, 33). Debemos vivir una vida de preparación constante en alegre expectativa para el regreso glorioso del Hijo del Hombre en las nubes del cielo con todos sus santos (1 Ts 3, 13). “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo —como ora san Pablo—; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la parusía de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23). “...como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pd 1, 15).

## CADA UNO SERÁ PAGADO CONFORME A SUS OBRAS

Sábado, 21ª semana del año  
1 Ts 4, 9-11; Sal 97; Mt 25, 14-30

Seguimos leyendo hoy el discurso escatológico de Jesús, y hoy oímos la parábola de los talentos. Este hombre que entregó sus bienes a sus siervos, y “después de mucho tiempo” vuelve para arreglar cuentas con ellos, recompensándoles por su trabajo en usar bien los talentos dados a ellos es una figura de Cristo, yendo a su Padre después de habernos dado varios dones y talentos para usar hasta el día de su regreso, que es su parusía, cuando él “*pagará a cada uno conforme a sus obras*” (Mt 16, 27), como vemos en la parábola.

San Pablo nos enseña que la justificación nos viene por la fe, y no por nuestras obras (Rom 3, 28; Gal 2, 16). De verdad, somos hechos justos y perdonados de todos nuestros pecados por los méritos de la muerte sacrificial y propiciatoria de Jesucristo en la cruz, cuando creemos en él e invocamos los méritos de su muerte.

Pero san Pablo nos enseña también que, habiendo muerto al pecado y resucitado a una vida nueva en la resurrección de Jesucristo (Rom 6, 6), debemos considerarnos ahora “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 11). Y para *mantener* esta nueva condición y seguir *creciendo* en ella, tenemos que *esforzarnos y cooperar activamente* con la gracia de Cristo. Por eso san Pablo nos dice: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad” (Rom 6, 12-13).

Así, pues, san Pablo sigue la enseñanza de Jesucristo en la parábola de hoy, es decir: que tenemos que *usar* los talentos que Dios nos dio. Y al fin del mundo cada uno será *pagado “conforme a sus obras”* (Mt 16, 27), como dijo Jesús, diciendo: “el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces *pagará a cada uno conforme a sus obras*” (Mt 16, 27).

Cada uno de nosotros ha recibido su don especial, su carisma, su talento que debe usar bien y con vigilancia hasta la parusía del Señor. En este día final, él arreglará cuentas con nosotros y *pagará a cada uno según sus obras*, como Jesús nos enseña hoy

en la parábola de los talentos. El que recibió cinco talentos, y negociando con ellos, “ganó otros cinco talentos” (Mt 25, 16), fue congratuado por su señor cuando él regresó, y fue invitado a entrar “en el gozo de su Señor” (Mt 25, 21). Pero el que *no* usó su talento para negociar con ello y ganar más fue echado “en las tinieblas de afuera” donde “será el llanto y el crujir de dientes” (Mt 25, 30).

De estos talentos o dones que cada uno de nosotros ha recibido, san Pablo dice que debemos *usarlos* para promover el reino de Dios. Dice: “teniendo diferentes *dones*, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Rom 12, 6-8).

Se nos han dado varios dones y talentos que debemos usar con diligencia y vigilancia para promover el reino de Dios en la tierra hasta la parusía del Hijo del Hombre en su gloria, cuando él *recompensará* y “*pagará* a cada uno *conforme a sus obras*” (Mt 16, 27). ¡Que usemos bien, pues, nuestros talentos para el reino de Dios!

#### LOS HUMILDES VIVIRÁN EN LA JERUSALÉN CELESTIAL

22° domingo del año

Eclo 3, 19-21.30-31; Sal 67; Heb 12, 18-19.22-24; Lc 14, 1.7-14

Las lecturas de hoy nos hablan de la humildad y su recompensa celestial. Jesús nos dice hoy: “cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se *humilla*, será *enaltecido*” (Lc 14, 11). Para ilustrar esta enseñanza, Jesús da el ejemplo de un banquete. Si vamos al último lugar, entonces el que nos convidó puede venir para invitarnos a subir más arriba. “...entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa” (Lc 14, 10). Este es sólo un ejemplo para ilustrar un punto, es decir, que la *humildad será recompensada*. No es que debemos buscar la gloria humana al sentarnos en el último lugar; sino que *Dios* nos recompensará por nuestra humildad. Dios es el que nos enaltecerá. No debemos buscar una recompensa humana.

Es por eso que no debemos hacer una comida o cena para nuestros amigos, hermanos, o parientes, que pueden recompensarnos al volvernos a convidar (Lc 14, 12). Más bien si tenemos que hacer comidas y cenas para los demás, debemos hacerlos sólo por los pobres, los mancos y los cojos, que *no* pueden recompensarnos humanamente (Lc 14, 13). Sólo así seremos recompensados por Dios. Jesús dice que si haces así, “serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc 14, 14).

El hacer banquetes para nuestros amigos y parientes es algo mundano, y seremos recompensados mundanamente al ser convidados a nuestra vez por ellos; pero el que llama a los pobres y prepara buenas cosas para ellos no será recompensado mundanamente por medio de otros banquetes, sino que “será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc 14, 14).

¿Cuál tipo de recompensa quisieras tú?, y tienes que escoger. La recompensa celestial, además, comienza *ahora*, en que empezamos ahora a vivir con Dios en su amor y en la alegría que él nos da al hacer su voluntad, al vaciarnos de los deleites de este mundo, y al derramar nuestra vida por los necesitados que no pueden recompensarnos.

Y este principio concierne no sólo banquetes, sino cualquier tipo de servicio que Dios nos inspira y dirige a dar a los pobres, incluso escribir sermones o libros para ellos, o hacer cualquier tipo de ministerio o servicio. Si hacemos nuestro trabajo para ser alabados y honrados aquí en la tierra, buscando así una recompensa humana y mundana, perdemos la única recompensa que tiene valor verdadero, la de Dios.

Así, pues, debemos, servir a los pobres y a los necesitados honestamente, haciéndonos pequeños en este mundo como se hicieron los profetas. Ellos predicaron la verdad. Jeremías, por ejemplo, predicó la verdad que el pueblo necesitaba oír, y su recompensa era que fue encarcelado y odiado, porque los príncipes no quisieron oír el mensaje que Dios le dio para ellos. Jeremías no buscó el honor humano ni la recompensa humana al profetizar, que fue el trabajo que Dios le dio. Se humilló y predicó la verdad. Y su recompensa fue con Dios. Y nosotros debemos hacer lo mismo.

En esto tenemos también el ejemplo de Jesucristo y de san Pablo. ¿Qué fue su recompensa por su predicación? Crucificaron a Jesucristo, y decapitaron a san Pablo, después de muchos azotes, expulsiones, y encarcelaciones. La recompensa de ellos fue con Dios. En esta tierra se humillaron. Pero por su fidelidad en hacer la voluntad de Dios, fueron recompensados verdaderamente con una recompensa verdadera.

Y la recompensa es que al actuar así, nos acercamos a la Jerusalén celestial. Por eso “Hazte tanto más pequeño cuanto más grande seas, y hallarás *gracia* ante el Señor” (Eclo 3, 20), como dice la primera lectura. Hagamos, pues, nuestra vida una vida de servicio humilde, “como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28). Cada uno tiene su servicio, su ministerio. Que lo ejerza humildemente para los necesitados y no por su propia gloria mundana.

Sólo así veremos, *aun ahora*, la recompensa celestial, porque “os *habéis acercado* al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miriadas de ángeles en reunión solemne”, como dice la segunda lectura (Heb 12, 22). Notamos que Hebreos nos dice que “os *habéis acercado* al monte Sion”. Es algo en el *pasado* y *presente*, y no sólo en el futuro. *Ya nos hemos acercado* a la Jerusalén celestial, la nueva Jerusalén, la ciudad de oro y luz, en que viven los santos. Tenemos, pues, un anticipo de nuestra recompensa futura en la paz celestial y luz de Cristo en que un cristiano puede vivir *aun ahora*. Y esto es reservado para los *humildes*, que se humillan en este mundo para servir a los demás, a servir a los que no los pueden recompensar mundanamente. Su recompensa es vivir en la ciudad de oro y luz, en la Jerusalén celestial, anticipadamente ahora, y definitivamente en el futuro.

## CÓMO PERMANECER EN LA LUZ DE CRISTO

Jueves, 22<sup>a</sup> semana del año  
Col 1, 9-14; Sal 97; Lc 5, 1-11

Hoy vemos con claridad lo que Jesucristo ha hecho para nosotros, y lo que nosotros tenemos que hacer para retener y crecer más en lo que él nos ha dado. ¿Qué, pues, ha hecho para nosotros? San Pablo nos dice hoy: Él “nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en *luz*” (Col 1, 12). Él quiere que andemos en esta *luz*. Esto es el

cumplimiento de la promesa de Jesús cuando él nos dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la *luz* de la vida” (Jn 8, 12). Jesucristo fue enviado de su Padre, de las regiones de la luz, para introducirnos a nosotros en esta misma luz, la luz del espíritu; y hoy san Pablo nos dice que él ha cumplido esta promesa, porque ahora participamos “de la herencia de los santos en luz” (Col 1, 12).

¿Cómo es esta luz? Es la luz de nuestro espíritu en que podemos andar cuando conocemos y obedecemos la voluntad de Dios. San Pablo explica esto hoy también cuando dice que él pide por nosotros que seamos “lentos del conocimiento de su *voluntad*” (Col 1, 9), para que *andemos* “como es *digno del Señor* (“andéis como es digno del Señor”) *agrandándole* en todo” (Col 1, 10). Al vivir así, siempre haciendo su voluntad y siempre *agrandándole* en todo, podemos *permanecer* en esta *luz*.

Esta luz es un don de Dios, una obra del Espíritu Santo en nuestros corazones, regocijándonos en Dios cuando creemos en su Hijo y recibimos su redención y vida, y el perdón de nuestros pecados (Col 1, 14). Cuando agradamos a Dios, haciendo su voluntad, somos felices, tenemos paz en nuestro espíritu, y andamos, como él quiere, en su luz (Jn 8, 12). Así dice Jesús también, diciendo: “permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn 15, 9-10).

Este es el gran secreto de la felicidad humana. Al vivir así, podemos andar y permanecer en su luz, participando “de la herencia de los santos en *luz*” (Col 1, 12), como él quiere para con nosotros. Así, pues, él “nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col 1, 13), como san Pablo nos dice hoy.

El evangelio de hoy nos muestra lo que san Pedro hizo para permanecer en esta luz. San Lucas nos dice que “cuando trajeron a tierra las barcas, *dejándolo todo*, le siguieron” (Lc 5, 11). Y más tarde Pedro preguntará a Jesús, diciendo: “He aquí, nosotros lo hemos *dejado todo*, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” (Mt 19, 27). Respondiendo Jesús, le dijo que recibirán “cien veces más” (Mt 19, 29). Estas cien veces más incluyen el permanecer en su *luz*. ¿Por qué? Porque al *dejarlo todo* por Cristo, Pedro está haciendo perfectamente la voluntad de Dios, viviendo sólo para él, renunciando a los placeres de este mundo, y así purificando su corazón para que Cristo pueda resplandecer e inhabitar en él (2 Cor 4, 6). Así Pedro permanecerá en la luz; y nosotros también.

## ¿POR QUÉ AYUNAN LOS CRISTIANOS?

Viernes, 22ª semana del año  
Col 1, 15-20; Sal 99; Lc 5, 33-39

Hoy los fariseos murmuran porque los discípulos de Jesús no ayunan como ellos. Jesús respondió, diciéndoles: “¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunan, entre tanto que el esposo está con ellos? Mas vendrán días cuando el *esposo* les será quitado; entonces, en aquellos días ayunarán” (Lc 5, 34-35).

Jesús se llama a sí mismo el *esposo*, como también lo hace en la parábola de las diez vírgenes, cuando “a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el *esposo*; salid a recibirle!” (Mt 25, 6). El Mesías es el *esposo* de su pueblo (Jn 3, 29). San Pablo dice que

“os he *desposado* con un solo *esposo*, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Cor 11, 2).

El tiempo en que Jesucristo vivió aquí en la tierra fue el tiempo de sus bodas con su pueblo. Y durante las bodas, ¿quién ayuna? No es un tiempo apropiado para ayunar. Si uno quiere ayunar, no asiste a las bodas. Pero también hay un tiempo apropiado para ayunar, y este es *después* de las bodas, como Jesús nos enseña hoy, diciendo: “vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, *en aquellos días ayunarán*” (Lc 5, 35).

Estos tiempos, en que nuestro esposo nos ha sido quitado, son nuestros tiempos ahora. Vivimos ahora, pues, en los tiempos en que el ayuno es apropiado; y desde los primeros días de la Iglesia los cristianos han ayunado. Cuando Saulo (que será san Pablo) fue elegido y enviado para su primera misión, la comunidad estaba “adorando al Señor y *ayunando*” (Hch 13, 2), y en cada iglesia donde él constituyó ancianos, “habiendo orado con *ayunos*, los encomendaron al Señor” (Hch 14, 23).

¿Por qué ayunan los cristianos? Ayunan porque su esposo está ausente. Ayunan porque viven ahora sólo para él, y no más por los placeres de este mundo. Por esta misma razón los monjes tradicionalmente han ayunado y practican otras austeridades también: Viven en clausuras, lejos del mundo, se visten en hábitos, habiendo renunciado a la ropa seglar, viven en mucho silencio, son célibes, han renunciado a los entretenimientos del mundo. ¿Por qué viven así? ¿No es porque quieren vivir sólo para Dios? No quieren dividir sus corazones con otros amores, con otras relaciones, o entre otros placeres innecesarios de este mundo. Son como una esposa, separada por un tiempo de su esposo, que lo espera ansiosamente, reservándose sólo para él de muchas maneras.

Cristo es nuestro esposo. Somos llamados a *dejar todo* por él, como lo hicieron los primeros discípulos. San Lucas nos dijo ayer que “cuando trajeron a tierra las barcas, *dejándolo todo*, le siguieron” (Lc 5, 11), y el próximo domingo oiremos estas palabras de Jesús: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). El ayunar es un modo de hacer esto. Al ayunar, renunciamos a los placeres de este mundo para pertenecer más integralmente sólo a Cristo con un corazón indiviso.

## HERMOSEADOS POR EL AMOR DE DIOS

La Natividad de la Virgen María, 8 de septiembre  
Miqueas 5, 1-4; Sal 12; Mt 1, 1-6.18-23

Honramos a la Virgen María hoy en este día de su natividad. Tradicionalmente el oficio divino emplea las imágenes del Cantar de los Cantares en las fiestas de la Virgen María para las antífonas, responsorios, y lecturas, porque el Cantar de los Cantares son poemas de amor que siempre han sido interpretadas como símbolos del amor entre Dios y su pueblo, o entre Dios y el alma. Y no hay nadie que ha tenido una relación más amorosa y más bella con Dios que la Virgen María, que llevó al Hijo del Padre eterno y concibió por obra del Espíritu Santo. Ella, entonces, es el cumplimiento por antonomasia de la amada del Cantar de los Cantares, y en ella vemos el mejor ejemplo de la relación amorosa que nosotros también queremos tener con Dios.



Ella es “la rosa de Sarón y el lirio de los valles” (Ct 2, 1), una mujer bellísima, hermoseedada en extremo por su relación amorosa con Dios. Ella vive en gran soledad y en un silencio lleno del amor divino. Vive en un encanto luminoso del amor de Dios. Es como si ella viviera en las regiones más remotas y lejos de la mundanidad del mundo. Es como si viviera entre “las guaridas de los leones” o en “los montes de los leopardos” (Ct 4, 8); en “la cumbre de Amana” o en “la cumbre de Senir y de Hermón” (Ct 4, 8).

¿Qué lugar más bello, más solitario, y más remoto hay que estos? Y ¿qué lugar hay más lleno de Dios? Aquí ella se ocupa con su amado en trabajo callado y sosegado, viviendo una vida tranquila y pacífica, en la sombra de su amado, disfrutando de su belleza y esplendor. Aquí nadie la molesta o rompe el encanto en que vive, con Dios resplandeciendo en su corazón (2 Cor 4, 6). Aquí ella duerme en un “lecho de flores” (Ct 1, 16) con su amado cerca de su corazón como “un manojito de mirra —como dice ella— que reposa entre mis pechos” (Ct 1, 13).

Dios quiere que vivamos íntimamente así con él; y así vivió la Virgen María con Dios, el amado de su corazón, y con su Hijo divino en su propia casa, como si viviera en una casa edificada sobre un “monte de la mirra” y un “collado del incienso” (Ct 4, 6), como si su casa tuviera vigas “de cedro, y de ciprés los artesonados” (Ct 1, 17). De verdad, ella dice que “mi amado es mío, y yo suya” (Ct 2, 16). Y allí ella come manzanas y pasas, porque está “enferma de amor” (Ct 2, 5); y estas frutas ligeras y dulces armonizan bien con el estado enamorado de su alma.

Ella es embellecida por el amor de su amado, y él nota esta belleza. “Tus labios —dice él— como hilo de grana, y tu habla hermosa” (Ct 4, 3). Y “¡Cuán hermosos —continúe— son tus pies en las sandalias, oh hija del príncipe!” (Ct 7, 1).

Y porque ella come manzanas (Ct 2, 5) y también porque su amado es “como el manzano entre los árboles silvestres” (Ct 2, 3), su amado nota, diciendo: “el olor de tu boca como manzanas” (Ct 7, 8).

Él nota también la fragancia de su ropa, diciendo: “el olor de tus vestidos como el olor del Líbano” (Ct 4, 11). Sin duda este último es porque ella frecuenta los bosques de pinos del Líbano, vive entre sus cedros, y duerme en una casa de ciprés y cedro (Ct 1, 17), en un “monte de la mirra” y en un “collado del incienso” (Ct 4, 6), entre los árboles aromáticos, cuyos aromas las suaves brisas desprenden.

Ella ha sido verdaderamente hermoseedada por Dios, hasta que él dice de ella: “Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa; miel y leche hay debajo de tu lengua” (Ct 4, 11). Ella es “como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón” (Ct 1, 5), morena, pero hermosa y codiciable.

Ella ha estado metida con el rey en sus cámaras más íntimas (Ct 1, 4). Por eso nosotros gozamos con ella en este día de su fiesta hoy (Ct 1, 4). Nosotros también queremos estar con ella en estas cámaras íntimas del rey, gozando de su amor junto con ella.

Ella fue libre de todo pecado, y por eso tuvo un alma purísima y una conciencia limpia. Nunca sufrió del remordimiento. Y nada regocija el alma más que una conciencia limpia. Ella dio a luz el que nos salvará de nuestros pecados para que podamos ser transformados y divinizados, nosotros también, como lo fue la Virgen María, por medio del amor de Dios.

Dios quiere hermoearnos a nosotros también y llenarnos de sus frutos, como lo hizo a la Virgen María, su madre. Los que, como María, son obedientes a su voluntad en todo y que viven sólo para él pueden compartir con ella este gran amor de Dios.

## EL SECRETO DE NUESTRA VIDA NUEVA EN DIOS

23 domingo del año

Sab 9, 13-19; Sal 89; Filemón 9-10.12-17; Lc 14, 25-33

Hoy Jesucristo nos explica el secreto de la vida nueva que él vino para darnos, una vida llena del amor del Padre, y que ilumina el mundo. El secreto es *dejarlo todo por él, y vivir sólo por él*. Sólo al vivir así seremos desatados y librados para disfrutar de la verdadera libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 21). Y la razón es que así Dios nos hizo. Él nos hizo para esto, para vivir completamente para él, haciendo cualquier sacrificio necesario para *cumplir* su voluntad. A veces el cumplir su voluntad no es fácil. Pero si hacemos el esfuerzo para cumplirla y si sacrificamos todo lo necesario para vivir fieles a esta voluntad, experimentaremos una gran libertad, porque al hacer así, estaremos viviendo conforme a su plan para con nosotros.

Y ¿qué dice Jesucristo hoy sobre este gran secreto, conocido sólo por pocos, y seguido y vivido por más pocos aún? Hoy Jesús habla a *todos*, no sólo a los doce, sino que, como san Lucas nos dice, a “Grandes multitudes”: “Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo... Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 25-27.33).

La primera cosa que notamos aquí es que estas palabras están dirigidas a “Grandes multitudes” (Lc 14, 25), es decir, a *todos*, no sólo a un grupo especial de apóstoles que han dejado todo literalmente para seguirle (Lc 5, 11). Sobre los apóstoles, san Lucas nos ha dicho que, “cuando trajeron a tierra las barcas, *dejándolo todo*, le siguieron” (Lc 5, 11). Y Leví al oír el llamado de Jesús, “*dejándolo todo, se levantó y le siguió*” (Lc 5, 28). Pero aquí Jesús está hablando a *todo el mundo*, llamándolos a *dejar todo* para seguirle.

¿Cómo podemos entender esto? Yo creo que la solución es que Jesús, hablando de una manera tan radical a las “Grandes multitudes” (Lc 14, 25), está enseñando *principios generales y radicales* de la vida nueva en él, que son *aplicables a todos*, pero que cada uno tiene que discernir *cómo* vivirlos según su vocación específica. *Todos* tienen que vivir según estos *principios* si quieren ser discípulos de Cristo y vivir esta vida nueva que él nos dio, pero no todos van a vivirlos de la misma manera. Por supuesto, es mejor vivirlos de la manera más radical y más literal que uno puede; y esto es lo que él quiere y enseña aquí.

Un sacerdote, un religioso, o un monje, por ejemplo, puede renunciar aun al matrimonio y al tener hijos, y así ser más libre de los vínculos familiares, tener un corazón más radicalmente indiviso y reservado únicamente para Cristo, y vivir un estilo

de vida muy sencillo, comer comida muy austera, tener pocas posesiones, y viajar muy poco, o no viajar en absoluto, y así concentrar su vida físicamente sólo en Cristo, y ser así un verdadero discípulo. Él puede hacer toda su vida una cruz, un sacrificio de amor, en que él se ofrece a Dios con Cristo en la alegría del Espíritu Santo. Y cuanto más damos, tanto más recibimos. Perdiendo la vida así por Dios, hallamos nuestra vida nuevamente y más abundantemente en él (Mc 8, 35). De verdad, “El que *ama* su vida, la *perderá*; y el que *aborrece* su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn 12, 25). Esta es la vida alegre en el Espíritu que se *crucifica al mundo*, y el *mundo a ella* (Gal 6, 14).

Jesús enseña así a las “Grandes multitudes” (Lc 14, 25) hoy, presentando su enseñanza en su forma más radical. Entonces cada uno puede medirse a sí mismo y figurar cómo él puede vivir así por estos nuevos principios y de esta nueva manera; y hay más que una manera de vivirlos. Pero la solución no debe ser algo fácil, sino que un seguimiento nuevo y radical, una vida verdaderamente sacrificial y ascética, y cuanto más radicalmente podemos vivir así, tanto mejor.

Así, pues, uno se ofrece a Dios en amor, uno se sacrifica, renunciando a los placeres de este mundo, llevando su cruz en amor, aborreciendo su vida en este mundo (Jn 12, 25), dejándolo todo por Cristo. Puede ser que muchos no nos van a entender si vivimos así, y su falta de comprensión será otra cruz que tendremos que llevar. Dios revela su voluntad a nosotros poco a poco, y así poco a poco la entendemos mejor y así podemos vivirla mejor y más radicalmente. Así crecemos espiritualmente. Si faltamos en algo, él nos castiga en nuestra conciencia para enseñarnos mejor, y así aprendemos su voluntad mejor y podemos vivirlo más integralmente en el futuro. Él nos perdona cuando ve nuestro arrepentimiento, y nos devuelve otra vez la alegría de los hijos de Dios. Vivamos, pues, en esta libertad, sacrificio, y amor. Este es el secreto de la vida nueva que él nos dio.

Si seguimos estos principios, tendremos el favor de Dios; si no los seguimos, tendremos su enemistad, porque “El bueno alcanzará favor del Señor; mas él condenará al hombre de malos pensamientos” (Prov 12, 2).

## PERDONAD Y AMAD A LOS QUE OS ATACAN

Jueves, 23<sup>a</sup> semana del año  
Col 3, 12-17; Sal 150; Lc 6, 27-38

Las dos lecturas de hoy armonizan perfectamente y nos enseñan lo que debemos hacer cuando somos perseguidos. La reacción normal y humana es atacar al que nos ha atacado; pero Jesucristo nos ha enseñado algo *nuevo*. Él nos perdona de nuestros pecados e imperfecciones, y espera que nosotros también perdonemos a los que nos han ofendido o atacado. No importa si el ataque fue justo o injusto. Jesús nos enseña cómo un cristiano debe reaccionar. Y ¿qué dice? Dice: “*amad* a vuestros *enemigos*, haced bien a los que os *aborrecen*; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os *calumnian*. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra” (Lc 6, 27-29). Y continúa, diciendo: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman” (Lc 6, 32). “*Amad*, pues, a vuestros *enemigos*” (Lc 6, 35).

Sabemos qué importante es el amor, pero Jesús nos enseña el tipo de amor que él quiere ver en nosotros. Y este no es sólo el amor entre amigos o esposos o por nuestra familia, lo cual practican aun los pecadores, sino es sobre todo el *amor* por los *enemigos*. Este último es el tipo de amor que es distintivo de los cristianos.

Cuánto necesitamos ser perdonados de nuestros muchos pecados o imperfecciones, y cuánto deseamos sentirnos perdonados y amados por Dios. Él nos da un modo de ser perdonados, y este es perdonar a los que nos odian y atacan a nosotros, “Porque si *perdonáis* a los hombres sus ofensas, *os perdonará* también a vosotros vuestro Padre celestial” (Mt 6, 14). “...perdonad, y *seréis perdonados*”, dice Jesucristo hoy. “No juzguéis —dice—, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados” (Lc 6, 37).

Pero ¡qué difícil es presentar la otra mejilla, en vez de vengarse! Pero esta es la enseñanza de Jesucristo hoy: “Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra” (Lc 6, 29). Tenemos que arrepentirnos por cuantas veces que no hemos hecho esto, y reversar nuestro comportamiento, para alinearlos mejor con la enseñanza de Jesucristo.

Esta es la enseñanza de la *perfección*. En el evangelio de san Mateo, Jesús nos dice que debemos ser “*perfectos*” en precisamente este contexto de *amar* a nuestros *enemigos*, es decir, en el contexto de amar a los que nos persiguen y atacan. Dice: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?... *Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*” (Mt 5, 46.48). Este *amor* a los *enemigos* es la marca de la *perfección*.

Y san Pablo nos dirige el mismo *mensaje* hoy. En la primera lectura dice: “*perdonaos* unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también *hacedlo vosotros*” (Col 3, 13).

## LA CRUZ ES NUESTRA ÚNICA SALVACIÓN, Y LA PAUTA DE NUESTRA VIDA NUEVA EN CRISTO

La Exaltación de la Santa Cruz, 14 de septiembre  
Fil 2, 6-11; Sal 77; Jn 3, 13-17

Hoy celebramos la Exaltación de la Santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en que fue colgada la salvación del mundo. Cuando Jesucristo fue levantado de la tierra en la cruz, atrajo a todos a sí mismo (Jn 12, 32). La cruz representa el sacrificio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. En la santa cruz él se sacrificó en amor a su Padre para la salvación del mundo. Dios quiso reconciliarnos con sí mismo por medio de la cruz de su Hijo.

En nuestra agonía, causada por nuestros pecados o imperfecciones y nuestro sentido culpabilidad y fracaso en nuestros intentos de llegar a la perfección (Mt 5, 48), podemos invocar los méritos de Jesucristo en la cruz —sobre todo al confesarnos— para ser librados de este sufrimiento. En la cruz es la salvación de nuestros pecados o imperfecciones que nos abruman y atormentan. En la cruz es la libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 21), la liberación de toda condenación (Rom 8, 1). “¡Miserable de mí! —podemos gritar con san Pablo— ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom 7,

24). ¿Quién me librará de la pena de la culpabilidad causada por mis pecados o imperfecciones? “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Rom 7, 25). Él me libró, y ahora resplandece otra vez en mi corazón (2 Cor 4, 6).

Mientras uno *crece* espiritualmente, sus pecados vienen a ser más y más pequeños, hasta que son más imperfecciones que pecados, cosas muy pequeñas a los ojos del mundo; pero cosas que nos abruma y atormenta más y más mientras crecemos más porque somos más sensibles ahora. Cosas que anteriormente no nos perturbaban, ahora nos dan gran agonía y depresión de espíritu. Es por eso que los grandes santos, como santa Teresa de Ávila, se consideraban a sí mismos como grandes pecadores. Es porque faltas muy pequeñas atormentaban sus almas tan sensibles.

En este sentido, podemos entender la lucha de san Pablo contra el pecado, cuando dijo: “no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago... ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom 7, 19.24). No debemos pensar que un gran santo como san Pablo todavía está cometiendo pecados graves y mortales, sino que está luchando contra el *resto* del pecado que todavía permanece en él, es decir: está luchando contra las *imperfecciones* que ahora abruma y atormenta su alma tan purificada y sensible. El caer en estas imperfecciones pequeñas, que no llegaban ni siquiera al punto de ser aun pecados veniales, le causaba gran agonía y sufrimiento de espíritu porque era tan santificado y tan sensible.

Pero entonces Pablo experimentaba también la liberación y el perdón de sus imperfecciones, que herían su corazón, en la muerte de Jesucristo en la cruz. Así, pues, dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Rom 8, 1-2). Nosotros experimentamos esta liberación cuando Cristo, por los méritos de su muerte en la cruz, nos libra de todo pecado, falta, o imperfección, y restaura su paz y amor en nuestra alma, limpiándola y haciéndola resplandeciente con su propio esplendor (2 Cor 4, 6).

La vida cristiana, la vida santa y santificada de los grandes santos, tiene estos dos aspectos. Ellos se conocen a sí mismos como grandes pecadores (Rom 7, 14), pero también como personas iluminadas por el esplendor de Jesucristo resplandeciendo en su alma (2 Cor 4, 6). Diariamente luchaban contra las imperfecciones que todavía permanecieron en ellos, atormentándolos; y diariamente experimentaban la liberación que Cristo nos ganó y trajo por su muerte en la cruz.

Y nosotros también nos juntamos con ellos y con san Pablo en esta doble experiencia de ser todavía un pecador, pero redimido por la sangre de Jesucristo en la cruz. Diariamente, pues, experimentamos la lucha contra la imperfección; y diariamente experimentamos el triunfo de Jesucristo. Experimentamos la lucha y agonía que san Pablo describe en Romanos 7, 14-25 al caer todavía en imperfecciones, en que no queremos caer, y al estar heridos en nuestro espíritu por haber caído en ellos; pero también —especialmente en el sacramento de la reconciliación— experimentamos diariamente la victoria de Jesucristo en nuestro corazón, perdonándonos de nuestras imperfecciones, librándonos de esta depresión y tristeza, y llenándonos de nuevo de la alegría de los hijos de Dios (Rom 8, 21).

Hay los que no pueden aceptar que san Pablo todavía está sufriendo así en su lucha contra la imperfección; y ellos creen que él no está hablando de sí mismo en Romanos 7, 14-25, sino más bien de los judíos, o de los no cristianos, o de cristianos inmaduros. Pero

esta duda no es necesario si somos honestos con nosotros mismos y observamos bien nuestra propia experiencia. En Romanos 7, 14-25, san Pablo describe bien la experiencia cristiana, la vida y la lucha diaria de los grandes santos en sus intentos de llegar a la perfección (Mt 5, 48).

Cristo, con su cruz y resurrección, es nuestra única esperanza y salvación. Él es la medicina que cura la herida de nuestra alma, causada por nuestras imperfecciones. Hoy celebramos esta victoria, el triunfo de la cruz. En Cristo, y sólo en él, es nuestra victoria; y crecemos diariamente en su victoria, eliminando cada vez más faltas e imperfecciones de nuestra vida, creciendo así día tras día en la santidad.

Entonces, el patrón de la cruz debe ser la pauta de nuestra vida nueva en Cristo, una vida despojada, desprendida, y desapegada de los apegos y placeres de este mundo, y vivida sólo para Cristo, sólo para Dios en simplicidad y austeridad, una vida en que hallamos toda nuestra alegría sólo en Dios, sacrificando todo lo demás, ofreciéndonos con Cristo al Padre en el Espíritu Santo como una ofrenda de olor fragante (Ef 5, 2). Esta es la vida cristiana, la vida crucificada (Gal 6, 14), la vida de los santos.

## LLEVANDO NUESTRA CRUZ CON JESÚS, EN UNIÓN CON MARÍA

Homilía para la memoria de nuestra Señora de los dolores, 15 de septiembre de 2007  
Heb 5, 7-9; Sal 30; Lc 2, 33-35

Hoy celebramos la memoria de nuestra Señora de los dolores. Simeón profetizó, diciéndole: “una espada traspasará tu misma alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2, 35). La Virgen María fue libre de todo pecado, que es el sufrimiento más grande de los seres humanos; pero sufrió de otras maneras, sobre todo al ver cómo fue tratado su hijo. Así, pues, vemos que la cruz no es sólo para Jesucristo, sino que es también para su madre, y para todos los que lo siguen. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz *cada día*, y sígame” (Lc 9, 23).

La cruz de Jesucristo fue la oposición de los judíos contra él y contra su doctrina. Él sufrió por predicar la verdad, y María sufrió con él. Ella tuvo compasión de él. Por eso los sufrimientos de él fueron también los de ella. ¿Cómo se sintió ella cuando vio a su hijo rechazado y tratado mal? Ella sufrió con él.

Nuestra vida también es llena de sufrimientos. Ayer hablamos del sufrimiento que nuestros pecados o imperfecciones nos causan; pero hoy nos enfocamos en otros tipos de sufrimiento, porque ni Jesucristo ni la Virgen María conocieron el sufrimiento de haber pecado.

El sufrimiento de ellos fue más la *oposición* de los hombres y la *persecución*. Pero este tipo de sufrimiento podemos soportar bien, y podemos y debemos incluso alegrarnos en nuestro espíritu por este tipo de sufrimiento. Jesús nos dijo que somos *bienaventurados* cuando por su causa nos vituperen y nos persigan y digan toda clase de mal contra nosotros, mintiendo (Mt 5, 11). Y ¿qué debemos hacer en esta situación? “*Gozaos y alegraos* —dice Jesús— porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas” (Mt 5, 12). Y hoy en vigiliass oímos cómo bajaron

al profeta Jeremías en una cisterna, y cómo Jeremías se hundió en el cieno (Jer 38, 6). Esto sucedió porque los príncipes no quisieron oír el mensaje que él predicó.

Así será nuestra vida si seguimos a Jesucristo con consistencia e integridad. Tendremos enemigos. Pero este es un tipo de sufrimiento que podemos soportar bien y aun con *alegría* de espíritu, como lo hicieron los apóstoles después de estar azotados por su predicación: “Y ellos salieron de la presencia del concilio, *gozosos* de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hch 5, 41).

La renuncia a los placeres del mundo, la mortificación, y el ascetismo son otras maneras de participar en la cruz de Cristo. Son otras maneras de ofrecernos con él al Padre en amor como un sacrificio en el Espíritu Santo; y son cosas que podemos hacer con alegría de espíritu.

Unámonos, pues, con María hoy en sus sufrimientos, ofreciéndonos así con Cristo, llevando nuestra cruz con él.

## LA IRA Y LA MISERICORDIA DE DIOS

24° domingo del año

Ex 32, 7-11.13-14; Sal 50; 1 Tim 1, 12-17; Lc 15, 1-32

Las lecturas de hoy nos enseñan algo importante sobre Dios. Primeramente vemos su *ira* contra el pecado en la primera lectura del libro de Éxodo. Cuando los israelitas hicieron un becerro de oro en el desierto, el Señor dijo a Moisés: “Yo he visto a este pueblo, que por cierto es pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi *ira* en ellos, y los consuma” (Ex 32, 9-10).

Estamos oyendo el libro de Jeremías en vigiliass estas semanas, y vemos claramente en él la *ira* de Dios contra el pecado de su pueblo, y cómo él los amonesta, diciendo que iba a castigarlos, y que deban dejar su idolatría y arrepentirse. Y ayer en vigiliass oímos una lectura de Jean Daniélou sobre el significado y la importancia de la *ira* de Dios, la cual él describió como *la intensidad del ser divino en contra de todo lo que es pecado*. Daniélou dijo que si dejamos de creer en la *ira* de Dios, lo reducimos a una abstracción filosófica, sin vida, sin realidad, y sin intensidad. No sería más el Dios de la Biblia que se reveló a nosotros, y en que creemos.

Y esta no es sólo la enseñanza del Antiguo Testamento. Vemos la *ira* de Dios también en el Nuevo Testamento, cuando Jesús maldijo a las ciudades que no lo recibieron (Mt 11, 20-24), y cuando él describió el juicio final, cuando los malvados irán al “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25, 41).

Pero vemos también en la primera lectura cómo Moisés *intercede* por su pueblo con Dios, y cómo Dios se arrepintió del mal que iba a infligir a su pueblo. Moisés dijo a Dios: “Oh Señor, por qué se encenderá tu *furor* contra tu pueblo, que tu sacaste de la tierra de Egipto...” (Ex 32, 11). Entonces oímos que “el Señor se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo” (Ex 32, 14). ¡Qué importante fue la *intercesión* de Moisés! Y él intercedió muchas veces de esta manera.

Nuestro Dios, como cristianos, es lo mismo. Él se *enoja* por nuestros pecados y nos castiga en nuestra conciencia, haciéndonos sentirnos mal, culpables, y deprimidos. Pero tenemos también un *intercesor* con Dios, Jesucristo, su único Hijo, y por eso cuando nos arrepentimos, dejamos nuestros pecados, e invocamos los méritos de la muerte sacrificial y propiciatoria de Jesucristo en la cruz —sobre todo en el sacramento de la reconciliación— somos perdonados de todos nuestros pecados, y Dios deja su *ira* contra nosotros, y deja de castigarnos en nuestra conciencia.

Es el mismo Padre que *inició* esto, en que fue él que nos envió a Jesucristo como nuestro *intercesor* (Rom 8, 32), para propiciar la *ira* divina y así expiar nuestros pecados *justamente*, es decir, sin faltar la justicia. Pero ¡qué misericordiosa es esta justicia divina! Él envió a su único Hijo para morir en la cruz para satisfacer esta justicia, y así perdonar nuestros pecados *justamente*.

Así, pues, san Pablo nos dice en la segunda lectura hoy: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos [es esta]: que Cristo vino al mundo para *salvar* a los *pecadores*” (1 Tim 1, 15). Este es el trabajo de Cristo, nuestro *intercesor* con Dios, que san Pablo dice “está a la diestra de Dios, el que también *intercede* por nosotros” (Rom 8, 34).

Es el mismo Jesucristo, nuestro *intercesor* con el Padre, “el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo” (Jn 1, 29), que nos enseña hoy la parábola del hijo pródigo. Este Cordero de Dios es el cordero de sacrificio, cuya muerte propiciatoria en la cruz propició al Padre, es decir, propició a la justicia divina, y por medio de esta *intercesión*, Dios se arrepintió de su *ira* contra nosotros, y perdonó nuestros pecados, cuando vio nuestro arrepentimiento sincero.

Así, pues, Dios es como el padre en esta parábola. Después de que su hijo menor había desperdiciado sus bienes, viviendo perdidamente, este mismo hijo pródigo se arrepintió, diciendo a sí mismo: “Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre” (Lc 15, 18-20).

Ahora, pues, Jesús, nuestro *intercesor* con el Padre (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 1 Jn 2, 1), nos revela cómo el Padre nos va a recibir cuando venimos a él arrepentidos como este hijo pródigo. El hijo pródigo sólo esperó a ser hecho un jornalero de su padre; y no más su hijo. Pero este anciano, que es Dios, *corrió* para recibirlo y lo besó. ¡Qué sorpresa: un anciano corriendo así! Pero así es Dios con nosotros después de la intercesión de Jesucristo.

La reacción del hijo mayor es más normal. Lo que era inesperado fue la reacción del padre. El hijo mayor reaccionó según el dictamen de la justicia normal. Él fue sorprendido a ver la buena acogida que su padre le dio a este hijo pródigo, algo que, según el criterio humano normal, no le pareció justo.

Pero Jesús nos enseña algo *nuevo* aquí, que es mucho más que la justicia humana, y aun más que la misericordia humana. Jesucristo mismo es el *intercesor* con el Padre (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 1 Jn 2, 1), y por eso puede revelarnos *cómo es* la *justicia divina*, la cual él fue enviado para propiciar con relación a nuestros pecados, para que puedan ser perdonados *justamente*, es decir, según la justicia divina, que es infinitamente misericordiosa, en que el Padre dio a su propio Hijo para satisfacer esta justicia.

La conclusión es que debemos tener gran confianza de ser acogidos bien por Dios, después de que hayamos pecado en algo y sentido la ira de Dios castigándonos en nuestra conciencia, porque al invocar los méritos de la muerte sacrificial y propiciatoria de



Jesucristo en la cruz, seremos acogidos y perdonados por el Padre, igual que lo fue este hijo pródigo.

## EL PERDÓN DE LOS PECADOS, Y EL MINISTRO DEL EVANGELIO DE JESUCRISTO

Jueves, 24<sup>a</sup> semana del año  
1 Tim 4, 12-16; Sal 110; Lc 7, 36-50

Hoy Jesucristo nos muestra cómo podemos recibir el perdón de nuestros pecados. Es por amar mucho, como lo hizo esta mujer pecadora que regó con sus lágrimas los pies de Jesús, “y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume” (Lc 7, 38). Sobre ella Jesús dijo: “Sus muchos pecados le son *perdonados, porque amó mucho*” (Lc 7, 47). El amor le ganó este perdón de sus pecados. Su insistencia y constancia en amar a Jesús, seguramente implorando su perdón, le ganó este perdón y libertad de sus pecados y la liberación de su culpabilidad. Así debemos nosotros acercarnos a Jesucristo cuando hemos pecado o caído en alguna imperfección que nos roba nuestra paz. Cristo está esperándonos; espera nuestro amor y oración. Quiere ver nuestro espíritu arrepentido y contrito. Quiere que lo invoquemos con fe, como esta mujer.

Y después de ser y de sentirnos perdonados, él también espera ver una expresión de nuestro amor en agradecimiento por su perdón, porque *el que es perdonado mucho ama mucho*, “mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama” (Lc 7, 47).

Una vez perdonados, tenemos que ser ministros del evangelio de Jesucristo. En la primera lectura san Pablo, escribiendo a su joven discípulo, Timoteo, nos pinta un cuadro bello de la dedicación y entrega de un verdadero ministro del evangelio. Timoteo fue un ministro ordenado, pero creo que cada persona puede hallar en este cuadro algo que le aplica a él.

Primeramente, un ministro del evangelio debe ser un *ejemplo* para su rebaño en su manera de vivir. Este es *su primer y más importante sermón*. “*Sé ejemplo de los creyentes —dice san Pablo hoy— en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza*” (1 Tim 4, 12). ¡Qué importante es nuestra *manera de vivir, nuestro comportamiento, nuestro estilo de vivir!* Es un testimonio vivo contra la corriente de una cultura mundana, es una manera alternativa de vivir, dando testimonio de valores alternativos, es decir: valores no de este mundo, sino del reino de Dios y de la nueva creación (2 Cor 5, 17). San Agustín, en el oficio de lecturas hoy, nos dice que el pastor que vive mal frente a su rebaño mata a las ovejas por el mal ejemplo de su vida. Esto, tenemos que evitar a toda costa.

Entonces, san Pablo dice: “*ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza*. No descuides el carisma que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio. *Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas*, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos” (1 Tim 4, 13-15). Entonces, él repite por énfasis: “*Ten cuidado...de tu enseñanza, persiste en estas cosas*” (1 Tim 4, 16), es decir: “*en la lectura, la exhortación y la enseñanza*” (1 Tim 4, 13).

Esta es una *vocación* en que uno debe gastar todo su tiempo, su vida, su dedicación, su trabajo, su entrega total, es decir: en la lectura y estudio de la palabra de Dios y en la predicación y enseñanza de estas cosas, siempre estudiando y exhortando, siendo su propia vida un modelo y ejemplo de su fe, edificando así la Iglesia. Este es el trabajo y la vocación de un ministro del evangelio de Jesucristo, y los ministros ordenados deben ser los primeros en vivir así.

## SIEMPRE HAY ESPERANZA NUEVA EN JESUCRISTO

La fiesta de san Mateo, apóstol y evangelista, 21 de septiembre  
Ef 4, 1-7.11-13; Sal 18; Mt 9, 9-13

Hoy celebramos la fiesta de san Mateo, apóstol y evangelista. Mateo fue un publicano, un recaudador de impuestos para los romanos y así fue una persona rechazada y odiada por los judíos. Los recaudadores de impuestos fueron considerados como pecadores públicos. Y aquí vemos a Jesucristo llamándolo a ser su seguidor, uno de los apóstoles. ¿Cómo es posible que Jesús llamara una persona como Mateo a ser su seguidor y el fundamento de su Iglesia? Pensaríamos que él llamaría personas de buena reputación para una obra espiritual tan importante. ¡Pero no! ¡Jesús llamó a un recaudador de impuestos! Y más sorprendente aún es la respuesta total e inmediata de Mateo. Jesús le dijo: “Sígueme. Y se levantó y le siguió” (Mt 9, 9). Lucas dice: “y le dijo: Sígueme. Y *dejándolo todo* se levantó y le siguió” (Lc 5, 27-28).

¿Cuál es más sorprendente: el llamado de una persona tan inverosímil, o su respuesta inmediata y total? No sólo nosotros somos sorprendidos a ver a Jesús llamando a Mateo. Sin duda, Mateo mismo fue más sorprendido aún a ser llamado por Jesús. Probablemente él se vio a sí mismo como una persona perdida, sin esperanza en este mundo, viviendo una vida sin significado, llena de pecados, y de culpabilidad.

Probablemente él ha oído algo sobre Jesús. Quizás ha escuchado algo de su enseñanza, pero nunca pensó que habría una oportunidad de ser llamado por él a ser parte de su grupo interior. Quizás él tuvo ganas de hacer algo mejor con su vida, pero no vio ningún modo para hacerlo, y en desesperación siguió haciendo el único tipo de trabajo que supo para ganar su pan y sustento. Y así vivió, sin esperanza.

Y súbitamente vino Jesús a su banco de los tributos públicos, lo miró y lo llamó personalmente. Probablemente él vio este llamado como una oportunidad única de escaparse de su esclavitud del pecado, de la culpabilidad, y de la desesperación. Si él dejaría pasar esta oportunidad, quizás no tendría otra. Reflexionó rápidamente, y decidió de responder positivamente, y seguirlo. Y “*dejándolo todo*, se levantó, y le siguió” (Lc 5, 27-28).

¿Y nosotros? ¿Podemos ponernos en la situación espiritual de san Mateo? ¿No nos sentimos a veces como él?, como nuestra vida falta algo, o necesita algo más, o como no estamos haciendo suficiente, o no estamos haciendo todo lo que pudiéramos hacer para Dios. ¿No nos sentimos a veces como estamos fallando, o que nuestro trabajo no tiene suficiente calidad, o que no es suficiente, o no es aceptado, o es rechazado? O nos sentimos indignos, como pecadores, siempre haciendo algo mal, siempre ofendiendo a

Dios en algo, siempre cayendo en imperfecciones y sintiéndonos culpables ante Dios, inútiles en este mundo, inútiles para Dios y para Jesucristo, indignos de ser llamados por él.

Y súbitamente Jesucristo nos llama de nuevo, y reflexionando rápidamente, respondemos positivamente, y *dejándolo todo*, le seguimos, dedicándonos verdaderamente a su llamado, a la vocación que él nos ha dado, al trabajo que él quiere que hagamos para él, para promover su reino en el mundo. Aunque parece que no estamos haciendo nada para él, resolvemos a empezar de nuevo y hacer todo lo que *podemos*, con los dones que tenemos, para su gloria. Nuestra contribución no tiene que ser tan grande o de tan alta calidad que la de ciertas otras personas, ni tiene que ser de la primera clase, sino debe ser lo que podemos, según nuestros dones; y así será nuestra contribución distintiva, que Dios quiere de nosotros. Y él la aceptará. Así, pues, habremos hecho lo que pudimos. Y esto es lo que él quiere de nosotros.

San Pedro también se sintió indigno al principio en la presencia de Jesucristo, diciéndole: “Apártate de mí, Señor, porque yo soy hombre pecador” (Lc 5, 8). Y ¿cómo le respondió Jesús? Le dijo: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5, 10). Y ¿qué hizo Pedro al oír esto? Lucas nos dice: “y cuando trajeron a tierra las barcas, *dejándolo todo*, le siguieron” (Lc 5, 11). Fue la misma respuesta que dio san Mateo.

¿Y nosotros? ¿Cómo responderemos cuando nos sentimos indignos e inútiles para algo bueno para Dios? Si le seguimos y hacemos lo que podemos, haciendo nuestra pequeña parte, él nos aceptará en su servicio, en el servicio del reino de Dios, como lo trató a san Mateo, apóstol y evangelista. Debemos seguir su ejemplo radical y total.

Aunque era pecador y menospreciado, hizo algo que pocos hacen. *Dejó todo* y siguió a Jesucristo. Este es el gran secreto de los santos. Un santo es alguien que vive *totalmente* por Dios y *sólo* por Dios, alguien que ha *dejado todo lo demás*. Sólo así tendremos un corazón indiviso en nuestro amor por Dios, un corazón puro en que Cristo puede reinar y permanecer.

Entonces, en el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, cada uno tendrá su parte, su papel. No todos son apóstoles, pero cada uno tiene su parte. San Pablo nos dice hoy que unos son profetas, otros apóstoles, otros evangelistas, otros pastores, otros maestros (Ef 4, 11). Y hay muchos otros servicios en el cuerpo de Cristo. Si hacemos bien nuestro propio servicio, el que Dios nos dio, según nuestro don, cumpliremos la voluntad de Dios. Si somos un pie en el cuerpo de Cristo, no debemos querer ser un ojo (1 Cor 12, 15-16). Todos los miembros del cuerpo son necesarios. Que cada uno haga lo que puede, viviendo sólo por Cristo, cumpliendo así su vocación, como lo hizo san Mateo, apóstol y evangelista.

## EVITEMOS LOS ESPINOS PARA ESTAR PREPARADOS PARA LA ESPIFANÍA DEL SEÑOR

Sábado, 24ª semana del año  
1 Tim 6, 13-16; Sal 99; Lc 8, 4-15

San Pablo nos recuerda hoy que estamos esperando la epifanía de nuestro Señor Jesucristo; y Jesús hoy en la parábola del sembrador nos amonesta a estar preparados como un buen campo para recibir la semilla y llevar fruto mientras esperamos su venida. Pablo nos dice que debemos guardar “el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la *epifanía* de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tim 6, 14). Y ¿cómo podemos guardar su mandamiento “sin mácula ni reprensión” (1 Tim 6, 14)? Lo haremos al guardarnos de los *espinos* de este mundo que nos *ahogan* y *dividen* nuestro corazón con otros intereses, deseos, placeres, o amores para que no tengamos un corazón indiviso y puro, reservado sólo para el Señor. Jesús hoy describe estos espinos así: “La [semilla] que cayó entre *espinos*, éstos son los que oyen, pero yéndose, son *ahogados* por los afanes y las riquezas y los *placeres de la vida*, y no llevan fruto” (Lc 8, 14). *No llevan fruto* para Dios porque son *ahogados* por los *espinos*. Se dejan llevar por “*los placeres de la vida*”, y así son *divididos*.

Debemos, más bien, estar *vigilantes*, viviendo *sobria*, piadosa, y justamente en este mundo, *renunciando a los deseos mundanos* (Tito 2, 12), y “aguardando la esperanza bienaventurada y la epifanía de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2, 13).

¿Y cómo seremos si estamos preparados así? Nos guardaremos de los *espinos*, es decir, sobre todo de los *placeres de la vida*, para poder “estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lc 21, 36) cuando venga en su gloria. Jesús nos amonesta del *peligro* de los *placeres de la vida* para una persona que quiere estar vigilante y preparada para la parusía del Señor. Habla sobre todo de la glotonería. Dice: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra” (Lc 21, 34-35). Y san Pablo también dice: “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras” (Rom 13, 13).

Si no nos guardamos, seremos *ahogados* por estos *espinos*, que son los *placeres de la vida*, y no estaremos preparados para la venida del Señor, para esperarla con expectativa anhelante; y seremos más bien como el epulón rico en el infierno, a quien Abraham dijo: “Hijo, acuérdate que *recibiste tus bienes en tu vida*” (Lc 16, 25), es decir: *ya has recibido tu recompensa*, y no habrá más para ti. A los ricos que viven en los *placeres de esta vida*, Jesús dijo: “¡ay de vosotros, ricos! porque *ya tenéis vuestro consuelo*” (Lc 6, 24). No tienen que esperar más en el futuro. *Ya han tenido todo*.

Y ¿dónde queremos tener *nuestro* consuelo y recompensa: *aquí* en los *placeres de la vida*, o en Jesucristo? ¡Y tenemos que escoger! Por eso dice Jesús que “es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 24).

Estemos, más bien, *preparados* y *vigilantes*, *esperando* la epifanía de nuestro Señor Jesucristo, y *evitando* los *espinos* de este mundo.

## NINGÚN SIERVO PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES

25° domingo del año

Hoy oímos la parábola del mayordomo infiel, que siempre nos hace pensar de nuevo, primero para descifrar el significado de la parábola, y segundo para aplicarla a nuestra vida, y tratar de ajustar nuestra actitud y comportamiento para alinearlos mejor con la enseñanza de Jesucristo.

Creo que podemos hallar la clave de esta parábola en estas palabras de Jesús: “los hijos de este siglo son más *sagaces* en el trato con sus semejantes que los hijos de luz” (Lc 16, 8). Este mayordomo no fue un “hijo de la luz”, sino un “hijo de este siglo”. Seguramente no debemos imitar todo lo que hizo. Era un hombre infiel y “malo” (Lc 16, 8). ¿Qué, entonces es el punto de la parábola? y ¿qué debemos aprender? Debemos imitar su *sagacidad* en usar bien las riquezas de este mundo para ayudar a otras personas y para ganar amigos. Seguramente no debemos imitar su injusticia. El punto de la parábola es este: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16, 9).

Y ¿qué hizo este mayordomo infiel? No sabemos lo que hizo anteriormente, para lo cual su amo ahora va a quitarle la mayordomía. Sólo sabemos lo que hace ahora para asegurar su futuro, para que cuando se le quite la mayordomía, habrá los que lo recibirán en sus casas. Él los ayudó con sus deudas, disminuyendo lo que debían pagar. Al primero deudor dijo: “¿Cuánto debes a mi amo? Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta” (Lc 16, 5-6).

¿Quién fue defraudado, el amo o el mayordomo? Algunos creen que fue el amo que fue defraudado de sus intereses, mientras que otros creen que fue el mayordomo que se defraudó a sí mismo de propósito de su comisión. Yo creo que el mayordomo defraudó a su amo, porque el que presta, esperando los intereses, es el amo, el dueño de los bienes. Por eso el mayordomo es injusto aquí en su acción, pero vemos que su amo lo alabó, al mismo tiempo que le quitó la mayordomía por sus acciones injustas en disipar sus bienes. Pero sí, lo alabó por su *sagacidad*. Jesús dice: “Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho *sagazmente*; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz” (Lc 16, 8). El mayordomo usó los bienes materiales de su amo para ayudar a otras personas en su necesidad y así ganar amigos que lo ayudarán a él después.

Y ¿qué es la enseñanza de esta parábola para nosotros? Es que nosotros también debemos usar bien los bienes y riquezas materiales para ayudar a otras personas y así ganar amigos que nos recibirán “en las moradas eternas” (Lc 16, 9), en vez de usarlas para nuestro propio placer.

Es muy importante usar bien nuestros bienes materiales: dinero, comida, ropa, etc. No debemos usarlos para nuestro propio placer, sino para proveernos de las necesidades de la vida de una manera sencilla y austera, y para el servicio del Señor. Más que esto es ser un esclavo de estos bienes materiales y servirlos como a nuestro señor. Y Jesús concluye su enseñanza hoy, diciendo: “Ningún siervo puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lc 16, 13).

Servir a los bienes materiales como a un señor es vivir una vida de placer, usando nuestro dinero, comida, ropa, etc. no sólo para alimentarnos sencilla y austeramente, viviendo así sólo por un Señor, sino usando estas cosas para nuestro propio placer. Si hacemos así, estamos tratando de servir a dos señores —a Dios, y a los placeres— y

estamos usando *mal* nuestros bienes materiales. No estamos viviendo sólo para Dios, sólo para un Señor, si hacemos esto. Somos más bien *divididos*. Somos hijos de *este siglo*, y no de la luz.

Jesús dice hoy: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lc 16, 10). Si no somos fieles en estas cosas exteriores, como los bienes materiales, ¿cómo seremos fieles en las cosas espirituales? Nuestro comportamiento exterior en cosas pequeñas como la comida y nuestra manera de vestirnos y en cómo ayudamos a otras personas es muy importante. Nuestra religión no es sólo algo interior sin conexión con nuestro comportamiento exterior. Si somos infieles en estas cosas pequeñas y exteriores, somos infieles también en las cosas del espíritu, porque toda nuestra orientación es equivocada. Es incorrecta. No somos correctamente orientados, ni física ni espiritualmente, si no somos fieles en los bienes materiales. De hecho, no recibiremos los favores espirituales si no somos fieles en los bienes materiales, como dice Jesús hoy, diciendo: “Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Lc 16, 11) ¡No se nos confiará! Y lo verdadero son las cosas espirituales.

“Y si en lo ajeno no fuisteis fieles —continúa Jesús—, ¿quién os dará lo que es vuestro?” (Lc 16, 12). Lo que será nuestro son las riquezas espirituales que llenarán nuestro espíritu del amor de Dios. Pero tenemos que cumplir primero la condición que Jesús nos da, que es ser fieles “en lo ajeno”. Y “lo ajeno” son los bienes materiales. Sólo así recibiremos riquezas verdaderas, que serán verdaderamente nuestras. Que usemos, pues, bien y correctamente las cosas materiales de nuestra vida, y no tratar de servir las como a un señor. Vivamos sencilla y austeramente, usando los bienes materiales para el servicio del Señor; y no para nuestros propios placeres innecesarios.

## EL PODER TRANSFORMADOR DE LA PALABRA PREDICADA

Miércoles, 25<sup>a</sup> semana del año  
Esdras 9, 5-9; Tobías 13; Lc 9, 1-6

Hoy Jesús asocia a sus doce apóstoles consigo en su propio trabajo de predicar el reino de Dios, sanar enfermedades, y echar fuera demonios. Esto es importante porque muestra que él les da una participación de su propio ministerio y misión. Ellos van a ser la extensión de su propia misión de predicar y sanar en el mundo, una misión que debe transformar el mundo en el reino de Dios. La predicación del evangelio lleva la salvación. San Pablo dice, “no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree... Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe” (Rom 1, 16-17).

Aun en esta primera fase del ministerio de Jesús, la palabra predicada tuvo gran poder. Llevó a muchos al arrepentimiento y a una vida nueva. Otros fueron librados por ella del poder del pecado y de espíritus malos. Otros fueron sanados. Además, los apóstoles no debían tomar nada por su jornada. Su única herramienta debe ser la buena nueva de la venida con poder en el mundo del reino de Dios por la llegada de Jesús el Mesías e Hijo de Dios.

Cuando sus seguidores quisieron prohibir a Jesús para que no salga de ellos, dijo “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado. Y predicaba en las sinagogas de Galilea” (Lk 4, 43-44). Por tanto, san Lucas nos dice: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios” (Lc 8, 1).

Este fue un tiempo de alegría. “¡Cuán hermosos son sobre los montes —profetizó Isaías— los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación!” (Is 52, 7). “¡Cuán hermosos —dijo san Pablo— son los pies de los que anuncian buenas nuevas!” (Rom 10, 15), sus pies llevando a los predicadores acá y allá sobre los montes para proclamar el mensaje del evangelio de la salvación, porque la fe viene de oír la palabra predicada. Porque “¿cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Rom 10, 14-15). Así, pues, después de su tentación en el desierto, “Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos” (Lc 4, 14-15).

Jesús y sus apóstoles predicaron el arrepentimiento, porque el reino de Dios se ha acercado. El primer sermón de Jesús fue grabado por san Marcos. Dijo Jesús: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mc 1, 14).

Nosotros también tenemos una participación de este ministerio de salvación. Predicamos la buena noticia de que somos hechos rectos con Dios por fe en Jesucristo. Por la fe en los méritos de su muerte salvadora en la cruz, en sacrificio propiciatorio al Padre, quien lo envió para este propósito (Rom 8, 32), somos hechos rectos con Dios, nuestra culpabilidad es quitada, y somos transformados y santificados.

Entre todos los servicios que personas prestan los unos a los otros, este ministerio de predicar el evangelio es el más grande y el más profundo, porque lleva la transformación interior. Lleva al que responde en fe desde la oscuridad hasta la luz (Col 1, 12-13), y llena su corazón de la iluminación de Cristo (2 Cor 4, 6).

Jesucristo nos asocia hoy a su ministerio de predicar y sanar. Somos enviados por él para la justificación y transformación de muchos. Por eso oímos hoy que Jesús “Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos” (Lc 9, 1-2). Esta es nuestra misión también.

## EL DISCÍPULO VA A COMPARTIR EL DESTINO DE SU SEÑOR

Jueves, 25ª semana del año  
Ageo 1, 1-8; Sal 149; Lc 9, 7-9

Hoy vemos que Jesús ha venido a la atención de Herodes el tetrarca, y que tanto Herodes como sus consejeros están comparándolo con Juan el Bautista, a quien Herodes hizo decapitar. Esta comparación pone Jesús en peligro. Viniendo a la atención de un gobernador como este es peligroso para Jesús, sobre todo porque Jesús está visto en la

misma luz que el hombre que este gobernador ya ha hecho morir. Intima que un destino semejante puede estar esperándole a Jesús también. Algunos aún dijeron a Herodes que Jesús fue el mismo Juan que ha resucitado de los muertos. Según san Marcos, Herodes dijo: “Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos” (Mc 6, 16); y según san Mateo, Herodes dijo: “Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes” (Mt 14, 2). Si Herodes actualmente piensa que el mismo hombre a quien él ejecutó ha resucitado de los muertos, ¿no pudiera querer ejecutarlo otra vez?

Así, pues, vemos que la vida de Jesús no es una vida fácil. Tiene enemigos poderosos que se le oponen. Y, de hecho, el destino de Jesús *será* lo mismo que el de Juan el Bautista, y será el destino de sus seguidores también. Poco a poco Jesús clarificó todo esto para ellos. Un poco más tarde, Jesús dirá: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.” (Lc 9, 22). Y en el versículo siguiente indicó que será *nuestro destino* también, diciendo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lc 9, 23-24).

Ésta, entonces, será nuestra vida como seguidores de Jesús. Él nos preparó bien para esto de antemano, para que lo consideráramos bien antes de decidir ser sus seguidores. No seguimos a Jesús para buscar una vida confortable sin enemigos en este mundo, ni lo seguimos buscando una vida halagüeña, de placeres mundanos. Exactamente lo opuesto de estas dos cosas nos espera como sus seguidores. Jesús nos dijo que “El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn 15, 20). Más bien “Bástale al discípulo ser *como* su maestro, y al siervo *como* su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt 10, 25). Y dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Jn 15, 18).

¿Estamos preparados para todo esto? ¿Estamos preparados para vivir de tal manera que perdemos nuestra vida para hallarla? No debemos desanimarnos sobre estas cosas. Jesús nos fortalece, asegurándonos que al experimentar estas cosas, nos mostramos ser verdaderamente sus seguidores, porque así compartimos su mismo destino, y su misma gloria.

## LA VIDA MONÁSTICA ES LA VIDA ANGÉLICA

La fiesta de Miguel, Gabriel, y Rafael, Arcángeles, 29 de septiembre  
Daniel 7, 9-10.13-14; Sal 137; Jn 1, 47-51

Hoy celebramos una fiesta bien amada, la de los santos arcángeles Miguel, Gabriel, y Rafael, y todos los santos ángeles que sirven a Dios, siempre contemplando su majestad y belleza, viviendo en su santo esplendor, pasando su contemplación por los coros, y jerarquías angélicas. Los honramos como los santos ministros de Dios, enviados por él como sus mensajeros a los hombres, como a Jacob, a Tobías, y a José; y a mujeres como



a María en la anunciación, y a las mujeres que llevaron las especias aromáticas al sepulcro vacío de Jesús resucitado. Hoy todo el esplendor y belleza del misterio de Dios se aviva para nosotros con sus ángeles y santos.

Los ángeles ministran ante Dios, contemplando su esplendor. En la visión de Daniel sobre el Anciano de días, “cuyo vestido era blanco como la nieve” y cuyo pelo de su cabeza era como “lana limpia”, y cuyo trono como “llama de fuego”, “millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él” (Dan 7, 9-10). Estos son los ángeles, iluminados por su esplendor como por los primeros rayos de la aurora. Esto fue antes del nacimiento de Cristo, y por eso las almas de los hombres todavía no han llegado a su santa presencia. El texto, entonces, se refiere a los ángeles.

San Juan en el Apocalipsis también tuvo una visión del cielo y del trono de Dios, y alrededor del trono oyó “la voz de muchos ángeles...y su número era miríadas de miríadas” (Apc 5, 11). Adoran y honran al Cordero que fue inmolado para salvarnos de nuestros pecados. Esta es la función principal de los ángeles: la contemplación, tanto como el ser enviados como mensajeros de Dios para los hombres. Pero diferente de nosotros, ellos nunca caen fuera de su contemplación divina. Permanecen en ella, aun cuando están comunicándola a otros, lo cual es el ideal de los Dominicanos, sobre el cual fuimos recordados anoche por la presencia entre nosotros de nuestro orador visitante, un padre dominicano, Padre Juan. Los ángeles comunican el fruto de su contemplación a los hombres.

La vida monástica a menudo ha sido llamada la vida angélica, una imitación de la vida contemplativa de los ángeles. En este sentido, los monjes son signos escatológicos, recordando a todos de su propio destino final de ser como los ángeles en el cielo, con corazones puros e indivisos, honrando y contemplando a Dios, regocijándose en su presencia, llenos de su amor, iluminados y transformados por su esplendor. La vida monástica es la vida angélica porque empezamos ahora en esta vida de antemano a vivir la vida contemplativa de los ángeles en el cielo.

Jesucristo nota que el celibato es una de las principales características de la vida de los ángeles, porque sólo “Los hijos de *este* siglo se casan, y se dan en casamiento” (Lc 20, 34), él nos enseña en la parábola sobre la mujer que tuvo siete esposos. “...mas — continúa Jesús— los que fueren tenidos por dignos de alcanzar *aquel* siglo y la resurrección de entre los muertos, *ni* se casan, *ni* se dan en casamiento...pues son iguales a los *ángeles*, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc 20, 35-36). Así, pues, el celibato monástico, religioso, y sacerdotal también nos asemeja a los ángeles, dándonos corazones indivisos, reservados sólo para el Señor, como los ángeles.

En esto, entonces, los monjes, que están buscando a vivir la vida angélica de antemano en este mundo, son un signo para toda la Iglesia, recordándola de su propio último fin, porque todos los que son tenidos por dignos de alcanzar el mundo de la resurrección, serán en el último día como los ángeles, ni casándose, ni dándose en casamiento, sino enfocados totalmente en el Señor con corazones completamente indivisos en su amor y devoción de todo su corazón a él.

La Carta a los Hebreos habla de la Jerusalén celestial, a la cual ya hemos venido, y en que ya vivimos en espíritu por nuestra fe. El autor dice: “os *habéis acercado* al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchas miríadas de ángeles en reunión solemne” (Heb 12, 22). En nuestra liturgia, en nuestro oficio, nos juntamos con estas miríadas de ángeles en reunión solemne al contemplar a Dios y

servirlo, y entonces también en buscar a ser sus mensajeros, llevando los frutos de nuestra contemplación a los demás, como lo hacen los ángeles.

Los ángeles nos comunican el esplendor de Dios a nosotros aquí en la tierra, como lo hizo el mensajero angélico que se presentó a los pastores en las llanuras de Belén en el nacimiento de Jesucristo. Y cuando él se presentó, “la gloria del Señor los rodeó de resplandor” (Lc 2, 9). Los ángeles comunicaron este esplendor de Dios a ellos. Debemos imitar a los ángeles en esto también.

También esperamos la voz de la trompeta final que el ángel anunciador tocará en el último día antes de la venida gloriosa del Hijo del Hombre en las nubes del cielo con todos sus ángeles y santos. Preparémonos, pues, para que esto no nos halle desprevenidos y no preparados. Porque entonces “verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31).

Los ángeles también son nuestros modelos, tanto como los santos, porque nosotros también somos llamados a una vida de contemplación, y a llevar el esplendor de nuestra contemplación a los demás, como lo hacen los ángeles.

## ¿QUÉ TIPO DE VIDA DEBEMOS VIVIR EN ESTE MUNDO?

26º domingo del año

Amós 6, 1.4-7; Sal 145; 1 Tim 6, 11-16; Lc 16, 19-31

¿Qué tipo de vida debemos vivir en este mundo para agradar a Dios? Las lecturas de hoy tratan esta pregunta. La primera lectura nos da un cuadro de la vida de los ricos que pasan su vida en deleites y placeres. Y el evangelio de hoy nos presenta un contraste entre un rico y un pobre. El rico “se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez” (Lc 16, 19). Cuando murió, fue al infierno y para ser atormentado en el fuego. También había un pobre, y cuando él murió “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham” (Lc 16, 22).

¿Y qué nos enseña Jesús sobre estos dos tipos de vida? Él nos *amonesta*, diciendo: “Bienaventurados vosotros los *pobres*, porque vuestro es el reino de Dios” (Lc 6, 20). Y a los ricos dice: “¡ay de vosotros, ricos! porque *ya tenéis vuestro consuelo*” (Lc 6, 24). Y dice también: “Ningún siervo puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lc 16, 13).

No debemos vivir por nosotros mismos (2 Cor 5, 15), y por nuestros placeres. Debemos vivir por Dios con un corazón puro e indiviso (1 Cor 7, 32-35), no con un corazón dividido entre los placeres de este mundo. Nuestro corazón debe ser reservado sólo para el Señor, y no distraído por los placeres de la vida, que pueden distraernos hasta el punto de que olvidamos a Dios.

Jesús nos enseña que debemos ser *sobrios* y *vigilantes*. Dice: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra” (Lc 21, 34-35).

Una vida rica, vivida entre placeres, puede fácilmente ser así. Por eso Jesús dice: “*Difícilmente* entrará un *rico* en el reino de los cielos... es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un *rico* en el reino de Dios” (Mt 19, 23.24).

La vida de los ricos que hacen “cada día banquete con esplendidez” (Lc 16, 19), como el rico en el evangelio de hoy, es una vida muy peligrosa, porque es fácilmente ahogada por estos placeres, y no lleva fruto para Dios, como la semilla “que cayó entre espinos” fue ahogada (Lc 8, 14). Sobre ellos Jesús dijo: “éstos son los que oyen, pero yéndose, son *ahogados* por los afanes y las riquezas y *los placeres de la vida*, y no llevan fruto” (Lc 8, 14). Por eso Santiago dice: “Ahora bien, vosotros los *ricos*, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros... Habéis *vivido en deleites* sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones para el día de la matanza” (St 5, 1.5).

El cuadro de los ricos que *viven así en placeres* no es muy favorable. Jesús dice que ellos *ya han tenido su recompensa* (Lc 6, 24) y por eso su futuro es oscuro. “¡ay de vosotros, *ricos!* —dice— porque *ya tenéis vuestro consuelo*” (Lc 6, 24). ¿Y qué dice la primera lectura sobre la *vida de placeres* de muchos ricos? Amós dice hoy en la primera lectura: “¡Ay de los reposados en Sion, y de los confiados en el monte de Samaría!... Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a cautividad, y se acercará el duelo de los que *se entregan a los placeres*” (Amós 6, 1.4-7).

Ellos tratan de servir a dos señores, a Dios y a las riquezas (Lc 16, 13). Pero esto no es posible. Son más bien *ahogados* por los espinos, que son los placeres de la vida, y no llevan fruto (Lc 8, 14). *Ya han tenido su consuelo* (Lc 6, 24). No hay más para ellos en el futuro. *Ya han tenido su recompensa* aquí abajo en los deleites de esta vida presente.

Y ¿qué dice Abraham al rico en la parábola de hoy, que “hacía cada día banquete con esplendidez” (Lc 16, 19)? Le dijo: “Hijo, acuérdate que *recibiste tus bienes en tu vida*” (Lc 16, 25). Dijo esto porque ahora, después de su muerte, no tiene más bienes. *Ya los ha tenido* cuando fue vivo en este mundo; y ahora está atormentado en la llama del infierno. Pero Lázaro, el pobre, tiene su recompensa después de su muerte en el seno de Abraham. Dijo también Abraham al rico en el infierno: “y Lázaro también [recibió] males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado” (Lc 16, 25).

¿Qué, entonces, es la enseñanza de estas lecturas para nosotros? Es que *no* debemos vivir *para nosotros mismos, para nuestros placeres*, como dijo san Pablo, diciendo: Cristo “por todos murió, para que los que viven, *ya no vivan para sí*, sino para *aquel* que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). Debemos, pues, vivir *para Dios*, y *no para dos señores*. Debemos tener un corazón puro e indiviso, no dividido entre los placeres de esta vida, al olvido de Dios. Los primeros discípulos dejaron todo para seguir a Jesús (Lc 5, 11.28), y ellos son nuestros modelos. Debemos vivir sencilla y austeramente, una vida de sacrificio, amor, trabajo, y oración, sirviendo a los demás con nuestros dones.

## SAN FRANCISCO Y LA POBREZA EVANGÉLICA

La memoria de san Francisco, 4 de octubre  
Gal 6, 14-18; Sal 15; Mt 11, 25-30

Hoy conmemoramos al pobrecillo de Asís, san Francisco, el gran amante de la pobreza evangélica. Él descubrió el secreto que pocos conocen, el camino privilegiado para acercarnos a Dios, que es el camino de la pobreza evangélica, el renunciar a todo lo de este mundo para ganar el reino de Dios. Él vivió este misterio evangélico, y conoció por su propia experiencia la verdad de las numerosas enseñanzas de Jesucristo y de san Pablo sobre este tema, palabras como estas: “no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero, la vida eterna” (Lc 18, 29-30). Es un intercambio de valores. Cambiamos las riquezas materiales y los placeres mundanos y corporales por las riquezas del reino de Dios y de la nueva creación. Dejamos todo lo de este mundo, la vida de placer aquí abajo, para obtener el tesoro escondido y riquezas verdaderas.

El mismo Jesucristo nos enseñó esta lección, de que el reino de Dios es como un tesoro escondido que uno sólo obtiene al precio de todo lo demás. El hombre en el evangelio que vendió todo lo que tenía, lo obtuvo (Mt 13, 44). San Francisco quiso tener este tesoro, y dejó todo lo de este mundo para obtenerlo, viviendo una vida de pobreza voluntaria. De verdad, los que hacen esto, los que renuncian voluntariamente a los placeres de este mundo, son los felices y benditos que conocen la verdad de las palabras de Jesús cuando dijo: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5, 3).

La gran sabiduría de Dios es escondida de los sabios y entendidos y revelada a los niños (Mt 11, 25-26). Por eso Jesús nos invita a imitar su pobreza y humildad, diciendo: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11, 29).

San Francisco escogió ser pobre —Cristo siendo su única riqueza—. Jesucristo mismo escogió nacer pobre, afuera, en una cueva. Por esta razón Navidad es indeciblemente bella y conmovedora, una fiesta bien amada por san Francisco, quien fue el primer en celebrarla tan gráficamente con animales vivos en un establo. Y Cristo vivió y murió pobre, despojado de todo en una cruz para salvarnos, y también para dejarnos un ejemplo para seguir (1 Pd 2, 21), diciendo que debemos negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz “cada día” y seguirlo (Lc 9, 23) por este mismo camino pobre, humilde, y despojado —pero glorioso—.

Por el camino de la pobreza evangélica podemos amar a Dios con todo nuestro corazón, con un corazón indiviso, y dar nuestra vida para el prójimo.

San Pablo también halló su gloria en la cruz de Jesucristo, y dijo: “lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gal 6, 14). Así vivió san Francisco, crucificado al mundo y sus placeres, para vivir despojado, desprendido, y desapegado, sólo para el Señor con todo su corazón, con un corazón completamente indiviso, ofreciendo su vida por su prójimo.

LA IRA JUSTA, SANTA, Y PERSONAL DE DIOS

Viernes, 26ª semana del año  
Baruc 1, 15-22; Sal 78; Lc 10, 13-16

Hoy oímos algo que muchas personas no quieren oír; oímos sobre la ira de Dios en la primera lectura, en el salmo, y en el evangelio de hoy. El problema, creo, es que en nosotros la ira es muy diferente de la ira pura, santa, y justa de Dios. En los seres humanos muchas veces la ira está unida al odio. Así, pues, una persona puede odiar y enojarse contra una persona buena, porque se siente reprochada y reprendida por su buen ejemplo. Este tipo de ira es completamente ajena a Dios y desconocida en él.

La ira de Dios, en cambio, que vemos en todas partes de la Biblia, es completamente pura, santa, y justa; y en Dios no es una pérdida de control de sí mismo; más bien representa la intensidad de su ser divino contra todo lo que es pecado. Oímos recientemente una lectura de Jean Daniélou en vigilias sobre la ira de Dios y su importancia. Dijo que si no creemos en la ira de Dios contra el pecado, lo reducimos a una abstracción filosófica, sin poder, sin intensidad, y esta abstracción no es más el Dios que se reveló a nosotros en la Biblia.

En los versículos inmediatamente antes de la primera lectura de Baruc, el profeta dice: “hemos pecado contra él, y todavía hoy no se han apartado de nosotros el furor y la cólera del Señor” (Baruc 1, 13). Y en el salmo de hoy oímos: “¿Hasta cuando, oh Señor? ¿Estarás airado para siempre? ¿Arderá como fuego tu celo?” (Sal 78, 5). La ira justa y santa de Dios es contra nuestros pecados, por los cuales él nos castiga *personalmente*, sobre todo en nuestra conciencia, haciéndonos sufrir de la culpabilidad, para enseñarnos mejor su voluntad, y para purificarnos y santificarnos. Así, pues, su ira nos ayuda. La intensidad de su ser divino contra nuestros pecados nos ayuda.

Y en el evangelio de hoy oímos sobre la ira de Jesús contra las ciudades que lo vieron y oyeron, pero que lo rechazaron y rehusaron creer en él. “Y tú, Capernaum —dijo—, que hasta los cielos eres levantada, hasta el Hades serás abatida” (Lc 10, 15). Y san Pablo nos dice que “la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Rom 1, 18). Y dice también: “Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Ef 5, 6). Así vemos que esta ira justa y santa de Dios es *personal*, y es dirigida *personalmente* e *individualmente* a nosotros como *individuos*, a cada uno de nosotros cuando pecamos.

Pero la buena noticia es que Dios envió a su Hijo para satisfacer su propia ira justa. Cristo sufrió el castigo justamente debido a nuestros pecados, para que nosotros pudiéramos ir libres de la cólera de Dios con la justicia de Jesucristo mismo imputada a nosotros. Él nos *hace* justos por los méritos de su muerte propiciatoria y sacrificial en la cruz. Esta imputación de su justicia a nosotros nos viene cuando creemos en él e invocamos los méritos de su muerte, sobre todo en el sacramento de la reconciliación. Así, pues, Cristo nos salva de la ira justa, santa, y personal de Dios, porque el mismo Dios satisface su propia ira justa en la persona de su Hijo; y nosotros podemos ir libres para vivir en la libertad de los hijos de Dios, justificados, hechos justos y santos por los méritos de Jesucristo, con su justicia resplandeciendo en nuestros corazones.

## SAN BRUNO, ERMITAÑO DEL DESIERTO DE LA GRAN CARTUJA

La memoria de san Bruno, 6 de octubre  
Fil 3, 8-14; Sal 1; Lc 9, 57-62

Hoy tenemos la alegría de conmemorar a san Bruno, el fundador de los cartujos, una orden monástica muy estricta, recientemente documentada en el cine popular, “En gran silencio”, donde los monjes viven una vida eremítica en silencio en sus celdas, pero que también celebran juntos cada día en el coro vigiliias, laudes, la eucaristía, y vísperas. Las otras horas litúrgicas son rezadas en sus celdas. Es una orden que hace gran hincapié en la separación del mundo, en el silencio, la soledad, y en la austeridad de vida. Renuncian a los placeres de esta vida para los del reino de Dios, sabiendo bien que “el que quiere salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt 16, 25).

San Bruno perdió su vida por Cristo. Era un profesor célebre de la sagrada escritura en la escuela de Reims (Francia). Pero después de veinte años de enseñanza, se opuso a su obispo, un hombre indigno de su oficio, y después de este conflicto, aunque muchos quisieron que Bruno sea el nuevo obispo, él decidió dejar el mundo definitivamente y radicalmente para vivir en el silencio y la renuncia en el desierto con unos compañeros. Después de un tiempo breve con los benedictinos, se fue con sus compañeros para establecerse en el desierto de la Gran Cartuja, cerca de Grenoble, Francia, en 1084, bajo la supervisión de san Hugo, el obispo de Grenoble, con la intención de vivir allí una vida eremítica, pero también con algunos aspectos comunitarios. Esto fue el comienzo de la orden de los cartujos.

Así san Bruno perdió su vida para hallarla de nuevo en Cristo, en vez de tratar de salvarla según la mentalidad del mundo (Mt 16, 22). De verdad, aborreció su vida en este mundo (Jn 12, 25), dejando sus placeres y honores, para vivir en el desierto, en el silencio y la soledad, en el ayuno constante, en el estudio y la oración. Perdiendo su vida así, por amor a Cristo, la halló en él. No quiso dividir su corazón con el ruido y los placeres de esta vida, sino se reservó para Cristo. Vendió todo para ganar la perla preciosa (Mt 13, 45-46). Puso su mano en el arado, sin mirar atrás (Lc 9, 62). Dejó a su familia y su casa para seguir a Cristo en la soledad y silencio de su celda en el desierto, y allí descubrió riquezas desconocidas por el mundo.

San Bruno quiso crecer en Cristo, no teniendo su propia justicia —como dice san Pablo hoy—, sino la de Cristo, que es una justicia ajena e imputada, el don de Jesucristo mismo, que nos justifica por nuestra fe. Así Cristo nos hace nuevos, nuevas criaturas (2 Cor 5, 17), dándonos una participación de su muerte y padecimientos, asemejándonos así a sí mismo, y dándonos así una participación del esplendor de su resurrección. Los méritos de la muerte de Cristo han hecho todo esto para nosotros, ganándonos este acceso a Dios.

Para esto san Bruno, como san Pablo, perdió su vida en el mundo por la excelencia del conocimiento de Cristo en amor; y consideró lo que perdió como pérdida y basura en comparación con lo que ganó (Fil 3, 7-8). Pudo decir con san Pablo, “por amor del cual (Cristo) lo he perdido todo, y lo tengo por basura, por ganar a Cristo, y ser hallado en él,

no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil 3, 8-9).

## LA FE EN LOS MÉRITOS DE JESUCRISTO NOS SALVA DEL PECADO Y DE LA CULPABILIDAD

27° domingo del año

Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4; Sal 94; 2 Tim 1, 6-8.13-14; Lc 17, 5-10

Las lecturas de este domingo nos hablan sobre la fe. Nos acercamos ahora al fin del año que siempre se caracteriza por el tema de la esperanza de la venida final del Señor en toda su gloria con sus ángeles y santos. Pero para vivir en esta bella esperanza, necesitamos fe. Tenemos que vivir en la fe una vida de fe para que toda esta esperanza se avive para nosotros. La primera lectura hoy del libro de Habacuc nos habla de este aspecto de la fe, es decir: la fe en su conexión con el futuro y con nuestra última esperanza para la salvación final de Dios. Dice Habacuc: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará...el justo por su fe vivirá” (Hab 2, 3-4).

Estamos ahora en este tiempo entre el comienzo del reino de Dios en el mundo y su consumación final en la gloria. Vivimos “entre los tiempos” en fe y esperanza. Tenemos una visión del fin, del Salvador, que seguramente vendrá para terminar esta buena obra que él comenzó en nosotros, porque —como dijo san Pablo— “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil 1, 6). No nos va a dejar incompletos y sufriendo. Va a cumplir su buena obra en nosotros que comenzó al justificarnos y darnos la justicia de Jesucristo, quitando toda nuestra culpabilidad.

Con su venida va a colmarnos de su gloria. Esta es la visión de esperanza que tenemos. Y esta visión, aunque “tardará aún por un tiempo” (Hab 2, 3) se realizará y se perfeccionará en nosotros, porque aun ahora, mientras esperamos su realización completa, “se apresura hacia el fin, y no mentirá” (Hab 2, 3). A este Salvador, tenemos que esperarle, “porque sin duda vendrá, no tardará” (Hab 2, 3). Y mientras lo esperamos, debemos vivir por nuestra fe, como dice Habacuc: “el justo por su fe vivirá” (Hab 2, 4).

Al vivir por nuestra fe, se nos dice, viviremos; es decir: nuestro espíritu vivirá de verdad en Dios. Sin esta fe en el Salvador, nuestro espíritu no tendrá vida. Sólo los que viven por la fe viven verdaderamente. Los demás viven en la oscuridad y tristeza. La fe es la respuesta a todos nuestros problemas y tristezas. Y la fe, por la cual vive nuestro espíritu, no es sólo fe en el regreso del Señor, sino que es también una fe viva que nos aviva ahora en el presente.

Por medio de la fe en Jesucristo la culpabilidad que oscurece nuestra alma, y que es causada por nuestros pecados e imperfecciones es quitada. Y no sólo esto, sino que también Dios imputa en nuestro corazón la justicia del mismo Jesucristo, el que murió y resucitó para pagar el precio de nuestra redención. Él sufrió en lugar de nosotros para que nosotros pudiéramos ir libres del pecado y de la culpabilidad, habiendo él mismo pagado nuestro precio y llevado nuestro castigo con su muerte en la cruz. Así él también imputa a nosotros su justicia, la cual no merecemos por nuestros propios méritos; sino

que sus méritos son transmitidos a nosotros por medio de nuestra fe en él, sobre todo en el sacramento de la reconciliación. Así, pues, si creemos esto e invocamos al Salvador, seremos justos, justificados, sin culpabilidad, *viviendo* por nuestra fe, como dice Habacuc: “el justo por su fe vivirá” (Hab 2, 4).

Qué feliz somos de ser *librados* del *peso* de nuestra *culpabilidad* aun de imperfecciones muy pequeñas que nos atormentan, porque sabemos que los santos son atormentados por imperfecciones sumamente pequeñas, cosas que la mayoría no reconoce ni siquiera como imperfecciones, y seguramente no como pecados. No hay sufrimiento más grande que la de la culpabilidad; y no hay felicidad más grande que ser justificados por Jesucristo, teniendo su justicia imputada en nuestro corazón por nuestra fe en él, sobre todo por medio del sacramento de la reconciliación.

Pero para vivir en esta justicia, libertad, y felicidad, necesitamos la fe. Aunque tenemos que esperar un poco para *sentirnos* perdonados otra vez y plenamente justificados, si perseveramos un poco, veremos resultados verdaderamente grandes y significativos. Viviremos con el amor de Dios resplandeciendo en nuestro corazón (2 Cor 4, 6), en la libertad de los hijos de Dios (Gal 5, 1.13), en la “novedad de la vida” (Rom 6, 4), y en la “novedad del Espíritu” (Rom 7, 6). Viviremos una verdadera nueva vida y nuevo tipo de vida en Cristo, libres ya de la culpabilidad y llenos de la justicia de Dios que nos viene de los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz. Viviremos así una vida nueva en el esplendor de su resurrección, resucitados con él (Rom 6, 4).

Tan poderosa es esta fe que Jesús dice hoy que “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar, y os obedecería” (Lc 17, 6). Necesitamos este tipo de fe para ver estos grandes resultados. Tenemos que creer en el poder de Jesucristo de justificarnos, y tenemos que recibir en fe su don de la justificación, sobre todo en el sacramento de la reconciliación.

## NACERÁ EL SOL DE JUSTICIA

Jueves, 27<sup>a</sup> semana del año  
Malaquías 3, 13 - 4, 2; Sal 1; Lc 11, 5-13

Debemos pedir lo que necesitamos, y se nos dará, dice Jesucristo hoy. “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Lc 11, 9), y “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lc 11, 13). Pedimos porque necesitamos el Espíritu Santo, que nos renueva y santifica. Sabemos nuestra maldad y necesidad. Sabemos cuán lejos estamos de Dios y cuánto necesitamos su ayuda. Sin él y sin su ayuda constante, no somos nada. Y hoy él nos asegura que si estamos perseverantes en nuestra petición, se nos dará todo lo que necesitamos.

Y ¿qué es lo que necesitamos más? Es el don de la justificación, la salvación, y la santificación de Dios, dadas a nosotros por Jesucristo en su muerte y resurrección cuando creemos en él e invocamos sus méritos con importunidad e insistencia. Y él no nos dejará esperando mucho con manos vacías. “Pedid, y se os dará”, él nos dice hoy. Esta es una palabra en que podemos confiar.



Es verdad. Nuestra experiencia del pasado nos asegurará que será así hoy también, y que podemos tener confianza en esta promesa. Él nos llenará de nuevo de su propia justicia que resplandecerá en nosotros como el Sol de justicia que nacerá a nosotros — como dice el profeta Malaquías hoy— “y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada” (Mal 4, 2). Vivimos por esta esperanza, que no es sólo una esperanza, sino también una realidad presente que experimentamos ahora cuando creemos.

Cuando perdemos esta experiencia de salvación, esta alegría del Señor, al pecar o al caer en alguna imperfección que nos roba nuestra paz, tenemos que perseverar en la oración y petición a Dios, pidiendo constantemente que él nos vuelva a enviar su Espíritu Santo para rejuvenecernos de nuevo en su presencia, perdonándonos todos nuestros errores y ofensas, y llenándonos de nuevo de su Espíritu iluminador. “Mas a vosotros los que teméis mi nombre —dice el profeta hoy— nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación” (Mal 4, 2).

¿Qué es este Sol de justicia, prometido hoy por el profeta? Jesucristo es el cumplimiento de esta profecía. Él resplandecerá en nuestros corazones (2 Cor 4, 6) si lo invocamos con fe e importunidad, con constancia, insistencia, y perseverancia. Nosotros, que somos tan injustos, tan lejos de la perfección, seremos llenados otra vez así de la justicia del mismo Jesucristo por los méritos de su muerte en la cruz; y resucitaremos con él de la muerte del pecado, para andar en la “novedad de vida” (Rom 6, 4), y caminar en el esplendor de su resurrección. Así viviremos “para la alabanza de su gloria” (Ef 1, 12), en “la novedad del Espíritu” (Rom 7, 6). Esto quiere decir que viviremos ya de antemano un anticipo del esplendor del último día, cuando “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43).

## LAS ESTRELLAS CAERÁN COMO SE CAE LA HOJA DE LA PARRA

Viernes, 27ª semana del año  
Joel 1, 13-15; 2, 1-2; Sal 9; Lc 11, 15-26

Como los días ahora vienen a ser más cortos y más fríos (aquí en los Estados Unidos) y las hojas cambian su color y caen de los árboles, la liturgia nos recuerda cada vez más de los signos cósmicos y las señales en los cielos que anunciarán los últimos días y la venida del Señor en su gloria. Es el tiempo, pues, para prepararnos para ver al Señor, arrepentidos del mal y nuevamente dedicados para hacer su voluntad. Y así el profeta Joel nos dice hoy: “Ceñíos y lamentad...dormid en cilicio... Proclamad ayuno...y clamad al Señor. ¡Ay del día! porque cercano está el día del Señor, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso... Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte...porque viene el día del Señor, porque está cercano. Día de tinieblas y de oscuridad, día de nube y de sombra” (Joel 1, 13.14.15; 2, 1.2).

Este es le mensaje del profeta dirigido a nosotros hoy. Estamos ahora en los últimos días del mundo, esperando la venida del Señor y la destrucción y transformación de todas las cosas. Es el tiempo de cambiar nuestra vida —dice el profeta—, el tiempo de ayuno y

de llevar cilicio, el tiempo de penitencia y arrepentimiento. Es el tiempo de vivir para el Señor, y esperar su venida.

Y Joel y los otros profetas, tanto como el mismo Jesucristo, nos anuncian que “habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas...porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (Lc 21, 25.26-27). Y Joel nos dice: “se estremecerán los cielos; el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor... El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Señor. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo” (Joel 2, 10.31-32).

Mientras miramos las hojas cayendo de los árboles, oímos las palabras del profeta Isaías, diciendo que “todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera” (Is 34, 4). Y Juan, en el Apocalipsis, tuvo una visión de este último día, y nos dijo que vio que “las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla” (Apc 6, 13-14). Y el mismo Jesucristo profetizó sobre este día espantoso que precederá su venida en gloria, diciendo que “el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo” (Mt 24, 29).

Frente a todo esto, ¿qué debemos hacer? Es el tiempo —y ya hemos entrado en ello— para cambiar nuestra vida. Debemos vivir en expectativa de estas cosas y preparados por ellas, convertidos y comprometidos para vivir en adelante para el Señor, y hacer su voluntad en todo, pidiendo su perdón por nuestros errores en el pasado. Las estaciones cambian ahora; y nuestra vida también debe cambiar.

## LOS MONTES DESTILARÁN MOSTO, Y LOS COLLADOS FLUIRÁN LECHE

Sábado, 27ª semana del año  
Joel 4, 12-21; Sal 96; Lc 11, 27-28

Hoy oímos del profeta Joel una palabra de esperanza. Dice: “Sucederá en aquel tiempo, que los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche” (Joel 4, 18). Siempre necesitamos oír algo semejante para despertar de nuevo nuestra esperanza, y fortalecer nuestra convicción que no vivimos sólo por las cosas que se ven, sino por el reino de Dios que está viniendo en el mundo. Y no sólo esto, sino que podemos empezar a vivir en esta esperanza ahora, es decir, en su encanto, y así venimos a ser un pueblo de esperanza, un pueblo de la promesa, personas que caminan a la luz de esta promesa que está realizándose aun ahora en el mundo. Y así participamos en su realización, viviendo nosotros mismos en el silencio de Dios, recogidos en el misterio del amor divino, e irradiando este amor a los demás, derramando nuestra vida por su bien, por su conversión y transformación, al usar los dones que Dios nos dio.

¿Y qué es este mosto, que los montes destilarán? ¿Y cómo fluirán los collados leche? Joel profetiza un tiempo de gran abundancia y alegría, el tiempo del cumplimiento de las profecías, el tiempo mesiánico. Aun los montes en aquel tiempo estarán sembrados de vides, cuyas uvas estarán tan grandes y numerosas que los mismos montes destilarán su

jugo en proceso de fermentación, y así estaremos tan benditos en aquel tiempo que incluso los montes destilarán dulzura —nuevo vino—, y el aire desprenderá su aroma. Y más aún, las vacas en estos días estarán tan llenas de leche que los mismos collados, donde se apacientan, fluirán leche. Y todo esto representa la abundancia del amor y justicia, del perdón y salvación de Dios en el tiempo mesiánico, que ya ha empezado para nosotros por medio de la fe.

Y ¿qué debemos hacer para vivir en esta bella esperanza, en este encanto? Debemos creer en Jesucristo para la remisión de nuestros pecados, y para la imputación de su justicia en nosotros. Y entonces debemos andar según su voluntad, observando su palabra, como Jesús nos dice en el evangelio de hoy en respuesta a la mujer que le dijo: “Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste” (Lc 11, 27). Su respuesta fue: “Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la observan” (Lc 11, 27).

Una vez justificados por los méritos de Jesucristo por nuestra fe en él, debe ser nuestro empeño vivir según su voluntad por el poder del Espíritu Santo inhabitándonos, lo mejor que podemos, porque así “los montes destilarán mosto” para nosotros, “y los collados fluirán leche” (Joel 4, 18).

## DANDO GRACIAS A DIOS SIEMPRE Y EN TODO

28° domingo del año

2 Reyes 5, 14-17; Sal 97; 2 Tim 2, 8-13; Lc 17, 11-19

El tiempo de otoño ya está empezando, y aquí en Georgia (Estados Unidos) estará con nosotros por más tiempo que en los estados más al norte, de los cuales muchos de nosotros venimos; y seguramente, si tú eres como yo, te recordará de nuestra amada fiesta de Acción de Gracias (Thanksgiving, en los Estados Unidos). Menciono esto porque hoy las lecturas son las mismas que muchas veces usamos en nuestra fiesta de Acción de Gracias (Thanksgiving Day), sobre Namaan volviendo a Eliseo para dar gracias a Dios por haberlo limpiado de su lepra, y el evangelio sobre los diez leprosos que fueron limpiados por Jesús, y sobre uno de ellos, que era Samaritano, que volvió para darle gracias. Y dijo Jesús: “¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?” (Lc 17, 17-18).

Así, pues, hoy estamos recordados de algo, la importancia de la cual quizás hayamos olvidado, es decir, el dar gracias a Dios por nuestras bendiciones —por *todo* en realidad— tanto las cosas aparentemente negativas como las positivas, cosas como la enfermedad, por ejemplo, o circunstancias que no nos parecen favorables para nosotros. De esta manera, es decir, al dar gracias, podemos transformar nuestra manera de pensar, y convertirla, de hecho, en una manera nueva y cristiana de pensar. El dar gracias abre nuestros ojos para ver que Dios está trabajando en todas estas cosas por nuestro bien, y que debemos darle gracias por esta obra suya en nosotros. Así, pues, empezamos dándole gracias por algo aparentemente negativo, y poco a poco comenzamos a descubrir las maneras en que esta cosa es en realidad para nuestro bien. San Pablo nos dice, “Dad

gracias en *todo*, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts 5, 18). Y esta es la aclamación antes del evangelio hoy. ¡Dad gracias en *todo*!

El dar gracias por *todo* y en *toda* circunstancia me recuerda de la beata María Gabriela, una hermana trapense beatificada, de la comunidad de Vitorquiano (Italia), que murió joven de tuberculosis en la primera parte del siglo veinte. Después de alguna vacilación, ella aprendió el secreto de dar gracias por su enfermedad. “Cada tos, cada dolor —dijo— es mi tesoro, y no quiero compartirlo con nadie. Mi enfermedad es mi tesoro, un regalo que Dios me dio”. Su enfermedad era el medio por el cual ella dio gracias a Dios y lo glorificó. Era su altar de ofrecimiento de sí misma, su medio para darse a Dios en amor, su instrumento para ser un alma víctima, sacrificándose e inmolándose a Dios en amor. Y por eso ella dio gracias continuamente a Dios por su enfermedad, de la cual murió en menos que dos años.

De verdad, como dice san Pablo, “en *todas* las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rom 8, 28). El dar gracias por las cosas que al principio nos parecen desagradables es la llave que abre la puerta para entrar en esta nueva manera de pensar, ver, y experimentar la realidad. San Pablo dice que debemos dar gracias “en todo”, no sólo por cosas aparentemente positivas. “Dad gracias en *todo* —dice—, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts 5, 18). ¿Con qué frecuencia hacemos esto? Hoy es un buen día para estar recordados de esto.

El dar gracias nos ayuda a ver y a descubrir la parte positiva de lo que al principio quizás nos pareció sólo negativo. El hacer esto, por supuesto, reduce nuestra tensión, y nos hace más felices, felices con la felicidad de Dios, viendo y reconociendo que él es el dador de *todo* lo que hemos recibido. Y si es Dios que nos ha dado estas cosas aparentemente negativas, entonces ellas son verdaderamente regalos de Dios, y son, por eso, para nuestro bien; y por eso debemos dar gracias por ellas. Sin duda alguna, como dice san Pablo: “en *todas* las cosas interviene Dios para *bien* de los que le aman” (Rom 8, 28). Por eso debemos amarlo, mostrarle nuestro amor, y crecer en este amor por él al darle gracias por *todo* lo que él nos ha dado. Esto abre nuestra actitud para percibir la bondad que él está haciendo en nosotros, incluso en las cosas que al principio no nos parecían buenas.

Quizás sería más fácil darle gracias por las cosas aparentemente negativas si empezamos por darle gracias por todas las cosas *positivas* que ha hecho por nosotros, cosas por las cuales, de veras, somos agradecidos, pero quizás hayamos olvidado, o hayamos olvidado de continuar dándole gracias por ellas. Cada uno aquí pudiera probablemente hacer una lista de diez cosas más o menos por las cuales quisiera dar gracias a Dios. Y en esto podemos ser inspirados de la manera dramática en que el leproso limpiado en el evangelio de hoy dio *gracias* por su cura. San Lucas nos dice: “Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias” (Lc 17, 15-16).

Al preparar esta homilía, hice una lista de doce cosas por las cuales agradezco mucho a Dios. Sugiero que tú también reflexiones en las cosas por las cuales tú estás más agradecido, y dar gracias a Dios por ellas. “Dad gracias en *todo*”, dice san Pablo (1 Ts 5, 18). Como nos acercamos ahora la fiesta de Acción de Gracias (Thanksgiving) y entramos más en el tiempo de otoño que nos recuerda de esta fiesta, con las hojas de los árboles cambiado sus colores, crezcamos también en nuestro propio espíritu de acción de gracias, viendo la mano buena de Dios en *todo*. Y “No os embriaguéis con vino —dice

san Pablo—, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre *gracias* por *todo* al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5, 18-20).

## LA EVANGELIZACIÓN TRANSFORMA EL MUNDO EN EL REINO DE DIOS

Fiesta de san Lucas, 18 de octubre  
2 Tim 4, 9-17; Sal 144; Lc 10, 1-9

El predicar el evangelio, la buena noticia de nuestra salvación en Jesucristo, lleva la luz de Cristo hasta los confines de la tierra para dar a todos una nueva oportunidad de ser librados de las tinieblas y trasladados a la luz de Cristo (Col 1, 13-14). Cristo quiere que todos caminen en su luz (Jn 8, 12). Él es la luz del mundo. Él vino para iluminarnos.

Hoy celebramos la fiesta de san Lucas, evangelista. Él predicó a Cristo por escrito. Hoy tenemos medios nuevos de escribir y publicar, sobre todo por el Internet. Y podemos imitar a san Lucas al predicar el evangelio no sólo oralmente, sino también por nuestra mano, usando archivos adjuntos del correo electrónico, páginas de Web, e incluso “blogs”. Todos estos medios pueden ser utilizados hoy para difundir las alegres nuevas de Jesucristo y de la nueva y feliz vida en la luz que podemos tener en él.

Jesús dice en el evangelio de hoy, “La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc 10, 2). Lucas era uno de estos obreros para llamar a sus oyentes en todas partes del mundo a creer en el Hijo encarnado de Dios, Jesucristo, porque por la fe en él, Dios nos hace “aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col 1, 12). Esta es la invitación que un evangelista, un predicador de las alegres nuevas, presenta al mundo. Y ¿quién no quisiera vivir en esta luz si pudiera? Jesucristo nos muestra el camino para caminar en su luz. “Yo soy la luz del mundo —dijo—; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Él nos hace esto cuando creemos en las alegres nuevas de los predicadores del evangelio.

Cristo vino para nuestra iluminación, para irradiarnos con la claridad de su divinidad. Por fe en el Hijo de Dios, el Padre “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Col 1, 13-14).

¡Qué bella, pues, es esta ocupación de predicar el evangelio oralmente, y, como lo hizo san Lucas, por escrito, y para nosotros, usando incluso el Internet: el correo electrónico, los “blogs” y las páginas de Web! ¡Qué bella es la ocupación del evangelista y del predicador de la salvación!

Isaías dijo sobre los predicadores: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación!” (Is 52, 7). ¡Cuán hermosos son los pies de los evangelistas que los llevan sobre los montes para llevar el mensaje de la salvación en Jesucristo hasta los confines de la tierra!

Porque había predicadores como san Lucas, son verdad las palabras proféticas del salmista: “Todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios” (Sal 97, 3). Los predicadores de hoy pueden predicar internacionalmente por escrito, alcanzando a sus oyentes el mismo día, sin dejar su casa, al usar el Internet; y así podemos imitar el ministerio internacional de san Pablo y san Lucas, y cumplir la profecía de Isaías sobre su siervo cuando dijo: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (Is 49, 6).

Así, pues, no debemos avergonzarnos del evangelio, como san Pablo no se avergonzó de él, y dijo: “no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom 1, 16). Y Jesús nos amonestó de no avergonzarnos del evangelio, diciendo: “el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Mc 8, 38). No debemos avergonzarnos de que el evangelio de la salvación es basado en la fe, y que sólo por medio de la fe podemos conocerlo y disfrutarlo. Así es el plan de Dios para nuestra salvación.

Y con relación a la parte positiva, Jesús nos dice: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32).

Hay muchos que quieren oír las alegres nuevas, pero pocos que las predicán. Es una vocación esencial, es el enriquecimiento del mundo. Es necesario que haya predicadores, porque, “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Rom 10, 17). “¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Rom 10, 14).

Hoy nos regocijamos por los evangelizadores, porque la evangelización transforma el mundo en el reino de Dios, y da a las personas la nueva oportunidad de creer en el evangelio de Jesucristo y ser transformados.

El tiempo de la salvación se ha acercado. Ahora es el momento para arrepentiros y creer en el evangelio para vuestra salvación. “...arrepentíos y creed en el evangelio” (Mc 1, 15).

## EL CAMINO ESTRECHO Y ANGOSTO DE LA VIDA

Memoria de san Juan de Brébeuf y san Isaac Jogues, 19 de octubre de 2007  
2 Cor 4, 7-15; Sal 125; Mt 28, 16-20

Un evangelista y predicador del evangelio de la salvación en Jesucristo sufrirá mucho en este mundo, pero será consolado por Dios. Vemos esto en la memoria de hoy de san Juan de Brébeuf, san Isaac Jogues, y sus seis compañeros, todos jesuitas franceses y misioneros que predicaron la fe en Cristo a los hurones y a los iroqueses de Nueva York y Canadá, y que fueron martirizados por ellos entre 1642 y 1649, después de sufrir tormentos extraordinarios. Y antes de su muerte sufrieron muchas depravaciones y dificultades en evangelizar estos pueblos de Norte América. En ellos tenemos un cuadro hermoso que nos ilustra cómo es la vida de un predicador de las alegres nuevas de Jesucristo.

Jesús nos dijo: “id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). Y en estos santos de hoy vemos lo que sucede cuando seguimos este mandato de Jesús. San Pablo nos da un resumen de su vida, diciendo: “según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres” (1 Cor 4, 9). Y “hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Cor 4, 13). Estos predicadores de Cristo fueron rechazados por aquellos a quienes trataron de salvar y dirigir en los caminos de la nueva vida en Jesucristo. Escogieron una vida de depravación, persecución, maltrato, y maldición por amor a Cristo como su camino de sacrificarse por amor a él, llevando así con él su cruz.

Mientras que muchos prefieren una vida cómoda, llena de comodidades y entretenimientos, ellos escogieron y siguieron otro camino, el del sufrimiento por amor a Cristo, sacrificando sus vidas por amor a él, y con él al Padre en el Espíritu Santo. San Pablo describe el contraste entre estos dos caminos de vida así: “Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados” (1 Cor 4, 10). Sobre los del camino cómodo, dice: “Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis” (1 Cor 4, 8), y “la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida” (2 Cor 4, 12).

En cambio san Pablo y estos misioneros escogieron el camino de la muerte de Jesús, el de no ser saciados con los deleites de este mundo, conociendo que “de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Cor 1, 5). Así, pues, san Pablo y estos predicadores del evangelio están “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Este último proceder es el camino de la vida, porque “todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). Así, pues, estos misioneros son modelos para nosotros en cómo debemos vivir al escoger el camino estrecho y angosto de la vida, y dejar el camino ancho y espacioso de la perdición (Mt 7, 13-14).

## VENDRÁ SÚBITAMENTE EL SEÑOR A QUIEN VOSOTROS BUSCÁIS

Sábado, 28ª semana del año  
Rom 4, 13.16-18; Sal 104; Lc 12, 8-12

Nos acercamos ahora el fin del año, y la perspectiva de la liturgia más y más nos enfoca en el fin del mundo, y la necesidad de prepararnos para la segunda venida de Cristo en gloria en las nubes del cielo. En el oficio de las lecturas hoy leemos: “y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis... He aquí viene, ha dicho el Señor de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores... Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los

soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará...y no les dejará ni raíz ni rama” (Mal 3, 1.2; 4, 1).

Ahora, pues, en el plan de Cristo es el tiempo de preparación para este gran día, que puede venir en cualquier momento. Y ¡ay de los que no están preparados! Así él nos dijo, diciendo: “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Mc 13, 33). Nadie sabe cuándo tocará la trompeta final (Mt 24, 31), cuando los ángeles “recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo...y los echarán en el horno de fuego” (Mt 13, 41-42), y cuando “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Pero sabemos que él vendrá súbitamente (Mal 3, 1), cuando menos lo esperamos (Mt 24, 44), como un ladrón en la noche (Mt 24, 43). Y los que están preparados entrarán con él en el reino de Dios (Mt 25, 10); y los no preparados quedarán afuera con la puerta cerrada (Mt 25, 11-12).

¿Qué debemos, entonces, hacer? ¡Creer y pedir! San Pablo nos dice hoy que la promesa fue dada a Abraham por la fe (Rom 4, 13). Abraham es un modelo para nosotros, porque al creer seremos justificados y preparados con la misma justicia de Dios en Jesucristo, dada a nosotros gratuitamente por los méritos de Cristo. Entonces tenemos que orar constantemente que Dios nos santifique. “Pedid, y se os dará —dijo Jesús—; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mt 7, 7). Debemos pedir nuestra santificación, y se nos dará por haber creído y pedido con constancia. Es Dios que nos santificará cuando creemos en su Hijo y pedimos constantemente para que todo nuestro “ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23).

Otra cosa que también debemos hacer es ayudar a los demás para que ellos también estén preparados y santificados para la venida del Señor. Así asistimos la transformación del mundo por Jesucristo. Ayudamos a los demás al dar testimonio de Jesucristo, como dice Jesús en el evangelio de hoy, diciendo: “todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios” (Lc 12, 8-9).

No hay felicidad más grande, creo, que ser santificado por los méritos de Jesucristo al creer y rezar constantemente por esto, y esperar con alegría su venida en gloria, mientras predicamos estas riquezas a los demás para su preparación y transformación.

## LA ORACIÓN CONSTANTE

29º domingo del año

Ex 17, 8-13; Sal 120; 2 Tim 3, 14 – 4, 2; Lc 18, 1-8

Tenemos que orar y pedir continuamente por lo que necesitamos. Esta es la enseñanza de este domingo. ¿Qué es lo que más quieres? ¿Ser justo ante Dios con una conciencia limpia y feliz, libre del sufrimiento de la culpabilidad, e iluminado? Si oras constantemente día y noche por esto, se te dará. O si hay también otra cosa importante en tu vida que necesitas, como una cura de una enfermedad, por ejemplo, o cualquier cosa que sea, tienes que orar día y noche con perseverancia en el nombre de Jesucristo por esta



cosa, y entonces descansar en paz y seguridad de que se te dará; o si no, algo mejor aún. Y si no lo vas a recibir, sino algo mejor aún, ¿por qué te preocupas más sobre esto? Así debemos rezar, y entonces descansar en paz y tranquilidad, seguros de que Dios nos cuidará bien en todas nuestras necesidades si rezamos por ellas. Si rezamos, pidiendo continuamente por lo que necesitamos, Dios nos dará lo que es lo mejor para nosotros. Sabiendo esto, podemos dejar de preocuparnos más; y vivir en paz con confianza en Dios.

Y, de veras, muchas veces no sabemos qué sería mejor para nosotros. A veces él no quiere darnos una cura de una enfermedad, por ejemplo, porque él sabe que el vivir con una enfermedad sería mejor para nosotros. Y si rezamos por una cura y no la recibimos, sabremos sin duda alguna que la enfermedad es su voluntad para con nosotros, y que es la mejor cosa para nosotros; y sabiendo esto, y habiendo rezado, podemos descansar en paz y seguridad, sabiendo que ya tenemos la mejor cosa, por medio de la cual Dios nos bendecirá con mayor abundancia.

Así, pues, san Pablo nos dice, “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil 4, 6-7). Si hacemos conocidas nuestras peticiones delante de Dios, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento,” invadirá nuestros corazones; y más aún, sabemos que recibiremos la mejor cosa por haber rezado. Así podemos vivir en paz.

Si Dios está cuidándonos con tanta solicitud, no debemos preocuparnos más, sino sólo hacer nuestras peticiones constantemente conocidas a él, y entonces vivir según su voluntad. ¿Qué más pudiéramos querer que esta “paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento” que guardará nuestros corazones en Cristo Jesús (Fil 4, 7)? Esta es su promesa a nosotros.

Y ¿qué dice Jesús sobre esto en el evangelio de hoy? Dice que si el juez injusto le hizo justicia a la viuda por su insistencia en hacer su petición, Dios, que es bueno, nos hará justicia a nosotros por nuestra constancia en oración. Por eso debemos orar día y noche por lo que necesitamos, y vivir en paz y sin preocupación, porque “¿acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderlos?” (Lc 18, 7).

¿Qué es el propósito de esta parábola? Es que debemos rezar día y noche por lo que necesitamos. Esta viuda es para nosotros un ejemplo y modelo de la oración constante que recibe una buena respuesta.

Hay otra viuda en el evangelio de san Lucas que es también un modelo de oración constante, la viuda Ana, presente en el templo cuando José y María presentó al niño Jesús. Lucas la describe así: “era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones” (Lc 2, 37). ¡Qué bello es este cuadro! Ella vivió únicamente por Dios, viviendo en el templo día y noche en ayunos y oraciones. Así debemos vivir nosotros también si queremos ser felices, es decir, totalmente para Dios en todo aspecto de nuestra vida.

San Pablo también describe de la misma manera la vida de la verdadera viuda que la Iglesia soporta económicamente. Ella —dice Pablo— es una persona “no menor que sesenta años” (1 Tim 5, 9), y añade que “la que en verdad es viuda y ha quedado sola, espera en Dios, y es diligente en súplicas y oraciones noche y día” (1 Tim 5, 5).

Podemos modelar nuestra vida cristiana en estas viudas. Han pasado sus vidas trabajando en sus familias, y ahora habiendo llegado a una edad avanzada y quedando solas, se dedican a una vida contemplativa, y son soportados por la Iglesia. Son su rama contemplativa. Ellas pasan lo que queda de su vida en ayunos y oraciones constantes. Ellas cumplen para toda la Iglesia la enseñanza de san Pablo cuando escribió: “Orad sin cesar” (1 Ts 5, 17), y estar “constantes en la oración” (Rom 12, 12).

Un cristiano, dice Pablo, debe estar “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Ef 6, 18). Nos enfocamos hoy en esta vida de ayuno y oración constantes; y las escrituras nos aseguran que seremos escuchados.

## LA NUEVA VIDA DE PAZ CON DIOS Y FELICIDAD EN ÉL

Jueves, 29ª semana del año  
Rom 6, 19-23; Sal 1; Lc 12, 49-53

Hoy las lecturas nos presentan una completamente nueva forma de vida. San Pablo nos da un contraste hoy entre, por una parte, la vieja manera de vivir en la inmundicia e impureza, una vida que era una esclavitud, esclavizándonos a estas cosas que servimos, produciendo como fruto la muerte, y por otra parte la nueva forma de vida al ser librados de todo esto y hechos esclavos de Dios, una vida que tiene como su fruto la santificación, y su fin, la vida eterna.

¿Quién quisiera ser un esclavo del pecado y de la muerte? Este tipo de vida es miserable, y los que viven así son miserables e infelices, aunque por un momento experimentan placer de la carne al pecar. Pero el resto de su vida es un infierno de tristeza, oscuridad, depresión, y culpabilidad. Están infectados de una enfermedad fatal del alma que los envenena y roba su paz y alegría.

Pero Cristo vino para mostrarnos el camino de paz con Dios; y no sólo esto, sino además vino para librarnos de nuestra esclavitud al pecado, para ser libres en Dios, o siervos y esclavos de Dios. Él nos libró al morir por nuestros pecados en la cruz, que es el sacrificio que reestablece nuestra paz con Dios. En la cruz él fue “herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is 53, 5). Él sufrió nuestro castigo por nuestros pecados para librarnos del castigo, para que nos fuésemos libres del castigo y libres de la culpabilidad, depresión, oscuridad, y tristeza, para vivir este nuevo tipo de vida con Dios.

Así, pues, “libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia...” (Rom 6, 18), para vivir ahora por la santidad. “...así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación prestad vuestros miembros para servir la justicia” (Rom 6, 19). San Pedro dice que Cristo llevó “nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pd 2, 24). Cristo nos dio una nueva vida en que podemos vivir en paz con Dios si renunciamos a toda forma del pecado, para ser librados de esta enfermedad del espíritu, y si lo invocamos con

fe. “Pues —como dice san Pablo— la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación... Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Ts 4, 3.7).

Y Cristo hoy nos muestra qué gran revolución esta nueva vida causará en nosotros, y que muchos —aun nuestras familias— no nos entenderán. Dice que vino para traer división en la familia (Lc 12, 52-53), entre los que lo aceptan a él y su nueva vida de santificación, y los que siguen con su vieja manera de vivir, buscando su placer aquí abajo, dividiendo su corazón, y olvidando a Dios. Y si también viven en pecado, su espíritu está envenenado, miserable, y entenebrecido.

## EN CRISTO, HEMOS MUERTO AL PECADO

Viernes, 29ª semana del año  
Rom 7, 18-25; Sal 118; Lc 12, 54-59

¿De quién está san Pablo hablando hoy en la primera lectura cuando dice : “el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Rom 7, 18-19)? ¿Quién es este “yo” que está hablando aquí? ¿Es posible que san Pablo está verdaderamente hablando de sí mismo en este gran conflicto con el pecado, en que el pecado es victorioso y vencedor sobre san Pablo, y san Pablo es el esclavo del pecado?

¿Es éste el mismo san Pablo que en el capítulo anterior (Rom 6) nos dijo que “los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Rom 6, 2)?, y que dijo: “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Rom 6, 6), y “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 11), y “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Rom 6, 12), y “libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Rom 6, 18), y “ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación” (Rom 6, 22).

Es claro de estos textos que el cristiano maduro, como san Pablo, ha muerto con Cristo al pecado y resucitado con él a una vida nueva y resucitada en él. Y más aún, un cristiano maduro, como san Pablo, vive en el Espíritu, con el Espíritu Santo inhabitando su corazón, dándole el poder de hacer lo que no pudo hacer bajo el antiguo régimen de la ley. Por eso en el capítulo siguiente (Rom 8) Pablo dirá: “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Rom 8, 2).

Es decir, vivimos ahora, si somos cristianos maduros, en el poder de la resurrección de Jesucristo, inhabitados por el Espíritu Santo; y así lo que era imposible para la carne por cuanto era débil, ahora es posible; y ahora podemos andar no conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Rom 8, 3-4). Es decir, “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para

que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom 8, 3-4). Y san Juan nos dice que vivimos en el Espíritu, y no en la carne, porque “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn 3, 6).

¿Quién, entonces, es este “yo” que está hablando en la primera lectura, que vive según la carne? San Pablo está haciéndose pasar aquí por un cristiano inmaduro. Este “yo” que él usa aquí representa no al cristiano maduro, y ciertamente no al mismo san Pablo. Es un cristiano, pero todavía es esclavizado a la carne y al pecado. Todavía no vive en el poder y esplendor de la resurrección de Jesucristo. Todavía no está viviendo una vida nueva y resucitada, y todavía no vive una vida en el Espíritu, inhabitado por el Espíritu Santo. Es una personificación de un cristiano inmaduro, que todavía no ha llegado al punto de haber muerto al pecado en Cristo (Rom 6, 2).

Un cristiano maduro cae con frecuencia en imperfecciones que lo atormentan cuanto más crece espiritualmente, porque así Dios lo enseña su voluntad más completa y exactamente, y así lo ayuda a crecer en virtud, pero en Cristo, ha muerto al pecado. El conflicto de Romanos siete no es el del cristiano maduro.

EL OBEDECER LA LEY MORAL  
NO ES EL *FUNDAMENTO* DE LA JUSTIFICACIÓN,  
SINO SU *FRUTO*

Sábado, 29ª semana del año  
Rom 8, 1-11; Sal 23; Lc 13, 1-9

Hoy Jesús nos dice que si no nos arrepentimos, pereceremos, diciendo: “si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc 13, 3). Es decir, tenemos que obedecer la ley moral, que es la voluntad de Dios, si queremos vivir; si no la obedecemos, pereceremos.

Y san Pablo nos explica hoy cómo es posible obedecer la ley moral de Dios. Lo que le falta a un cristiano inmaduro es el Espíritu Santo que nos inhabita y habilita para obedecer la ley moral y la voluntad de Dios. La esencia de la santificación es el obedecer la ley moral de Dios y obedecer su voluntad. Y en Cristo, habiendo muerto con él al pecado (Rom 6, 11) y ya resucitados con él (Col 3, 1-2) y andando en el esplendor de su resurrección, recibimos el don del Espíritu Santo para poder ahora hacer lo que no pudimos hacer anteriormente. San Pablo nos dice hoy que “lo que era imposible bajo la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa de pecado, condenó al pecado en la carne para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom 8, 3-4).

Esto quiere decir que ahora estamos en una nueva situación, en una nueva época de la historia de la salvación. Lo que antes era imposible (el obedecer la ley moral de Dios) ahora es posible por medio del don del Espíritu Santo mesiánicamente derramado en nosotros por la venida, muerte, y resurrección de Jesucristo, el Mesías e Hijo único de Dios.

¿Qué es “la justicia (requerimiento) de la ley” (Rom 8, 4) que ahora se puede cumplir en nosotros? Es primeramente el justo castigo del pecado y del pecador, porque el pecado tiene que ser castigado. Al enviar a su Hijo, este requerimiento (justicia) de la ley de Dios fue cumplido en su muerte en la cruz. Él sufrió este castigo por nosotros. Por eso san Pablo dice hoy: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom 8, 1). No hay ninguna condenación ahora para nosotros por nuestros pecados porque Cristo llevó esta condenación por nosotros, estando castigado por nosotros, en nuestro lugar, en la cruz. Ahora, pues, somos libres de esta condenación.

Pero más aún, “la justicia (requerimiento) de la ley es cumplida” (Rom 8, 4) porque ahora nosotros tenemos un nuevo poder para obedecerla, que es el Espíritu Santo. Y obedeciendo la ley, su justicia (requerimiento) es cumplida en nosotros. Así, pues, el obedecer la ley no es el *fundamento* de nuestra justificación, sino su *fruto*, el fruto de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros; y este fruto es el significado de la santificación. Por eso san Pablo añade que este requerimiento de la ley es cumplido en nosotros, “que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom 8, 4). Este requerimiento de la ley es cumplido en nosotros cuando vivimos conforme al Espíritu, en vez de conforme a la carne.

Por tanto, podemos ahora cumplir la justicia de la ley al obedecerla, así andando no más conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, quien es nuestro nuevo don de Dios, que nos habilita para obedecer la ley moral de Dios. Así, pues, no merecemos nuestro nuevo estado de ser justos delante de Dios por obedecer la ley moral, sino llevamos fruto para santidad al obedecer la voluntad de Dios y la ley moral. Así el Espíritu vence a la carne, la justicia divina es satisfecha, y nosotros somos santificados.

De este modo nos arrepentimos para que no perezcamos.

## LA SALVACIÓN Y LA PAZ CON DIOS QUE TODOS ANHELAMOS

30° domingo del año

Eclo 35, 15-17; Sal 33; 2 Tim 4, 6-8.16-18; Lc 18, 9-14

El evangelio de hoy nos presenta dos tipos de justicia, la que es de los fariseos que es una justificación de sí mismo por sus propias obras buenas en las cuales el fariseo se jacta; y el otro tipo es la justicia del publicano que “estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí pecador” (Lc 18, 13).

El fariseo destruyó todo por su soberbia. Además de esto, la justicia del fariseo es la justicia de obras, mientras que la del publicano es la justicia que es un don gratuito de Dios dado a él por su fe. ¿Y qué es la conclusión de Jesús? Es: “Os digo que éste (el publicano) descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc 18, 14).

Esta parábola del fariseo y el publicano debe ser una gran consolación y ayuda para nosotros, y también una amonestación de no jactarnos por nuestras buenas obras. El fariseo se jactó porque no era pecador como el publicano; mientras que el publicano se conoció como pecador y fue lleno de tristeza y culpabilidad, pero en vez de enaltecerse,

él se humilló, admitiendo que era pecador y pidiendo la misericordia de Dios. Y Dios se la dio por su humildad y fe.

¿Cuántas veces podemos identificarnos con este publicano? ¿Cuántas veces somos tristes y nos sentimos indignos como él? ¿Cuántas personas viven en soledad y tristeza, lejos de Dios, y no conocen la paz de Dios en sus corazones? La buena noticia es que Dios nos ha dado un camino para salir de este pozo y ser salvos, para recibir el perdón de nuestros pecados y el amor de Cristo resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6). Y este camino es el de la fe en el Hijo de Dios, enviado al mundo para salvarnos de todo esto y hacernos de nuevo, nuevos hombres (Ef 4, 22-24), una nueva creación (2 Cor 5, 17), justificados y justos delante de Dios, aunque éramos pecadores e indignos de su amor. Él nos justifica gratuitamente cuando lo invocamos con fe. San Pablo dice: “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado...porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom 10, 9-11.13).

El mismo Cristo mereció para nosotros, por su obediencia a Dios, este estado de ser justos delante de Dios. Él es el único justo en sí mismo, y sus méritos ganaron para nosotros este mismo estado de ser justos delante de Dios con todos nuestros pecados aniquilados y totalmente perdonados, para que pudiéramos vivir ante Dios libres de todo esto, libres de nuestro pasado en la libertad de los hijos de Dios sólo por haber creído en él, el único Hijo del Padre.

Al mismo tiempo, los que en su soberbia se glorían en su propia justicia descenderán a su casa no justificados delante de Dios porque nadie puede ser tan justo que puede merecer este estado de justicia por sus propios esfuerzos. Aunque este fariseo no comete adulterio, ni es ladrón, y ayuna dos veces a la semana y da limosnas, esto no es suficiente para ser verdaderamente justo y limpio ante Dios. Necesitaría una observancia perfecta en todo para merecer este estado por sus propias obras. Y nadie ha podido hacer esto. Sólo Cristo era así, y la Virgen María por los méritos de Cristo. Sólo Cristo mereció para nosotros este estado de felicidad, paz celestial, y luz cuando lo invocamos con fe. Si hacemos así, en poco tiempo él entrará dentro de nosotros para inhabitarnos (Jn 14, 23), resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), haciéndonos justos por sus méritos.

Esto es lo del cual san Pablo está hablando cuando dice que “los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley... Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios (Rom 9, 30-32; 10, 3).

Si tú estás sufriendo ahora, sintiéndote lejos de Dios, pecador, lejos de su justicia, hay un camino de salvación para tí. Tu salvación es en el Salvador que Dios ha enviado al mundo para salvar a los pecadores, para que lo que nadie haya podido alcanzar por sus propios esfuerzos, ahora pudieran alcanzar por los méritos de Cristo, por medio de su fe en él al invocar su nombre y al arrepentirse de sus pecados, prometiéndole que empezara una nueva vida con el poder de su Espíritu. Quizás tienes que esperar unas horas, pero en poco tiempo Cristo te levantará, y descenderás a tu casa justificado y feliz como el publicano en la parábola de hoy.

Así seremos como san Pablo que aun si pudiera tener su propia justicia por obras de la ley, no quiso esto, sino sólo quiso la justicia de Dios que es por la fe, que es mucho mejor. Quiere ser hallado en Cristo —dice— “no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil 3, 9).

## LOS SANTOS VIVEN UN NUEVO TIPO DE VIDA EN ESTE MUNDO

Solemnidad de Todos los Santos, 1 de noviembre  
Apc 7, 2-4.9-14; Sal 23; 1 Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12

Hoy nos regocijamos por todos los santos que vivían para Dios con *todo* su corazón, rechazando el pecado y viviendo en obediencia a su voluntad. Los salmos del oficio divino de hoy son llenos de sentimientos significativos que nos ayudan a comprender la vida de los santos, que tratamos de imitar. Quisiera reflexionar sobre algunos de estos versículos hoy.

El Salmo 14 dice: “Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo” (Sal 14, 1-3). El que morará en el monte del Señor es el que vive bien, según la voluntad de Dios, el que rechaza el pecado, y vive en integridad.

Cristo nos justifica por los méritos de su muerte y resurrección por medio de nuestra fe, no por nuestras obras. Es un don gratuito de Dios que borra nuestros pecados y nos llena de su luz y esplendor al creer e invocarlo. Pero si pecamos, perdemos o disminuimos todo esto. El santo es alguien que crece en la santidad al confesar sus pecados, al arrepentirse de ellos y renunciarlos, y al buscar a Dios con *todo* su corazón. Es *el* que lo hallará, como dice Jeremías: “y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de *todo* vuestro corazón” (Jer 29, 13).

Los santos viven una vida nueva en Cristo y andan en el esplendor de su resurrección, porque viven en integridad. En el último día, los santos “resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Y, de verdad, ellos empiezan a resplandecer aun en esta vida porque se purifican ahora y viven únicamente para el Señor en todo aspecto de su vida. Viven en pobreza voluntaria —“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5, 3)—. Viven en simplicidad y austeridad una vida de ayuno y oración, porque quieren realmente que Dios sea su único placer. Esto no es sólo una teoría para ellos, sino una manera nueva de vivir en este mundo. Así, pues, tratan de eliminar todo otro placer innecesario de su vida, para vivir sólo para Dios —cuerpo y alma— con *todo* su corazón. Creen en Dios no sólo con su mente y alma, sino también con su cuerpo, como personas completas, en todo lo que hacen, en todo aspecto de su vida. Así privan sus cuerpos también en ayuno y mortificación para vivir sólo para Dios, para regocijarse sólo en él, y así entrar en unión con él y vivir en su luz.

Así vivían los Padres del Desierto, vidas austeras de ayuno y oración constantes, vidas de gran simplicidad y pobreza voluntaria, vidas nuevas y ya resucitadas en el esplendor de la resurrección de Jesucristo, vidas vividas en la luz, lejos de los entretenimientos de este mundo. Habían purificado su cuerpo y espíritu para vivir en esta

luz. Han rechazado el pecado, el cual ellos reconocen como la muerte de su espíritu. Son, pues, los limpios de corazón que Jesús pronuncia “Bienaventurados” en el evangelio de hoy: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8).

Los santos también son perseguidos por causa de la justicia y por su manera de vivir, pero se regocijan en sus persecuciones que los asemejan más aún a Cristo y aumentan su gozo. “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia —dice Jesucristo hoy—... Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es grande en los cielos!” (Mt 5, 10.12).

Veremos a Dios, dice san Juan hoy, “tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn 3, 2-3). Esta es la preocupación de los santos: se purifican para asemejarse a Cristo. Y “él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca” (1 Jn 3, 5-6). Así dice san Juan. Cristo vino para librarnos del pecado; y él quiere que lo renunciemos. Caemos en imperfecciones, pero tratamos de purificarnos de ellas también. Pero el pecado es algo que debemos renunciar para purificarnos, para ver a Dios y ser semejantes a él, para entrar en unión con él.

“Los ojos del Señor —dice el salmista— están sobre los justos. Y atentos sus oídos al clamor de ellos. La ira del Señor [está] contra los que hacen mal, para cortar de la tierra la memoria de ellos. Claman los justos, y el Señor oye, y los libra de todas sus angustias” (Sal 33, 15-17). Los que hacen mal, que pecan, verán la ira del Señor, pero los justos, los santos, los que lo obedecen de todo su corazón, estarán protegidos por Dios. Él los oye y los protege; y ellos andan en su luz. “El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende... Temed al Señor, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen” (Sal 33, 7.9). Cuando lo obedecemos, viviremos en su protección y luz. Los santos son los que vivieron así, y nos muestran el camino.

Los santos se dejan divinizar por su fe y por su vida obediente. Alaban a Dios tanto con su cuerpo como con su mente, tanto en sus acciones como en sus oraciones, tanto en su manera de vivir como en su manera de pensar; tanto en su obediencia como en su fe. Alaban al Señor tanto en la santidad de su vida y comportamiento como en sus buenas ideas y buenas pensamientos. Su religión es más que fe, más que una idea o una actitud o teoría; es una manera de vivir con el cuerpo, un nuevo modo de vivir en este mundo. Su religión es una vida obediente a la voluntad de Dios. “Los que amáis al Señor —dice el salmista—, aborreced el mal; el guarda las almas de sus santos; de mano de los impíos los libra. Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón” (Sal 96, 10-11).

DALES, SEÑOR, EL DESCANSO ETERNO,  
Y BRILLE PARA ELLOS LA LUZ ETERNA

Todos los Fieles Difuntos, 2 de noviembre  
Is 25, 6-9; Rom 14, 7-12; Jn 11, 32-45

Hoy es el día en que vamos al cementerio para rezar por todos los fieles difuntos y visitar sus sepulturas, y hoy los sacerdotes pueden celebrar tres Misas por todos los difuntos,



para que sean perdonados y purificados de todos sus pecados, para entrar en la plenitud del reino de Dios.

Recordamos hoy que todos moriremos y que no vivimos sólo por esta vida presente, sino que fuimos creados para algo mejor, una vida con Dios llena de felicidad y del amor divino. Pero nuestros pecados e imperfecciones son los obstáculos que nos impiden en este camino y nos privan la luz y felicidad que Dios quiere darnos. Por eso rezamos hoy por nuestros parientes difuntos, para que Dios les perdone sus pecados y los purifique para que puedan entrar en su gloria.

No debemos vivir *para nosotros mismos*, sino para el Señor, para el que murió y resucitó por nosotros. Sólo así cumpliremos nuestro ser en el plan de Dios para con nosotros. San Pablo nos dice esto hoy, diciendo: “ninguno de nosotros vive *para sí*, y ninguno muere *para sí*. Pues si vivimos, *para el Señor* vivimos; y si morimos, *para el Señor* morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, *del Señor* somos” (Rom 14, 7-8). Debemos vivir para el Señor; no por nuestro propio placer. Debemos morir a nosotros mismos, para poder vivir para él, y no más para nosotros mismos.

Seremos felices sólo si morimos a nosotros mismos por una vida de mortificación y ascetismo, ofreciéndonos como un sacrificio de amor a él que murió y resucitó por nosotros. Él debe ser nuestro único Señor y Maestro (Mt 6, 24), nuestro único tesoro (Mt 6, 19-21), el tesoro escondido, por el cual vendimos todo lo demás (Mt 13, 44). “Cristo para *esto* —dice san Pablo hoy— murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Rom 14, 9). Y a los corintios san Pablo escribió, diciendo: Cristo “por todos murió, para que los que viven, ya no vivan *para sí*, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). Si él murió por nosotros, nosotros también debemos morir por él, es decir, morir a nosotros mismos, para vivir desde ahora en adelante para el que murió y resucitó por nosotros.

El vivir para Cristo es la vida eterna, porque él tiene el poder de resucitar a todos los muertos. El que dijo hoy a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!” (Jn 11, 43) dirá lo mismo a nuestros difuntos, y a nosotros también en el último día. Nuestra esperanza para la vida eterna está en él, para quien vivimos. Cuanto más vivimos para él, y no para nosotros mismos, tanto más segura es nuestra esperanza de vivir eternamente con él por su poder. Así, pues, rezamos hoy para los que ya han muerto, para que limpiados de sus pecados e imperfecciones puedan entrar en la plenitud del reino de Dios y alegrarse en el banquete mesiánico en el monte del Señor (Is 25, 6).

## EL ASCETISMO: EL HUMILLARNOS ANTE DIOS, PARA SER ENALTECIDOS

Sábado, 30ª semana del año  
Rom 11, 1-2.11-12.25-29; Sal 93; Lc 14, 1.7-11

La hermosa charla anoche de nuestro orador visitante recordó a nuestra comunidad monástica de la importancia del ascetismo, y nos dijo también que si muchos sectores de la Iglesia hoy rechazan el ascetismo en principio, los creyentes buscarán en otros lugares enseñanza ascética y formas ascéticas de vivir, porque la necesidad de vivir

ascéticamente está enraizado profundamente en nuestra naturaleza. El orador nos dijo que hoy estamos pasando por una fase de la historia de la Iglesia en que el ascetismo está rechazado en muchos sectores de la Iglesia, incluso en su propia Iglesia ortodoxa. Este rechazo del ascetismo es seguramente parte de la secularización general de la Iglesia sucediendo actualmente en Europa y los Estados Unidos, con la resultad de que, entre otras cosas, hay una gran caída de vocaciones religiosas y sacerdotales en estos países, porque estas son tradicionalmente formas *ascéticas* de vivir.

Las lecturas de hoy pueden ayudarnos a entender el ascetismo y el problema actual de su rechazo en muchos sectores de la Iglesia. El evangelio de hoy nos muestra el significado del ascetismo cristiano cuando Jesús dijo: “cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (Lc 14, 11). El ascetismo es el humillarnos ante Dios. Es un humillarse en acción, en que demostramos nuestra humildad ante Dios, expresando así nuestra creencia de que *sólo Dios* es digno para que vivamos *sólo para él* y dedicarnos *totalmente a él*. Así, pues, nos negamos a nosotros mismos para enaltecer a Dios; no a nosotros. Nos humillamos ante él al confesar que *sólo él* es nuestro Maestro y Señor, y que *sólo él* es la meta de nuestra vida, para la cual viviremos en adelante. Un asceta quiere que *sólo Dios* sea su tesoro, es decir, su *único* tesoro para el cual él vivirá en adelante (Mt 6, 19-21), su *único* Señor, a quien servirá (Mt 6, 24). El asceta se humilla ante Dios al renunciar a todo lo demás para servir *sólo a él*.

Dios es el tesoro escondido que sólo podemos obtener al renunciar a todo lo demás, como lo hizo el hombre en la parábola que descubrió un tesoro escondido o una perla preciosa (Mt 13, 44-46). Sólo pudo obtener este tesoro o perla al precio de renunciar a todo lo que tenía, es decir, tuvo que renunciar a todos sus otros tesoros y perlas. Esto es humillarse ante Dios, para ser enaltecidos por él, para hallarlo y regocijarse en él. Pero este hallar a Dios viene al precio de renunciar a todo lo demás, al precio de vivir una vida ascética, al precio de vivir *sólo para Dios*, al precio de humillarnos ante Dios de este modo, para ser enaltecidos por él (Lc 14, 11).

El ascetismo es reducir nuestro placer en otras cosas, para hallar nuestra alegría más y más *sólo en Dios*, y así hallar y obtener esta perla preciosa (Mt 13, 45-46) y este tesoro escondido (Mt 13, 44), que es el reino de Dios dentro de nosotros. Así buscamos a Dios con *todo* nuestro corazón, con un corazón *indiviso*. Es por ello que Jesús bendice al que renuncia a casa, bienes, familia, etc. por el reino de Dios (Lc 18, 29).

La primera lectura hoy también puede ayudarnos en esta reflexión, porque nos dice que cuando los judíos rechazaron a Cristo, esto abrió la misión a los gentiles. Lo que los judíos rechazaron, desde aquel entonces floreció entre los gentiles, tanto como el ascetismo, aunque está rechazado ahora en muchos sectores de la Iglesia, está floreciendo fuera de la Iglesia. Pero ¡cuánto mejor florecería, si tuviera la dirección de la Iglesia!

## ESTAD PREPARADOS PARA LA VENIDA DEL SEÑOR

31° domingo del año

Sabiduría 11, 22 – 12, 2; Sal 144; 2 Ts 1, 1 – 2, 2; Lc 19, 1-10

Ya hemos llegado al 31° domingo del año. Este número avanzado, el crecimiento de las horas de oscuridad, el frío, y el tiempo afuera nos recuerdan del tiempo litúrgico en que estamos ahora. Este es el último mes del año litúrgico, cuyo tema es la venida del Señor. La segunda lectura nos recuerda de este tema dominante del tiempo litúrgico actual, porque Pablo habla en ella “con respecto a la Parusía de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él” (1 Ts 2, 1). ¡De hecho, algunos vivieron en tanta expectación que incluso pensaban que el día del Señor ya ha venido. Por tanto Pablo tuvo que recordarles de las varias otras cosas que tienen que suceder primero, antes de que el día del Señor amanezca.

Ahora es el tiempo, entonces, cuando debemos vivir en este tipo de alegre expectativa para la Parusía del Señor, cuando “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Ts 4, 16). Debemos, entonces, prepararnos siempre y estar siempre preparados, porque nadie sabe la hora de su venida. “Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche” (1 Ts 5, 2), como dice san Pablo.

El evangelio de hoy sobre el jefe de los publicanos de Jericó, Zaqueo, debe ayudarnos en nuestras reflexiones sobre cómo podemos prepararnos para el día del Señor, para que “destrucción repentino” no venga sobre nosotros sin posibilidad de escarpar (1 Ts 5, 3). Necesitamos estar siempre preparados, siempre preparándonos más para este día, que ya ha empezado a amanecer sobre nosotros.

Jeremías nos dice, “me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de *todo* vuestro corazón (Jer 29, 13-14). He aquí la clave para nuestra preparación para nuestro encuentro con el Señor. Si queremos entrar en unión con Dios, esto es lo que tenemos que hacer. Tenemos que buscarlo con *todo* nuestro corazón, con un corazón indiviso, como los que sirven sólo a un Señor (Mt 6, 24).

San Juan Casiano habla de la pureza de corazón como el fin de la vida monástica, es decir, un corazón que vive sólo para Dios, que busca su alegría sólo en él, y renuncia a todo lo demás. Todas las renunciaciones y purificaciones de la vida monástica son dirigidas a este fin, es decir, la pureza de corazón, para venir en unión con Dios en una vida de contemplación. Todo lo demás es una preparación para esto. Todas las renunciaciones de las cosas buenas de este mundo son para obtener la pureza de corazón, un corazón enfocado únicamente en el Señor, un corazón indiviso, que sirve sólo a un Señor, y que halla todo su deleite en él.

Ahora bien, cuando Jesús invita a este jefe rico de los publicanos a descender del árbol sicómoro y recibirlo para que pueda posar en su casa, podemos fácilmente imaginar los gritos de sorpresa y shock de la muchedumbre. “Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador” (Lc 19, 7). La muchedumbre supo que Jesús era un hombre santo, un profeta, un hombre de Dios, un hombre con un corazón puro e indiviso. ¿Cómo, entonces, puede posar en la casa de un hombre como Zaqueo, que no vivió por ninguna de estos valores? Se escandalizaron que Jesús posara en su casa.

Pero entonces viene la conclusión sorprendente. Zaqueo se convirtió por la atención que Jesús le dio. Y ¿qué hizo Zaqueo? Él prometió inmediatamente a despojarse de la mitad de sus bienes y restituir cuadruplicado a todos los que ha defraudado. Jesús lo creyó y loregonó salvo este mismo día, un hombre que fue, hasta entonces, perdido.

“Hoy ha venido la salvación a esta casa —dijo— ...Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc 19, 9-10).

Este hombre que fue perdido está ahora hallado. Él se despojó voluntariamente de sus bienes, conociendo instintivamente que esto es lo que debe hacer como respuesta a la aceptación que Jesús le había extendido. Así, pues, la salvación pudo entrar en su corazón. Ahora él puede crecer en esta salvación hacia la pureza de corazón y estar así preparado para la venida del Señor. Quizás ya oyó lo que Jesús acabó de decir al joven rico, es decir, “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Lc 18, 24-25). De todos modos, Zaqueo supo inmediatamente lo que tuvo que hacer si él quisiera arrepentirse y creer en Jesús y venir a ser un hombre nuevo, una persona viviendo constantemente preparado para la venida del Señor, una persona con un corazón puro e indiviso.

Así, pues, se despojó de mucho de sus riquezas. Se desprendió en su manera de vivir y en su corazón. Él renunció a los placeres mundanos que anteriormente fueron su vida. Está listo ahora, pues, para vivir para el Señor. Así, pues, recibió la salvación dada gratuitamente a él por Jesús, como también será dada gratuitamente a nosotros cuando lo invocamos con fe y arrepentimiento por nuestros pecados. Entonces creceremos en la santidad mientras nos despojamos para vivir sólo para él.

Así, pues, podemos seguir el ejemplo de Zaqueo, buscando a vivir totalmente para Dios con *todo* nuestro corazón. Así nos preparamos por medio de la pureza de corazón para entrar en unión con Dios; y así podemos esperar con alegre expectativa para el día cuando “aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo...y...[veremos] al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31).

## QUE VIVAMOS PARA EL SEÑOR, Y ASÍ PERMANECER EN SU AMOR

Jueves, 31<sup>a</sup> semana del año  
Rom 14, 7-12; Sal 26; Lc 15, 1-10

Jesucristo vino al mundo para llamar a los pecadores; y por eso los recibe y come con ellos. Dice: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mc 2, 17). Y hoy Jesús nos muestra qué alegría hay en el cielo sobre un pecador que se arrepiente. Dice: “habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lc 15, 7).

Y nosotros también, cuando nos arrepentimos y pedimos el perdón de Dios por medio de los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz, sentimos este gozo en nuestra alma cuando Dios nos da este perdón que hemos pedido. No hay gozo más grande, creo, y más real que éste. Es paz en el fondo del corazón que nos une a Dios y nos ilumina interiormente. Y con este gozo podemos aguantar todo tipo de sufrimiento.

Pero tenemos que pedir en fe en Jesucristo este perdón, esta paz, esta restauración del favor de Dios en nuestra alma; entonces tenemos que esperar un poco hasta que Dios nos lo da, y nosotros lo sentimos en el fondo de nuestro corazón. Entonces, podemos regocijarnos con los ángeles de Dios que se alegran por nuestra conversión.

Entonces, debe ser nuestro empeño permanecer en este amor al obedecer la voluntad de Dios en todo, para que él no tenga que castigarnos otra vez por haberlo ofendido de nuevo. Pero si caemos otra vez fuera de su favor, entonces tenemos que pedir otra vez su perdón y esperar hasta que lo recibimos. Puede ser que tendremos que hacer esto con frecuencia.

Y ¿cómo debemos vivir para permanecer en su favor y crecer en este esplendor? San Pablo nos da la respuesta hoy en la primera lectura, diciendo: “ninguno de nosotros vive *para sí*, y ninguno muere *para sí*. Pues si vivimos, *para el Señor* vivimos; y si morimos, *para el Señor* morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, *del Señor* somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser *Señor* así de los muertos como de los que viven” (Rom 14, 7-9). Es decir, debemos vivir *para él*, y no *para nosotros mismos*.

Es por eso que los monjes ayunan, no comen carne, viven en clausuras, y se privan de los placeres del mundo, viviendo vidas austeras de silencio, renuncia, y oración. Es que no quieren vivir para sí mismos, sino para el Señor. Viven así para vivir sólo para el Señor con un corazón indiviso, reservado exclusivamente para él, y sólo para él. Es por esta razón también que son célibes. Es decir: para reservar su corazón para él. El Señor debe ser nuestro único Señor (Mt 6, 24), nuestro único tesoro (Mt 6, 19-21). Y a los corintios, san Pablo escribió: “y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan *para sí*, sino *para aquel* que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). Al vivir así, *para el Señor*, y no más *para nosotros mismos*, podemos vivir en este gozo de los ángeles por un pecador que se arrepiente.

Y Jesús también dice: “*permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Él quiere que vivamos y permanezcamos en este amor y gozo de ser reconciliados y en paz con Dios. Por esto, vino a la tierra, para reconciliarnos con Dios, para que pudiéramos vivir *para él* y permanecer así en su amor, viviendo en adelante *para él*, y no más *para nosotros mismos*, ni por nuestros placeres. Cuanto más renunciemos a los placeres de este mundo, tanto más nos gozaremos con la verdadera alegría de Jesucristo en nuestro corazón, y permaneceremos en su amor.

## LA JERUSALÉN CELESTE, CIUDAD DE ORO Y LUZ

Fiesta de la dedicación de la Basílica de Letrán, 9 de noviembre  
1 Cor 3, 9-11.16-17; Sal 45; Jn 2, 13-22

Hoy celebramos, en este día en el año 324, la dedicación de la Basílica de Letrán en Roma, construida por el emperador Constantino. Esta dedicación es importante para nosotros porque la Basílica de Letrán, siendo la catedral del Papa, es un símbolo de la unidad y universalidad de la Iglesia de Cristo, una unidad que todavía no es perfecta, pero por la cual siempre rezamos.

La Iglesia universal, extendida por todas partes del mundo, es, en sí, por su parte, también “un signo temporal de la Jerusalén celeste”, como dice la oración después de la comunión hoy; y no podemos celebrar esta fiesta sin recordar esto, sobre todo durante el mes de noviembre cuando meditamos cada vez más sobre el fin de todas las cosas y nuestra última meta, que es vivir en la Jerusalén celeste. La nueva Jerusalén no tiene templo en ella, dice san Juan en el Apocalipsis, “porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apc 21, 22). Por eso dijo: “No vi en ella templo” (Apc 21, 22). La ciudad misma es en sí un templo, la morada de Dios.

Esta ciudad es la luz en nuestra oscuridad que ilumina nuestro camino por la neblina tenebrosa de este mundo y de esta vida. Esta ciudad que nos ilumina ya de lejos y en que veremos a Dios cara a cara “tal como él es” (1 Jn 3, 2) nos anima ahora y llama a seguir con fidelidad en nuestro camino en que viajamos ahora por este mundo tan lleno de oscuridad.

Nosotros también somos templos de Dios, como nos enseña san Pablo hoy, diciendo: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Cor 3, 16-17). Si somos templos de Dios, debemos parecer como un templo, siendo limpios, perdonados de nuestros pecados por los méritos de Jesucristo por medio de nuestra fe, e iluminados por él resplandeciendo con su nueva vida en nosotros (2 Cor 4, 6).

Así, pues, estamos ahora en una viaje hacia la Jerusalén celeste, esta ciudad que tiene la gloria de Dios, y que es “diáfana como cristal” (Apc 21, 11), cuyo fulgor es como el “de una piedra de jaspe” (Apc 21, 11), y cuyo muro es de jaspe, mientras que la ciudad misma es “de oro puro, semejante al vidrio limpio” (Apc 21, 18). Y en la visión de san Juan, él vio también que “la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio” (Apc 21, 21).

¡Qué espléndido es la Jerusalén celeste, hacia la cual nos encaminamos! Durante nuestro viaje a ella, atraídos por su resplandor que vemos ahora desde lejos por la neblina tenebrosa de la vida presente, debemos nosotros mismos estar en un proceso de transformación personal en la imagen de esta ciudad. Y así seremos, nosotros también, lumbreras en la neblina para los demás (Fil 2, 15), mostrándoles el camino hacia la meta de nuestro viaje común. Así transformados, seremos templos de Cristo, el cual inhabita en nuestros corazones, resplandeciendo en ellos (2 Cor 4, 6); y seremos también templos del Espíritu Santo (1 Cor 3, 16-17).

Cristo nos transforma y llena de luz, haciéndonos como “lumbreras en el mundo” “en medio de una generación maligna y perversa”, en medio de la cual resplandecemos (Fil 2, 15). Así, debemos vivir ya de antemano en espíritu en la Jerusalén celeste, aun en medio de este mundo viejo. Esto es porque “nuestra ciudadanía está en los cielos” (Fil 3, 20), y podemos vivir así en espíritu donde está nuestra ciudadanía, en esta ciudad iluminada que “no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” (Apc 21, 23).

Como Jesús limpia hoy el templo de Jerusalén, él quiere también limpiarnos a nosotros para que seamos templos puros e iluminados de Dios en este mundo, lumbreras en la neblina de esta vida, mostrando a los demás, por medio de nuestro testimonio, el camino a la Jerusalén celeste.

## ¿QUIERES TENER LA LUZ Y LA PAZ DE CRISTO EN TU CORAZÓN?

sábado, 31ª semana del año  
Rom 16, 3-9.16.22-27; Sal 144; Lc 16, 9-15

Hoy Jesús nos enseña cómo debemos comportarnos con relación a los bienes materiales, el dinero, y las riquezas de este mundo. El principio en todo esto es que no podemos servir a dos señores; y si tratamos de servir a Dios y al mismo tiempo a las riquezas y placeres de este mundo, acabaremos en un desastre.

Dice Jesús hoy: “Ningún siervo puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lc 16, 13). Más bien, debemos usar nuestras riquezas para ayudar a los demás y hacer bien en este mundo, tratando de mejorarlo, y no por nuestros propios placeres, porque el que “se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc 18, 14). Uno se enaltece al vivir *para sí mismo*, en vez de vivir *para el Señor*; y san Pablo nos enseña, diciendo: “ninguno de nosotros vive *para sí*, y ninguno muere *para sí*. Pues si vivimos, *para el Señor* vivimos; y si morimos, *para el Señor* morimos” (Rom 14, 7-8).

Es verdad que los que tratan de vivir para sí mismos son los más infelices y miserables de todos; mientras que los que viven para el Señor y usan sus talentos y bienes para ayudar verdaderamente a los demás son los más felices de todos con la verdadera felicidad de Dios en el fondo de su corazón. Es así porque estos últimos viven correctamente, es decir: según la voluntad de Dios.

Por eso Jesús nos dice hoy: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas faltan, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16, 9). Sí, debemos usar nuestro dinero, pero para el bien de nuestro prójimo por amor a Dios; y no por nuestro propio placer material, lo cual sería vivir para nosotros mismos, y tratar de servir a dos señores.

Dice Jesús también hoy: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lc 16, 10). Lo muy poco son los bienes materiales. Si no somos fieles en estos, también seguramente seremos infieles en las cosas más importantes, que son los bienes espirituales. Por eso alguien que usa abusivamente los bienes materiales (dinero, comida, bebida, ropa etc.), usándolos para su propio placer, enalteciéndose con ellos, no progresará mucho en la vida espiritual, en las cosas importantes. Las abusará a ellas también. Así siendo injusto en lo muy poco, es injusto también en lo más (Lc 16, 10). Será un desastre delante de Dios, un desastre espiritualmente, y muy infeliz interiormente —de hecho, miserable—, porque no está viviendo según la voluntad de Dios.

En efecto, si no nos comportamos correctamente con las cosas materiales, *no tendremos* bienes espirituales, porque Dios no nos los dará. Así nos dice Jesús hoy, diciendo: “Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Lc 16, 11). Y lo verdadero son las riquezas espirituales, es decir: la luz de Jesucristo resplandeciendo en nuestro corazón, regocijándonos en el fondo de nuestro espíritu. No recibiremos estas riquezas espirituales si no nos comportamos correctamente con relación a los bienes materiales. Seremos pobres espiritualmente e infelices.

Jesús dice también hoy: “Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?” (Lc 16, 12). Lo que es nuestro será la luz y la paz de Cristo regocijándonos en nuestro corazón. Lo ajeno son las riquezas exteriores y las cosas materiales. Nuestro comportamiento con los bienes materiales determinará si recibiremos lo nuestro, o no. La decisión es nuestra.

## SON IGUALES A LOS ÁNGELES, AL SER HIJOS DE LA RESURRECCIÓN

32º domingo del año

2 Macabeos 7, 1-2.9-14; Sal 16; 2 Ts 2, 16 – 3, 5; Lc 20, 27-38

Estamos ahora en medio del mes de noviembre, el mes de los muertos, y el último mes del año litúrgico. El tema de la vida venidera y de la resurrección de los muertos viene ahora más y más delante de nosotros en la liturgia. Hoy se nos presenta el martirio de los siete hermanos y su madre por causa de la ley de Dios, y vemos cómo todos murieron voluntariamente antes que violar la ley de Dios al comer carne de puerco, prohibida por la ley. En su suplicio, estando mutilados, con el cuero cabelludo arrancado, y tostados vivos en sartenes, fueron sostenidos por su esperanza en la resurrección. Y en el evangelio de hoy, sobre otros siete hermanos que de turno se casaron con la misma mujer, cada uno muriendo y dejándola al siguiente, estamos enseñados por Jesús algo sobre cómo es la vida de la resurrección. Será muy diferente de la vida presente en que se casan y dan a luz niños. Sobre esta vida, Jesús dice hoy: “Los hijos de este siglo se casan y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc 20, 34-36).

Estas dos lecturas enfocan nuestra atención hoy en la vida del mundo de la resurrección, y por eso enfocan nuestra vista y meditación en el futuro, en armonía con el tema dominante del tiempo litúrgico actual. La resurrección no tendrá lugar cuando morimos, sino en el último día cuando los cuerpos de los muertos resucitarán, y cuando el Señor regresará en la nubes del cielo con gran gloria y majestad, y el arcángel tocará el trompeta final y “juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 31). En este gran día los muertos resucitarán, y los que todavía estarán vivos en este tiempo serán transformados “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Cor 15, 52).

Habrá, pues, una doble resurrección, una a la gloria, y la otra a la condenación, como Daniel nos enseña, diciendo: “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Dan 12, 2-3).



Oímos estas cosas para ayudarnos y darnos ánimo en nuestra preparación ahora para tener parte de la resurrección a la vida eterna con Dios, y para que podamos anticipar de algún modo ahora este estado final, al vivir en la luz de Cristo, siempre preparados y preparándonos más, siempre vigilando, y permaneciendo más vigilantes, tratando de dedicarnos cada vez más al Señor con un corazón tanto indiviso como podemos.

Jesús también nos dice que habrá una doble resurrección. El hombre rico y Lázaro se fueron cada uno a lugares diferentes, Lázaro al seno de Abraham (Lc 16, 22), mientras que el rico fue atormentado en las llamas (Lc 16,24). En este día las ovejas y los cabritos estarán finalmente separados, las primeras estarán puestas a la derecha de Jesús, mientras que los cabritos estarán puestos a su izquierda (Mt 25, 33). A las ovejas a su derecha Jesús dirá: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mt 25, 34); mientras que a los de su izquierda dirá: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt 25, 41). Sobre este día de la doble resurrección, Jesús también dijo: “vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn 5, 28-29).

Y finalmente, Jesús nos habla sobre la siega al fin del siglo cuando los ángeles serán los segadores, diciendo: “De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 40-43).

Los siete hermanos junto con su madre que fueron martirizados por no probar carne de puerco fueron sostenidos en sus sufrimientos por su esperanza en la resurrección. Esta esperanza fue para ellos algo del presente, dándoles la fuerza y el ánimo que necesitaban para hacer lo que era recto, aunque causó su muerte y gran sufrimiento. “Estamos dispuestos a morir —dijo el primer hermano— antes que violar las leyes de nuestros padres” (2 Mac 7, 2). Antes que violar la voluntad de Dios, ellos murieron, esperando la resurrección. “...nos privas de la vida presente —dijo el segundo hermano— pero el Rey del mundo, a nosotros que morimos por sus leyes, nos resucitará a una vida eterna” (2 Mac 7, 9).

Nosotros debemos hacer lo mismo. Sostenidos por la esperanza gloriosa de la resurrección, debemos despreciar todo el suplicio y persecución de este mundo, y permanecer resolutamente fieles en hacer la voluntad de Dios. Seremos perseguidos, como lo fueron estos siete hermanos y su madre, pero esto sólo hará la esperanza que nos espera tanto más cierta. Y por hacer su voluntad y sufrir por hacerla, el Señor resplandecerá dentro de nuestros corazones (2 Cor 4, 6).

Finalmente, notamos con relación a los otros siete hermanos que se casaron con la misma mujer, que Jesús nos dice hoy que no habrá dificultad alguna en saber de quién de ellos ella será la esposa en el mundo de la resurrección, porque en la vida de la resurrección, el matrimonio no existirá más. Todos serán célibes.

Vemos, pues, que los que son célibes ahora en esta vida prestan un servicio importante a toda la Iglesia, recordándola de cómo serán todos los que llegan al mundo de la resurrección. Los célibes, los monjes, viven ya de antemano un anticipo de la vida de la resurrección, viviendo únicamente para el Señor con un corazón completamente

indiviso, en que toda su afección es enfocada sólo en el Señor. Esta es la meta final de todos. En el mundo de la resurrección, Jesús nos dice que todos “son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc 20, 36). Es por esta razón que la vida monástica tradicionalmente ha sido llamada con frecuencia “la vida angélica”, porque los monjes tratan de vivir ahora en *esta* vida presente la vida de los ángeles, enfocándose únicamente en Dios; y así ellos son signos escatológicos para toda la Iglesia.

Que tengamos, pues, la valentía de los siete hermanos y su madre que fueron martirizados por su fidelidad a la voluntad de Dios, estando *nosotros* fortalecidos, como lo fueron *ellos*, por nuestra esperanza en la resurrección, donde seremos como los ángeles del cielo, con corazones totalmente indivisos en nuestro amor al Señor. Tratemos, pues, de imitar esta “vida angélica” ahora, cada uno de su propio modo, según su vocación.

## DEJARON TODO PARA OBTENER LA PERLA PRECIOSA

Fiesta de Todos los Santos de la familia benedictina, 13 de noviembre  
1 Cor 7, 25-35; Mt 19, 27-29

Hoy celebramos la fiesta de Todos los Santos de la familia benedictina, todos los que dejaron todo para seguir a Jesucristo, esperando de este modo tener un tesoro en el cielo a cambio de su tesoro aquí en la tierra, el cual dejaron atrás, porque Jesús dijo al joven rico: “anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme” (Mc 10, 21).

Los santos de hoy se santificaron como monjes, como los que dejaron el mundo atrás para seguir a Cristo con todo su corazón, con un corazón indiviso (1 Cor 7, 32-35). Se hicieron los últimos de este mundo; y así vinieron a ser los primeros delante de Dios (Mt 19, 30). Ellos son los que recibieron cien veces más ahora en esta vida por su sacrificio, y ahora se regocijan en gloria con Cristo (Mc 10, 29-30), porque Jesús dijo: “no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo...” (Mc 10, 29-30).

Estos son los que, sabiendo qué difícil es para un rico entrar en el reino de Dios, se hicieron pobres en este mundo por amor a Cristo. Supieron la enseñanza de Jesús que “es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 24), y deseando entrar en este reino, dejaron todo lo demás atrás, y siguieron la invitación de Jesús, que el joven rico rehusó (Mt 19, 22). Ellos son los que perdieron sus vidas en este mundo por Cristo, y así hallaron su vida verdaderamente en Cristo, “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt 16, 25).

Los que tratan de salvar su vida al llenarse de las cosas buenas de este mundo, pierden sus vidas con Dios; mientras que los que renuncian a las cosas buenas de esta vida para poder amar a Dios con un corazón y una atención aun más indivisos son los que salvan sus vidas delante de Dios, y reciben cien veces más ahora en esta vida, junto con persecuciones (Mc 10, 29-30).

Así pues, estos santos monásticos renunciaron a sus vidas en este mundo para vivir una vida de oración y ayuno en el desierto, en silencio y soledad, lejos del mundo. Odiaron sus vidas en este mundo, y así se santificaron delante de Dios y guardaron sus vidas para la vida eterna, sabiendo que los que aman sus vidas de un modo mundano perderán sus vidas delante de Dios; porque Jesús dijo: “El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn 12, 25).

Estos santos monásticos vivieron por un solo tesoro, y éste era Cristo. Renunciaron a todo tesoro terreno como algo que divide su corazón y sus intereses. Quisieron tener una mente indivisa en su seguimiento de su meta celestial, sabiendo que “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt 6, 21). En esto, siguieron la enseñanza de Jesús cuando dijo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen...” (Mt 6, 19-20).

De este modo sirvieron sólo a un Señor, sabiendo la enseñanza de Jesús que nadie puede servir a dos señores, sobre todo si uno de ellos son las riquezas y placeres de este mundo, porque, como dijo Jesús, “No podéis servir a Dios y a las riquezas” y “Ninguno puede servir a dos señores” (Mt 6, 24).

Y esto es verdad, porque cuando tratamos de servir a nuestros placeres corporales, nuestros corazones vienen a ser divididos, tanto como nuestros deseos e intereses, y Dios es el perdedor en nuestros corazones. Él tiene que competir con estas otras cosas para nuestra atención, que es algo que no quiere hacer. Él quiere *todo* nuestro corazón por sí mismo. Quiere toda nuestra atención en un corazón indiviso, exclusivamente reservado sólo para él, tanto como sea posible.

Estos santos monásticos respondieron a este deseo de Dios de un modo radical para darle una libertad soberana en sus corazones. Aun dejaron a sus familias para vivir sólo para él, sabiendo el dicho de Jesús: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 26). Recordaron también el dicho de Jesús: “Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8, 22). Por eso trataron de renunciar a todo lo mundano por él, sabiendo que Jesús dijo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33).

Estos santos monásticos fueron también célibes por amor a Cristo. Sabiendo que todos que “fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento...pues son iguales a los ángeles (Lc 20, 34-36), quisieron vivir esta vida celestial y angélica *ahora* de antemano aquí en la tierra, enfocándose así con todo el amor de su corazón sólo en Cristo, y así siendo un recuerdo constante para toda la Iglesia de su propia meta final —la de ser célibe en el mundo de la resurrección—. Así pues, prestaron este servicio a la Iglesia, de ser un recuerdo constante para ella de su propio fin.

Estos santos obtuvieron el tesoro escondido y la perla preciosa al precio de renunciar a todo lo que tenían (Mt 13, 44-46). ¡Que estemos iluminados en nuestro camino por su ejemplo!

EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

Jueves, 32ª semana del año  
Sabiduría 7, 22 – 8, 1; Sal 118; Lc 17, 20-25

Hoy oímos estas palabras impresionantes de Jesús: “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está *dentro* de vosotros” (Lc 17, 20-21). La palabra traducida “*dentro* de vosotros” también puede traducirse “*entre* vosotros”. O podemos entenderla como teniendo la intensión de significar los dos significados. Así pues, el reino de Dios está aquí, en medio de nosotros, y también está dentro de nosotros. Sin embargo, no todos lo observan, ni se dan cuenta de él, ni lo ven, ni lo experimentan. Y si caemos en pecado, el reino de Dios está cubierto para nosotros, o nuestros ojos espirituales interiores están cubiertos para que no lo percibamos con tanta claridad.

Es para este reino dentro de nosotros y en medio de nosotros que Jesús vino, para que nuestros ojos se abrieran para ver y percibir cosas que de otro modo no ven. Vino para llenarnos de su propia justicia y luz, de su propio esplendor, que él tiene, como la imagen y la palabra de Dios. Vino para que viviéramos en este reino y experimentáramos su presencia dentro de nuestros corazones, para que nuestros corazones se llenasen de la luz, del amor divino, y de la paz celestial.

Jesucristo es la sabiduría y la palabra de Dios. La primera lectura describe la sabiduría divina. Esta es lo que Jesús es con el Padre, y para nosotros. Él es “una emanación pura de la gloria del Omnipotente” y “reflejo de la luz eterna” (Sabiduría 7, 25.26), que entró en nuestra oscuridad para quemar nuestro pecado y llenarnos de la luz, para que pudiéramos percibir el reino de Dios dentro de nosotros y alrededor de nosotros, el reino que está entre nosotros.

Jesús también dice hoy: “como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día” (Lc 17, 24). Y en la versión de san Mateo, este dicho se lee: “como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la parusía del Hijo del Hombre” (Mt 24, 27). Desde un extremo de los cielos hasta el otro, desde el oriente hasta el occidente, una luz resplandecerá e iluminará los cielos en la parusía del Hijo del Hombre. En este día, el reino será finalmente manifiesto. Estará no más sólo dentro de nosotros, iluminándonos desde dentro, pero invisible a los incrédulos. En este día, en su parusía, o segunda venida, todos lo verán, porque en este día “las potencias de los cielos serán conmovidas” y “aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo” (Mt 24, 29-30).

Si no percibimos el reino de Dios dentro de nosotros ahora, no estaremos preparados cuando Cristo vendrá en su gloria. Ahora, pues, es el tiempo para prepararnos, para que pudiésemos percibir su reino ahora, y estar preparados para recibir a Cristo cuando vuelve en su gloria.

COMO FUE EN LOS DÍAS DE NOÉ, ASÍ TAMBIÉN SERÁ  
EN LOS DÍAS DEL HIJO DEL HOMBRE

P. Steven Scherrer

Viernes, 32ª semana del año  
Sabiduría 13, 1-9; Sal 18; Lc 17, 26-37

Jesús nos amonesta hoy a prepararnos para su venida, y no ser como la generación del tiempo de Noé, comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el mismo día en que vino el diluvio y los destruyó a todos, no preparados y no arrepentidos (Lc 17, 27). Porque “Como fue en los días de Noé —dice Jesús hoy— así también será en los días del Hijo del Hombre” (Lc 17, 26).

Qué fácil es sólo conformarse con los tiempos, con la cultura, con la moda, con lo que todo el mundo está haciendo, sin tener en cuenta si es bueno o malo en sí, espiritual o mundano. Las cosas que Jesús menciona aquí no son malas en sí. La falta de esta gente es que esto fue la única cosa que hacían, y lo hacían por razones y motivos equivocados. Vivían simplemente por sus propios placeres, entretenimientos, trabajo, e intereses, dividiendo sus corazones en muchas direcciones, perdiéndose completamente en el mundo con sus preocupaciones, gozos, amores, e intereses. Vivían sin Dios; y como resultado, cayeron en grandes pecados.

Quizás nosotros hayamos tenido éxito en evitar los grandes pecados, pero no debemos poner nuestra confianza en esto si estamos viviendo una vida puramente mundana, sólo viviendo por los placeres comunes de este mundo, viviendo como todo el mundo.

Jesús describió esta situación así: “Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste” (Lc 17, 28-30).

Dios requiere algo más de nosotros. Porque ellos vivían sólo por estas cosas y por estos motivos, cayeron en grandes pecados, y Dios los destruyó a todos súbitamente, sin dejarles la oportunidad para arrepentirse. Ahora, pues, es el tiempo de reflexionar y arrepentirse. Ahora es el tiempo de cambiar nuestra dirección y orientación de vida. Ahora es el tiempo de cambiar nuestro estilo de vivir. Ahora es el tiempo de empezar a vivir sólo para el Señor con todo nuestro corazón, y renunciar a todo lo demás, a todos los placeres mundanos de comida y bebida, y otros pasatiempos inútiles, y empezar verdaderamente a enfocarnos en el Señor. El fin vendrá pronto. “Dos estarán en una cama; el uno será tomado, el otro dejado” (Lc 17, 34).

Debemos vivir en la presencia del Señor, en un estado constante de preparación, con nuestro corazón enfocado en él, y no más dividido entre las cosas buenas de este mundo, como lo fueron los corazones de las generaciones de Noé y Lot. Debemos estar preparados para la venida del Señor en cualquier momento, para que no tengamos que mirar ni volver atrás.

CUANDO UN PROFUNDO SILENCIO ENVOLVÍA TODAS LAS COSAS  
Y LA NOCHE ESTABA A LA MITAD DE SU CAMINO

Sábado, 32ª semana del año

Hoy oímos uno de los más bellos pasajes de la Biblia. Se lee: “Cuando un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche estaba a la mitad de su camino, tu palabra todopoderosa, Señor, como implacable guerrero, se lanzó desde tu trono real del cielo hacia la región condenada al exterminio” (Sabiduría 18, 14-15). La noche es el tiempo de la paz, el tiempo del sueño, cuando nuestro cuerpo se restaura y se sana. Es el tiempo del silencio y de la contemplación. Y, en el plan de Dios, fue también el tiempo de la salvación.

La plaga de la muerte de los primogénitos en Egipto tuvo lugar a *medianoche*, y a esta misma hora, Faraón expulsó a Israel de su esclavitud en la tierra de Egipto. “Es *noche* de guardar para el Señor —dice la escritura—, por haberlos sacado en ella de la tierra de Egipto. Esta *noche* deben guardarla para el Señor todos los hijos de Israel en sus generaciones” (Ex 12, 42). Fue así porque “a la *medianoche* —dice la escritura— el Señor hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel” (Ex 12, 29). Esto cumplió la palabra del Señor por boca de Moisés, diciendo: “A la *medianoche* yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en tierra de Egipto” (Ex 11, 4-5).

Entonces el Señor dividió las aguas del mar por la *noche*: “e hizo el Señor que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella *noche*; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas” (Ex 14, 21). Esto fue el hecho más grande de Dios para la salvación de Israel; y tuvo lugar de *noche*, cuando todo fue en silencio.

Entonces, en la plenitud del tiempo, María “dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre” (Lc 2, 7). Y esto también tuvo lugar de *noche*, porque fue anunciado primeramente por el heraldo angélico a los pastores de Belén de *noche*. Así, pues, “Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la *noche* sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor” (Lc 2, 8-9).

Esta fue la hora cuando, en la tranquilidad de la *noche*, al borde del desierto, en la cueva de Belén, “Cuando un profundo silencio envolvía todas las cosas y la noche estaba a la mitad de su camino,” que “tu palabra todopoderosa, Señor, como implacable guerrero, se lanzó desde tu trono real del cielo hacia la región condenada al exterminio” (Sabiduría 18, 14-15). La palabra de Dios vino a ser hombre de *noche*, afuera, en un establo, acostado en un pesebre, anunciado por ángeles, y adorado por pastores.

Se encarnó en nuestra carne para transformarla y redimirla, para iluminarla y divinizarla, para salvarnos de nuestros pecados, y darnos una participación en el esplendor de la misma vida de Dios.

## ¿QUIÉN PODRÁ SOPORTAR EL TIEMPO DE SU VENIDA?

33° domingo del año

Malaquías 4, 1-2 (3, 19-20); Sal 97; 2 Ts 3, 7-12; Lc 21, 5-19

Antes de la reforma litúrgica, este domingo fue el último domingo del año con las lecturas sobre la destrucción de Jerusalén, el fin del mundo, y la segunda y gloriosa venida de Jesucristo en las nubes del cielo. Ahora el último domingo es el próximo domingo, que es la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. Hoy, entonces, vemos resumido el tema dominante de este tiempo, que es la esperanza para la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo.

El evangelio de hoy habla sobre las señales que nos indicarán que “estas cosas estén para suceder” (Lc 21, 7). Estas señales serán guerras, “grandes señales del cielo” (Lc 21, 11), y persecuciones. Pero “esto os será ocasión para dar testimonio” (Lc 21, 13). Y debemos dar testimonio de nuestra fe al hacer la voluntad de Dios a pesar de la persecución de los hombres, porque “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos” (Mt 10, 32). Y, de verdad —dice Jesús hoy—, “seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (Lc 21, 17-19). Tenemos esta confianza que Dios nos protegerá si somos fieles a nuestra fe en él.

Y entonces vendrá el fin, para el cual tenemos que estar siempre preparados ahora, vigilando y sobrios en todo tiempo, para “estar en pie delante del Hijo del Hombre” cuando venga (Lc 21, 36). Es bien oír estas cosas, para inspirarnos a estar vigilantes y siempre preparados, viviendo en esperanza para la venida del Señor. Así Jesús quiere que vivamos siempre, y por eso *no* nos dijo *cuándo* vendrá. “Mirad, velad y orad —dijo—; porque *no* sabéis *cuándo* será el tiempo” (Mc 13, 33).

“Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes” (Lc 21, 25), “y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (Mt 24, 29). “...y todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae de la higuera” (Is 34, 4). Las hojas que caen de los árboles ahora son un recuerdo constante en este tiempo de aquel día.

Aquél día está siempre cerca, y así debemos imaginarlo y prepararnos para él. En una visión, san Juan vio todo esto, y dijo que “el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla” (Apc 6, 14). E Isaías profetizó que en aquel día los cielos se enrollarán como un libro (Is 34, 4). Y Juan dice también que vio que “las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento” (Apc 6, 13). Y Jesús dice que “habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas” (Lc 21, 25), y que “las estrellas caerán del cielo” (Mt 24, 29).

Y a la luz de todo esto, ¿qué debemos hacer? “Cuando estas cosas comiencen a suceder —dijo Jesús— erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lc 21, 28; aclamación antes del evangelio). Y más que esto, dice: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriagues y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo, vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra” (Lc 21, 34-35).

Debemos vivir sobriamente con un corazón indiviso, no cargado de glotonería (Lc 21, 34). Debemos vivir una vida de oración y ayuno, con nuestro corazón reservado para el Señor, y no dividido por las delicadezas de este mundo. En sobriedad debemos esperar y

prepararnos para la venida del Señor. Esta es la manera en que Cristo quiere que vivamos y nos preparemos para aquel gran día.

“Entonces verán el Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (Lc 21, 27). Y su venida será como un “relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro” (Lc 17, 24). Y entonces él “enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 31).

“¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores” (Mal 3, 2). En aquel día todos los malvados serán quemados en un fuego devorador, como dice la primera lectura: “he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará...y no les dejará ni raíz ni rama” (Mal 4, 1).

Pero para los justos, será un día de gloria, porque en aquel día ellos “resplandecerán y se propagarán como el fuego en un rastrojo” (Sab 3, 7). Y Daniel dice que en aquel día “los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Dan 12, 3). Y Jesús dijo sobre aquel día: “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Para ellos “nacerá el Sol de la justicia, y en sus alas traerá salvación” (Mal 4, 2).

Pero ahora es el tiempo de preparación para todo esto, para que no suceda a nosotros lo que sucedió en los días de Noé, cuando nadie fue preparado, sino Noé y su familia, porque “Como fue en los días de Noé —dijo Jesús— así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos” (Lc 17, 26-27). La destrucción vendrá súbitamente, como un ladrón en la noche (1 Ts 5, 2), y no habrá tiempo para prepararnos.

Por eso preparémonos ahora, porque “...en aquella noche —dijo Jesús— estarán dos en una cama, el uno será tomado, y el otro será dejado” (Lc 17, 34). Ahora, pues, es el tiempo para prepararnos, para que en aquel día todo nuestro ser, “espíritu, alma, y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23).

## ENCENDIERON LAS LÁMPARAS QUE LUCIERON EN EL TEMPLO

Viernes, 33ª semana del año

1 Macabeos 4, 36-37.52-29; 1 Cro 29; Lc 19, 45-48

Hoy Jesús purifica el templo; y en la primera lectura Judas Macabeo también purifica el mismo templo, y esta purificación de Judas es la base de la celebración judía de *Janukká*, o “dedicación”, o “la fiesta de las luminarias”, que los judíos celebran hasta hoy cerca de Navidad, es decir, durante ocho días desde el 25 de Quisleu, o del 15 hasta el 23 de diciembre. En las tiendas de los judíos de Nueva York, un poco antes de Navidad, uno puede ver las decoraciones y representaciones de esta purificación del templo, después de que los gentiles lo habían profanado en este mismo día (el 25 de Quisleu) hace tres años.



¡Con qué alegría celebraron esta dedicación del templo!, especialmente cuando recordamos que hace sólo pocos años, Matatías y sus hijos rehusaron ofrecer sacrificios paganos en Modín y huyeron a las montañas después de matar al enviado del rey que les obligaba a sacrificar. Todo esto fue en la primera lectura de ayer, cuando Matatías dijo estas palabras desafiantes: “Aunque todas las naciones que forman el imperio del rey le obedezcan hasta abandonar cada uno el culto de sus padres y acaten sus órdenes, yo, mis hijos y mis hermanos nos mantendremos en la alianza de nuestros padres. El cielo nos guarda de abundar la Ley y los preceptos. No obedeceremos las órdenes del rey ni nos desviaremos un ápice de nuestro culto” (1 Mac 2, 19-22).

Y después de destruir el altar pagano y matar al enviado del rey, Matatías gritó por la ciudad: “Todo aquel que sienta celo por la Ley y mantenga la alianza, que me siga’. Y dejando en la ciudad cuanto poseían, huyeron él y sus hijos a las montañas. Por entonces muchos, preocupados por la justicia y la equidad, bajaron al desierto para establecerse allí” (1 Mac 2, 27-29). Ellos consideraron que era mejor vivir en las montañas o en el desierto que violar sus conciencias al desobedecer la ley de Dios. Supieron que permaneciendo fieles a Dios, él permanecerá fiel a ellos y los consolará. Pero supieron también que si para vivir en comodidad en la ciudad desobedeciesen la ley de Dios, Dios los abandonaría a ellos, y caerían en oscuridad y tristeza lejos de él.

Ahora, pues, tres años más tarde, Judas, el hijo de Matatías, sus hermanos, y todo Israel dedicaron el templo con luces y alborozo. Dios los ha ayudado y ha permanecido con ellos, iluminándolos y fortaleciéndolos; y ahora ellos celebran su victoria con alegría. Por su fidelidad en el tiempo de aflicción y persecución, ahora pueden celebrar su victoria sobre los gentiles.

Así es la vida de fe. La victoria y verdadera alegría es para los que defienden su fe y permanecen fieles cuando los demás la abandonan y se juntan al mundo. Tuvieron que huir a las montañas o al desierto durante estos años de persecución y algunos fueron martirizados por su fe y su fidelidad a la Ley de Dios, pero Dios estaba con ellos en sus aflicciones —no los abandonó—; y ahora pueden celebrar con luces y canciones la dedicación del templo, y hasta el día de hoy celebran esta fiesta cada año.

“Quemaron incienso sobre el altar y encendieron las lámparas del candelabro, que lucieron en el templo” (1 Mac 4, 50). “...fue inaugurado el altar con cánticos, cítaras, liras y címbalos, en el mismo tiempo y el mismo día en que los paganos lo habían profanado” (1 Mac 4, 54). “Hubo grandísima alegría en el pueblo, y el ultraje inferido por los paganos quedó borrado” (1 Mac 4, 58).

## LA VIDA DE LOS ÁNGELES

Sábado, 33ª semana del año  
1 Macabeos 6, 1-13; Sal 9; Lc 20, 27-40

En consonancia con el tema dominante de este mes, las dos lecturas de hoy son sobre la muerte o la vida después de la muerte.

En la primera lectura oímos de la muerte del tirano Antíoco Epífanes que murió en “profunda tristeza” y “pesadumbre” porque las cosas no habían salido como él quería (1

Macabeos 6, 8-9). Esta tristeza siguió “renovándose sin cesar...hasta que sintió que se iba a morir” (1 Macabeos 6, 9). Al reflexionar, llegó a la convicción de que su “profunda tristeza”, desde la cual no pudo salir, fue causada por su maltrato de los judíos. Él estaba, en efecto, muriendo de la culpabilidad, y dijo: “ahora caigo en cuenta de los males que hice en Jerusalén, cuando me llevé los objetos de plata y oro que en ella había y envié gente para exterminar sin motivo a los habitantes de Judá. Reconozco que por esta causa me han sobrevenido los males presentes y muero de inmensa pesadumbre en tierra extraña” (1 Macabeos 6, 12-13).

Su muerte es una amonestación para todos del poder de la culpabilidad, que puede incluso causar la muerte de un rey. No hay sufrimiento peor, creo, que el de una mala conciencia que nos remuerda constantemente por el mal que hemos hecho. Es para librarnos de ésta que Cristo vino y murió, sacrificándose para nuestra redención del pecado y de la culpabilidad. Y resucitó para que andemos en el esplendor de su resurrección en la “novedad de vida” (Rom 6, 4), ya muertos al pecado, arrepentidos y convertidos, y vivos para Dios, para andar en el Espíritu, y no más conforme a la carne (Rom 8). Pero, por lo menos, vemos que este tirano murió arrepentido y contrito; y esto es un buen signo.

En el evangelio de hoy, oímos otra vez sobre aquella mujer que tuvo siete esposos, pero en el mundo de la resurrección no será la esposa de ninguno de ellos, porque el casarse pertenece sólo a esta vida presente; no al mundo de la resurrección. Los que llegan al mundo de la resurrección no serán más casados, sino serán como los ángeles, con corazones completamente indivisos en su amor y devoción a Dios. Dice Jesús hoy: “Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden morir más, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc 20, 34-36).

En esta lectura vemos que la vida del mundo de la resurrección será enfocada totalmente en Dios, en amor, alabanza, y contemplación luminosa y gozosa, sin división de corazón, incluso sin ni siquiera una esposa humana. Todo el amor de nuestro corazón irá a Dios de un corazón completamente indiviso (1 Cor 7:32-35)

Es por eso que los monjes no se casan aun ahora en esta vida presente aquí en la tierra (2 Cor 7, 32-35). Es para imitar la vida de los ángeles, para vivir una vida angélica aun ahora con un corazón indiviso, enfocado exclusivamente en Dios. Así los monjes son un signo escatológico, es decir, un signo para recordar a toda la Iglesia su último destino, que es vivir como los ángeles con corazones completamente indivisos, enfocados totalmente en Dios.

## Y SU TRONO ES COMO EL SOL DELANTE DE MÍ —JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, último domingo del año  
2 Sam 5, 1-3; Sal 121; Col 1, 12-20; Lc 23, 35-43

Hemos llegado hoy al último domingo del año litúrgico, la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. El evangelio hoy es sobre la crucifixión de Jesús, y la burla de los soldados, diciendo: “Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo” (Lc 23, 37), y sobre el título sobre él que dijo: “ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS” (Lc 23, 38), y sobre la petición de uno de los malhechores crucificados con él, quien le dijo: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Lc 23, 42).

Vemos en todo esto que Jesús, durante de su vida, se presentó como un rey, y ahora en la hora de su muerte, muchos se burlaban de esta pretensión. Aun el gobernador romano, Poncio Pilato, le dijo: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (Jn 18, 33). Y Jesús contestó: “Mi reino no es de este mundo”, y Pilato le dijo: “¿Luego, eres tú rey?” y Jesús respondió: “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo” (Jn 18, 36-37). Y los soldados que le daban bofetadas le decían: “¡Salve, Rey de los judíos!” (Jn 19, 3). Y llevando a Jesús fuera, Pilato dijo a la muchedumbre: “¡He aquí vuestro Rey!” Y “¿A vuestro Rey he de crucificar?” (Jn 19, 14.15).

Cuando Cristo vino por primera vez, vino en este estado de humildad y humillación, aunque fue Rey de los judíos y Rey del Universo; pero cuando vendrá por segunda vez, será en gloria, como él mismo nos explicó, diciendo: “cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su *trono* de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos... Entonces el *Rey* dirá a los de su derecha...” (Mt 25, 31-32.34).

Ahora en este fin del año y este último domingo del año, es este Cristo glorioso, Rey del Universo, que esperamos, viniendo con poder y gran gloria en las nubes del cielo para ser juez de los vivos y los muertos (Hch 10, 42). Ahora, pues, es el tiempo de estar preparados y vigilantes, de confesar nuestros pecados e imperfecciones, para poder recibirlo con una buena acogida. Debemos vivir, especialmente en este tiempo, en gran y alegre expectativa que afecta todo lo que hacemos y toda nuestra manera de vivir. Queremos quedar en esta expectativa y estado de estar preparados y con una conciencia limpia y feliz para acogerlo bien.

Las bellas imágenes de esta fiesta nos ayudan a estar preparados para su segunda y gloriosa venida. Esperamos la trompeta final del arcángel y la recolección de los frutos de la tierra, la siega final y el día en que el Hijo del Hombre vendrá “como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente” (Mt 24, 27). Esperamos el día cuando el señal del Hijo del Hombre aparecerá en el cielo, cuando lo veremos “viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mt 24, 30), cuando él “enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 31).

Al mismo tiempo, queremos vivir en este reino de Dios ahora, porque “el reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17, 21). Y nosotros queremos estar dentro de él, y percibirlo dentro de nosotros con una conciencia limpia y feliz, con Cristo, el Rey del Universo, resplandeciendo en nuestros corazones (2 Cor 4, 6), iluminándonos y regocijándonos. Pero para que esto suceda, tenemos que obedecer perfectamente su voluntad, siguiendo todas sus inspiraciones y evitando todo lo que él nos inspira a evitar, para que podamos vivir para él en todo, con toda la concentración y amor de nuestro corazón.

Jesús dijo: “el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Si queremos vivir en el resplandor de la gloria de Jesucristo, Rey del Universo, con él iluminando nuestros corazones (2 Cor 4, 6), tenemos que seguirlo, que quiere decir: obedecerlo perfectamente en todo. Así, pues, él inhabitará en nuestros corazones regocijándonos, es decir, si guardamos su palabra y hacemos su voluntad con exactitud, porque dijo: “El que me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 23).

Este es el Rey de Paz, el Príncipe de Paz (Is 9, 6), que profetizó Isaías, y “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán limite, sobre el trono de David y sobre su reino” (Is 9, 7). Él es la vara del tronco de Jesé, en cuyos días “Morará el lobo con el cordero” (Is 11, 1.6), y los pueblos “volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces” (Is 2, 4). Estos días de paz pueden existir en nuestros corazones por el sacrificio de Cristo en la cruz y por el esplendor de su resurrección de los muertos. Su reino es la piedra cortada “no con mano” que “fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra” (Dan 2, 34.35). Es “un reino que no será jamás destruido” y “permanecerá para siempre” (Dan 2, 44). Él es a quien profetizó Miqueas, diciendo que él “será engrandecido hasta los confines de la tierra. Y éste será nuestra paz” (Miqueas 5, 4-5).

Podemos vivir en este reino ahora si recibimos la justicia y la salvación de Jesucristo, el Rey del Universo, mientras que nos preparamos para su plena manifestación en el futuro. El salmista profetizó que en sus días “Florecerá...justicia, y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna” (Sal 71, 7). Que vivamos, pues, en este reino de paz ahora, donde él “Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Sal 71, 8).

El mismo Dios juró a David, diciendo: “edificaré tu trono por todas las generaciones...pondré su mano sobre el mar, y sobre los ríos su diestra... También le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él. Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos... Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí” (Sal 88, 4.25.27-29.36).

Todo esto es cumplido en Jesucristo, hijo de David, el Rey del Universo, y vivimos en el comienzo de estos días de gloria ahora, esperando y preparándonos para su cumplimiento final, si su reino está dentro de nosotros por la fe en Jesucristo y la obediencia a su voluntad.

## ERGUÍOS Y LEVANTAD VUESTRA CABEZA, PORQUE VUESTRA REDENCIÓN ESTÁ CERCA

Jueves, 34ª semana del año  
Dan 6, 12-28; Dan 3; Lc 21, 20-28

Hoy estamos confrontados con las últimas cosas. Jesús profetiza, en el evangelio de hoy, sobre la caída de Jerusalén, que es un prelude y anticipo del fin del mundo y de la segunda y gloriosa venida de Jesucristo en las nubes del cielo con sus santos ángeles. Como los judíos tenían que estar preparados por la caída de Jerusalén, nosotros también

tenemos que estar vigilantes en todo tiempo para el fin del mundo y el regreso del Hijo del Hombre, quien puede volver a cualquier momento; y no sabemos cuándo será este momento. Esta es la manera en que Jesús quiere que sus discípulos y creyentes vivan — en un estado constante de alegre expectativa y vigilancia, siempre preparándose—. “Velad, pues, en *todo* tiempo —dice Jesús— orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante el Hijo del Hombre” (Lc 21, 36).

Las enseñanzas de Jesucristo sobre la caída de Jerusalén y cosas semejantes nos ayudan a vivir en este estado nuevo del hombre nuevo en Jesucristo, que es un estado de vigilancia continua, siempre vigilando y orando, siempre separándonos más de la mundanalidad de este mundo que nos rodea. Así tendremos un corazón indiviso, reservado únicamente para el Señor (Jn 17, 14.16; Gal 5, 16-17; 6, 8; Rom 8, 13). Debemos cuidarnos para que nuestros “corazones no se carguen de glotonería y embriagues y de los afanes de esta vida” (Lc 21, 34), y venga de repente sobre nosotros aquel día (Lc 21, 34), y nos halle no preparados y hundidos todavía en los deleites que dividen nuestro corazón. De verdad, “la forma de este mundo se pasa” (1 Cor 7, 31), y nosotros no debemos conformarnos a este siglo, sino transformarnos (Rom 12, 2).

Nada, creo, puede ayudarnos más a desarrollar esta actitud de vigilancia, que Jesús siempre quiere ver en nosotros, que una meditación sobre las últimas cosas: el fin del mundo y la segunda y gloriosa venida de Jesucristo en gran luz, cuando él “enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 31). En aquel día, él se mostrará como el relámpago, iluminando todo el cielo desde un extremo hasta el otro (Lc 17, 24), y los que viven sólo para él, reservando sus corazones para él, se alegrarán a acogerlo.

Ellos ya han vivido sus vidas a la luz de aquel día, que esperamos ahora. Han cambiado su forma de vivir, adoptando un estilo de vida apropiado para aquel día, que ha de amanecer, y así han vivido como testigos de la luz en este siglo viejo, en medio de “una generación maligna y perversa” (Fil 2, 15), siendo “luminares en el mundo” (Fil 2, 15).

Ellos han hecho lo que Jesús dice hoy, diciendo: “Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes” (Lc 21, 20-21). Ellos han huido a los montes para escaparse del peligro y de la mundanalidad del mundo, como hicieron Matatías y sus hijos en los días terribles de la persecución religiosa de Antíoco Epífanes, viviendo en las montañas en pureza. Así también tratan de hacer los monjes de cada edad. En esto, ellos son nuestros modelos. Han hecho no sólo espiritualmente, sino que también incluso físicamente, lo que todos debemos hacer, es decir: separarnos de la mundanalidad que nos rodea para vivir sólo para el Señor en pureza y vigilancia, con un corazón indiviso, irguiéndonos y levantando nuestra cabeza, porque nuestra redención está cerca (Lc 21, 28).

## DEJANDO AL INSTANTE SUS REDES, LE SIGUIERON

Fiesta de san Andrés, Apóstol, 30 de noviembre

Hoy honramos a uno de los apóstoles de Jesús, san Andrés, el hermano de Simón Pedro, y en el evangelio de hoy oímos su llamado. Dejó todo para seguir a Jesús. En esto, san Andrés hizo la misma cosa que Pedro, Juan, y Santiago. Simón y Andrés dejaron sus redes para seguir a Jesús. Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo, dejaron también su barca y a su padre Zebedeo, para seguir a Jesús. Este es el seguimiento radical de los primeros discípulos y apóstoles.

¿Es necesario que todos siguen su ejemplo? En principio, sí, porque Jesús dijo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). Y recordamos que el joven rico rehusó esta misma invitación a dejar todo para seguir a Jesús, y “se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Mt 19, 22). La respuesta de Jesús en aquel situación fue: “De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 23-24).

El Espíritu Santo dirige personas de maneras diferentes; y nosotros también somos diferentes en el grado de generosidad con que respondemos a este llamado a la perfección. Hay los que usan sus riquezas para ayudar a los pobres o a la Iglesia, o para promover un trabajo para el Señor; mientras que de otra parte hay los que usan sus medios para entretenimientos y placeres corporales. Hay una gran diferencia aquí.

Hoy el evangelio nos presenta un ejemplo de renuncia radical para el reino de Dios. Es un llamado radical de parte de Jesús, y una respuesta igualmente radical de parte de estos cuatro hombres. Podemos medir nuestra respuesta al compararnos con ellos, y entonces examinarnos a ver dónde estamos nosotros en esto. Lo más importante aquí son los principios y la pureza del corazón. ¿Estamos verdaderamente viviendo para Cristo, o para nosotros mismos? Y recordamos que Cristo “por todos murió, para que los que viven, ya *no vivan para sí, sino para aquel* que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). Según san Pablo, debemos vivir *para Cristo, y no para nosotros mismos*. Esto es claro. Él que vive *para Cristo no puede vivir más para sí mismo* en una vida de entretenimiento y placer. El ideal cristiano es claro, y es esto: “ninguno de nosotros vive *para sí, y ninguno muere para sí*. Pues si vivimos, *para el Señor* vivimos; y si morimos, *para el Señor* morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, *del Señor* somos” (Rom 14, 7-8).

La renuncia es la base del verdadero seguimiento de Cristo, y cuanto más radicalmente la vivimos, tanto mejor. Al renunciar a todo para Cristo, recibimos todo en él. Vaciamos y purificamos así nuestro corazón y nuestros sentidos. Renunciamos incluso al deseo para las cosas y deleites de este mundo que dejamos por el amor de Cristo, para presentarle un corazón indiviso y reservado sólo para él, y así podemos santificarnos, y vivir sólo para él. La vida más perfecta es la vida que hace esto más literal y radicalmente.

¿Y qué dice el evangelio de hoy? Dice: “Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron” (Mt 4, 18-20). Desde aquel entonces, serán pescadores de hombres.

Debemos agarrar el espíritu de lo que hicieron. Pedro todavía pudo pescar si quiso, y tuvo, por lo menos, el uso de una red y de una barca para pescar, porque después de la resurrección, Simón dijo: “Voy a pescar” (Jn 21, 3). Y sus compañeros le dijeron: “Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una *barca*” (Jn 21, 3). Y Jesús desde la playa les dijo: “Echad la *red* a la derecha de la *barca*” (Jn 21, 6). Tuvieron, pues, por lo menos, el uso de una red y una barca, que necesitaban para pescar.

Pero el espíritu de su renuncia es que ellos verdaderamente dejaron todo, dejaron de pescar, y siguieron a Jesús dondequiera que iba, y lo siguieron con *todo* su corazón. Dejaron su modo anterior de vivir, y adoptaron un nuevo estilo de vivir, *sólo para el Señor en todo*. Y nosotros debemos hacer lo mismo.

Si somos monjes, esto quiere decir vivir una vida sencilla y frugal en todo, con comida sencilla y básica, sin adornos y delicadezas, renunciando a los entretenimientos del mundo, dejándolo todo por amor a Cristo, para que él sea nuestro único placer y alegría. Al hacer esto, si seguimos su voluntad con fe, él llenará nuestro corazón de su amor y luz, y habremos hallado lo que pocos hallan, pero todos buscan y anhelan: la verdadera felicidad humana que llena el corazón.

La mayoría escoge el camino ancho y cómodo de este mundo y sus deleites, y deja este camino estrecho y angosto de la vida (Mt 7, 13-14). Que seamos nosotros entre los pocos que hallan el camino angosto de la vida verdadera. Sigamos, pues, el ejemplo de san Andrés.

## MIRAD POR VOSOTROS MISMOS, QUE VUESTROS CORAZONES NO SE CARGUEN DE GLOTONERÍA

Sábado, 34ª semana del año, último día del año  
Dan 7, 15-27; Dan 3; Lc 21, 34-36

Hoy es el último día del año litúrgico. Esta tarde cantaremos las primeras vísperas del primer domingo de Adviento. Y terminamos el año hoy meditando sobre el fin del mundo y la segunda venida de Jesucristo con las nubes del cielo en gran luz. Este es el día que anhelamos, y para el cual nos preparamos ahora. Y su luz ya nos ilumina de antemano. Los que tienen fe viven ya un anticipo de este último día de gloria. Así quiere Jesucristo que vivamos, y por eso no nos dijo cuándo será este día, para que estuviéramos siempre preparados, siempre viviendo en alegre expectativa, guardándonos en sobriedad y vigilancia, y renunciando a los deseos mundanos. Jesucristo vino a la tierra y nos enseñó a vivir así. Así nos dijo también san Pablo, diciendo que Cristo vino, “enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2, 12-13).

Y ¿qué dice Jesús hoy? Dice: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de *glotonería* y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra” (Lc 21, 34-35). Y es verdad que la glotonería es un gran enemigo del espíritu. Cuando nos atiborramos de comida, el Espíritu Santo tiene

poco lugar para correr en nuestras entrañas como ríos de agua viva, regocijando nuestro espíritu (Jn 7, 37-39), o para saltar dentro de nosotros como una fuente de agua de vida, “que salta para vida eterna” (Jn 4, 14), alegrándonos en el Señor. Somos más bien cargados y atracados, atestados de los deleites de este mundo, y nuestras oraciones son pesadas y no vuelan.

Para vivir en el Espíritu, tenemos que estar ligeros, y vivir en simplicidad y austeridad. Tenemos que estar purificados y preparados. Este es el significado del dejarlo todo por el amor de Cristo y tener un corazón indiviso, reservado sólo para él; no dividido por la glotonería y los deleites de este mundo. Este es el significado de vivir sobriamente y estar vigilantes. De otro modo, estaríamos semejantes a la semilla que cayó entre espinos. Y de ellos Jesús dijo: “son *ahogados* por los afanes y las riquezas y los *placeres* de la vida, y *no* llevan fruto” (Lc 8, 14). Y por eso san Pablo escribe: “La noche está avanzada, y se acerca el día... Andemos como de día...no en *glotonerías*...sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 12-14).

Si queremos llevar fruto, tenemos que evitar los espinos, es decir: la glotonería y la búsqueda inacabable de placer; y vivir sencilla y austeramente en alegre expectativa para la venida del Señor, simplificando nuestra vida, y adoptando un *nuevo* estilo de vivir, apropiado para los hijos del día, con corazones ligeros y no cargados.











